

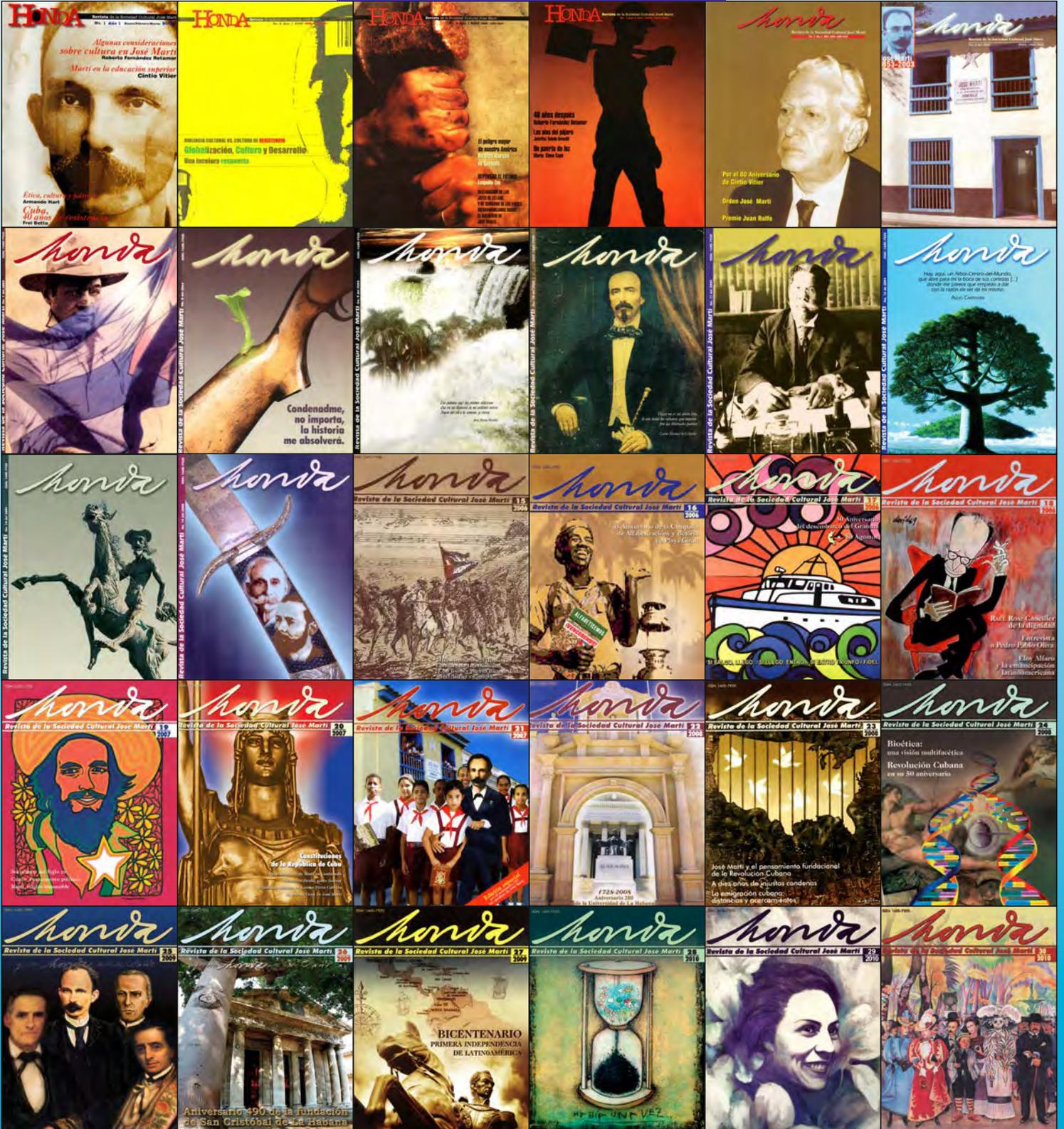
EDICIÓN ESPECIAL

ISSN: 1605-7920

Revista de la Sociedad Cultural "José Martí"

No. 70 / 2025

ANIVERSARIO 25



REVISTA
horría
 ANIVERSARIO
 75



Director

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

Edición

ALENA BASTOS BAÑOS

Diseño

RICARDO RAFAEL VILLARES

Consejo editorial

RAFAEL ACOSTA DE ARRIBA

FÉLIX JULIO ALFONSO LÓPEZ

ROLANDO BELLIDO AGUILERA

JOSÉ L. DE LA TEJERA GALÍ

MARLÉN DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ

RAÚL ESCALONA ABELLA

OMAR GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ORDENEL HEREDIA ROJAS

HÉCTOR HERNÁNDEZ PARDO

VÍCTOR HERNÁNDEZ TORRES

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA

RAÚL RODRÍGUEZ LA O

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ LÓPEZ

ADALBERTO RONDA VARONA

EDUARDO TORRES—CUEVAS

JOSEP TRUJILLO FONSECA

Fundadores de la Sociedad Cultural “José Martí”

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

ARMANDO HART DÁVALOS

EUSEBIO LEAL SPENGLER

CARLOS MARTÍ BRENES

ABEL PRIETO JIMÉNEZ

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ

CINTIO VITIER BOLAÑOS

Redacción

Calle 17 No. 552, esquina a D.
Municipio Plaza de la Revolución,
La Habana, Cuba.

revhonda@cubarte.cult.cu

**Edición financiada
por el Fondo de Desarrollo
de la Cultura y la Educación**

Sumario

Nota de presentación / 2**Sobre el pensamiento martiano**

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR. Martí en su siglo y en los siglos / 4

RAÚL ROA. José Martí en Roa / 12

ERNESTO CHE GUEVARA. Discurso en la conmemoración del natalicio de José Martí. 28 de enero de 1960 / 17

RODOLFO SARRACINO MAGRIÑAT. José Martí: la independencia de las Antillas hispanas y el equilibrio internacional / 20

Sobre cultura cubanaRICARDO ALARCÓN DE QUESADA. El peligro mayor de Nuestra América / 41
CINTIO VITIER. Lo ético fundador en la cultura cubana / 45

MONSEÑOR CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES GARCÍA-MENOCAL. Conjunción. Algunos componentes del pensamiento fundacional vareliano vigentes en la Cuba de hoy / 53

ALICIA CONDE RODRÍGUEZ. José de la Luz. La filosofía y la polémica de la emancipación cubana / 66

ARMANDO HART DÁVALOS. Nicolás Guillén: síntesis de la cubanía / 83

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS. Aquel 20 de octubre de 1995 / 87

ABEL PRIETO JIMÉNEZ. Notas sobre el sentido descolonizador de la política cultural cubana / 92

Acontecimientos históricos y personalidades relevantes

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR. Por el bicentenario de la independencia de Haití / 102

ELDA CENITO GÓMEZ. La familia y el deber: dilema de la guerra / 111

MARÍA DEL CARMEN ARIET GARCÍA. Che Guevara: hombre de todos los comienzos. A 85 años de su nacimiento / 120

EUSEBIO LEAL SPENGLER. El camino de los Padres de la Patria / 125

RAFAEL ACOSTA DE ARRIBA. Carlos Manuel de Céspedes revisitado, en vísperas de su bicentenario / 131

FÉLIX JULIO ALFONSO LÓPEZ. Homenaje a Emilio Roig de Leuchsenring en su 130 Aniversario / 142

EDUARDO TORRES CUEVAS. Hart: pensamiento en acción / 148

RENÉ GONZÁLEZ BARRIOS. El alto mando español en Cuba y el fusilamiento de los estudiantes de medicina / 152

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA. A 100 años de la FEU: los combates en sus orígenes / 160

ARMANDO HART DÁVALOS. Julio Antonio Mella. Bajar de la Colina, ascender al pueblo y tomar el cielo por asalto / 166

MIRALYS SÁNCHEZ PUPO. El periodismo de Juan Gualberto Gómez / 174

GRAZIELLA POGOLOTTI. Carpentier persona / 182

NYDIA SARABIA. Semblanza de Celia / 185

YOEL CORDOVÍ NÚÑEZ. Máximo Gómez frente a la ocupación imperial / 188

Nuestros autores / 199

Nota de presentación



A finales del siglo xx, cuando Armando Hart soñaba con la creación de una revista que sirviera como órgano de la Sociedad Cultural José Martí, parecía algo difícil de alcanzar. Sin embargo, gracias a su persistencia, su vocación por la difusión de ideas y el apoyo generoso de Abel Prieto desde la dirección del Ministerio de Cultura, en el primer trimestre del año 2000 se publicó el primer número de *Honda*. La revista comenzó con un texto de Cintio Vitier que explicaba el significado de su nombre y los propósitos editoriales de la naciente publicación:

“Viví en el monstruo y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David.” Inspirada en esta frase autodefinitoria de José Martí en su última carta a Manuel Mercado, poco antes de su caída en combate, la revista que hoy iniciamos, como órgano de la Sociedad Cultural que lleva su nombre, aspira a ser digna de su título, empuñando la honda que el Apóstol de Cuba puso en

nuestras manos para nuestra defensa y la defensa de Nuestra América. La honda martiana, lo sabemos como la del pastor y profeta evocado por él, no era portadora de ciega violencia que es precisamente el signo del Goliat bíblico y del Goliat histórico de nuestros días, sino de un haz de ideas redentoras y de una doctrina humanista que, recogiendo los más puros legados éticos de la humanidad, lanza a todos los vientos las semillas fundadoras de la libertad y la justicia iberoamericanas y caribeñas. Al servicio de estas semillas, de cuya fecundidad dependerá nuestro futuro espiritual en el próximo Milenio, dedicamos esta revista.

A las ideas expuestas por Cintio se fueron sumando, a medida que se fortalecía la labor de nuestra Sociedad Cultural, otras temáticas, manteniendo siempre como columna vertebral de la línea editorial la vida y obra de José Martí, las ideas de Fidel Castro y diversos temas contemporáneos.

Por ejemplo, en este patrimonio de 25 años, que por razones de espacio no hemos podido incluir en este número especial, se encuentran también ejemplares monográficos de *Honda* dedicados a la historia, la cultura, las tradiciones y las personalidades relevantes de todas las provincias del país.

El Dr. Eduardo Torres Cuevas, presidente de la Sociedad, aprobó la idea de rescatar para este número especial parte del rico contenido publicado durante los años de existencia de *Honda*, mediante una selección razonable de aquellos artículos que aún tienen vigencia en nuestros días. La revisión exhaustiva de este considerable volumen de material nos llevó a la selección que aquí presentamos. Para darle un orden, además del cronológico, el equipo editorial creó tres grupos temáticos: Sobre el pensamiento martiano; Sobre cultura cubana; y Sobre acontecimientos históricos y personalidades destacadas. En esta selección se puede apreciar la labor permanente de promoción martiana a lo largo de estos 25 años y los valores presentes en su legado que definen nuestro perfil espiritual.

Es importante destacar el patrimonio de *Honda* en el tratamiento de figuras como Céspedes, Agramonte, Maceo, Máximo Gómez y Juan Gualberto Gómez, así como de exponentes de la cultura como la Avellaneda, Brindis de Sala, Carpentier, Cintio Vitier y Fina García Marruz. Además, en la contraportada de *Honda* se encuentra un espacio permanente titulado “Martí en la plástica cubana”, donde se exhiben obras de pintores y escultores dedicadas al Apóstol, con cuya riqueza se han creado exposiciones visitadas tanto en Cuba como en el extranjero.

Sirva esta ocasión para resaltar el continuo apoyo recibido de la Dirección de la Sociedad, comenzando por Armando Hart, Abel Prieto y, actualmente, por el Dr. Torres Cuevas, cuyo compromiso y aliento han sido decisivos para mantener viva la llama de *Honda*, incluso en medio de las dificultades actuales que enfrenta el sector editorial.

Quisiéramos hacer una mención especial a Eusebio Leal, miembro fundador de nuestra organización, quien nos honró en varias ocasiones presentando los números de la revista y reconociendo su labor.

Agradecemos infinitamente a nuestra editora Alena Bastos y a nuestro diseñador Ricardo Rafael Villares, quien recientemente recibió el Premio Nacional de Diseño y que incluye, por supuesto, sus creaciones para *Honda*. Sin ellos, la publicación de este número no habría sido posible. También extendemos nuestro agradecimiento al Consejo Editorial y a todos los directivos y trabajadores de la Sociedad Cultural José Martí, tanto a nivel nacional como provincial, que han contribuido y continúan contribuyendo para que la honda martiana haya llegado hasta aquí. ■



RAFAEL POLANCO BRAHOJOS
Director

Sobre el pensamiento martiano



Martí en su siglo y en los siglos*

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Con la autoridad moral que le daba ser una criatura de esa estirpe, Pablo de la Torriente Brau, refiriéndose a Antonio Guiteras y Carlos Aponte, escribió en 1936, un año después del asesinato de éstos y cerca de su propia caída al inicio de la Guerra Civil Española:

Ningún héroe es verdadero si no es más grande en la muerte que en la vida. Si no queda más vivo que nunca después de su muerte. Si no es capaz de engendrar alientos en los que no lo conocieron sino por la leyenda, que es la única historia de los héroes verdaderos.

Bien sé que a muchos de los pospensadores del día mediocre que vivimos tales palabras del original Pablo les parecerán descabelladas o, en el mejor

de los casos, románticas. En cambio, estoy seguro de que hubieran satisfecho a Ezequiel Martínez Estrada —el momentáneo olvido de cuya obra es otra prueba de la mentada mediocridad. No en balde el tercer tomo de su libro *Martí revolucionario* lleva por título, precisamente, “Martí: el héroe y su acción revolucionaria” (México, 1966). Adelantándose a los críticos que preveía, escribió en el prefacio de dicho tomo:

Si hoy [es decir, casi cuarenta años atrás, ¡qué decir en este 2003!], mucho menos que hace un siglo, el dechado universal del grande hombre, o del Héroe que sirvió de modelo a Plutarco y a Carlyle, no se ajusta cabalmente al esquema ideal que de él tuvo la historia en sus épocas culminantes, débese a que la civilización capitalista deshumanizada ha impuesto en el mercado sus modelos del hombre de acción, que no son ya los del siglo de Pericles o del Humanismo y el Renacimiento [...] los Estados Unidos han provisto una gama numerosa y variada que va del hombre de empresa, del pionero y del

* Disertación ofrecida en el marco de la Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo, celebrada entre el 27 y el 29 de enero del 2003, en el Palacio de las Convenciones de La Habana.

inventor al pirata, al bandido y al contrabandista. Martí lo denunció en los albores de su dominio del mundo por las armas, el dinero y la corrupción, y por eso su figura se nos aparece como la de un héroe anacrónico.

Al abordar ahora de nuevo a Martí, sobre quien he pergeñado centenares de páginas —algunas de las cuales quizá volverán aquí— con las finalidades de comprenderlo y darlo a conocer, lo haré remitiéndolo tanto a la circunstancia concreta en que le tocó vivir, como a esa condición heroica suya que para De la Torriente era legendaria y Martínez Estrada llamó anacrónica.

Su circunstancia concreta, como es natural, no comienza con su nacimiento, hace siglo y medio. Al igual que ocurre a todo ser humano, tal circunstancia, que contribuiría a formarlo, preexistía a su venida al mundo en 1853. Su país, Cuba, junto con Puerto Rico, eran los únicos que permanecían en calidad de colonias españolas veintinueve años después de la victoria de Ayacucho, que selló la independencia de la Hispanoamérica continental, y a treinta de la emisión de la política de la fruta madura y de la doctrina Monroe por los Estados Unidos: estas últimas miraban a la posesión de Cuba por el creciente país del norte. Al menos, un tercer elemento es necesario añadir: la condición antillana de Cuba y, en consecuencia, de Martí. La independencia de lo que este iba a llamar nuestra América no comenzó en la Hispanoamérica continental, como a menudo se repite, sino en las Antillas, en la tierra tan cercana a Cuba que es el Saint Domingue francés, el cual a partir del primero de enero de 1804 proclamó su libertad y asumió su nombre indígena de Haití. Los sucesos dramáticos que condujeron a ese hecho y los que les siguieron de inmediato extinguieron la condición de azucarera del mundo que poseía Haití e iba a ser heredada por Cuba, cuyos gobernantes españoles, en connivencia con la oligarquía criolla, tomaron medidas que lo posibilitaron. Entre esas medidas, fue capital la masiva importación de esclavos africanos. En su libro de 1867 *The Slave Power* escribió el economista irlandés John Elliot Cairnes:

Precisamente en los cultivos tropicales, en que las ganancias a menudo igualan cada año al capital total de las plantaciones, es donde más inescrupulosamente se sacrifica la vida del negro. Es la agricultura de las Indias Occidentales, fuente durante siglos de riquezas fabulosas, la que ha sumido en el abismo a millones de hombres de la raza africana. Es hoy día en Cuba, cuyos réditos suman millones y cuyos plantadores son potentados, donde encontramos en la clase servil, además de la alimentación más basta y el trabajo más agotador e incesante, la destrucción directa, todos los años, de una gran parte de sus miembros *por la tortura lenta del trabajo excesivo y la carencia de sueño y de reposo*.

Aunque en 1867 Martí era un niño de solo nueve años, vivió entonces una experiencia que iba a decidir el resto de su vida. Al acompañar a su padre, el cual había ido a trabajar a Matanzas, zona cubana de intensa producción azucarera —y por tanto de abundante presencia esclava—, una pavorosa escena lo sobrecoge. Dejemos que sea él mismo, cerca de tres décadas más tarde, quien nos describa tal escena en el poema xxx de sus autobiográficos *Versos sencillos* (1891):

El rayo surca, sangriento,
El lóbrego nubarrón:
Echa el barco, ciento a ciento,
Los negros por el portón.

El viento fiero quebraba
Los almácigos copudos:
Andaba la hilera, andaba,
De los esclavos desnudos.

El temporal sacudía
Los barracones henchidos:
Una madre con su cría
Pasaba dando alaridos.

Rojó, como en el desierto,
Salió el sol al horizonte:
Y alumbró a un esclavo muerto
Colgado a un seibo del monte.

Un niño lo vio: tembló
 De pasión por los que gimen:
 Y al pie del muerto juró
 Lavar con su vida el crimen!

Aquel sensible y precoz niño había topado con el aspecto más sombrío de la sociedad en que naciera: la esclavitud *sans phrase*, espanto mayor del sistema de plantaciones que era la columna vertebral no solo de su patria, sino del área caribeña toda. Por supuesto, el niño que era entonces Martí ignoraba aún la complicada urdimbre de la cual él había descubierto, horrorizado, el eslabón más sangriento. Pero su reacción moral, que lo guiaría durante el resto de su breve y deslumbrante existencia, le hizo tomar ya la decisión fundacional de aquella existencia. Recordémosla: “Un niño lo vio: tembló/ De pasión por los que gimen:/ Y al pie del muerto, juró/ *Lavar con su vida el crimen!*”. Ahora bien: sin comprender esa urdimbre, nada puede saberse a ciencia cierta ni sobre el Caribe ni sobre nuestra América ni sobre la renovada vigencia de los planteos martianos. Y Martí llegó a una comprensión cabal de aquella y de muchísimas otras.

De entrada, volvamos sobre la cita de Cairnes. Durante buena parte del siglo XIX, en las “Indias Occidentales” —nombre preferido por los ingleses para lo que hoy en español llamamos las Antillas—, “fuente durante siglos de riquezas fabulosas” y, especialmente, en Cuba, cuyos plantadores eran potentados sobre la base del más brutal trabajo esclavo, y que habían obtenido su riqueza al convertirse el país en la azucarera del mundo tras la extraordinaria hazaña haitiana, la revolución independentista que hubiera sido equivalente de la hispanoamericana continental de 1810 no podía sino ser rechazada por aquellos plantadores, quienes temían que rebelarse contra las metrópolis llevaría a consecuencias similares a las de Haití. Uno de los más lúcidos y prudentes miembros de la oligarquía cubana observó que ellos pagaban el pecado de tener esclavos siéndolo ellos mismos.

En consecuencia, las otras Antillas quedaron retrasadas en el proceso de emancipación de lo que ahora suele denominarse la América Latina y el

Caribe. Cuando, finalmente, en 1868 —inicio de la que Fidel ha llamado la única revolución de Cuba, continuada hasta hoy—, la fracción más radical y menos dependiente de la esclavitud entre los hacendados criollos desencadene en la parte oriental de la Isla la guerra de independencia contra España, no llegará a contar con el apoyo —sino con la hostilidad— de los más ricos y esclavistas hacendados del país, ubicados al occidente del mismo, y en medida apreciable ello contribuirá al fracaso momentáneo de la contienda, que se extenderá en esta etapa hasta 1878. Ese fracaso, sin embargo, no lo será del todo. Por una parte, los insurrectos habían decretado la abolición de la esclavitud: lo que entre otros factores espolearía a la metrópoli española a hacer otro tanto en 1886; por otra parte, en el transcurso de la contienda, mientras se apagaba el papel hegemónico de los hacendados, fueron destacándose dirigentes de extracción popular como Máximo Gómez y Antonio Maceo, llamados a desempeñar un papel de primer orden en un futuro próximo.

Martí, quien solo tenía quince años al estallar esa guerra, fue, sin embargo, marcado a fuego por ella. Su irreductible posición independentista lo llevaría, en plena adolescencia, primero al presidio político y luego al destierro. Y en otro orden de cosas, su humilde origen clasista facilitó su vinculación ulterior con aquellos grupos encarnados en figuras como Gómez y Maceo, en quienes iba a recaer la hegemonía de una próxima fase en la lucha de liberación nacional. Pues, según han destacado autores como el panameño Ricaurte Soler y el francés Paul Estrade, el carácter “atrasado” de las Antillas de lengua española en lo tocante a independizarse de España —por cuanto sus respectivas sacarocracias se negaron a secundar un empeño hispanoamericano que ponía en evidente riesgo su privilegiada posición— las llevó a acometer más tarde esa tarea con un sentido más “avanzado”, teniendo al frente de la lucha a clases y capas populares, de las que fueron portavoces puertorriqueños como Betances y Hostos, dominicanos como Luperón y Gómez, cubanos como Maceo y Martí.

José Martí es, pues, la figura mayor, pero no única ni extravagante, de una cohorte de com-

batientes y pensadores antillanos —a los que hay sumar haitianos del calibre de Antenor Firmin—, que, en el siglo XIX, debido a razones históricas concretas, sobrepasan el liberalismo por añadidura dependiente de casi todas las otras figuras coetáneas de aquella América nuestra y pasan a posiciones, para la coyuntura, de extremo radicalismo. Son voceros no ya de los hacendados ni de las vacilantes o inseguras — hay quienes dicen que inexistentes— burguesías nativas, sino de clases y capas más populares que van de la pequeña burguesía al campesinado mediano y pobre y el incipiente proletariado. Su arquetipo entre nosotros es Martí, cuyo democratismo radical, antirracista, abierto a la justicia social, que se mueve del anticolonialismo al antimperialismo, sigue teniendo vigencia batalladora.

Su anticolonialismo vincula a Martí con quienes habían combatido contra la metrópoli española décadas antes de su nacimiento. Martí sintió viva devoción por ellos: héroes los consideró y explícitamente llamó así en *La Edad de Oro* a Bolívar, Hidalgo y San Martín. Pero su ámbito histórico lo llevó a afrontar además otra metrópoli, entonces naciente: los Estados Unidos. Tampoco en este caso se trató solo de un hecho atinente a su biografía. Ya ha sido recordado que no había nacido él cuando eran manifiestas las tensiones entre aquel país y el suyo. En su libro *Las Américas y la civilización. Proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos*, cuya primera edición data de 1969, afirmó el brasileño Darcy Ribeiro:

Se deben [...] a Cuba las dos orientaciones sobresalientes de la política norteamericana respecto de los demás países del Continente. La primera fue la Doctrina Monroe, nacida como un esfuerzo tendiente a fundamentar jurídicamente la dominación de la isla. La segunda es la Alianza para el Progreso, formulada como una respuesta al desafío representado por la Revolución Cubana, tanto en su fisonomía inicial, reformista, como en su formulación definitiva, y que consiste simplemente en un mecanismo financiero de sostenimiento del statu quo,

mediante la renovación del pacto con los aliados tradicionales de los yanquis, las viejas oligarquías latinoamericanas para las cuales el sistema vigente es también altamente rentable.

No es extraño que Ribeiro haya considerado también que “[n]inguna de las dos guerras mundiales, ningún acontecimiento internacional tuvo, por esto, mayor impacto sobre los Estados Unidos que la Revolución Cubana” reiniciada en 1959.

Por su parte, mucho más tarde, en el año 2000, el estadounidense Noam Chomsky dirá en su libro *Rogue States* —traducido al español con el nombre *Estados canallas*:

Cuba y los Estados Unidos tienen una situación curiosa —de hecho única— en las relaciones internacionales. No existe un caso similar de acoso tan sostenido de una potencia contra otra —en este caso la mayor superpotencia contra un pobre país del Tercer Mundo— durante cuarenta años [en 2003, como es obvio, son más los años] de terror y de guerra económica.// De hecho, el fanatismo de este ataque se remonta lejos, muy lejos en el tiempo. Desde los primeros días de la Revolución Norteamericana, los ojos de los padres fundadores estuvieron puestos en Cuba. Eran bastante claros al respecto. John Quincy Adams, entonces secretario de Estado, dijo que la ocupación de Cuba por parte de los Estados Unidos era “de importancia trascendental” desde el principio de la historia estadounidense, y sigue siendo así. La necesidad de poseer Cuba es el tema más antiguo de la política exterior estadounidense.

Ese “tema más antiguo” era natural que se le hiciera patente a Martí sobre todo durante los casi tres lustros últimos de su vida, que pasó desterrado en los Estados Unidos. En sus profundas, incisivas crónicas sobre ese país, además de muchos otros aspectos, positivos y negativos, describió cómo iban apareciendo allí los rasgos de lo que después sería llamado —él mismo lo hizo— el imperialismo. Y los análisis martianos sobre las primeras conferencias

panamericanas, realizadas en Washington entre 1889 y 1891 —donde se hallan las raíces de lo que hoy es el sombrío proyecto del ALCA—, alertaron a nuestra América a propósito del inminente desbordamiento de ese imperialismo sobre nuestras tierras. Hace algún tiempo, el carnaval semántico en boga pretendió que ya no había imperialismo. Tan peregrina y supuesta evaporación que los hechos desmienten del todo ha sido sólidamente objetada por pensadores serios. En 1993, en su artículo “What is the Meaning of Imperialism?”, el estadounidense Harry Magdoff, a quien tantas claridades debemos sobre la cuestión, planteó:

Es en verdad extraño encontrarse con propuestas de arrojar por la borda el término imperialismo cuando los clásicos rasgos del imperialismo son tan céntricos en los asuntos internacionales. Ciertamente el fin de la Guerra Fría no ha implicado mucha diferencia. La invasión de Panamá y la guerra masiva contra Irak deben ser evidencia suficiente de que la naturaleza de la bestia no ha cambiado. Si acaso, el colapso de los regímenes de la Europa oriental ha abierto puertas de oportunidad para los países capitalistas avanzados, y al mismo tiempo ha creado espacio para maniobras competitivas entre las grandes potencias en cuanto a cuál de ellas tendrá el papel mayor en uno u otro de los “territorios nuevamente abiertos”.

No hace mucho, el argentino Atilio A. Borón, en su vasto y enjundioso trabajo “Imperio e imperialismo. Lectura crítica de un libro de Michael Hardt y Antonio Negri” —se trata del difundido *Imperio*—, postuló:

El imperialismo de hoy no es el mismo de hace treinta años. Ha cambiado, y en algunos aspectos el cambio ha sido muy importante. Pero no se ha transformado en su contrario, como nos propone la mistificación neoliberal, dando lugar a una economía “global” donde somos “interdependientes”. Sigue existiendo y oprimiendo a pueblos y naciones, y sembrando

a su paso dolor, destrucción y muerte. Pese a los cambios, conserva su identidad y su estructura, y sigue desempeñando su función histórica en la lógica de la acumulación mundial del capital [...] Digamos, a guisa de resumen, que los atributos fundamentales de aquel [...] siguen vigentes toda vez que el imperialismo no es un rasgo accesorio ni una política perseguida por algunos estados, sino una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo. Esta etapa está signada, hoy con mayor contundencia que en el pasado, por la concentración del capital, el abrumador predominio de los monopolios, el acrecentado papel del capital financiero, la exportación de capitales y el reparto del mundo en distintas “esferas de influencia”. La aceleración del proceso de mundialización acontecida en el último cuarto de siglo, lejos de atenuar o disolver las estructuras imperialistas de la economía mundial, no hizo sino potenciar extraordinariamente las asimetrías estructurales que definen la inserción de los distintos países en ella.

Las actitudes asumidas por el actual gobierno de los Estados Unidos tras los brutales y extraños atentados del 11 de septiembre de 2001 han acabado de disipar cualquier duda sobre el punto. El imperialismo de aquel país, que apenas en sus inicios Martí fue uno de los primeros en detectar y combatir, goza —si cabe la paradoja— de excelente salud, para consternación de la humanidad. Las previsiones martianas sobre el peligro, hechas en el siglo XIX, fueron confirmadas en el siglo XX y están siéndolo en lo que se anuncia del siglo XXI. Y quienes auspician ese peligro ya no tienen embozo en proclamar su nombre verdadero. En su artículo reciente “El nuevo imperio americano”, el mexicano Víctor Flores Olea ha dicho:

Es sorprendente que en las últimas semanas revistas y periódicos de Estados Unidos publiquen abundantemente escritos en que se presenta como un hecho consumado el carácter *imperialista* de la potencia. Pero no, no se piense que tales escritos vienen de alguna izquierda

radical y contestataria, sino que, al contrario, han sido elaborados por consistentes integrantes del *establishment* intelectual de Estados Unidos y son, por decirlo así, francamente apologeticos y elogiosos del hecho.

Como ejemplo de ello, cita “un largo artículo reciente (*Newsweek*, 6 de enero de 2003)” donde el estadounidense Michael Ignatieff, profesor en Harvard, presenta al “Nuevo Imperialismo Americano” más como una “carga” que como una fortuna, sosteniendo que

[...] constituirse en Imperio es más que ser la más poderosa nación o la más odiada. Significa forzar el orden mundial para servir a los intereses americanos. Y eso significa imponer las reglas que desea Estados Unidos (en todo, desde el mercado hasta las armas de destrucción masiva), al mismo tiempo que se exceptúa a sí mismo de su sometimiento a otras normas (por ejemplo, el Protocolo de Kyoto sobre Medio Ambiente o la Corte Penal Internacional), por estar en contra de sus intereses [...] El Imperio Americano no es como los imperios del pasado, formado por colonias, conquistas y demás cargas que tuvo que soportar el hombre blanco. Tampoco estamos en la era de la United Fruit Company, cuando las corporaciones estadounidenses necesitaban de los marinos para defender sus inversiones en ultramar. El imperialismo del siglo XXI es una invención original en los anales de la ciencia política, un imperio “suave”, una hegemonía global cuyas notas graciosas son los mercados libres, los derechos humanos y la democracia, reforzados por el más apabullante poder militar que haya conocido el mundo. Es el imperialismo de un pueblo que recuerda que logró su independencia rebelándose en contra de un imperio, y al que le gusta pensar en sí mismo como amigo de la libertad en todas partes. Es un imperio sin conciencia de sí mismo como tal, y afectado siempre por el hecho de que sus buenas intenciones suscitan resentimientos en otros lugares. Pero todo ello no lo hace menos

Imperio, con la convicción de que él solo, en palabras de Herman Melville, encarna “el Arca de las libertades en el mundo”.

Flores Olea considera estas casi increíbles palabras nacidas de “una extraña mezcla de prepotencia pragmática y fundamentalismo bíblico”. Es singular cómo ellas hacen buenas, solo que esta vez a escala planetaria, observaciones como la de Bolívar en 1829, según la cual “los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad”; o la de Martí en 1891: “Creen en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: “esto será nuestro porque lo necesitamos”.”

Así como no podemos dejarnos engañar por artilugios como el del presunto “imperio ‘suave’”, tampoco podemos hacerlo con otros como el del fin de la historia o el del choque de civilizaciones esgrimidos por pensadores derechudos y nada originales como los estadounidenses Francis Fukuyama y Samuel P. Huntington. Atendamos, en cambio, a advertencias como la que en ensayo reciente nos ha hecho Samir Amin a propósito de lo que llama “el capitalismo senil”. Que el capitalismo ha entrado en su senilidad da razón de sus estremecimientos de dinosaurio herido, pero no quiere decir, panglosianamente, que vaya a desaparecer mañana. Nos esperan catástrofes. Pero también luchas, que serán victoriosas si sabemos darlas. José Martí, en una de sus “Escenas neoyorquinas”, al parecer de 1884, vaticinó:

Las castas que oprimen, y vienen de la gente feudal, han heredado con el nombre y privilegio de sus mayores, sus ferocidades y odios; pero los hombres de abajo, que serán pronto, por ley de amor e inteligencia, los de arriba, del Ande al Cáucaso y del Caspio al Río Amarillo se dan las manos, y apretados pecho a pecho, andan. [...] Dónde pararán, no se sabe; pero se han decidido llegar a las puertas del cielo.

Martí estudió su América, Europa y los Estados Unidos; el mundo árabe y Vietnam y el resto del

planeta. Si supo pelear y morir por su patria inmediata, poco antes de desaparecer físicamente había dejado dicho:

“Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer”, por lo que cada cual debe “cumplir su deber de humanidad, en la porción de ella que tiene más cerca”. Fue, para glosar otras palabras suyas, de los que ven y sienten con entrañas de humanidad. Va a hacer cuarenta años me propuse desenclavarlo de su ámbito inmediato —incluso el de nuestra América— y lo remití al orbe colonizado en su conjunto: lo que se daría en llamar el Tercer Mundo. Y luego vi con felicidad que Noël Salomón, de noble alma europea, exclamaba desde la UNESCO, en París: “Martí es nuestro”. Sí: es patrimonio de cuantos aspiran de veras a un mundo mejor, a abolir finalmente la prehistoria. En una de sus muchas observaciones sagaces, Martínez Estrada escribió en el libro suyo que se ha mentado:

Martí no piensa ni trabaja únicamente para Cuba y las Antillas en el momento actual y para cambiar el régimen de vida y de gobierno en ellas, sino que su revolución, siendo revolución circunscrita al Caribe, está en la línea y en el proceso de la revolución mundial que en unas u otras formas viene coordinando sus fuerzas para el progreso y elevación de la humanidad. Existe, según Martí, una revolución mundial y eviterna, que se va realizando a través de la historia de las naciones, y existen otras parciales que contribuyen a la otra, a esta que él intenta.

Pero si, efectivamente, no pensó ni trabajó solo para Cuba y las Antillas, vio que en su momento les incumbían a ellas responsabilidades de dimensiones universales. Es harto conocido su criterio sobre el papel de aquellas en el equilibrio del mundo. Durante un tiempo pensé que tal criterio era de origen sansimoniano, pues esa línea de pensamiento apareció, aunque no siempre con el mismo sentido, en Michel Chevalier. Pero al cabo comprendí que tuvo razón Julio Le Riverend, cuando en su trabajo de 1979 “El historicismo martiano en la idea

del equilibrio del mundo” lo remite a la herencia bolivariana, tan fundamental para Martí. Y bien: ha pasado más de un siglo y, henos aquí, en las Antillas, donde nació, comenzó a formarse y murió Martí, reunidos para abordar, con perspectivas que nacieron de él y en su estela hizo reverdecer la Revolución Cubana —como proclamó el propio Fidel—, los graves problemas del mundo actual.

Se lee mucho que este mundo requiere para ser entendido del conocimiento de distintos pensadores; por ejemplo, Marx, Freud y Nietzsche, para quienes, como el último repitió estruendosamente, Dios había muerto. Dostoyevski sacó conclusiones de ese hecho, e hizo exclamar a uno de sus personajes que si Dios había muerto, todo era posible. El siglo pasado y lo que va de este parecen haber existido para que tuviera razón. Doy por sentado que los creyentes en alguna religión — entre quienes no me cuento — añadirán otros nombres. Por mi parte, soy de los que tienen el firme convencimiento de que no ya Cuba, sino el planeta en su conjunto requiere para salvarse del conocimiento, de la asunción de Martí, criatura moral que por cierto no fue deicida y sí uno de los escasos fundadores de creencias universales; y que estamos asistiendo al inicio apenas de su expansión, como se habla de la expansión de una galaxia. En alguna oportunidad me pusieron como un zapato, en uno de esos ejemplos de prensa supuestamente libre donde no se nos permite replicar, por decir cosas de esta cuerda. El argumento del erudito a la violeta —por añadidura, un renegado— a quien debo esa agresión, es que ando divinizando a Martí, hecho tanto más vitando por cuanto el hombrecito nació en un oscuro rincón del mundo. De ninguna manera incurro en el error de querer hacer de Martí un dios. Simplemente creo, como creyó él, en el carácter sagrado de la existencia. Y no puedo olvidar que Jesús nació no solo en un oscuro rincón del mundo, sino en un pesebre. Los bibliógenos al servicio de los opresores, además, no pueden aceptar la relevancia excepcional de alguien a quien, en el fondo, tienden a tomar como un negro catedrático. A la riqueza copiosa y exacta de Martí consideran hojarasca los que confunden su propia escasez espiritual de letrados artificiales

con el austero rigor que creen tener. No es extraño que en años recientes les haya dado por atacarlo abiertamente, valiéndose de ideas que en su fatuidad de colonizados estiman novedosas. Al parecer, a fin de que ellos le dieran entrada en su olimpo, sería necesario que Martí fuera un blanco catedrático. El sin sentido de esto es tanto mayor porque cuando tirios y troyanos, apoyados en supuestas ciencias, creían sin vacilar en la existencia de razas superiores e inferiores —absurdo que el descubrimiento del genoma humano acabó de echar por tierra—, el hombrecito se atrevió a decir que no hay odio de razas, porque no hay razas. Muchísimas otras cosas se atrevió a decir —y a hacer. Pero los escribas de los señores se niegan a oírlo, cuando no lo dan a citar aviesa y torpemente por los propios señores.

Para calibrar el riesgo que se corre, no está de más recordar que lo que está en juego es la supervivencia misma del *homo sapiens*. Y, para viabilizarla, es imprescindible compenetrarse con quien, desde el seno del que estaba en vías de ser el mayor imperio jamás existente, e identificado con los opri-

midos, con los pobres de la Tierra —también Jesús vivió en el mayor imperio de su ámbito, identificado con los pobres—, proyectó otra modernidad, alternativa, fraternal y sororal, y anunció un universo nuevo, amasado por los trabajadores. Vivió y actuó para su patria y para el resto del mundo; para su momento y para el porvenir, hecho de innumerables siglos.

Malos tiempos son estos, según suelen serlo los del ocaso de un imperio, los del fin no de la historia, pero sí de una era. De no ocurrir ese fin, ¿cómo podría nacer otra era? Pero por arduos que sean, estos tiempos no descorazonarán a los auténticos seguidores de Martí, entre los que queremos contarnos. Hagamos nuestras las palabras que él citara al concluir su prodigiosa crónica sobre los mártires obreros de Chicago en 1887 —crónica que reveló un enérgico giro en su pensamiento—: “¡Hemos perdido una batalla, amigos infelices, pero veremos al fin el mundo ordenado conforme a la justicia; seamos sagaces como las serpientes, e inofensivos como las palomas!” ■





José Martí en Roa¹

RAÚL ROA

Hacia cuarenta y tres años de la caída en combate del Apóstol, y Raúl Roa acababa de cumplir treinta años cuando redactó el texto de la conferencia pronunciada el 19 de mayo de 1938 que revela cuán hondo había calado Martí en Roa y Roa en el conocimiento de la obra martiana. Con belleza literaria y rigor intelectual nos presenta su visión de Martí en su caballo piafante con mucho que hacer todavía en tierras americanas, como el propio Martí dijera del Libertador Simón Bolívar. De esa conferencia hemos tomado algunas partes y las reproducimos aquí, para testimoniar la presencia de Roa entre nosotros.

De cara al enemigo, como había soñado en las noches interminables del exilio y pedido en versos anhelantes, murió José Martí el 19 de mayo de 1895. Moría por la independencia de Cuba y Puerto Rico y por el destino de América y el decoro humano. Momentos antes de partir rumbo a Santo Domingo —donde lo aguardaba ya impaciente y calzado y con la estrella rutilante en el sombrero mambí el generalísimo Máximo Gómez— había escrito al *Club de Octubre*, de Puerto Plata: “Estamos haciendo obra universal. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos”. “Hasta hoy —dirá enseguida en nuestra tierra oriental, “donde las palmas son más altas y aguardan a los guerreros como novias”— no me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo; este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo

con que los hombres se ofrecen al sacrificio”. Y el 18 de mayo, en el pórtico mismo de su caída estremecedora, en carta a Manuel Mercado, recogería, con emoción difícilmente sofrenada, lo más puro y perdurable de su pensamiento revolucionario: “Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimo con que realizarlo— de impedir, a tiempo, con la independencia de Cuba y Puerto Rico, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso”. La urgencia ineludible del combate dejó trunca esa carta. Y trunca también la obra magna a la que José Martí había ofrendado su vida.

Pero esa vida y esa obra no han muerto en Dos Ríos. Mientras la colonia siga viviendo dentro de la república y Puerto Rico se debata a nuestras propias puertas en duelo heroico con el imperialismo norteamericano y casi toda América sufra en sus carnes laceradas la tenaza mortal de la dominación extranjera y sienta sus entrañas roídas por el buitre de la tiranía, ahora miméticamente revestido con

¹ Tomado de: *José Martí y el destino americano*. Publicaciones de la revista *Universidad de La Habana*. Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía. 1938, pp. 7—31.

plumaje pseudofascista, la obra de José Martí necesitará ser completada y su pensamiento político tendrá todavía mucho que hacer en América, junto con la espada de Simón Bolívar y el rifle de Sandino. Y cabalmente por eso, porque José Martí vive y alienta y está presto de nuevo, en su caballo piafante, a pelear por la libertad americana y la justicia social, urge rescatarlo de los falsos intérpretes de su doctrina, de los que usufructúan desvergonzadamente su sacrificio, de los que, titulándose discípulos suyos, no han vacilado en transformar su devoción en cheque, y de los que, entre estos últimos, han exhibido, con inaudito descoco, como propios, sus inconfundibles tesoros literarios; hay que rescatarlo de manos purulentas y de labios impuros y convertirlo, otra vez, en bandera de fe y esperanza, en tribuna y trinchera. Es hora ya, en fin, de que José Martí viva, como anheló y pidió vivir, diluido, como misteriosa esencia, en las raíces más insobornables de los desheredados y perseguidos de América. A contribuir a lograrlo estamos imperiosamente obligados cuantos formamos en la vanguardia de nuestra segunda guerra de independencia.

México le abre las talanqueras de América y por ellas se entra Martí jubiloso e inquieto, como quien penetra en selva virgen. Pero América seguirá siendo México y Martí volverá de la hazaña con el jolongo repleto de maravillas y mieles y hondamente perturbado el espíritu por el destino de esas tierras, presas codiciosas del “Norte revuelto y brutal que las desprecia”. A Guatemala —que arrancó de su pecho un dolor perfumado que su don lírico le transfundirá vida eterna— tributa Martí, en célebre folleto, un elogio ferviente mil veces reproducido.

“Bella y notable, fraternal y próspera —dice— la tierra guatemalteca donde el trabajo es hábito, naturaleza la virtud, tradición el cariño, azul el cielo, fértil la tierra, hermosa la mujer y bueno el hombre”. Para Costa Rica, vuelca la cornucopia inagotable de su admiración y cariño: “Tierra que siempre defendí y amé por justa y por viril, por hospitalaria y trabajadora, por sagaz y por nueva”. Y le suplica a sus amigos de Costa Rica que le “permitan servirla como hijo”. Ante Honduras

—“pueblo generoso y simpático en que se debe tener fe”— alterna la loa con la observación previsoras: “De tiempo atrás venía apenando a los observadores americanos la imprudente facilidad con que Honduras, por sin razón visible más confiada en los extraños que en los propios, se abrió a la gente rubia que con la fama de progreso le iba del Norte a obtener allí, a todo por nada, las empresas pingües que en su tierra se les escasean o se les cierran”. Venezuela y sus manes heroicas se le asocian en el recuerdo estremecido: “Yo no sé que haya derecho más grato que el de admirar como hijo al pueblo por donde América mostró al mundo como la libertad vence desnuda, sin más cureña que el lomo del caballo ni más rancho que recortes de cuero, al poder injusto que se socorre de las riquezas de la tiranía y del mismo ciego favor de la naturaleza; de venerar como hijo a la tierra que nos ha dado en nuestro primer guerrero, nuestro primer político y el más profundo de nuestros legisladores en el más terso y artístico de nuestros poetas: de amar como hijo a la república donde las almas, a modo de espada de fábrica finísima, son todas de acero, que pica frente a frente, para quien les pellizca la dignidad o les rebana la tierra del país, y para el que afuera va a pedirles tierra y pan son todas puño de oro”. De sociología —concluye— se sabe poco y de sus leyes, tan precisas como ésta: los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos.

Formulada en las entrañas mismas del “monstruo”, fruto directo de la observación y del estudio de la realidad norteamericana, esta ley sociológica ya no se apartará nunca de la meditación y de la acción política de Martí. Sobre esa ley sociológica se levantará su concepción revolucionaria del problema antillano y de sus implicaciones y consecuencias continentales.

El fiel de América —afirma con perspicacia asombradora— está en las Antillas que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, —mero fortín de la Roma americana—; y si libres —y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y tra-

bajadora— serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orden por el predominio del mundo.

La libertad de Cuba y Puerto Rico —añade— son indispensables para la familia hispanoamericana en el continente, donde los vecinos de habla inglesa codician la llave de las Antillas para cerrar con ella todo el norte por el istmo y caer luego, con todo su peso, por el sur”.

El alcance histórico de esa tarea plantea una cuestión polémica, que es necesario ventilar definitivamente. Se ha discutido más de una vez entre nosotros si Martí trascendió o no en su concepción teórica y práctica el ámbito de la revolución de independencia nacional dentro del cuadro de la democracia burguesa. Es posible, sin duda, subrayar en el ideario martiano más de un luminoso atisbo socialista. Aún más. Cuando Carlos Marx muere, Martí escribió palabras que evidencian, no solo su simpatía vivísima por la figura y la obra portentosa del eximio pensador y revolucionario, sino también una buida penetración política. “Como se puso del lado de los pobres —dijo— merece honor. No fue solo Marx movedor titánico de la cólera de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas y en los destinos de los hombres y mujeres comidos del ansia de hacer el bien. Él veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha. Suenan música y resuenan cantos, pero se nota que no son los de la paz”. El propio Martí expresó en el poema, en la tribuna y en el artículo su anhelosa decisión de echar su suerte con los pobres de la tierra.

A mi juicio, resultaría sobremanera aventurado hablar de un socialismo martiano. No basta reunir un haz centelleante de frases aisladas y aducirlo como prueba. De todas maneras, aunque Martí hubiera sido íntimamente socialista —que no lo

fue— no habría podido operar como tal en aquella coyuntura. Es incuestionable que cuando el mundo se aprestaba a yugular la nueva opresión, José Martí se disponía a liberar a Cuba y Puerto Rico de un régimen oprobioso, cuya antítesis histórica —realidad terrible— devenía ineluctablemente en aquella circunstancia en estadio social en trance de superación. Pero no es menos incuestionable que no existía otra salida real a nuestro problema de entonces que el desencadenamiento de la violencia revolucionaria contra la dominación española, cada día más exasperante y sangrienta. De no haberse percatado de ello, habría revelado Martí una incomprensión sustantiva para interpretar la correlación de fuerzas dominantes en aquel momento. Hombre inmerso en la realidad, no obstante la aureola romántica que coronaba su frente montuosa, Martí se dispuso, por el contrario, a trabajar con los materiales y modos que la coyuntura ofrecía. Y en esta vinculación profunda de Martí a la necesidad histórica, en ese nexo entrañable suyo con el estado de conciencia de la gran masa cubana, radica, primordialmente, su genialidad política, su ejemplar realismo revolucionario. “Hay que hacer en cada momento —proclamó en alta voz— lo que en cada momento es necesario”. Y eso hizo él. Hacer en cada instante lo que el instante demandaba. No se trataba solo de expulsar violentamente a la monarquía española de su último baluarte en América; la revolución de independencia nacional debía, asimismo, al propio tiempo que sentara una base material de resistencia vigorosa a la ambición yanqui en América, contener los gérmenes de su ulterior superación.

Yo quiero entresacar, como muestra relevante de la actitud irreductible de Martí ante todo intento anexionista y ante todo pupilaje o zalema, estos párrafos convulsos tomados de su panfleto, publicado en inglés, *Vindicación de Cuba*:

Ningún cubano honrado —escribe— se humillará hasta verse recibido como unapestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter. Hay cubanos que por móviles respetables, por una admiración ardiente al progreso y la liber-

tad, por el presentimiento de sus propias fuerzas en mejores condiciones políticas, por el desdichado conocimiento de la historia y de las tendencias de la anexión, desearían ver la isla ligada a los Estados Unidos. Pero los que han peleado en la guerra y han aprendido en los destierros; los que han levantado, con el trabajo de las manos y la mente, un hogar virtuoso en el corazón de un pueblo hostil; los que por su mérito reconocido como científicos y comerciantes, como empresarios e ingenieros, como maestros, abogados, artistas, periodistas, oradores y poetas, como hombres de inteligencia viva y de actividad poco común, se ven honrados donde quiera ha habido ocasión para desplegar sus cualidades, y justicia para entenderlos; los que, con sus elementos menos preparados, fundaron una ciudad de trabajadores donde los Estados Unidos no tenían más que unas cuantas casuchas en un islote desierto; esos, más numerosos que los otros, no deseaban la anexión de Cuba a los Estados Unidos. No la necesitan. Admiran esta nación, la más grande de cuantas erigió jamás la libertad; pero desconfían de los elementos funestos que, como gusanos en sangre, han comenzado en esta república portentosa su obra de destrucción. Han hecho de los héroes de este país sus propios héroes, y anhelan el éxito definitivo de la Unión Norteamericana, como la gloria mayor de la humanidad; pero no pueden creer hondamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza, el júbilo prolongado de una victoria terrible, estén preparando a los Estados Unidos para hacer una nación típica de la libertad, donde no ha de haber opinión basada en el apetito inmoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia. Amamos a la patria de Lincoln tanto como tememos a la patria de Cutting.

Cuando llega la hora ineludible de hacer buena su prédica, de desatar el incendio revolucionario contra una sujeción inquisitorial e insaciable, que solo representaba los intereses de una minoría parasitaria y dinástica apoyada exclusivamente en la fuerza, mientras el pueblo español sufría la persecución, la ignorancia y el hambre, y por sí mismo,

y a través de sus voces más nobles y alertas se pronunciaba a favor de la independencia cubana, José Martí reitera a Federico Henríquez Carvajal, en carta imperecedera, su visión amplísima del problema cubano:

De Santo Domingo, ¿por qué no le he de hablar? ¿Eso es cosa distinta de Cuba? Usted no es cubano, ¿y hay quien lo sea mejor que usted? ¿Y yo qué soy y quién me fija suelo? ¿No fue mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpité la voz de usted, en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello y va con aquello. Yo obedezco, y aun diré que acato como superior dispensación y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de la libertad de Cuba. Hagamos, por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo del mar hace la cordillera de fuego andino. Yo alzaré al mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo.

Cuando partió rumbo a Cuba —en débil barquichuelo y la mar tormentosa— llevaba consigo, junto a su pecho jadeante de dicha y de angustia, el destino de América.

La caída de José Martí, fulminado por la metralla española, fue catastrófica para Cuba y Puerto Rico en el más legítimo sentido del vocablo. Y también para América. El nuevo Delegado, Tomás Estrada Palma, hizo cuanto pudo por hipotecar, antes de nacida, la república de Cuba. Y la causa puertorriqueña fue miserablemente abandonada a su suerte. Coincidiendo con estas torpezas, hizo su aparición en Estados Unidos —ya completada su expansión interior a expensas de las regiones más opulentas de México— el capital monopolista, ávido de nuevos mercados y de nuevos territorios,

preferentemente poco desarrollados, donde volcar el excedente de su producción mecánica, extraer materias primas fundamentales para la industria en ascenso e invertir óptimamente sus dólares inactivos. Pero a la vez necesitaban los Estados Unidos robustecer, por imperativos estratégicos y ulteriores miras, —singularmente la hegemonía del istmo de Panamá— su posición en el mar Caribe, disputada tercamente por Inglaterra durante un siglo. Su intervención en la guerra hispanocubana señala el inicio de la etapa imperialista en dicho país. El derrumbamiento del poderío español en América —que coincidió con una resurrección de la voluntad histórica de España, expresada, enérgicamente, en un repertorio homogéneo de ideas políticas, sociales y literarias encaminadas a remover los fundamentos mismos de un Estado oligárquico, corrompido y obsoleto, que despilfarraba sus recaudaciones en sostener la intolerancia religiosa y una maquinaria militar hipertrofiada e incapaz— fue sustituido, de esta manera, por la dominación colonial de los Estados Unidos en Puerto Rico y por el control económico y político de Cuba mediante la Enmienda Platt y facilitado por la apertura, sin limitaciones, de nuestras posibilidades y riquezas, a sus banqueros y negociantes. “El suelo —había prevenido Martí— es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás”. Nada valió la palabra admonitoria y profética de Manuel Sanguily en el Senado de la república y mucho menos su proyecto de ley —que ni siquiera fue discutido— prohibiendo la enajenación de nuestras tierras y bienes raíces. La obra generosa, trascendental y revolucionaria de José Martí quedó así frustrada por su muerte prematura y por la conjunción de factores hostiles. Las consecuencias de esta frustración las hemos sufrido durante treinta y seis años de farsa pseudodemocrática y de realidad colonial, en que Cuba ha sido patrimonio sangriento de una minoría victoriosa y factoría azucarera, presidio de cañas amargas. Contra lo que él predicó y se propuso, la república ha sido—es hoy más

que nunca— “la perpetuación con formas nuevas, o con alteraciones más aparentes que esenciales del espíritu autoritario y burocrático de la colonia”. La curva del sojuzgamiento económico marca ya sus temperaturas más altas. Cuba —tierra de feracidad milagrosa, verdadero paraíso antillano por su clima y estupenda posición geográfica— vive una vida anémica y empantanada, a merced de las barreras arancelarias norteamericanas y de los unilaterales tratados de reciprocidad.

Martí dejó, a este respecto, observaciones que son indispensables recordar en esta hora cubana, todavía puerilmente embriagada con la fanfarria demagógica de la Conferencia de Buenos Aires:

Quien dice unión económica dice unión política. El pueblo que compra manda. El pueblo que vende sirve. Hay que asegurar el comercio para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir vende a un solo pueblo y el que quiere salvarse vende a más de uno. El influjo excesivo de un país sobre otro, se convierte en influjo político. La política es obra de hombres, que rinden sus sentimientos al interés, o sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio, a los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a arruinar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiere ser libre, sea libre en negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesita menos, al que lo desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato, o algún bachiller, a unión política. El comercio va por las vertientes de la tierra y agua detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía o república. La unión con el mundo, y no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arría de una de ellas contra las repúblicas futuras”. ■



Discurso en la conmemoración del natalicio de José Martí*

28 de enero de 1960

ERNESTO CHE GUEVARA

Queridos compañeros: niños y adolescentes de hoy, hombres y mujeres de mañana; héroes de mañana, si es necesario, en los rigores de la lucha armada; héroes, si no, en la construcción pacífica de nuestra nación soberana.

Hoy es un día muy especial, un día que llama a la conversación íntima entre nosotros, los que de alguna manera hemos contribuido con un esfuerzo directo a la Revolución, y todos ustedes.

Hoy se cumple un nuevo aniversario del Natalicio de José Martí, y antes de entrar en el tema quiero prevenirles una cosa: he escuchado hace unos momentos: ¡Viva el Che Guevara!, pero a ninguno de ustedes se le ocurrió hoy gritar: ¡Viva Martí! y eso no está bien.

Y no está bien por muchas razones. Porque antes que naciera el Che Guevara y todos los hombres que hoy lucharon, que dirigieron como él dirigió; antes que naciera todo este impulso libertador del

pueblo cubano, Martí había nacido, había sufrido y había muerto en aras del ideal que hoy estamos realizando.

Más aún, Martí fue el mentor directo de nuestra Revolución, el hombre a cuya palabra había que recurrir siempre para dar la interpretación justa de los fenómenos históricos que estábamos viviendo, y el hombre cuya palabra y cuyo ejemplo había que recordar cada vez que se quisiera decir o hacer algo trascendente en esta Patria... porque José Martí es mucho más que cubano; es americano; pertenece a todos los veinte países de nuestro continente y su voz se escucha y se respeta no solo aquí en Cuba sino en toda América.

Cúmplenos a nosotros haber tenido el honor de hacer vivas las palabras de José Martí en su Patria, en el lugar donde nació. Pero hay muchas formas de honrar a Martí. Se puede honrarlo cumpliendo religiosamente con las festividades que indican cada año la fecha de su nacimiento, o con el recordatorio del nefasto 19 de mayo de 1895.

* Fuente: Che Guevara, Ernesto, Obras. 1957-1967, Casa de las Américas, La Habana, 1970.

Se puede honrar a Martí citando sus frases, frases bonitas, frases perfectas, y además, y sobre todo, frases justas. Pero se puede y se debe honrar a Martí en la forma en que él querría que se le hiciera, cuando decía a pleno pulmón: “La mejor manera de decir, es hacer.”

Por eso nosotros tratamos de honrarlo haciendo lo que él quiso hacer y lo que las circunstancias políticas y las balas de la colonia se lo impidieron.

Y no todos, ni muchos —y quizás ninguno— pueda ser Martí, pero todos podemos tomar el ejemplo de Martí y tratar de seguir su camino en la medida de nuestros esfuerzos. Tratar de comprenderlo y de revivirlo por nuestra acción y nuestra conducta de hoy, porque aquella Guerra de Independencia, aquella larga guerra de liberación, ha tenido su réplica hoy y ha tenido cantidad de héroes modestos, escondidos, fuera de las páginas de la historia y que, sin embargo, han cumplido con absoluta cabalidad los preceptos y los mandatos del Apóstol.

Yo quiero presentarles hoy a un muchacho que quizás muchos de ustedes conozcan ya, y hacer una pequeña historia de aquellos días difíciles de la Sierra.

¿Ustedes lo conocen o no lo conocen? Es el comandante Joel Iglesias, del Ejército Rebelde y el jefe de la Asociación de Jóvenes Rebeldes. Ahora les voy a explicar por qué razones está en ese puesto y por qué lo presento con orgullo en un día como hoy.

El comandante Joel Iglesias tiene 17 años. Cuando llegó a la Sierra tenía 15 años. Y cuando me lo presentaron no lo quise admitir porque era muy niño. En aquel momento había un saco de peines de ametralladora —la ametralladora que se usaba en aquella época— y nadie lo quería cargar. Se le puso como tarea y como prueba el que llevara ese saco por las empinadas lomas de la Sierra Maestra. El hecho de que esté hoy aquí indica que lo pudo llevar bien.

Pero hay mucho más que eso. Ustedes no habrán tenido tiempo, por el poco espacio que caminé, de ver que cojea de una pierna; ustedes no han podido ver, no han podido oír tampoco, porque no los ha saludado, que tiene la voz ronca y que no se le escucha bien. Ustedes no han podido ver que

tiene en su cuerpo 10 cicatrices de balas enemigas, y que esa ronquera que tiene, esa cojera gloriosa, son los recuerdos de las balas enemigas, pues siempre estuvo en primer lugar en el combate y en los puestos de mayor responsabilidad.

Yo recuerdo que había un soldado —que después fue comandante— que murió hace poco por una equivocación trágica.

Ese comandante se llamaba Cristino Naranjo. Tenía cerca de cuarenta años, y el teniente que lo mandaba era el teniente Joel Iglesias, de quince años. Cristino le hablaba de tú a Joel, y Joel que lo mandaba, le hablaba de usted. Sin embargo, Cristino Naranjo nunca dejó de obedecer una orden, porque en nuestro Ejército Rebelde, siguiendo las orientaciones de Martí, no nos importaban ni los años, ni el pasado, ni la trayectoria política, ni la religión, ni la ideología anterior de un combatiente. Nos importaban los hechos en ese momento y su devoción a la causa revolucionaria.

Nosotros sabíamos también, por Martí, que no importaba el número de armas en la mano, sino el número de estrellas en la frente. Y Joel Iglesias, ya en aquella época, era de los que tenían muchas estrellas en la frente, no esa sola que hoy tiene como comandante del Ejército. Por eso quería presentárselo en un día como hoy, para que supieran que el Ejército Rebelde se preocupa de la juventud, y de darle a esa juventud que hoy asoma a la vida, lo mejor de sus hombres, lo mejor de sus ejemplos combatientes y de sus ejemplos de trabajo. Porque creemos que así se honra a Martí.

Quisiera decirles a ustedes muchas cosas como esta hoy. Quisiera explicarles, para que me entiendan, para que lo sientan en lo más hondo de sus corazones, el porqué de esta lucha, de la que pasamos con las armas en la mano, de la que hoy sostenemos contra los poderes imperiales, y de la que quizás tengamos todavía que sostener mañana en el campo económico, o aún en el campo armado.

De todas las frases de Martí, hay una que creo que define como ninguna ese espíritu de Apóstol. Es aquella que dice: “Todo hombre verdadero debe sentir en la mejilla el golpe dado a cualquier mejilla de hombre.”

Eso era, y es, el Ejército Rebelde y la Revolución cubana. Un Ejército y una Revolución que sienten en conjunto y en cada uno de sus miembros, la afrenta que significa el bofetón dado a cualquier mejilla de hombre en cualquier lugar de la tierra.

Es una Revolución hecha para el pueblo y mediante el esfuerzo del pueblo, que nació de abajo, que se nutrió de obreros y de campesinos, que exigió el sacrificio de obreros y de campesinos en todos los campos y en todas las ciudades de la Isla. Pero que ha sabido recordarlos en el momento del triunfo.

“Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar”, decía Martí, y asimismo, interpretando sus palabras, lo hicimos nosotros.

Hemos venido puestos por el pueblo y dispuestos a seguir aquí hasta que el pueblo quiera, a destruir todas las injusticias y a implantar un nuevo orden social.

No le tenemos miedo a palabras, ni a acusaciones, como no tuvo miedo Martí. Aquella vez que en un primero de Mayo —creo que de 1872— en que varios héroes de la clase obrera norteamericana rendían su vida por defenderla y por defender los derechos del pueblo, Martí señalaba con valentía y emoción esa fecha, y marcaba el rostro de quien había vulnerado los derechos humanos, llevando al patíbulo a los defensores de la clase obrera. Y ese primero de Mayo que Martí apuntó en aquella época, es el mismo que la clase obrera del mundo entero, salvo los Estados Unidos, que tienen miedo de recordar esa fecha, recuerdan todos los años en todos los pueblos, y en todas las capitales del mundo, y Martí fue el primero en señalarlo, como siempre era el primero en señalar las injusticias. Como se levantó junto con los primeros patriotas y como sufrió la cárcel a los quince años; y como toda su vida no fue nada más que una vida destinada al sacrificio, pensando en el sacrificio y sabiendo que el sacrificio de él era necesario para la realidad futura, para esta realidad revolucionaria que todos ustedes viven hoy.

Martí nos enseñó esto a nosotros también. Nos enseñó que un revolucionario y un gobernante no pueden tener ni goces ni vida privada, que debe destinarlo todo a su pueblo, al pueblo que lo eligió,

y lo manda a una posición de responsabilidad y de combate.

Y también cuando nos dedicamos todas las horas posibles del día y de la noche a trabajar por nuestro pueblo, pensamos en Martí y sentimos que estamos haciendo vivo el recuerdo del Apóstol.

Si de esta conversación entre ustedes y nosotros quedara algo, si no se esfumara, como se van las palabras, me gustaría que todos ustedes en el día de hoy pensarán en Martí. Pensarán como en un ser vivo, no como un dios ni como una cosa muerta; como algo que está presente en cada manifestación de la vida cubana, como está presente en cada manifestación de la vida cubana la voz, el aire, los gestos de nuestro gran y nunca bien llorado compañero Camilo Cienfuegos. Porque a los héroes, compañeros, a los héroes del pueblo, no se les puede separar del pueblo, no se les puede convertir en estatuas, en algo que está fuera de la vida de ese pueblo para el cual la dieron. El héroe popular debe ser una cosa viva y presente en cada momento de la historia de un pueblo.

Así como ustedes recuerdan a nuestro Camilo, así deben recordar a Martí, al Martí que habla y que piensa hoy, con el lenguaje de hoy, porque eso tienen de grande los grandes pensadores y revolucionarios: su lenguaje no envejece. Las palabras de Martí de hoy no son de museo, están incorporadas a nuestra lucha y son nuestro emblema, son nuestra bandera de combate.

Esa es mi recomendación final, que se acerquen a Martí sin pena, sin pensar que se acercan a un dios, sino a un hombre más grande que los demás hombres, más sabio y más sacrificado que los demás hombres, y pensar que lo reviven un poco cada vez que piensan en él, y lo reviven mucho cada vez que actúan como él quería que actuaran.

Recuerden ustedes que de todos los amores de Martí, su amor más grande estaba en la niñez y en la juventud, que a ellas dedicó sus páginas más tiernas y más sentidas y muchos años de su vida combatiendo. Para acabar, les pido que me despidan como empezaron, pero al revés: con ¡Viva Martí!, que está vivo. ■



José Martí: la independencia de las Antillas hispanas y el equilibrio internacional*

RODOLFO SARRACINO MAGRIÑAT

El análisis de cualquier artículo, ensayo u obra que incluya en su temática el principio del equilibrio internacional requiere, en rigor, un estudio cuidadoso previo, histórico y técnico, inevitablemente extenso, referido a los métodos que Martí aplicó en su defensa del derecho del pueblo cubano a la independencia. Pero falta el tiempo para hacerlo en esta ocasión. Me limito a señalar la influencia del positivismo del fin del siglo XIX en las añosas páginas de los textos tradicionales del Derecho Internacional Público, sin precisar si hubo influencia de este en Martí, abogado y profesor de Derecho, cuyo trabajo de graduación en la

Universidad de Zaragoza fue precisamente sobre el *Ius Gentium* o Derecho de Gentes romano, equivalente al Derecho Internacional de nuestro tiempo.

Se debatía entonces, entre los juristas de la especialidad, la necesidad de una sociedad de estados, como condición necesaria para la existencia del Derecho Internacional, último refugio de los países pequeños y débiles que apenas sobrevivían, y sobreviven, ante la voracidad de las grandes potencias, en tanto que el equilibrio de poder entre los estados se consideraba imprescindible para el buen funcionamiento de un Derecho Internacional aplicable y en esa medida perdurable. Se discutía entre los más connotados internacionalistas de aquellos días el papel de la voz del pueblo, la política y la ética en el desarrollo del Derecho Internacional.

* Conferencia impartida el 28 de noviembre de 2014 en la UPC de Guantánamo.

Nada más coincidente con los intereses docentes, pero sobre todo revolucionarios, de José Martí.

Los ideólogos del imperio, que nunca creyeron en familias de estados y mucho menos en la incorporación de la ética al Derecho Internacional o el equilibrio en las relaciones del mundo, impusieron, hasta el día de hoy, los criterios de la fuerza como factor decisivo en las relaciones internacionales. No se registran ejemplos de dirigentes políticos o jefes de estado estadounidenses, salvo el caso excepcional de Henry Kissinger en tiempos recientes,¹ que haya mencionado siquiera el principio del equilibrio en las relaciones internacionales, salvo para señalar su ineficacia.

En realidad, Martí escribió poco del tema. Lo aplicó sin embargo como estrategia de lucha, cuando se hallaba inmerso en la organización de un proceso revolucionario en Cuba, excepcionalmente complejo por la cercanía a una gigantesca nación, cuyos círculos de poder se empeñaban en convertirla en un imperio. El proyecto martiano, salvando la diferencia en el tiempo y las circunstancias, se inspiró en las ideas de Simón Bolívar.

Con previsión increíble, el Libertador introdujo cambios en el principio del equilibrio internacional que instaban a los revolucionarios de Asia, África y América Latina a unirse para impedir el control y la explotación de las potencias coloniales europeas, sin incluir en ese momento a Estados Unidos. Pero en los días de Martí EE. UU. se había convertido en el peligro fundamental de los pueblos hispanoamericanos que luchaban por su independencia. Baste evocar el esclarecedor comentario, tantas veces citado por este y otros investigadores, que escribiera Martí, probablemente entre 1887 y 1888, cuando trabajaba en la firma Lyon and Company, que apa-

rece en uno de sus Cuadernos de apuntes, acerca de una información del vicedéputa francés en Guayaquil, que habría hallado un “paso transcontinental”, capaz con pocas inversiones de atravesar el continente suramericano de un océano al otro.

Inmediatamente la Great Zaruma Gold Mining Company, firma británica de minería, inició negociaciones para adquirir el derecho al desarrollo y explotación de ese proyecto que nunca prosperó.

He aquí lo que escribió Martí en su Cuaderno de apuntes acerca de ese incidente en una especie de memorando exclusivamente para su uso personal:

[...] lo que otros ven como un peligro, yo lo veo como una salvaguardia: mientras llegamos a ser bastantes fuertes para defendernos por nosotros mismos, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia, está en el equilibrio de potencias extranjeras rivales. Allá, muy en lo futuro, para cuando estemos completamente desenvueltos, corremos el riesgo que se combinen en nuestra contra las naciones rivales, pero afines (Inglaterra, Estados Unidos): de aquí que la política extranjera de la América Central y Meridional haya de tender a la creación de intereses encontrados en nuestros diferentes países, sin dar ocasión de preponderancia definitiva de ninguno, aunque es obvio que ha de haber, y en ocasiones convenir que haya preponderancia aparente y accidental, de algún poder que acaso deba ser siempre un poder europeo.²

Nótese en esas líneas la percepción de Martí acerca de las contradicciones que por aquellos días existían entre ciertas potencias europeas y el flamante imperio estadounidense, que entonces veía la luz, y la manera como Martí concebía utilizarlas para impedir el “control” de Estados Unidos sobre Cuba

¹ Henry Kissinger afirmó el 18 de julio del 2001 ante el Consejo de Asuntos Mundiales de Los Angeles: “Los Estados Unidos se encuentran hoy en una posición curiosa. Somos el país más poderoso que haya existido en el mundo [...] Pero solo hay un problema: si se alcanza semejante posición de preeminencia, se manifiesta inmediatamente la tendencia entre los demás países a unirse para restablecer alguna forma de equilibrio con el fin de reducir en lo posible nuestra capacidad de influencia”.

² Esta reflexión es una de las primeras alusiones escritas por Martí al principio del equilibrio en las relaciones internacionales. Por los estudios realizados para datar este documento se concluye que debe haber sido escrito entre 1887 y 1888, fecha en que se fundó la Great Zaruma Mining Co. Ltd. Véase en: José Martí, “Fragmentos”, Obras completas, tomo 22, p. 116.

y el resto de las Antillas Mayores, y su extraordinaria presciencia acerca de la unión que él anticipaba podría tener lugar —como en efecto tuvo— entre Inglaterra y Estados Unidos. Palabras más claras no es posible hallar en la gigantesca obra martiana para caracterizar su visión del equilibrio internacional y su aplicación durante la lucha “necesaria” que se venía encima al pueblo cubano.

En verdad, al ser elevado a la dirección del Partido Revolucionario Cubano en abril de 1892, José Martí se enfrentaba a problemas estratégicos en extremo complejos. Uno de los más obvios era que, con menos de dos millones de habitantes, después de una década de guerra en Cuba contra España, incluyendo también a Puerto Rico, unidos en la lucha por su independencia, difícilmente habrían podido sobrevivir sin apoyo internacional a la anunciada expansión territorial estadounidense. Baste una mirada somera a las cifras: 25 años después de la Guerra de Secesión, la potencia del Norte contaba con más de 60 millones de habitantes, una extensión continental de algo más de ocho millones y medio de km² y una industria pesada y de armamentos capaz de armar a un número de hombres imposible de aproximar mínimamente por los pueblos de las Antillas Hispánicas.

Hay que convenir, como Martí sabiamente había anticipado, que EE. UU. era el más peligroso enemigo de las aspiraciones libertarias del pueblo cubano. En esas circunstancias, la unidad y el respaldo de la América española a Cuba eran para los revolucionarios cubanos de la mayor importancia. Pero América Latina permanecía a su vez profundamente dividida: desde antes de 1880 la política exterior de la monarquía brasileña estaba sujeta a su dependencia económica de EE. UU. cuyo propósito era asegurar a ese país como mercado principal para su enorme cosecha de café y otros productos primarios.

Desarrollaba una activa emulación con Argentina por la supremacía en la subregión, cuando esta aún tenía pendiente con el enorme país suramericano el diferendo territorial, al borde de la guerra, por los más de 60,000 km² de Misiones. Paralelamente se esforzaba por asegurar un acuerdo político-militar con la ya poderosa nación norteamericana. No

puede olvidarse que Brasil poseía poco menos de la mitad del territorio total del hemisferio y algo más de la mayoría de su población. La justificación de la política brasileña contra las pretensiones de liderazgo de Argentina era su temor a una alianza bajo su orientación de los países hispanoamericanos en el Cono Sur.

Y para Estados Unidos, como ha afirmado el brillante historiador brasileño Helio Jaguaribe “esa relación especial con Brasil constituía una forma de romper la potencial unidad latinoamericana y vaciar las relaciones hemisféricas en el formato de un panamericanismo bajo la hegemonía norteamericana”.³ Subráyese que ese entendimiento subsistió en el siglo xx en el plano militar, salvo en el interludio fascista de Getulio Vargas con Italia y Alemania en los preámbulos de la Segunda Guerra Mundial, y particularmente durante el periodo de las dictaduras militares.

Argentina, por su parte, mantenía relaciones financieras y comerciales especiales con Europa, sobre todo con Inglaterra y Alemania, cuyos bancos le concedían préstamos en condiciones imposibles de igualar por EE. UU., y le proporcionaban los productos industriales imprescindibles para su desarrollo diversificado. España, a su vez, le aseguraba una corriente permanente de emigrados “latinos blancos”, que desembarcaban en instalaciones portuarias preferenciales en el Río La Plata, a los que el gobierno argentino asignó la estratégica tarea de garantizar la mano de obra imprescindible para el crecimiento permanente de la economía y el desarrollo ulterior de las Pampas, parcialmente pobladas por indios, convenientemente caracterizados de improductivos y “primitivos” por el general Julio Argentino Roca, el hombre que los derrotó en una guerra desigual que concluyó con su virtual exterminio.

Las relaciones de España y Argentina, pues, no eran solo buenas, eran estratégicas, sobre todo para esta última. Lo expuesto resulta una deducción fácil si se cuenta con hechos demostrativos en el plano

³ Helio Jaguaribe, “Presente e futuro das relações Brasil-Estados Unidos” en: *Estados Unidos en la transición democrática*, San Pablo, Editora Paz é Terra, 1985.

de las relaciones bilaterales. Pongamos un ejemplo transparente. Es posible que Martí lo desconociera, porque no era del interés de las partes divulgarlo, pero fue justamente en 1892 cuando la monarquía española pidió al gobierno argentino que le cediese los fusiles y carabinas Mauser, modelo 1891, que la empresa alemana Ludwig Loewe de Berlín producía para el ejército argentino, contratados ante el peligro de una posible guerra con Brasil y Chile, y la posible expansión militar estadounidense hacia Suramérica.

El gobierno argentino aceptó ayudar a España. La razón esgrimida por las autoridades españolas al hacer esa solicitud era la imposibilidad de la empresa alemana de atender su pedido de armas porque toda su capacidad productiva estaba ocupada con el contrato argentino. Pero además de la urgencia momentánea, se anticipaban otros destinos para esas armas de última generación. En efecto, un lote de 5 000 unidades fue inmediatamente retirado de los almacenes y remitido, siempre con la anuencia del gobierno argentino, a las autoridades españolas, con las marcas y divisas nacionales del país austral, lo que puede haber dado lugar al falso rumor de que habían sido producidas y vendidas allí al ejército español. La empresa alemana desvió entonces hacia España lotes subsiguientes de armas en producción para Argentina; grabó en ellas los emblemas españoles y la marca “Berlín 1894”, y las remitió también al ejército de ese país. Después de neutralizado el levantamiento de Melillas, los cargamentos de armas fueron a parar, por lo menos hasta 1896, a Cuba y Filipinas.

Este gesto amistoso de Argentina hacia España, no reconocido aún debidamente en nuestra historiografía,⁴ era una indicación poco promete-

dora para la revolución cubana. Señalaba, además, la existencia cercana al caos de la política exterior del gobierno argentino, que se evidenciaba en las divergencias entre Estanislao Severo Zeballos, cercano a Julio Argentino Roca, general del ejército y políticamente ultra conservador, entonces ministro del exterior y presidente de la comisión responsabilizada con las compras de armas en Europa, y Roque Sáenz Peña, el amigo de Martí. Sáenz Peña, que llegaría a la presidencia en 1910. Se trata de una figura de ideas moderadamente críticas del sistema político argentino.⁵ Ambos estaban envueltos en ese momento en la supresión de un levantamiento armado organizado por Bartolomé Mitre en medio de una crisis financiera provocada por el pésimo manejo de las finanzas por el gobierno del presidente Carlos Pellegrini.⁶

Por otra parte, al producirse en 1889 el golpe de estado del general Deodoro de Fonseca en Brasil, en el curso de la Conferencia Internacional Americana, Martí, y otros miembros de las delegaciones latinoamericanas a ese evento, informalmente especularon acerca de un posible cambio en la política exterior brasileña, que sin embargo no tuvo lugar. Por el contrario, uno de los políticos más brillantes de la monarquía, José Maria da Silva Paranho, Barón de Río Branco, fue eventualmente designado Ministro de Relaciones Exteriores de la

⁴ Estas informaciones fueron remitidas al autor de este trabajo en respuesta a su pregunta, que a continuación reproducimos, planteada en el Foro Internacional digitalizado de la fábrica de armas Mauser, disponible en Internet: “It is frequently stated that, during the Cuban—Spanish war, beginning in 1895, Argentina sold Mauser rifles, produced under license in Argentina, to the Spanish government. Is this a fact? If this was true, was it the Mauser 1891? Thanks in advance for your help”. Aunque la respuesta de Mauser desmiente parcialmente ese rumor, la realidad es más interesante y pertinente para nuestra investigación.

⁵ El 2 de mayo de 1898, Sáenz Peña, en plena Guerra de EE. UU. y Cuba contra España, trató de explicar la posición de Argentina: “Cuba ha debido ser libre, lo repito, si esa libertad no se buscara en este momento histórico, por el camino de la humillación y del ultraje a la nación española: ultraje que no le infieren las disensiones internas, entre insurgentes y peninsulares, sino los actos insólitos de una política invasora, que acecha desde la Florida los anchurosos senos del golfo de Méjico, para nutrir en ellos sensuales expansiones territoriales y políticas; sueños de predominio, que aspiran a gravitar pesadamente en la vasta extensión de este hemisferio”. Ya era demasiado tarde para apoyar a Cuba, pero al menos llamaba la atención sobre el peligro inminente que Estados Unidos significaba para el resto de la América Hispánica.

⁶ Después de años de estabilidad financiera, ciertos impagos de los bancos argentinos provocaron a los grandes bancos británicos que exigieron desembolsos para liquidar la deuda en oro atendiendo a la supuesta convertibilidad del peso, que no pudieron ser efectuados.

nueva república, que nació tarada por la ansiada alianza con Estados Unidos, idéntica a la que trataba de lograr Pedro II. Hasta el día de hoy la Academia Diplomática de Brasil lleva su nombre.

En el propio año, un historiador naval estadounidense, el capitán de navío Alfred Thayer Mahan, presentó en varias de las grandes ciudades estadounidenses, incluyendo la capital, una obra devenida clásica: La importancia del poder naval en la Historia. El control de los mares era la clave para la expansión planeada de Estados Unidos y el aumento consiguiente de su comercio con el mundo. Ello, según explicó el oficial naval en artículos posteriores, era la clave de un futuro feliz para el pueblo estadounidense, que sería liberado de las crisis de sobreproducción y desempleo que asolaban regularmente a la economía norteamericana, mediante el acceso a los grandes mercados de Asia y el Oriente Medio.⁷

El tema central de la obra era el ejemplo del Reino Unido, en aquellos días considerado, según Mahan, el enemigo potencial más peligroso de Estados Unidos, con el que, por cierto, recomendaba un entendimiento político, que a principios del siglo xx se hizo realidad, con la firma del tratado Hay—Pauncefote de 1901, que dejaba sin efecto el Tratado Clayton—Bulwer de 1850, según el cual Inglaterra y EE. UU. se abstendrían del control del istmo y de los países centroamericanos.

En 1890, el oficial estadounidense publicó un revelador texto en la revista norteamericana, *Atlantic Monthly*, “The United States looking outward” (“Los Estados Unidos observan el exterior”) en que analiza la importancia estratégica de las Antillas. En una palabra, el historiador y capitán de la marina planteaba con insólito candor que las islas de las Antillas Mayores, particularmente Cuba, debían estar, por necesidad, bajo el “control” de Estados Unidos, a fin de asegurar la protección de un canal interoceánico que ya era público que el recién nacido imperio se proponía construir en el

istmo, en Panamá o Nicaragua. Mahan se refirió específicamente al Paso de los Vientos, la vía más corta hacia el canal planeado, cuya construcción, según afirmaba, no podría iniciarse sin garantizar su seguridad, ante el peligro de las flotas de Inglaterra y Alemania, con el “control” de sus aproches, esto es, la creación de un sistema de bases navales en ambas costas del citado Paso.

El punto clave de su política antillana era, sin duda, Cuba. Sus ideas recibieron amplio apoyo en el Congreso presentadas por el joven y ambicioso político conservador republicano, Henry Cabot Lodge, y su amigo, el líder republicano, vicepresidente y después presidente de EE. UU., Teodoro Roosevelt, su compañero profesor en la Escuela Naval de Anápolis. En un periodo relativamente breve, el canal se convirtió en un objetivo priorizado del gobierno yanqui, Todo esto se ventiló con amplitud en la prensa, en diarios como el *New York Times*, el *New York Herald* y el *Brooklyn Daily Eagle* y no pudo pasar inadvertido para Martí.

Al iniciarse la Conferencia Internacional Americana, Martí escribió para el diario argentino *La Nación*, en artículo publicado el 2 de noviembre de 1889, que la conferencia mostraría “a quienes defienden la independencia de la América Española, donde está el equilibrio del mundo”. Nunca antes Martí había mencionado públicamente ese principio, tan antiguo como la humanidad, pero a partir de ese momento lo reiteró en todos los documentos programáticos de la revolución, vinculado entre líneas a la necesidad de unidad entre los pueblos hispanoamericanos. A Gonzalo de Quesada le decía en carta fechada en Nueva York el 29 de octubre de 1887: “De los pueblos de Hispano América, ya lo sabemos todo: allí está [...] nuestra libertad”.⁸

El gobierno estadounidense no perdía tiempo. Con la asistencia de un grupo de cubanos anexionistas en la Conferencia, inició sus gestiones ante el gobierno español para la compra de la Isla. Pero España se negó a la venta. Indignado, Martí le escribió a Gonzalo de Quesada, refiriéndose a los

⁷ Para ampliar la información sobre la influencia de las fuerzas armadas de Estados Unidos en la estrategia revolucionaria de José Martí, véase el ensayo de este autor “América Latina y Europa en el equilibrio martiano”, en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos* de 2002. p. 108.

⁸ José Martí, carta a Gonzalo de Quesada, Nueva York, octubre 29 de 1889 en: *Obras Completas*, La Habana, tomo 1, pp. 247-250.

yanquis; “y una vez dentro [de Cuba], ¿cómo nos los vamos a quitar de encima?”.

Martí comprendió que debía acelerar su proyecto revolucionario para lograr la independencia de Cuba con una guerra sorpresiva y fulminante, que al propio tiempo debía ser “generosa y breve” y permitiría establecer, después del triunfo, un equilibrio en las Antillas hispanas para detener momentánea o permanentemente la expansión de Estados Unidos en el Caribe, mediante la unidad de Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y Haití, históricamente solidario con nuestra América, con el apoyo aún no confirmado de varios países hispanoamericanos: Argentina, México, que ya en 1894 donó a Martí, por el propio presidente Porfirio Díaz, unos 20,000 pesos, sin dejar de aclarar que las presiones de EE. UU. le imposibilitarían reconocer la beligerancia del pueblo cubano; además de los prometedores contactos de Martí en el propio año con dos naciones centroamericanas, y de dos potencias europeas, que en las condiciones en el mundo de entonces, que hoy llamaríamos de “multipolaridad económica, política y militar”, tenían fuertes contradicciones con el imperio norteamericano en ciernes.

Martí, solo y con escasos recursos, hizo lo humanamente posible por convencer a Roque Sáenz Peña, jefe de la delegación argentina a la conferencia, de que el núcleo central del problema no era detener a EE. UU. en el istmo, a las puertas de las tierras del Sur. Era hacerlo en las Antillas Mayores, en el Paso de los Vientos, bordeado por los cuatro países hermanos ya mencionados. Ello le obligaría a discutir y negociar con gobiernos independientes, reconocidos por potencias europeas con intereses estratégicos en la propia región, dispuestas a establecer relaciones económicas y políticas con dichos gobiernos.

Detener al imperio recién nacido “hasta que podamos defendernos por nosotros mismos”, como ya sabemos escribió Martí para sí en su Cuaderno de apuntes, podía crear un equilibrio internacional capaz de inhibir la expansión yanqui en nuestra América e incluso el Pacífico. En definitiva, Cuba hacía entonces —frecuentemente se lo recordó

a los círculos de poder argentinos— lo que Argentina hizo por su independencia en 1810. Ese era el núcleo de sus argumentaciones estratégicas en su diálogo con Roque Sáenz Peña, presidente de la delegación argentina a la Conferencia Internacional Americana.

Todo indica que Martí logró convencerlo, al menos en ese momento. Y, después de concluida la conferencia, en el brevísimo intervalo de poco más de un mes en que esta personalidad fungió como titular de relaciones exteriores, insistió en nombrarlo cónsul en Nueva York, con tareas que en la práctica equivalían a las de cónsul general.

La noticia de su nombramiento en octubre de 1890, y también de Paraguay —ya desde 1887 era cónsul de Uruguay— subrayaba que el dirigente y líder conocido de una revolución en una colonia de España, amiga de Argentina, era el nuevo cónsul del gobierno de ese país en la mayor ciudad de Estados Unidos. Que la potente nación porteña, en acelerado desarrollo, respaldara la lucha de los cubanos por su independencia no podía ser una noticia grata para el gobierno hispano y menos para el de Estados Unidos. Súbitamente, Martí había dejado de ser un modesto emigrado español que podía ser deportado del país sin miramiento alguno, y se había convertido en un funcionario consular al servicio de Argentina.

Una vez en posesión de su cargo, la primera acción política de Martí fue dirigirse a los miembros del Club Crepúsculo de Nueva York en una cena en que se daba a conocer su ingreso a esa institución, que lo ponía en contacto con prominentes intelectuales, empresarios multimillonarios y militares de alta graduación, casi todos de ideas liberales, críticos del rumbo imperial que tomaba Estados Unidos y defensores de las mejores causas internacionales.

El encuentro tuvo lugar en un lujoso restaurante neoyorquino. Martí les transmitió un mensaje que a todas luces respondía a las autoridades y prensa que participaban en el creciente debate en torno al “control” de Cuba y otros países del Caribe y de América continental. Un fragmento de su discurso, desconocido u olvidado por los investigadores, pronunciado originalmente en inglés, fue publicado en

español en octubre del propio año en el periódico *El Porvenir* de Nueva York

[...] Se hablaba entonces, y aún puede ser que se hable hoy, entre políticos ignorantes y adementados, de la intrusión disimulada, con estos o aquellos pretextos plausibles, de estas fuerzas del Norte en los pueblos meritorios, laboriosos, ascendentes, de la América española, de la intrusión, so nombre de la libertad, en la libertad ajena, que es delito que no se ha de cometer, porque harto saben los que en ella viven que, a vueltas con sus elementos heterogéneos lo que triunfa aquí al fin y al cabo es la gran conciencia nacional, que no permite ya de semejante mancha. Pero si esa unión violenta de que suelen hablar, una que otra vez, los políticos adementados e ignorantes, no ha de realizarse ciertamente por la nobleza de la tierra que la habría de imponer, y la de las tierras que la habrían de resistir, hay otra unión simpática y posible, tan apetecible del lado de acá de la frontera, como del lado de allá, y es la que no puede dejar de nacer del trato mutuo, despreocupado y justiciero de los hombres de una zona con los hombres de la otra, de los hombres de veras, cordiales y cultos, como esta asamblea de cabezas firmes y espíritus amantes de la justicia, ante quienes deponen el extranjero humilde su corazón agradecido.⁹

Era un mensaje breve, como exigían las reglas del Club, formulado con esmero diplomático, pero de obvio contenido antimperialista, evidentemente una respuesta al proyecto anexionista de Mahan y del grupo de congresistas republicanos conservadores que lo apoyaban. Fue recibida con aplausos y abrazos por los asistentes. Calificar de dementes e ignorantes a un influyente oficial naval y a políticos conservadores norteamericanos,

⁹ José Martí, Fragmento del discurso pronunciado ante el Club Crepúsculo de Nueva York, en *El Porvenir*, Nueva York, 29 de octubre de 1890, bajo el título de “Recuerdos de Verano”, y en OC, t. 28, Nuevos materiales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973, p. 339. Ambos fragmentos los hemos cotejado.

empeñados en intervenir en los países de América hispana, ante un auditorio tan variado como influyente, ocasión en que Martí, sin mencionar a Cuba, habló como representante de tres Estados sudamericanos, evidenciaba un grado considerable de audacia. Esto es así, porque su cargo consular presuponía instrucciones de sus gobiernos, en temas que se vinculaban a las relaciones bilaterales de dichos países con Estados Unidos.

Martí aceptó la invitación a incorporarse a la membresía del Club, que en verdad era una especie de caja de resonancia nacional incontrolada en cuyas filas militaban intelectuales de la talla de Walt Whitman, Mark Twain, Mark Derkham, John Swinton, jefe de redacción del *New York Times*, amigo de Carlos Marx y Federico Engels; el magnate del acero y multimillonario, Andrew Carnegie, el general Charles F. Wingate, presidente del Club y héroe neoyorquino de la Guerra de Secesión, y otros. En esa ocasión, Martí aplicaba el principio del equilibrio en la política interna de Estados Unidos. No fue una acción intrascendente: en 1896, el Club, en presencia de los representantes de la revolución cubana, solicitó enérgicamente al gobierno de Estados Unidos el reconocimiento de la beligerancia del pueblo cubano en armas.

Lamentablemente, su importante labor consular, con las ventajas que ello le significaba para moverse libremente por el territorio del país, y su acceso al uso del correo consular, se vio abruptamente terminada un año después de su designación. El 10 de octubre de 1892, en ocasión de su discurso por el aniversario de esa fecha en Hardman Hall, Nueva York, el ministro extraordinario y plenipotenciario español protestó ante el de Argentina, Vicente G. Quesada, que inmediatamente instó a Martí a renunciar. Martí no pudo hacerlo de inmediato porque se encontraba enfermo. Seis días después, Quesada lo instó a renunciar o se vería obligado a destituirlo, en medio de un escándalo organizado por la prensa plutocrática local y la embajada de España.

Nada de esto lo consultó Quesada con su Cancillería. Sus informes los envió por barco y llegaron a su destino un mes después de ocurridos los hechos. Pero Martí siguió disfrutando de sus prerrogativas

consulares porque ni Uruguay ni Paraguay siguieron el ejemplo argentino, hasta que, al año siguiente, Martí insistió en que su renuncia le fuera aceptada.

Quesada fue felicitado en una florida carta del rey de España por haber puesto fin a la carrera consular de Martí. Y el gobierno argentino premió a Quesada con una nueva designación diplomática, esta vez en Madrid, que lo recibió, naturalmente, con los brazos abiertos.

En cuanto a Brasil, el proverbial sentido común de Martí le impidió realizar acción alguna, salvo aplicar su conocido principio del silencio total —nada de periodismo crítico o de otra índole. Lo cierto es que el líder cubano mencionó poco al gran país del Sur en los 28 tomos de sus Obras Completas, tanto en los artículos como en su correspondencia. Dejó incluso de utilizar el término “América Latina” y la frase de la “unidad de América Latina”. La de Martí era la “América de habla castellana”, o “la América Hispana”, o la “América española”, o, finalmente, “nuestra América”.

Es cierto que tener a Estados Unidos como enemigo ya entonces algo más que potencial al Norte era una perspectiva sumamente azarosa. Pero el colmo de lo irracional habría sido provocar en el Sur a un poderoso aliado de EE. UU..

Su objetivo central, concebido con el mayor realismo fue, pues, hacer todo lo humanamente realizable por asegurar la independencia de Cuba, que debía lograrse en la futura guerra necesaria con el apoyo de varios países, vale reiterar, las potencias europeas dispuestas a defender en Cuba sus propios intereses estratégicos, comerciales e inversionistas. En primer término Inglaterra, en aquellos días la potencia europea de mayor presencia y poder en América Latina, con fuertes lazos devenidos estratégicos para Argentina.

En segundo lugar, Alemania, bajo la astuta dirección del fundador de la unidad alemana, Otto Von Bismarck, que, hasta 1890, año de su retiro, sostuvo desde principios de la década del ochenta, varios choques navales con Estados Unidos en Samoa y otras islas estratégicas del Pacífico, comentados por Martí. Incluso soñó con desviar la emigración alemana hacia Cuba y crear en ella

varias bases navales, a lo que España se negó con firmeza.

En 1895, encontrándose ya en Guantánamo, próximo a dar su vida por la causa revolucionaria, Martí recibió informaciones de la muerte “accidental” de un marino británico de la goleta Honor, que traía la expedición de Maceo. Martí entiende imprescindible dirigirse al Agente Consular del Gobierno Británico para transmitirle una explicación oficial de los hechos, que a nuestro juicio trasciende el propósito original que la motivó. Después de aclarar que había ordenado una investigación sobre el accidente, Martí añade: “Los altos ideales que sustenta la revolución cubana, que tiene por objeto nada menos que la fundación de una república fuerte y próspera, completamente abierta a la industria del mundo y merecedora de su respeto y simpatía, no pueden tolerar [...] la menor transgresión de las leyes morales y el respeto internacional por parte de sus mantenedores”.¹⁰ Es interesante que esta carta haya llegado hasta la mesa de trabajo del Secretario de Relaciones Exteriores en Londres, lo que evidencia la importancia política que se le atribuyó.

En ese mismo día redactó otra misiva en lengua inglesa, hallada no hace mucho en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania, en Bonn, al cónsul alemán en Santiago de

¹⁰ José Martí, Carta al Agente Consular del Gobierno Británico, Guantánamo, abril 27 de 1895, en: Ob. cit., t. 4, p. 138. Dirigida a un funcionario cuyo nombre al parecer Martí desconocía, la carta llegó a manos de James F. MacKinlay, el agente consular en Guantánamo, que la remitió a Frederick Wollaston Ramsdem, Vicecónsul en Santiago de Cuba. Este la hizo llegar rápidamente a Alexander Gollan, Cónsul General británico en La Habana. Con fecha 7 de mayo de 1895, a pocos días de la muerte de Martí, Gollan la despachó a Londres dirigida al Secretario del Foreign Office que por aquellos días era Earl Kimberley (John Wodehouse). Este expediente, hallado por el historiador británico Christopher Hull, en los archivos nacionales del Reino Unido, en The Public Record Office de Londres, evidencia la importancia que Gollan atribuyó a la misiva de José Martí y la consideración que se le concedió a su contenido en un nivel rector de la política exterior británica. Al propio tiempo sugiere que la apreciación de Martí sobre la importancia del Reino Unido en la lucha independentista y el periodo posterior al triunfo revolucionario tenía un fundamento realista.

Cuba, que resultó ser Wilhelm Schumann,¹¹ gerente de las Minas de Firmeza (hierro y cobre), cerca de Daiquirí, Santiago de Cuba, muy similar a la que escribiera al funcionario británico pero quizás más significativa, al carecer de la justificación inmediata que tuviera la del funcionario británico. El texto corresponde a la decisión militar revolucionaria de respetar la propiedad privada y sobre todo extranjera que no ayudase al enemigo. Pero, como en el caso del cónsul inglés, Martí aprovecha para expresar al gobierno alemán que Cuba es “un pueblo de hombres dispuestos a trabajar en paz para el desarrollo, en una república libre de aceptar la asistencia del capital ocioso del mundo. Así es la revolución cubana, dispuesta a aceptar a todos los que la respetan”.¹²

No excluyó Martí a EE. UU., según le informó al periodista del Herald, Eugene Bryson, en la entrevista que tuvo lugar en los campos de Oriente en mayo de 1895. Era, claramente, una invitación a participar en el desarrollo de una Cuba independiente, en los términos en que escribiera para sí en el fragmento ya referido.¹³ Interesa enfatizar que la

solicitud suscrita por Martí y Máximo Gómez, fue respetada por la empresa alemana, que suspendió sus operaciones mineras durante la guerra. La documentación más reciente indica que el gobierno alemán previó la probabilidad del triunfo de las armas revolucionarias, y estuvo dispuesto a negociar un tratado comercial con sus representantes y a establecer relaciones diplomáticas con un gobierno revolucionario en el poder.¹⁴

No sucedió lo mismo con la República Francesa, una de las potencias europeas de mayor presencia en Cuba, con una inmigración relativamente numerosa, propietaria de tierras empleadas en la producción de café, que al parecer no recibió carta alguna de Martí en aquellos días iniciales de la guerra de independencia. Paul Estrade, el notable historiador francés contemporáneo, dedicó tiempo a la búsqueda de alguna misiva de Martí desde el campo de batalla en los archivos de la República Francesa, pero nada pudo hallar. En realidad, Paul

¹¹ Wilhelm Schumann era gerente y copropietario, conjuntamente con German Michelsen, de la firma minera Schumann y Michelsen, que extraía hierro y cobre de yacimientos en Firmeza, cerca de Daiquirí, Santiago de Cuba, en las montañas orientales. Por lo menos desde 1868 fungía como activo cónsul de la Confederación de Alemania del Norte, y le cursaba correspondencia directamente a Bismarck sobre la problemática de la guerra en Cuba. Michelsen pasó a la historia de la ciudad por su actitud solidaria con el pueblo cubano durante la guerra hispano-cubana-norteamericana (1895—1899).

¹² Véase Martín Franzbach, *La guerra del 98 en el marco de los intereses alemanes, Separata Iberoamericana*, 22 de enero de 1998, p. 24.

¹³ Es interesante que Otto Von Bismarck se propusiese aplicar una política de emigración alemana hacia Cuba, que estableciese unas cuarenta o cincuenta mil familias en la Isla e incluso una base naval cuya presencia, potencialmente amenazadora para Estados Unidos, se justificaría por la defensa de los intereses económicos y de otra índole de dichas familias en Cuba, pero en el fondo por la prevista apertura de un canal interoceánico en el istmo de América Central. De todas maneras, después de 1874 Alemania envió una flotilla de barcos a Cuba, con facilidades para repostar en todos los puertos cubanos, lo que hacía de la Isla una enorme base. En interés de la presencia alemana en el Caribe, Bismarck también intentó establecer una base en Santo

Domingo. Esos proyectos fracasaron, entre otras razones porque fueron concebidos para realizarse en medio de la Guerra Grande, y por las sospechas españolas de que Alemania fraguaba un plan para apropiarse de una parte de su imperio. Véase Luis Álvarez Gutiérrez: *La diplomacia bismarckiana ante la cuestión cubana*, Centro de Estudios Hispánicos, Madrid, 1988, pp. 60—180.

¹⁴ Véase Martín Franzbach, *Ob. cit.* José Martí, Carta al Agente Consular del Gobierno Británico, Guantánamo, abril 27 de 1895, en: t. 4, p. 138. Dirigida a un funcionario cuyo nombre al parecer Martí desconocía, la carta llegó a manos de James F. MacKinlay, el agente consular en Guantánamo, que la remitió a Frederick Wollaston Ramsden, Vicecónsul en Santiago de Cuba. Este la hizo llegar rápidamente a Alexander Gollan, Cónsul General británico en La Habana. Con fecha 7 de mayo de 1895, a pocos días de la muerte de Martí, Gollan la despachó a Londres dirigida al Secretario del Foreign Office que por aquellos días era Earl Kimberley (John Wodehouse). Este expediente, hallado por el historiador británico Christopher Hull, en los archivos nacionales del Reino Unido, en *The Public Record Office* de Londres, evidencia la importancia que Gollan atribuyó a la misiva de José Martí y la consideración que se le concedió a su contenido en un nivel rector de la política exterior británica. Al propio tiempo sugiere que la apreciación de Martí sobre la importancia del Reino Unido en la lucha independentista y el periodo posterior al triunfo revolucionario tenía un fundamento realista.



Estrade y otros investigadores, ignoraron hechos más que elocuentes en las relaciones europeas: Estrade pasó por alto el artículo de Martí sobre la inauguración de la Estatua de la Libertad en 1886 y la realidad de que Francia, humillada en la Guerra Franco-Prusiana en 1871, con sensibles pérdidas territoriales en Europa, y el peligro prospectivo de otras, llevaba a cabo una política de alineamiento estratégico con Estados Unidos, la otra gran república del mundo, basada en la decisiva ayuda que Francia le dio durante la guerra de independencia de las trece colonias.

Al entregar a Estados Unidos el costoso regalo de la Estatua de la Libertad, el ingeniero Lesseps, cuya empresa, financieramente fallida, trabajaba en la construcción de un canal interoceánico en Panamá, hizo votos en su discurso por que la bandera estadounidense ondeara “pronto” en Panamá junto a la de Francia. Ya en 1889—1890 esa alianza se había consolidado, cosa que Martí mejor que nadie

conocía. Habría sido un gesto inútil de su parte enviarle al gobierno francés una misiva con un contenido similar a las de Inglaterra y Alemania con una solicitud de apoyo a una revolución cuyo resultado debía ser un gobierno independiente en Cuba, que nacía en contra de la voluntad y los intereses de Estados Unidos. Ese temor a Alemania era compartido por el gobierno de Su Majestad Británica al que preocupaba el enorme desarrollo de la flota de guerra y ejército alemanes, que prefiguraba planes expansionistas que finalmente culminaron en la Primera Guerra Mundial.

Conviene no olvidar, por otra parte, porque es indicativo de la enorme complejidad de la situación a que Martí se enfrentaba, la alianza revolucionaria con los patriotas puertorriqueños. Uno de los sueños acariciados hacía muchos años y reiterado una y otra vez por Hostos, apoyado por Betances, y otros patriotas puertorriqueños era la idea de una Confederación del Caribe. Martí nunca objetó estos objetivos

revolucionarios, con los que por principio estaba de acuerdo. Pero en aquel momento resultaban inconvenientes, porque podían distanciar a las potencias europeas que estaban en proceso de dirimir sus graves contradicciones ínterimperialistas con EE. UU. sobre el posible apoyo a la revolución cubana que, como hemos visto, Martí entendía necesario para asegurar la independencia de las Antillas hispanas. Esto sería de la mayor importancia, sobre todo en el periodo de la posguerra, ante un posible distanciamiento británico provocado por la adopción de un programa político que suponía la creación de una unión que abarcaría las colonias isleñas británicas, francesas y hasta holandesas. Y ello podría tener lugar al agudizarse el peligro de guerra con Estados Unidos.

Era obvio que, de iniciarse las hostilidades entre Inglaterra y Estados Unidos, la cercanía de las islas británicas al territorio continental de ese país sería de suma importancia en las operaciones bélicas. Por eso, aunque permitía la publicación de las opiniones al respecto de los aliados puertorriqueños en Patria, nada declaraba sobre ese tema.

Ya hemos visto que los planes de Martí mostraban, como un objetivo de alto relieve el logro del apoyo argentino, y por esa vía el de Inglaterra y Alemania. La reunión de Martí, poco después de su entrevista con Porfirio Díaz en México a fines de septiembre de 1894, con Estanislao Zeballos, ministro argentino en Washington y tres veces ministro de relaciones exteriores, hecho desconocido en Cuba hasta hace poco, indicaba aún un alto nivel en las relaciones del líder cubano con Argentina, lo que habría sido sumamente útil después de lograda la independencia de España. Las investigaciones sobre este documento no han concluido.

Centroamérica, pero sobre todo México, preocupados por la ascendente ingerencia estadounidense por sus crecientes concesiones mineras a

Alemania, Francia e Inglaterra, también figuraban en los planes martianos.

En verdad, ninguno de los objetivos estratégicos de Martí fue alcanzado después de su muerte. Es bien conocido que a ello contribuyó el fracaso de las expediciones detectadas y abortadas en la traición de la Fernandina. No hubo sorpresa y la guerra se convirtió en un conflicto de desgaste.

Con la intervención estadounidense en la guerra de independencia y la complicidad de autonomistas y anexionistas infiltrados en el nuevo gobierno republicano de Cuba, se liquidaron, a partir del triunfo de las armas cubanas y estadounidenses sobre España, las aspiraciones martianas al equilibrio internacional que podría haberse asegurado con Martí en vida y la victoria decisiva de los patriotas cubanos en el campo de batalla.

El grupo expansionista en el gobierno y el Congreso de Estados Unidos, al lograr el control futuro del canal interoceánico en Panamá, más la incorporación de las islas hispanoamericanas en el Caribe y los archipiélagos de Hawaii, las Filipinas y Guam a su sistema imperial emergente, le aseguraron la supremacía en el Caribe y el Pacífico en la “espléndida guerrita”, como la llamó uno de los miembros del gabinete del presidente Mckinley, reforzaron una fuerte tendencia conservadora de signo imperial en ese país, a lo largo del siglo XX, que hasta el día de hoy sus círculos gobernantes se niegan a modificar, a pesar de sus colosales errores y derrotas que todos los días presenciamos en nuestra propio contexto histórico. Pero ni Bolívar “aró en el mar”, ni Martí sacrificó su preciosa vida en vano. Sus ejemplos germinan hoy en los pueblos que luchan por establecer en nuestra América la unidad e integración, finalmente latinoamericanas, en la economía, pero sobre todo en el plano más universal de la historia, la cultura humanista, la solidaridad y las tradiciones comunes. ■

El ideario martiano en el pensamiento y la práctica política de Fidel Castro frente a los EE.UU.

ELIER RAMÍREZ CAÑEDO



Sin duda, Fidel Castro ha sido el más aventajado discípulo de las ideas y la praxis revolucionaria de José Martí. No fue pura coincidencia histórica, sino que el líder de la Revolución Cubana asumió el ideario martiano de manera consciente y entregada.

Así lo ratificó en 1985 en sus conversaciones con Frei Betto: “Yo, antes de ser comunista utópico o marxista, soy martiano; lo voy siendo desde el bachillerato: no debo olvidar la atracción enorme del pensamiento de Martí sobre todos nosotros, la admiración por Martí”.¹

En marzo de 1949, cuando marines yanquis profanaron la estatua del Héroe Nacional en el habanero

Parque Central, Fidel fue uno de los que encabezó la airada protesta frente a la embajada de los Estados Unidos; en 1953, declararía a Martí como el autor intelectual de los asaltos a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes; durante su alegato de autodefensa conocido como la *Historia me absolverá* denunció cómo le habían impedido consultar las obras de Martí, pero que no importaba, pues traía en “el corazón las doctrinas del maestro”, el primer frente en la Sierra Maestra, dirigido por Fidel, ostentaría el nombre de José Martí. Estas son apenas algunas pinceladas que ilustran la hondísima vocación martiana de Fidel, algo que parecía genético. Hoy el líder de la Revolución descansa para siempre junto al Apóstol en el Cementerio de Santa Ifigenia en Santiago de Cuba, en una piedra que alude a la conocida frase martiana que Fidel convirtió en una de las máximas

¹ Frei Betto, *Fidel y la religión*, Editorial SIMAR S.A, La Habana, 1994, p. 142.

fundamentales de su existencia: “toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz”.

Ambos fueron raigalmente humanistas, anticolonialistas y antimperialistas, pero jamás antiestadounidenses, su política hacia la nación del Norte estuvo siempre basada en la fuerza de las ideas y los principios, no en odios y fanatismos.

Con “ojos judiciales” supieron distinguir las dos Norteamérica, la de Lincoln y la de Cutting.² De la primera reconocieron sus virtudes y valores culturales, de la segunda —a la cual Martí llegó a nombrar como la *Roma Americana* o *águila temible*— no solo criticaron los aspectos políticos que más conocemos, sino también el modo de vida estadounidense que exalta la violencia, la irracionalidad y el culto desmedido hacia el dinero. Y es que una de las primeras similitudes que encontramos entre Martí y Fidel, es la ciclópea labor ideológica que desarrollaron para descolonizar el pensamiento que desde nuestra región exaltaba al Norte como el modelo a imitar.

Con apenas 18 años, Martí había hecho ya la siguiente observación:

Los norteamericanos posponen a la utilidad el sentimiento, —Nosotros posponemos el sentimiento a la utilidad// Y si hay diferencia de organización, de ser, si ellos vendían mientras nosotros llorábamos, si nosotros reemplazamos su cabeza fría y calculadora por nuestra cabeza imaginativa y su corazón de algodón y de buques por un corazón tan especial, tan sensible, tan nuevo que solo puede llamarse un corazón cubano, ¿cómo queréis que nosotros nos legislemos por las leyes con que ellos se legislan?// Imitemos. ¡No! — Es bueno, nos dicen. Es americano, decimos.

² Periodista mediocre y dotado de astucias perversas, fue el turbio aventurero que promovió incidentes que las fuerzas rectoras, imperialistas, de los Estados Unidos aprovecharon con el fin de desatar el conflicto que les sirvió para robarle a México más de la mitad de su territorio. Tomado de Luis Toledo Sande, “Lincoln y Cutting en una cita de José Martí”, en: *Cubadebate*, 15 de marzo de 2016, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2016/03/15/lincoln-y-cutting-en-una-cita-de-jose-marti/#.Wmt8WzS22sw>

Creemos, porque tenemos necesidad de creer. Nuestra vida no se asemeja a la suya, ni debe en muchos puntos asemejarse. La sensibilidad entre nosotros es muy vehemente. La inteligencia es menos positiva, las costumbres son más puras ¿cómo con leyes iguales vamos a regir dos pueblos diferentes?// Las leyes americanas han dado al Norte alto grado de prosperidad, y lo han elevado también al más alto grado de corrupción. Lo han metalificado para hacerlo próspero. ¡Maldita sea la prosperidad a tanta costa!³

Martí vivió en los Estados Unidos durante casi 15 años, y aunque Fidel no tuvo la misma experiencia, llegó a ver en sus entrañas de una manera tan aguda como lo hizo el Apóstol. En esto influyeron sus estudios y lecturas —entre ellas las ideas de Martí sobre los Estados Unidos— y el contacto con la propia realidad, en especial la cubana, donde eran notorios los efectos más nocivos de la dominación imperialista del Norte.

Fidel llegó a convertirse en un verdadero experto en el conocimiento sobre los Estados Unidos, tanto de su dinámica interna como de su política exterior. Sobre esta cualidad de Fidel señaló Gabriel García Márquez: “El país del cual sabe más después de Cuba, es Estados Unidos. Conoce a fondo la índole de su gente, sus estructuras de poder, las segundas intenciones de sus gobiernos, y esto le ha ayudado a sortear la tormenta incesante del bloqueo”.⁴

La estrategia revolucionaria de Fidel hacia los Estados Unidos, sintetiza en gran medida todo el pensamiento y la experiencia legada por José Martí, ajustada siempre, por supuesto, a las coordenadas de su tiempo histórico.

Y una vez en Cuba los Estados Unidos, ¿quién los saca de ella?

Uno de los grandes desvelos de Martí con relación al ya naciente imperialismo estadounidense fue la

³ José Martí, *Cuaderno de Apuntes, no.1, Obras Completas*. Edición Crítica, Centro de Estudios Martianos, t. 21, pp.15-16.

⁴ Luis Báez, *Así es Fidel*, Casa Editora Abril, La Habana, 2009, p. 177.

posibilidad de que este encontrara un pretexto, un recurso, para intervenir en la Isla, y de esa manera se frustrara la independencia cubana, garantía del equilibrio en las Américas y el mundo.

De ahí que se planteara la necesidad de una guerra “breve y directa como el rayo” que impidiera a tiempo que se extendieran por las Antillas los Estados Unidos. “Y una vez en Cuba los Estados Unidos, ¿quién los saca de ella?”, le había escrito Martí a Gonzalo de Quesada desde 1889.⁵

Poco tiempo después le advertía: “Sobre nuestra tierra, Gonzalo, hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos, y es el inicuo de forzar a la Isla, de precipitarla, a la guerra, —para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador, quedarse con ella. Cosa más soberbia no la hay en los anales de los pueblos libres: —ni maldad más fría”.⁶

Esta fue también una de las grandes obsesiones de Fidel, evitar por todos los medios posibles un escenario que facilitara o estimulara una intervención de los Estados Unidos en Cuba, que escamoteara la victoria a los rebeldes frente a la tiranía batistiana.

En los meses finales de 1958, ese peligro se hizo mayor al producirse varios incidentes, evidentemente fabricados por el dictador Fulgencio Batista y el embajador yanqui, con la intención de generar una situación que provocara la intervención de los *marines* en Cuba.

El primer intento tuvo lugar en julio de 1958, cuando el estado mayor de la dictadura, de acuerdo con el embajador de los Estados Unidos, retiró sus tropas del acueducto de Yateritas que abastecía de agua la base naval estadounidense en Guantánamo y solicitó a las autoridades de los Estados Unidos presentes en la base el envío de soldados a ese pun-

to del territorio nacional. El propósito era generar un conflicto entre las fuerzas del Movimiento 26 de julio y los marines yanquis y así justificar la intervención militar. La actitud responsable, serena, y a la vez muy firme de las fuerzas rebeldes y del propio Fidel, propiciaron una solución diplomática del problema.

Luego, para el mes de octubre de 1958, la dictadura en su desesperación maniobró para que la zona de Nicaro, donde estaban instaladas las plantas de níquel de compañías estadounidenses, se convirtiera en un campo de batalla que estimulara la intervención de los Estados Unidos. Estos incidentes —que no fueron los únicos— y su intencionalidad, serían denunciados por el Comandante en Jefe, a través de Radio Rebelde.

La estrategia martiana de tomar en cuenta la correlación de fuerzas y las condiciones objetivas y subjetivas, antes de plantear abiertamente sus objetivos revolucionarios más radicales, también fue seguida por Fidel, para evitar la hostilidad prematura del gobierno de los Estados Unidos.

“En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin”, le escribía el Héroe Nacional a su amigo Manuel Mercado horas antes de caer en combate el 19 de mayo de 1895.

Después del triunfo revolucionario de 1959, se haría aun más notoria la maestría del líder de la Revolución Cubana, para evitar cualquier circunstancia que pudiera servir como excusa a los Estados Unidos para intervenir militarmente en la Isla.

Entrar en la lengua y hábitos del norte con mayor facilidad y rapidez que los del norte en las civilizaciones ajenas

Dentro de la estrategia martiana de organización de la Revolución en Cuba y para la futura República, estuvo la de influir políticamente tanto en el pueblo de los Estados Unidos, como en los propios sectores de poder en ese país. Martí hablaba de la necesidad de entrar “en la lengua y hábitos del nor-

⁵ José Martí, “A Gonzalo de Quesada”, octubre 29 de 1889, en: *Epistolario, compilación, ordenación cronológica y notas* de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993, t. II, p.145.

⁶ José Martí, “A Gonzalo de Quesada”, *Obras Completas*, 14 de diciembre de 1889, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, t. 6, p. 128.

te con mayor facilidad y rapidez que los del norte en las civilizaciones ajenas”.⁷

En un extraordinario libro de Rolando González Patricio, que lleva por título *La diplomacia del delegado*, el autor sostiene que Martí se propuso ganar la simpatía estadounidense, “[...] sin la cual la independencia sería muy difícil de lograr y muy difícil de mantener”.⁸ Su estrategia estaba dirigida a ganar al menos el respeto del gobierno de los Estados Unidos a las aspiraciones cubanas y a movilizar el respaldo moral del pueblo de esa nación.

Como parte de ese esfuerzo, no debe dejar de mencionarse el ingreso del Apóstol como socio del Club Crepúsculo de Nueva York, institución integrada por personalidades de gran influencia en los más diversos ámbitos de la sociedad estadounidense, agrupadas en esa asociación no solo por amor a la naturaleza y a la justicia, sino para encontrar respuestas a la crisis moral, ética y política en que se encontraban los Estados Unidos.

No cabe duda, que Martí vio en este Club, una vía importante para llegar al pueblo estadounidense con la verdad de Cuba y buscar aliados potenciales a la causa independentista de la Isla. Y no estaba equivocado, pues meses después de su muerte, en sesión regular del 9 de abril de 1896, el Club Crepúsculo aprobó una resolución favorable a los revolucionarios cubanos, donde pedía al presidente Cleveland que los reconociera como beligerantes.

Esta capacidad de influir en la sociedad estadounidense para mostrar la realidad sobre Cuba y los nobles propósitos de la Revolución, destruyendo todo tipo de estereotipos, así como falacias construidas y repetidas hasta el cansancio por los medios de comunicación hegemónicos, fue precisamente uno de los mayores éxitos de Fidel desde que se encontraba en las montañas de la Sierra Maestra

⁷ Cita de Gonzalo de Quesada y Aróstegui en el Volumen 6, “Hombres”, de la Colección *Obras de Martí*, p. 6. Tomado de: Emilio Roig de Leuchsenring, *Martí, antimperialista*. Ministerio de Relaciones Exteriores, Segunda Edición Notablemente Aumentada, La Habana, 1961, p. 39.

⁸ Rolando González Patricio, *La diplomacia del Delegado. Estrategias y tácticas de José Martí 1892-1895*, Editora Política, La Habana, 1988, p. 64.

El líder cubano recibió a numerosos periodistas estadounidenses en la Sierra, y a través de ellos, además de asestar fuertes golpes mediáticos a la dictadura, logró trasladar importantes mensajes hacia los Estados Unidos.

Al más conocido de todos, el periodista Herbert Matthews, del *New York Times*, le expresó Fidel el 17 de febrero de 1958: “Puedo asegurar que no tenemos animosidad contra los Estados Unidos y el pueblo norteamericano”. Mensajes similares trasladaría Fidel al resto de los periodistas que continuarían la senda abierta por Matthews.⁹

Mensajes conciliadores hacia el pueblo y gobierno de los Estados Unidos trasladó Fidel cuando viajó a ese país en abril de 1959. Asimismo, se encargó de desmentir todo tipo de calumnias que sobre la Revolución se venían reproduciendo en los medios de comunicación occidentales y en declaraciones de representantes de la administración Eisenhower.

Después de que se produjera la ruptura de las relaciones diplomáticas en enero de 1961 el líder de la Revolución no perdió oportunidad alguna en construir los puentes necesarios con la sociedad estadounidense y la clase política de ese país, que pudieran fomentar las tendencias favorables al cambio en la política de los Estados Unidos hacia Cuba y la normalización de las relaciones.

⁹ Entre el 23 y 28 de abril del propio año, el periodista de la cadena televisiva estadounidense CBS (Columbia Broadcasting Systems), Robert Taber (Bob), en unión del camarógrafo Wendell Hoffman, realiza un reportaje que apareció el 18 de mayo de ese mismo año por la CBS. Se trató de un documental de media hora de duración titulado *Rebeldes en la Sierra Maestra*, cuya secuencia final fue realizada en el Pico Turquino el 28 de abril, con Fidel y Raúl al frente de los guerrilleros cantando el Himno Nacional. Al mes siguiente, el 17 de mayo, Fidel fue entrevistado por el periodista estadounidense Andrew Saint George. La entrevista apareció en la revista *Look*, bajo el título “Dentro de la revolución cubana”. En enero de 1958 Fidel concedió también una entrevista al periodista Hooper Biggart. La entrevista se publicó el 27 de febrero en el *New York Times*. En ese propio mes apareció en la revista estadounidense *Coronet* el artículo “¿Por qué luchamos?”, bajo la firma de Fidel.

Durante años el Comandante en Jefe dedicó largas horas de su apretada agenda a recibir y atender personalidades de la política, los medios y la cultura de los Estados Unidos

La gran mayoría de esos visitantes regresaban a su país con una visión distinta sobre Cuba y del propio líder de la Revolución, y en muchos casos se convertían en abanderados en la lucha contra el bloqueo y por la normalización de las relaciones entre ambas naciones.

Lo primero en política es aclarar y prever

“En política lo real es lo que no se ve. A todo convi- te entre pueblos hay que buscarle las razones ocul- tas. Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se les puede evitar. Lo primero en política es aclarar y prever”,¹⁰ decía Martí, y él mismo fue premonitorio cuando vio el *peligro mayor* que representaban los Estados Unidos para la inde- pendencia no solo de Cuba, sino de toda la región latinoamericana. Pudo vislumbrar el fenómeno im- perialista cuando aún estaba en proceso de gesta- ción y desplegar una amplia y temprana labor de alerta a través de sus más de trescientas crónicas, sus famosas *Escenas Norteamericanas*.

El regreso de los republicanos al poder en 1888 y la designación de James G. Blaine como secretario de Estado, llevaron a Martí a una actividad antimpe- rialista realmente volcánica para frustrar los planes expansionistas de Blaine, a quien ya el Apóstol venía siguiendo y sabía de sus malévolos planes.

Es conocida su gran batalla de denuncia y alerta a través de sus crónicas en el diario bonaerense, *La Nación*, acerca de los propósitos de la Conferencia Internacional Americana convocada por Blaine, donde el gobierno de los Estados Unidos pretendía asegurarse mercados consumidores y controlar las materias primas de la región.

También la participación de Martí en 1891, co- mo cónsul de Uruguay, en la Conferencia Moneta- ria de las Repúblicas de América, contribuyó

¹⁰ José Martí, “La conferencia monetaria de las Repúblicas de América”, en: *Obras Completas*, T. 6, La Habana, Editio- rial de Ciencias Sociales, 1997, pp. 155-167

decisivamente a echar por tierra la aspiración estadounidense de imponer una moneda única pa- ra todo el continente.

Fidel se destacó también por su capacidad de adelantarse siempre a los movimientos del contra- rio, de ahí se explica, en gran parte, cómo pudo enfrentar y sobrevivir a 10 administraciones esta- dounidenses esforzadas en su intento por destruir la Revolución Cubana.

Muchos años antes de los históricos anuncios del 17 de diciembre de 2014, Fidel vaticinó en varias de sus intervenciones públicas y en entrevistas que el gobierno de los Estados Unidos podía adoptar una política de seducción para lograr los mismos propósitos que no había alcanzado la política de fuerza, con relación a Cuba.

En un discurso pronunciado el 5 de diciembre de 1988, en la Plaza de la Revolución, Fidel proclamó:

Aun cuando un día formalmente mejoraran las relaciones entre Cuba socialista y el imperio, no por ello cejaría ese imperio en su idea de aplastar a la Revolución Cubana, y no lo oculta, lo explican sus teóricos, lo explican los defen- sores de la filosofía del imperio. Hay algunos que afirman que es mejor realizar determi- nados cambios en la política hacia Cuba para penetrarla, para debilitarla, para destruirla, si es posible, incluso, pacíficamente; y otros que piensan que mientras más beligerancia le den a Cuba, más activa y efectiva será Cuba en sus luchas en el escenario de América Latina y del mundo. De modo que algo debe ser esencia del pensamiento revolucionario cubano, algo debe estar totalmente claro en la conciencia de nuestro pueblo, que ha tenido el privilegio de ser el primero en estos caminos, y es la conciencia de que nunca podremos, mientras exista el imperio, bajar la guardia, descuidar la defensa.¹¹

¹¹ Discurso en el acto por el XXXII aniversario del desem- barco del Granma, fundación de las Fuerzas Armadas Re- volucionarias y proclamación de la Ciudad de La Habana “Lista para la defensa en la primera etapa”, 5 de diciembre de 1988 en la Plaza de la Revolución “José Martí”.

Al ser entrevistado por Tomás Borge en 1992, volvería sobre el tema:

Tal vez nosotros estamos más preparados incluso, porque hemos aprendido a hacerlo durante más de 30 años, para enfrentar una política de agresión, que para enfrentar una política de paz; pero no le tememos a una política de paz. Por una cuestión de principio no nos opondríamos a una política de paz, o a una política de coexistencia pacífica entre Estados Unidos y nosotros; y no tendríamos ese temor, o no sería correcto, o no tendríamos derecho a rechazar una política de paz porque pudiera resultar más eficaz como instrumento para la influencia de Estados Unidos y para tratar de neutralizar la Revolución, para tratar de debilitarla y para tratar de erradicar las ideas revolucionarias en Cuba.¹²

Ocho años más tarde, durante el periodo de la administración Clinton, expresaría Fidel:

Sueñan los teóricos y agoreros de la política imperial que la Revolución, que no pudo ser destruida con tan pérfidos y criminales procedimientos, podría serlo mediante métodos seductores como el que han dado en bautizar como “política de contactos pueblo a pueblo”. Pues bien: estamos dispuestos a aceptar el reto, pero jueguen limpio, cesen en sus condicionamientos, eliminen la Ley asesina de Ajuste Cubano, la Ley Torricelli, la Ley Helms—Burton, las decenas de enmiendas legales aunque inmorales, injertadas oportunamente en su legislación; pongan fin por completo al bloqueo genocida y la guerra económica; respeten el derecho constitucional de sus estudiantes, trabajadores, intelectuales, hombres de negocio y ciudadanos en general a visitar nuestro país, a hacer negocios, a comerciar e invertir, si lo desean, sin limitaciones ni miedos ridículos, del mismo modo que nosotros permitimos a nuestros ciudadanos viajar libremente e incluso residir en

Estados Unidos, y veremos si por esas vías pueden destruir la Revolución cubana, que es en definitiva el objetivo que se proponen”.¹³

Es posible la paz de Cuba independiente con los Estados Unidos

El antimperialismo de Martí y Fidel no estuvo nunca divorciado de la disposición a establecer relaciones cordiales y respetuosas entre ambos países.

Acerca de las posiciones del Apóstol, González Patricio apunta: “Martí, conocedor del poder creciente de Estados Unidos, de su tradicional interés en poseer Cuba y de su política dirigida a impedir la independencia de la Isla, buscó evitar todo estímulo a la malevolencia norteamericana y encontró prudente aspirar a relaciones cordiales”.¹⁴

A su vez, Martí creía viable un escenario de paz con los Estados Unidos: “Es posible la paz de Cuba independiente con los Estados Unidos, y la existencia de Cuba independiente, sin la pérdida, o una transformación que es como la pérdida, de nuestra nacionalidad”.¹⁵ Martí recomendó para toda la América Latina lo que también deseaba para la Isla: “de un lado está nuestra América [...]; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que con el decoro firme y la sagaz independencia no es imposible, y es útil, ser amigo”.¹⁶

Desde abril de 1959, cuando Fidel viajó a los Estados Unidos, quedó definida su postura favorable al diálogo y a las relaciones civilizadas. Pero además, en muchas ocasiones la iniciativa de buscar

¹² Tomás Borge, *Un grano de maíz. Entrevista concedida por Fidel Castro a Tomás Borge*, Fundación Editorial el perro y la rana, Caracas, 2011, pp.144-145.

¹³ Discurso del Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba, Fidel Castro Ruz, en la Tribuna Abierta celebrada en la Plaza de la Revolución “Comandante Ernesto Che Guevara”, en conmemoración del Aniversario 47 del Asalto al Cuartel Moncada el 26 de julio de 1953. Villa Clara, 29 de julio del 2000. En: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2000/esp/f290700e.html>.

¹⁴ Rolando González Patricio, *ob.cit.*, p.170.

¹⁵ Citado por Rolando González Patricio en: “Frente a frente. Las relaciones Cuba-Estados Unidos en el proyecto republicano de José Martí”, en: Anuario del Centro de Estudios Martianos #25, 2002, p. 29.

¹⁶ *Ibidem*, p. 30.

un *modus vivendi* con los Estados Unidos partió de su parte.

Empleando la diplomacia secreta, Fidel fue el gestor de numerosos intentos de acercamiento bilateral. A través del abogado James Donovan, quien negoció con Fidel la liberación de los mercenarios presos a raíz de la invasión de 1961; mediante la periodista Lisa Howard y otros canales, el líder de la Revolución hizo llegar al gobierno de Kennedy una y otra vez su disposición de conversar en busca de un entendimiento.

En agosto de 1961 Ernesto Che Guevara trasladó una rama de olivo al gobierno estadounidense en un encuentro que sostuvo en Montevideo con el asesor especial de Kennedy para asuntos latinoamericanos, Richard Goodwin. Es imposible pensar que el Che actuara por su cuenta y no de común acuerdo con el líder cubano. En 1964 Fidel envía un mensaje verbal al ya presidente Lyndon Johnson a través de la periodista Lisa Howard, que entre otras cosas decía:

Dígale al Presidente (y no puedo subrayar esto con demasiada fuerza) que espero seriamente que Cuba y Estados Unidos puedan sentarse en su momento en una atmósfera de buena voluntad y de mutuo respeto a negociar nuestras diferencias.

Creo que no existen áreas polémicas entre nosotros que no puedan discutirse y solucionarse en un ambiente de comprensión mutua. Pero primero, por supuesto, es necesario analizar nuestras diferencias. Ahora, considero que esta hostilidad entre Cuba y los Estados Unidos es tanto innatural como innecesaria y puede ser eliminada.¹⁷

En una reveladora carta escrita el 22 de septiembre de 1994 al presidente mexicano Carlos Salinas de Gortari, quien había servido de me-

diador entre Fidel y el presidente estadounidense, William Clinton, el Comandante en Jefe expresó nuevamente su posición favorable a la normalización de las relaciones:

La normalización de las relaciones entre ambos países es la única alternativa; un bloqueo naval no resolvería nada, una bomba atómica, para hablar en lenguaje figurado, tampoco. Hacer estallar a este país, como se ha pretendido y todavía se pretende, no beneficiaría en nada los intereses de Estados Unidos. Lo haría ingobernable por cien años y la lucha no terminaría nunca. Solo la Revolución puede hacer viable la marcha y el futuro de este país.¹⁸

Se podrían mencionar otros ejemplos. Pero estos son suficientes para demostrar que la postura de Fidel fue siempre la de estar en la mejor disposición al diálogo y la negociación con el vecino del norte.

Sin embargo, siempre insistió, con sobrada razón y teniendo como respaldo el derecho internacional y un conocimiento profundo de la Historia de Cuba, que este diálogo o negociación fuese en condiciones de igualdad y de respeto mutuo, sin la menor sombra a la soberanía de Cuba.

Esta es hoy la misma postura —aunque con estilo propio— que ha sostenido el General de Ejército Raúl Castro; así lo ha reafirmado en innumerables discursos e intervenciones públicas.

Seis semanas después de los anuncios del 17 de diciembre del 2014, Fidel ratificó su posición en cuanto a una normalización de las relaciones con los Estados Unidos.

“No confío en la política de los Estados Unidos”, dijo, teniendo suficientes elementos de juicio para hacer ese planteamiento. Pero también expresó que, como principio general, respaldaba “cualquier solución pacífica y negociada a los problemas entre Estados Unidos y los pueblos o cualquier pueblo

¹⁷ Del primer ministro Fidel Castro al presidente Lyndon B. Johnson, mensaje verbal entregado a la señorita Lisa Howard de la ABC News, el 12 de febrero de 1964, en La Habana, Cuba”, www.gwu.edu/~nsarchiv/ (Traducción del ESTI).

¹⁸ Véase Carlos Salina de Gortari, *Muros, puentes y litorales. Relación entre México, Cuba y Estados Unidos*, Penguin Random House, Grupo Editorial, Ciudad de México, 2017, pp.125-126.

de América Latina, que no implique la fuerza o el empleo de la fuerza”.¹⁹

Es de deber continuo y de necesidad urgente erguirse cada vez que haya justicia u ocasión

Cuando faltaba muy poco para la nueva arrancada independentista, en enero de 1894, Martí definió la postura “cauta y viril” como línea rectora de la política cubana frente a los Estados Unidos. Ante la asimetría de poder había que imponer el respeto del adversario por la capacidad de crear, erguirse, resistir y de vencer.

Ni pueblos ni hombres —decía Martí— respetan a quien no se hace respetar. Cuando se vive en un pueblo que por tradición nos desdeña y codicia, que en sus periódicos y libros nos befa y achica, que, en la más justa de sus historias y en el más puro de sus hombres, nos tiene como a gente jojota y femenil, que de un bufido se va a venir a tierra; cuando se vive, y se ha de seguir viviendo, frente a frente a un país que, por sus lecturas tradicionales y erróneas, por el robo fácil de una buena parte de México, por su preocupación contra las razas mestizas, y por el carácter cesáreo y rapaz que en la conquista y el lujo ha ido criando, es de deber continuo y de necesidad urgente erguirse cada vez que haya justicia u ocasión, a fin de irle mudando el pensamiento, y mover a respeto y cariño a los que no podremos contener ni desviar, sí, aprovechando a tiempo lo poco que les queda en el alma de república, no nos les mostramos como somos.²⁰

Esta posición viril que recomendaba Martí, fue la que caracterizó a Fidel ante cada amenaza e intento por cercenar la soberanía de Cuba por las distintas administraciones estadounidenses.

Un momento descollante fue durante la Crisis de Octubre, donde solo con su posición valiente e intransigente —apoyada mayoritariamente por el pueblo cubano— al negarse a cualquier tipo de inspección del territorio cubano, al plantear los Cinco Puntos e impedir en todo momento que se le presionara, se pudo salvar el prestigio moral y político de la Revolución en aquella coyuntura. Esto fue así, a pesar de que la URSS tomó decisiones inconsultas con la parte cubana que trajeron como consecuencia que la Isla fuese la más desfavorecida con la solución que se le dio a la crisis.

También fue memorable su discurso en respuesta a las amenazas del presidente estadounidense W. Bush, el 14 de mayo de 2004 cuando expresó:

Puesto que usted ha decidido que nuestra suerte está echada, tengo el placer de despedirme como los gladiadores romanos que iban a combatir en el circo: Salve, César, los que van a morir te saludan. Solo lamento que no podría siquiera verle la cara, porque en ese caso usted estaría a miles de kilómetros de distancia, y yo estaré en la primera línea para morir combatiendo en defensa de mi patria.²¹

Paz, amistad y cordialidad entre un “pueblo menor” y un “pueblo mayor” como lo definía Martí, no podía jamás implicar dependencia y servidumbre. Como tampoco jamás Fidel entendió la normalización de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, desde la dominación.

En cada uno de los reducidos momentos en que se estableció alguna posibilidad de diálogo o negociación, Fidel fue enfático en cuanto a que la soberanía de Cuba, tanto en el plano doméstico como internacional, no era negociable, y que la Isla jamás renunciaría a uno solo de sus principios.

¹⁹ Fidel Castro, *Para mis compañeros de la Federación Estudiantil Universitaria*, mensaje publicado en el periódico Granma el 26 de enero de 2015.

²⁰ José Martí, La protesta de Thomasville, en: *Obras Completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, t. 2, p. 347.

²¹ Fidel Castro, *Proclama de un adversario al gobierno de Estados Unidos*, 14 de mayo de 2004, en: sitio web Fidel Soldado de las Ideas, <http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/proclama-deun-adversario-al-gobierno-de-estados-unidos>.

De la unión depende nuestra vida

Asumiendo y enriqueciendo las ideas de Simón Bolívar, Martí y Fidel concedieron como parte de su estrategia revolucionaria un lugar privilegiado a la necesaria unidad de América Latina y el Caribe.

Ramón de Armas destaca cómo desde 1877, durante su estancia en Guatemala, Martí hizo su llamado de unidad o muerte, en expresión de un latinoamericanismo defensivo que evolucionaría “hacia un claro y precursor latinoamericanismo antimperialista activo” que cerrara el paso al avance impetuoso del vecino del Norte, a través de la acción unida en torno a objetivos y propósitos comunes. “Puesto que la desunión fue nuestra muerte —decía el Apóstol en aquel entonces—, ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino, ha menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida?”²²

En su concepción revolucionaria, Fidel siempre vio el proceso cubano, como parte de una Revolución mayor, la que debía acontecer en toda América Latina y el Caribe. De ahí su constante solidaridad y apoyo a los movimientos de liberación en la región y denuncia de cada acto de injerencia yanqui.

Esa posición partió en primera instancia de un sentimiento de identidad y de ineludible deber histórico, pero también como una necesidad estratégica para la preservación y consolidación de la Revolución Cubana. Sobre todo, al tener en cuenta que desde el siglo XIX en adelante, el principal enemigo común de la verdadera emancipación de los pueblos al sur del río Bravo eran —y continuaban siéndolo— los Estados Unidos, los que en no pocas ocasiones utilizaron con éxito para sus propósitos la máxima de “divide y vencerás”, estrategia que han empleado hasta nuestros días. A esa comprensión había llegado Fidel desde antes de 1959, y la puso de manifiesto en acciones concretas en las que,

²² Citado por Ramón de Armas, “Unidad o Muerte: en las raíces del antimperialismo y el latinoamericanismo marxistas”, en: *La Historia de Cuba pensada por Ramón de Armas*. Selección y compilación de Pedro Pablo Rodríguez, Instituto de Investigación Cultural Juan Marinello y Ruth Casa Editorial, La Habana, 2012, p. 82.

incluso, puso en riesgo su propia vida durante sus luchas como estudiante universitario.

Fidel integró el comité Pro Independencia de Puerto Rico, el comité Pro democracia dominicana, participó en 1947 en la frustrada expedición de Cayo Confites contra el dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo y en los sucesos conocidos como el Bogotazo, donde compartió su destino con el pueblo colombiano que enfrentaba a las fuerzas reaccionarias que habían asesinado al líder popular Jorge Eliécer Gaitán.

Además, ya desde aquella época se había pronunciado a favor del derecho de los panameños a la soberanía sobre el canal interoceánico y el de los argentinos sobre las Islas Malvinas.

No obstante, luego del triunfo de enero de 1959, la vocación integracionista de Fidel se hizo más explícita en numerosos pronunciamientos públicos. Sus ideas y amplia acumulación de experiencias durante años, así como los continuos cambios en el contexto internacional, lo hicieron ir perfilando su pensamiento. De ahí que en el Cuarto Encuentro del Foro São Paulo, efectuado en La Habana en 1994, entre otras muchas ideas vinculadas a ese trascendental tema, declarara:

¿Qué menos podemos hacer nosotros y qué menos puede hacer la izquierda de América Latina que crear una conciencia en favor de la unidad? Eso debiera estar inscrito en las banderas de la izquierda. Con socialismo y sin socialismo. Aquellos que piensen que el socialismo es una posibilidad y quieren luchar por el socialismo, pero aun aquellos que no conciben el socialismo, aun como países capitalistas, ningún porvenir tendríamos sin la unidad y sin la integración.²³

Los esfuerzos colosales realizados por Fidel en pos de la unidad y la integración de la región, comenzaron a rendir sus frutos, con la llegada de

²³ Fidel Castro, Discurso pronunciado en la clausura del IV encuentro del Foro de Sao Paulo, efectuada en el Palacio de Convenciones, el 24 de julio de 1994.

Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela en 1998, momento que inició un verdadero cambio de época en América Latina.

En el 2004 Chávez y Fidel crearían la hoy conocida como Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América - Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP) y al año siguiente, en Mar del Plata, el imperialismo estadounidense sufría ya una gran derrota, al ser enterrado el Acuerdo de Libre Comercio para las Américas (ALCA), iniciativa que venía impulsando el gobierno de los Estados Unidos. En el 2011, nacería en Caracas, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) y con ello el sueño máspreciado de Fidel y, por tradición, de Martí, Bolívar y otros próceres de nuestra América se hacía realidad.

Sin duda, una de las primeras victorias políticas de esa unión, sería el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre Cuba y los Estados Unidos anunciados el 17 de diciembre de 2014, por los presidentes de ambos países. Cuba sola, sin el fuerte apoyo regional que recibió, no habría llegado a ese resultado.

A modo de conclusión

Es cierto que el equilibrio internacional al que aspiraba Martí en las Antillas se frustró a partir de 1898 con la intervención de los Estados Unidos en Cuba, quienes a partir de ese momento comenzaron a construir su hegemonía en el mundo.

Pero, por paradojas de la historia, la Revolución Cubana triunfante en 1959, de profunda raíz martiana, liderada por Fidel y el Movimiento 26 de julio, abrió nuevamente una puerta para avanzar hacia la segunda y definitiva independencia de América Latina y el Caribe y, con ello, hacia

el equilibrio del mundo al que aspiraba el Apóstol. Es decir, por donde mismo comenzó a construir su imperio los Estados Unidos, se iniciaría en 1959 la posibilidad y la esperanza de su desplome.

La administración de Barack Obama y su llamado “nuevo enfoque” hacia la Mayor de las Antillas, trajeron con las nuevas oportunidades, grandes desafíos para la resistencia cubana frente a los intereses de dominación, que sobre nuestra Isla perviven en Washington. Luego, el nuevo inquilino en la Casa Blanca, Donald Trump, devolvió a los cubanos la imagen más nítida y real del enemigo imperial. Pero es evidente que su política hacia Cuba desde el punto de vista estratégico se hace cada vez más insostenible.

A 150 años de lucha del pueblo cubano por su independencia y 60 del triunfo de enero de 1959, en pleno siglo XXI, los cubanos tenemos el privilegio de contar con el pensamiento táctico y estratégico que, en épocas diferentes, llevaron a la práctica Martí y Fidel frente a los Estados Unidos

Ante los nuevos convites de guantes de seda e intenciones ocultas que, sin lugar a dudas, vendrán desde el Norte en el futuro para doblegar a la nación cubana, este manantial de ideas y de acciones antimperialistas, serán aun más imprescindibles. Como en 1891, en ese extraordinario ensayo y programa revolucionario que es *Nuestra América*, nos decía Martí: “Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra”.²⁴ ■

²⁴ José Martí, “Nuestra América”, *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891, en: José Martí, *Obras Completas*, t. 6, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 15-23.

Sobre cultura cubana

El peligro mayor de Nuestra América*

RICARDO ALARCÓN DE QUESADA



En un libro que logró fácil notoriedad en 1999, Thomas Friedman describe al mundo aplastado ya por el gigante con botas de siete leguas y devorado por cometas que van por el aire dormidas. Su apología del capitalismo no puede, sin embargo, ocultar el espanto. Escuchémosle: “la ansiedad definitoria de la globalización es el temor al cambio rápido procedente de un enemigo que no puedes ver, tocar o sentir —la sensación de que tu vida puede ser cambiada en cualquier momento por fuerzas económicas y tecnológicas anónimas—”.

Dicho de otro modo, la fuerza invisible del mercado, como un Dios implacable y ciego, se ha adueñado de nosotros.

¿Cuál es entonces la pertinencia del pensamiento martiano? ¿En qué medida nos sirve para

* Conferencia ofrecida el 10 de enero de 2001 en el Centro de Estudios Martianos para dar inicio al ciclo de conferencias organizado por dicha institución en conmemoración del aniversario 110 de la publicación del ensayo martiano *Nuestra América*.

descifrar una realidad en la que el hombre pierde su albedrío?

Saludo la iniciativa de Cintio Vitier y de Rolando González al convocar a esta reflexión sobre

Nuestra América a partir de la problemática contemporánea. Hacerlo permitirá comprobar nuevamente la plena vigencia de su mensaje, y la necesidad de nutrirnos de él cuando nos empe-

ñamos por que la Patria toda sea una invencible trinchera de ideas.

Las ideas de Martí resultan imprescindibles en esta época porque él fue capaz de interpretar la suya con rigor científico insuperable. Al desentrañar su tiempo desde la raíz nos legó las claves para entender cualquier otro tiempo.

Su genio previsor superó la prueba de la historia. Ocurrió lo que él supo anticipar y su apostolado no pudo impedir.

Habría sido diferente si nuestros pueblos hubieran podido responder a sus advertencias ante la Conferencia Internacional de Washington: “¿A qué

ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización?”

En 1889 Estados Unidos andaba lejos de ser una potencia capaz de imponer dondequiera su hegemonía. Es cierto que había despojado a México de más de la mitad de su territorio y se había aventurado por el Pacífico y Centroamérica y eran evidentes sus designios anexionistas sobre Cuba y Puerto Rico, pero eran otros los que se repartían el mundo, predominaban en el comercio internacional y en la ciencia y la tecnología, y extendían su influencia incluso sobre buena parte de las repúblicas surgidas del imperio español. Apoderarse de las Antillas, caer con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América, y convertirlas en la base para su dominación global era la ruta que seguiría y Martí lo descubrió antes que nadie. Por eso no hubo un átomo de exageración cuando vio en las Antillas liberadas no solo la salvación de la América nuestra, sino el equilibrio del mundo, ni cuando proclamó que levantarse con Cuba era levantarse para todos los tiempos.

El resto es de sobra conocido. Las guerras mundiales ante las que Washington adoptó la misma calculadora frialdad, idéntico oportunismo al que pautó su conducta ante nuestra pelea secular por la independencia. La división del planeta en dos bloques antagónicos y la amenaza de exterminio nuclear le permitió asumir el control de las naciones occidentales, obligó a sus rivales a una irracional carrera armamentista, desnaturalizó la lucha ideológica y desarmó y aplastó a las corrientes progresistas dentro de Estados Unidos. Aunque el enfrentamiento de las superpotencias nunca llegó al campo de batalla, la guerra fría fue el conflicto más dilatado y abarcador y durante su transcurso, la plutocracia yanqui logró alzarse con una triple victoria; primero sobre su propio pueblo, después sobre sus aliados y más tarde sobre su adversario externo. Con la disolución de la URSS y el derrumbe del socialismo europeo emergería, finalmente, como la única superpotencia, la más poderosa y arrogante que ha conocido la humanidad. No pudo librarse

Estados Unidos de “la hora del desenfreno y la ambición”.

Esa es la esencia de la llamada globalización neoliberal, sustancia principal de la problemática contemporánea: el egoísmo, la codicia y el lucro sin freno ni fronteras.

Que ese orden internacional pueda perdurar no lo cree nadie. Es imposible. Lo saben muy bien quienes teorizan acerca de la victoria definitiva del capitalismo y el fin de la historia. Lo saben especialmente ellos, los embaucadores que cumplen con celo su misión indispensable. El control de la conciencia y la voluntad de la gente ha acompañado a la sociedad norteamericana desde sus orígenes hasta alcanzar en el siglo veinte niveles insospechados. La idea de la “fabricación” o el “manejo del consentimiento” forman parte de una cultura política a la que pertenecen por igual conservadores y liberales. Evadir “las patadas y el rugir del rebaño aturdido”, es decir, del pueblo, que debería ser solo “espectador”, era para Lipmann una preocupación que Brezezinski creyó resolver con la ayuda de los avances tecnológicos en los cuales descubrió gozoso la capacidad de “manipular los sentimientos y controlar la razón” de individuos aislados en una sociedad donde el consumismo reemplaza la ciudadanía. El último, antes de mudarse de Harvard para la Casa Blanca, dejó constancia de la nueva función reservada a ciertos académicos como “house ideologues” del capitalismo. Profesores alquilados para realizar, desde la cátedra y el laboratorio, una labor complementaria a la de las leyes y regulaciones antiobreras, la represión al movimiento estudiantil, la persecución a los intelectuales honestos y el trabajo sucio de la CIA y el FBI dentro y fuera de las fronteras norteamericanas.

“¿Puede pensarse que después de haber destruido el feudalismo y vencido a los reyes, la democracia retrocederá ante los burgueses y los ricos?” se interrogaba Alexis de Tocqueville en 1835. La respuesta vendría precisamente del país que fue objeto de su famoso libro. Allí, bajo el manto hipócrita de la libertad, se construyó un totalitarismo singularmente perverso que, entre otras cosas, hace del país más rico de la Tierra la única nación desarrollada

que no garantiza siquiera un mínimo de asistencia médica, educación y protección social a sus ciudadanos, la única donde no existen virtualmente ni sindicatos ni partidos que puedan expresar los intereses del pueblo. Allí, la práctica sistemática del embuste ha relegado los ideales democráticos a algo que solo se recuerda como “cascabeles de bufón” para emplearla definición de Fernando Ortiz. Allí, advierte Chomsky, la verdad yace enterrada bajo capas superpuestas de “edificios de mentiras sobre mentiras”. No olvidemos, además, que en su tiempo, el propio de Tocqueville había descubierto que no había otro país en que hubiera “tan poca independencia de pensamiento y libertad real de discusión”. Por ello tiene particular interés un informe publicado en los días finales del 2000 por la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos. Es el resultado de quince meses de estudio con la colaboración de Universidades, centros de investigación y “tanques pensantes” de ese país. Su objeto: definir las tendencias globales hasta el año 2015. Alusiones a este documento han aparecido en algunos medios de prensa. En realidad, han sido escasas y bien destiladas, y casi nada dicen de sus aspectos más importantes. Vayamos, pues, a su sustancia. “La economía global movida por la tecnología de la información, beneficia claramente a Estados Unidos. El mayor desafío es como responder a la otra cara de la globalización, como tratamos con los países que se quedan detrás”.

Y los que se quedarán detrás, de acuerdo con la Agencia, serán más, muchos más que los preteridos de hoy. Ante todo porque la población mundial habrá alcanzado la cifra de 7 200 millones de habitantes y la mayoría vivirá en países del Tercer Mundo que el Informe, en su proyección mas optimista, aparta de los llamados beneficios de la globalización; para ellos seguirán el hambre y las enfermedades, y la escasez de agua llegará a ser “lo más preocupante”; el SIDA crecerá en África y Asia y provocará el descenso neto de la población —varios millones en algunos casos— y una sustancial reducción del promedio de vida en muchos países africanos; millones de personas emigrarán cada año hacia los países desarrollados —donde superan ya al 15% de la población— y provocarán tensiones sociales y políticas,

incluyendo cambios en las identidades nacionales; estos extranjeros, obviamente, se sumarán a la mesa de pobres y excluidos, que no son pocos, en las sociedades receptoras; aumentarán en fin, el crimen organizado y el terrorismo internacional y los criminales podrán emplear armas de destrucción masiva.

Estos rasgos estarían presentes en el escenario que la CIA denomina, sin ironía, “globalización incluyente”. El Informe, desde luego, contempla otros tres escenarios menos halagüeños, caracterizados por conflictos regionales, crisis económicas y el caos, bautizado ya como “mundo postpolar”. El documento termina con esta reveladora conclusión: “En los cuatro escenarios la influencia global de Estados Unidos disminuye”.

Es fácil comprender que estamos ante una contienda de la que, nuestra América ni nadie podrá estar ausente. ¿Y qué decir de Cuba, que hoy representa la posibilidad de un mundo diferente, y junta la esperanza de los desposeídos?

Aquel “peligro mayor” que Martí denunció cuando la plutocracia yanqui se lanzaba a la conquista del continente se acrecienta ahora que ella, al dominar el planeta, inicia su marcha inevitable hacia el abismo.

No es solo el Imperio, sino el sistema que él sustenta, lo que está llamado a hundirse porque al alcanzar el despliegue total ha agotado sus posibilidades de desarrollo humano y racional. Durante los años de la guerra fría se hizo creer en la posibilidad de la derrota del capitalismo en su confrontación con una aparentemente poderosa comunidad de estados socialistas. Esa noción, hábilmente explotada por sus estrategias e ideólogos, sirvió a un doble propósito: por una parte, engañar y someter a sus víctimas en Occidente y minar sus tradiciones democráticas y socialistas, y por la otra, arrastrar a los países del llamado ‘socialismo real’ a derrochar incontables recursos en la preparación bélica y a competir con ellos primero, y a imitarlos después, en el terreno escogido por su enemigo.

Mucho se ha hablado sobre las consecuencias negativas que para el campo progresista trajo la restauración capitalista en el antiguo bloque del este. Pero se ha prestado menos atención a los efectos que ella

tiene para los supuestos vencedores. Las primeras han sido, desde luego, graves y dolorosas. Se perdió un proyecto de construir una sociedad más humana y justa. Pero la historia enseña que no fue el primer intento y que los repetidos fracasos no niegan en lo absoluto la realización final de ese ideal.

Las consecuencias para el capitalismo sí serán definitivas e irreversibles. Lo serán, precisamente, porque se ha mundializado y al hacerlo se extiende desenfrenadamente. La globalización neoliberal no es el fin de la historia, más bien es el inicio de una nueva época que verá el colapso del capitalismo o la destrucción de la civilización.

No es casual el interés de la academia burguesa por revisar críticamente la obra fundamental de uno de sus principales baluartes. Me refiero a Joseph Schumpeter y a *Capitalismo, Socialismo y Democracia* publicada por primera vez en 1942, acatada sin discusión durante medio siglo. Pocos se ocuparon entonces de lo que allí quedó escrito sobre la caducidad del capitalismo. Cuando el único estado proletario se desangraba invadido por las hordas nazis, parecía extraña, sin embargo, la profecía que condensó con estas palabras: “una forma socialista de sociedad emergerá inevitablemente de la igualmente inevitable descomposición de la sociedad capitalista”. Quienes embriagados por los acontecimientos de la última década refutan esa predicción, olvidan que Schumpeter no anticipaba el fin del capitalismo como resultado de su derrota, sino como consecuencia de su victoria que lo llevaría fatalmente a la decadencia. Vale la pena recordar que también previó el papel decisivo que correspondería a los intelectuales y artistas en el advenimiento de ese socialismo futuro. Pero no será fácil conquistarlo. “El tigre, espantado del foganazo, vuelve de noche al lugar de la presa.” Habrá que luchar muy duro hasta vencerlo. Se requerirá de mucha tenacidad y sabiduría y habrá que sumar todas las fuerzas posibles, porque “el tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina” y peleará hasta morir “con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos”.

Urge medir el desafío que encara nuestro pueblo. No se trata solo de la hostilidad que la Patria ha debido enfrentar a lo largo de dos siglos. Es

más que la enconada oposición a la Revolución desde su nacimiento y la agresión sin pausa ni medida, desigual e injusta, a la que aún llamamos “diferendo bilateral”.

Porque Cuba existe, porque sobrevive, persevera y avanza y no pliega sus banderas de libertad y de justicia, los explotados y marginados del planeta tienen un punto de referencia; saben que la alternativa existe, que hay y habrá siempre espacio para la esperanza, que es posible realizar los sueños. Ahora que Washington no tiene rival en lo económico, militar o tecnológico, y cuando al mismo tiempo se revelan sus carencias en el plano de la ética y las ideas, Cuba es una potencia moral, y lo que representa hoy tiene más energía movilizadora y más aliento universal. Cuba es ahora y lo será cada vez más, una necesidad histórica.

De ahí el peligro mayor que afrontamos. Pero también nuestra fortaleza. El recrudecimiento del bloqueo, la descomunal campaña de mentiras y calumnias, los esfuerzos multiplicados para dividirnos y socavar la sociedad cubana, las acciones terroristas y los riesgos de provocaciones armadas e incluso, la agresión directa que nunca podemos excluir, son y serán factores incluíbles de esa problemática contemporánea sobre la que se nos ha invitado a reflexionar.

Son realidades que no podemos ignorar y nos llaman al combate y la vigilancia permanentes. Pero también es importante que comprendamos cuán grande es nuestra fuerza y la debilidad irreparable del enemigo.

Por primera vez desde su irrupción en la historia, el imperialismo ha creado las condiciones que permiten oponerle el impulso unido de la humanidad entera. No solo el de los pueblos avasallados por el coloniaje y el racismo, no solo el de quienes en el norte opulento producen la riqueza ajena, sino el de todos los que aman la vida y saben que “la salvación está en crear”. Desde Seattle hasta Praga lo proclaman voces que no pueden ser ignoradas.

Lo seguirán haciendo, con mayor elocuencia siempre, convocados por “el sueño y la certeza de que otro mundo es posible”.

Muchas gracias. ■

Lo ético fundador en la cultura cubana

CINTIO VITIER



1

La palabra “ética” viene del griego *ethos*, que significa costumbre. Ética es, en principio, la doctrina de las costumbres, o de las buenas costumbres en contraposición a las malas costumbres. Pero ¿cuál es el criterio para esta contraposición?

Aristóteles, primer tratadista de lo ético como disciplina filosófica, distinguió entre virtudes que sirven para la realización del orden de la vida del Estado —la justicia, la amistad, el valor, etcétera— y tienen su origen directo en las costumbres y en el hábito; y virtudes dianoéticas, que son como los principios fundamentales de las éticas, a saber, las virtudes de la inteligencia o de la razón: sabiduría (*sofía*) y prudencia (*frónesis*). Todo ello, desde luego, ajustado a las necesidades, características y fines (ideales) del Estado ciudad griego.

Si seguimos la trayectoria de la filosofía moral desde los diálogos fundadores de Sócrates —para

quien el mal era producto de la ignorancia— hasta nuestros días, un cierto desasosiego puede acometernos. ¿Será la ética tan relativa y cambiante como las escuelas filosóficas y como las épocas sucesivas? Por lo pronto, antes de Cristo se fue configurando una “ética de los bienes” o jerarquía de bienes concretos hacia los que aspira el hombre y por los cuales se mide la moralidad de sus actos, punto común de partida de los divergentes estoicos y epicúreos en sus respectivas metas: la impasibilidad para los primeros; el placer moderado para los segundos.

Platón, al incluir la idea del bien en su teoría de las ideas, había subordinado la ética a la metafísica, línea que acentuaron los neoplatónicos, si bien Plotino la enlaza con ideas aristotélicas y, sobre todo, estoicas.

Los pensadores cristianos, que tenían en el Decálogo mosaico y en la prédica de Jesús el baluarte más sólido, de entrada

absorbieron lo ético en lo religioso, de donde surgió el tipo de ética que se ha llamado heterónoma o, más propiamente, teónoma; es decir, la que fundamenta en Dios los principios de la moral. Pronto y cada vez más, sin embargo, incorporaron muchas ideas de la ética griega, principalmente platónicas y estoicas.

A partir del Renacimiento, las corrientes neostoicas, que alcanzaron a filósofos como Descartes y, sobre todo Spinoza, fueron las más influyentes, hasta que en el siglo XVII surgieron reformulaciones de las teorías éticas, fundadas ahora en el egoísmo (Hobbes) y en el realismo político (Maquiavelo). Por su parte, Kant rechazó toda ética de los bienes y fundó una ética rigurosamente formal, autónoma, en la que los principios superiores que él llamó “imperativos” son absolutamente válidos a priori y tienen, con respecto a la experiencia moral, la misma función que las categorías con respecto al pensamiento científico.

Sin pretender ni por asomo resumir este proceso secular ni traerlo hasta nuestros días, se destacan la inversión de todas las tablas de valores propuestas por Federico Nietzsche, y, ya en el siglo XX, la ética axiológica como conciliación entre el empirismo y el apriorismo moral, sustentada por Max Scheler, impugnador de Nietzsche en un libro memorable: *El resentimiento en la moral*.

La axiología o teoría de los valores ha tenido el mérito de distinguir la especificidad de los entes propios del universo moral y de jerarquizarlos desde lo agradable y desagradable hasta sus manifestaciones superiores. Aunque ha hecho un bien indudable al objeto de su estudio, lo que propone es más un análisis que una praxis. Ese análisis, enriquecido por Rickert, Hartman y otros, restringido por su mismo lenguaje a especialistas, no ha podido contrarrestar el influjo, más o menos vulgarizado, de la “inversión” nietzscheana, de la que el hoy llamado “posmodernismo”, aunque no lo reconozca, es tal vez la última o penúltima consecuencia.

Los problemas éticos empezaron a preocupar a los pensadores cubanos desde las primeras décadas del siglo XIX. No es ello raro si reconocemos las

raíces cristianas de nuestra cultura y las tendencias acentuadamente hedonistas de nuestra población, bien por razones de herencia biológica o por razones sociopolíticas, o por ambas; y, junto a ellas, según veremos, el hondo, creciente torcedor moral de la esclavitud, que llegó a convertirse en el centro de nuestro espíritu.

Para caracterizar brevemente el contexto de aquellas primeras preocupaciones, un tanto académicas y que algo impacientaron al padre Varela en su destierro ya revolucionario, debemos recordar que la llamada ética de los bienes, rechazada como vimos por Kant, se configuró en el siglo XVIII europeo con Helvecio, Holbach, Bentham y otros, como una moral del interés o de la utilidad, si bien estos dos conceptos no siempre se consideraron equivalentes. Frente a ella se levantaron, como formas de la llamada ley del deber, los imperativos de la conciencia, que tenían en la religión judeocristiana su máxima inspiración.

Las páginas del *Diario de La Habana* y del *Noticioso y Lucero* acogieron de julio a octubre de 1839 una larga e intensa polémica de los hermanos Manuel y José Zacarías González del Valle con el presbítero Francisco Ruiz y otros —en la que medió magistralmente José de la Luz y Caballero—, sobre la conveniencia de aceptar o no el principio de utilidad como fundamento de las acciones y juicios morales.

Los hermanos González del Valle defendieron a capa y espada la moral basada exclusiva y absolutamente en el principio del deber, sin ninguna mezcla de interés ni utilidad en sus motivaciones. Francisco Ruiz, aunque sin confundir interés y utilidad, y extendiendo esta a los bienes espirituales, defendió el principio de utilidad como el único que le da un contenido real y efectivo al principio del deber.

Abriéndose paso entre ambas argumentaciones, José de la Luz llegó a la formulación más esclarecedora dentro de esta polémica al sentenciar que: “habiendo una gran diferencia entre lo útil tomado en general y lo justo, no media alguna entre lo más útil y lo justo: útil es un ferrocarril pero más útiles la justicia”, a lo que líneas después añade, concluyendo: “Luego la ley del deber, lejos de opo-

nerse al principio de la mayor utilidad, encuentra en este su más firme apoyo”.

Y no pierde la ocasión de reiterar la proposición 143 de su elenco del Colegio de San Cristóbal de Carraguao en 1835, para que no queden dudas de que su mediación no implicaba vacilación en lo que al interés respecta:

La moral del interés nos abre un abismo de males; estas son las consecuencias forzosas: primera, el olvido de nuestros derechos; segunda, la pretensión de contentar al hombre solo con goces físicos; tercera, la degradación del carácter nacional.¹

Como vimos, Francisco Ruiz, en su defensa del principio de utilidad, no lo confundió con el interés ni lo restringió a los goces físicos; antes bien, reconoció la superioridad utilidad moral de los goces espirituales pero sin renegar de los materiales, que en sí mismos consideró deseables y buenos en cuanto propiciados por el Creador. Tampoco Luz dijo nada en contra de estos últimos, aunque es evidente que para su mayor *espiritualidad práctica* de educador, apenas contaban.

Ya el padre Félix Varela —desde antes de radicalizar su pensamiento político gracias a la aleccionadora experiencia de las Cortes de Cádiz— en su habanera Cátedra de Constitución había apelado a “una fuerza moral irresistible” como fundamento de “una sociedad de hombres libres”;² en las propias Cortes afirmó que “la voluntad general del pueblo de la Isla de Cuba es que no haya esclavos”;³ fustigó siempre el corruptor ‘mercantilismo’ de la oligarquía criollo española y cifró su ideal de independencia, de raíz declaradamente americana, en el exigente apotegma fundador de que “no hay patria sin virtud”.⁴ Esta línea de pensamiento, profundamente asumida como hemos visto por José de la Luz, culmina intacta en la dedicatoria de *Ismae-*

lillo cuando Martí le dice a su hijo que tiene “fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en tí”.⁵ Para los cubanos que aspiramos a ser hijos suyos, tal es nuestro credo.

Cuba empezaba con los toques de santo en los barracones de los ingenios y la Fiesta de Reyes en la Plaza de la Catedral, con los gallos y postales campesinas de El Cucalambé y los poetas románticos de Heredia a Zenea, que nos enriquecieron con su destierro y lejanía, pero, simultáneamente, Cuba empezaba con los austeros próceres del Seminario de San Carlos y San Ambrosio de La Habana, detenidos todos ante el horror de la esclavitud. De ese espanto salían alzándose, huyendo o suicidándose los esclavos, pero, también, bailando y cantando cada vez que podían. De ese espanto salió, invencible, la sensualidad de nuestra música. Los otros, los austeros, los fatalmente culpables aunque no responsables, quedaban aferrados al velón del escritorio, al rasgueo nocturno de la pluma, a los libretos de la Enciclopedia, de la Ilustración, de la ideología, de la revolución norteamericana o francesa, del idealismo alemán, del romanticismo español o francés, de Europa. Martí, sin embargo, los vio de otro modo:

Abajo, en el infierno, trabajaban los esclavos, cadena al pie y horror en el corazón, para el lujo y señorío de los que sobre ellos, como casta superior, vivían felices, en la inocencia pintoresca y odiosa del patriciado; pero siempre será honra de aquellos criollos la pasión que, desde el abrir los ojos, mostraban por el derecho y la sabiduría, y *el instinto que, como dote de la tierra, los llevó a quebrantar su propia autoridad, antes que a perpetuarla.*⁶

Con la observación subrayada, que figura en su artículo sobre la muerte de Antonio Bachiller

¹ José de la Luz y Caballero.

² Félix Varela.

³ Félix Varela.

⁴ Félix Varela.

⁵ José Martí: prólogo a *Ismaelillo*, Obras completas, t. 16, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1875, p. 17. El destaque es del autor.

⁶ José Martí: “Antonio Bachiller y Morales”, op. cit., t. 5, p. 145. El destaque es del autor.

y Morales en 1889, Martí daba un paso decisivo en el señalamiento de una especie de autoctonía ética en los fundadores de nuestra cultura. No se trataba ya, en aquel memorable recuento, de los debates cubanos en torno a corrientes filosóficas europeas, sin que les restemos a estos su indudable importancia. En líneas anteriores Martí anunciaba el verdadero blanco de su juicio al evocar aquel periodo excepcional del Seminario de San Carlos,

[...] cuando el sublime Caballero, padre de los pobres y de nuestra filosofía, había declarado, *más por consejo de su mente que por el ejemplo de los enciclopedistas*, campo propio y cimiento de la ciencia del mundo el estudio de las leyes naturales; cuando salidos de sus manos, fuertes para fundar, descubría Varela, tundía Saco, y La Luz, arrebatada [...]⁷

Cada verbo, aquí, es una definición. Y aquella línea de pensamiento que empezó con el rechazo del principio de autoridad en materias filosóficas, científicas y literarias, acabó cuestionando radicalmente —salvo en el caso intermedio de Saco— la autoridad política de España para seguir gobernando a Cuba y la autoridad de la propia clase esclavista a la que aquellos próceres pertenecían.

2

En alguna ocasión Paul Valéry dijo que era inútil buscar lecciones en la historia porque la historia daba incesantemente lecciones mezcladas de todo, de lo bueno y de lo malo, de lo mejor y de lo peor, y de ese caos no era posible sacar lecciones moralmente válidas. Esa tesis negadora de la historia como maestra aleccionadora de los hombres es típicamente europea, quizás porque también en Europa, de Bossuet a Mommsen, de Burkhart a Toynbee, se han realizado ingentes esfuerzos historiográficos por dotar a la historia de sentido. En Iberoamérica, en cambio, y especialmente en Cuba, donde se produjo el hoy olvidado monumento historiográfico que es *La historia de la es-*

clavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, precisamente el tema de esta obra de José Antonio Saco ha sido el tema central y dominante de nuestro sentido de la historia, el cual no se adquiere por aplicaciones bíblicas ni por investigaciones académicas sino por vivencias inmediatas.

Desde luego que esas vivencias han sido y son universales. El propio Saco, en las líneas quizás más elocuentes de sus cinco tomos, inconcluso el último, comienza advirtiendo:

Para componer esta obra, he subido a las tradiciones más remotas de algunos pueblos; he consultado las esculturas e inscripciones que aún se conservan en los muros de los monumentos más antiguos de la tierra, y recorrido los anales de más de cincuenta siglos; pero en todos ellos siempre he visto, así en el viejo como en el nuevo continente, al hombre esclavo del hombre. Naciones bárbaras o civilizadas, grandes o pequeñas, poderosas o débiles, pacíficas o guerreras, bajo las más diversas formas de gobierno, profesando las religiones más contrarias, y sin distinción de climas y edades, todas han llevado en su seno el veneno de la esclavitud.⁸

En el ejemplar de este libro que conservo y fue de mi padre, tales son las únicas líneas subrayadas. No sería nada improbable —sugiere Fina— que el recuerdo de estas líneas del más acumulativo de nuestros talentos provocara la sentencia del más sintético de nuestros genios, José Martí, cuando dijo en sus esenciales *Versos sencillos*: “La esclavitud de los hombres / Es la gran pena del mundo”.⁹

Treinta años antes de la publicación de la *Historia* de Saco, en mayo de 1845, José de la Luz había escrito: “La introducción de negros en Cuba es nuestro verdadero pecado *original*...”¹⁰ ¿Por qué subraya “original”? Cuidado con la puntuación y los subrayados de Luz, el más sutil escribiente

⁸ José Antonio Saco.

⁹ José Martí: “Versos sencillos XXXIV”, op. cit., t. 16, p. 112.

¹⁰ José De la Luz y Caballero.

⁷ *Ibidem*. El destaque es del autor.

del alma que hemos tenido. ¿Quizás quiso tocar la frontera entre “original” y “originario”? En todo caso su arte consiste en sugerirnos, aún sin proponérselo, una lectura inesperada. La esclavitud de los negros en Cuba, en efecto, no solo fue original como pecado histórico por analogía con el pecado original del *Génesis* —que no fue de origen sexual (ya se había dado el mandamiento de “creced y multiplicaos”) sino de soberbia (la tentación diabólica del “seréis como dioses”)— sino, también, originario, originador de una historia, por localizable analogía con la historia de la especie humana.

Pero si importantes son los rasgos universales de la historia, no menos significativos son sus rasgos locales, dados por las inspiraciones de la geografía, la superposición y mezcla de razas, teluridades y culturas, la especificidad de los sucesos históricos. Y de los sucesos que conformaron la historia de Cuba, ninguno más influyente, si no determinante, que la introducción sistemática de la esclavitud africana cuando ya, como lo denunciara el padre Las Casas, la población indígena de las Antillas había sido arrasada en proporción inmensamente mayor que en el resto del hemisferio americano. Don Fernando Ortiz, por cierto, exculpó a Las Casas del pecado de haber sido el causante de la esclavitud africana en América, aunque el propio Las Casas se arrepintió pública y amargamente, no como causante pero sí como inconsciente propiciador. Sin entrar ahora en esta polémica —en la que el “Protector de los indios” tiene de su lado a Saco, a Martí, a Don Fernando—, lo que nos interesa destacar es que, a medida que la conciencia de la patria y de la nacionalidad se fue forjando, a medida que el trauma histórico causado por “el veneno de la esclavitud”¹¹ —según lo llamó Saco— se fue clarificando, nuestra historia empezó a ser emisora de eticidad.

No obstante el común pasado universalmente esclavista, no es lo mismo haber llegado a ser —como llegaron varios países de Europa a partir del Renacimiento— metrópolis colonizadoras, que haber

nacido, en cuanto naciones posibles, como colonias esclavistas. En el primer proceso, el trauma del “veneno de la esclavitud” —metabolizado en Grecia por la filosofía aristotélica con su teoría del “siervo nato” y en Roma por la sublimación de un poder creador imperial— pudo ser dejado, aparentemente, atrás. Europa, con España primero a la cabeza y más tarde a la zaga, se convirtió en la redondadora del planeta, en la generadora de la modernidad y en la dueña de la acumulación del capital.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, sin embargo, las colonias norteamericanas, no en vano de origen inglés, empezaron a emular con éxito en aquella vocación capitalista. Fue así que comenzaron a desarrollarse tecnológicamente y mercantilmente; lograron, ya unidas, independizarse de Inglaterra; fundaron una democracia moderna con millones de esclavos, con el declarado propósito, desde sus inicios, de cumplir un destino geopolíticamente “manifiesto” de inspiración calvinista, y de convertirse, como lo recuerda Martí, dicho por boca de sus voceros más autorizados e influyentes, en la nueva “Roma americana”. A pesar de la nobilísima cruzada de Lincoln, “el veneno de la esclavitud” había entrado profundamente en su sangre; su expulsión no se había identificado con la independencia política; la derrota del Sur fue una calamidad nacional en beneficio de lo peor del Norte y se enraizó un racismo hasta hoy incurable. En aparente y brillante compensación — como había sucedido en la primera fase del proceso moderno europeo, pero con un impulso indudablemente más egocéntrico y vertiginoso— el desarrollo productivo, el adelanto tecnológico y el expansionismo financiero y militar crecientes, harían de Estados Unidos, desde la aplastante y simbólica derrota de la escuadra española en la bahía de Santiago de Cuba, el país hegemónico de América y, finalmente, del mundo.

Entre tanto, los pueblos de América Latina y del Caribe, desde su condición de colonias esclavistas, habían ido cobrando conciencia —en sus mentes y corazones más esclarecidos— de la relación oculta entre las varias esclavitudes que padecían: la física

¹¹ José Antonio Saco.

de los africanos, la política de los criollos, la moral de toda la sociedad naciente. El mejor pensamiento filosófico, ético, pedagógico y político, la mejor poesía, la mejor novela, la mejor crítica social y literaria de nuestro siglo XIX demuestran lo anterior.

Indudablemente, también existe una tradición conservadora y constructiva, en los casos diversos de Arango y Parreño y de Saco, cuyo análisis, para ser justo, debe atender a las diversas fases del proceso que les tocó vivir dentro y fuera de la Isla. También está el caso siempre un poco enigmático de Del Monte, respaldado por el juicio de Martí: “el más real y útil de los cubanos *de su tiempo*”.¹² Sembrador de cubanía literaria, de cultura nacional, anti-anexionista como Saco, el *tiempo* de su oportuna y fecunda gestión, en efecto, tuvo un límite. Pero ¿cuál fue el tiempo de Varela, el tiempo de José de la Luz? Ya con estos próceres fundadores tocamos una distinta dimensión: la del tiempo de la futuridad. Sus voces rebasan su tiempo cronológico, aun si consideramos la proximidad de la muerte de Luz y sus últimas palabras proféticas al comienzo de la Guerra de los Diez Años, precisamente porque esa guerra estaba destinada a iniciar una revolución creadora de la nación, no obstante tantas frustraciones intermedias, hasta nuestros días y hacia el futuro.

Y desde luego, existe también una tradición reaccionaria, representada finalmente por lo peor del autonomismo y por el entreguismo pseudo republicano, que es la que hoy intentan rescatar algunos ideólogos del exilio contrarrevolucionario. Esa tradición, siempre intelectualmente inferior y minoritaria, es la que no aprendió la lección del “veneno de la esclavitud” en todas sus formas, la que no quiso expulsarlo de su sangre, la que no pudo o no quiso entender la relación entre la esclavitud racial y la esclavitud política, y entre ambas con la esclavitud espiritual —esta última, por cierto, la que más daña a la clase de los privilegiados.

3

No es posible omitir, al tocar este punto, las raíces cristianas de nuestra cultura, de las que fue precur-

sor poco notado el padre Las Casas cuando descubrió, siendo todavía encomendero de indios, en las cercanías de la bahía de Jagua, la lectura social de la *Biblia* y la puso en práctica durante el resto de su larga y batalladora vida, hermosamente sintetizada por Martí para los niños de América en *La Edad de Oro*.

A la respuesta cristiano cubana frente a “la mayor maldad civil que han cometido los hombres”,¹³ como llamó a la esclavitud el padre José Agustín Caballero en *El Papel Periódico de La Havana* el 8 de mayo de 1791, debemos la primera aplicación de las palabras de Cristo en Mateo 25 a la llaga mayor de nuestra historia. De esas palabras dedujo el padre José Agustín la identificación de Jesús con los esclavos encarcelados en los calabozos de los ingenios, esclavos a los que llamó “entes de nuestros mismos calibres, nuestros hermanos y prójimos”.¹⁴ No sería nada improbable, sugiere Fina, que esa idea resonara en *El presidio político en Cuba*, cuando Martí, que calificó al padre Caballero de “padre de los pobres y de nuestra filosofía”,¹⁵ refiriéndose a los suplicios a que era sometido el anciano Nicolás del Castillo (no africano, pero tan esclavo ya como aquellos otros), exclamara: “¡Olvidaban que en aquel hombre iba Dios! Ese, ese es Dios; ese es el Dios que os abrasa el corazón, si no se ha hundido ya al fuego de vuestra infamia”.¹⁶

A la radical inspiración cristiana del padre Varela, mucho más que al influjo modernizador del cartesianismo y a la ideología filosófica francesa, se debió el proyecto de abolición que llevó a las Cortes de Cádiz, en el que, estableciendo la continuidad de la esclavización de los indios con la de los africanos, advierte que “el primero que dé el grito de independencia tiene a su favor a casi todos los originarios de África”,¹⁷ y anticipa la sentencia de Martí — “[...] dígame hombre, y ya se dicen todos los derechos” —¹⁸ cuando declara en dicha memoria que los derechos de los negros y

¹³ José Agustín Caballero.

¹⁴ José Agustín Caballero.

¹⁵ José Martí: “Antonio Bachiller y Morales”, op. cit., t. 5, p. 145.

¹⁶ José Martí: *El presidio político en Cuba*, op. cit., t. 1, p. 61.

¹⁷ Félix Varela.

¹² José Martí: “Juan J. Peoli”, op. cit., t. 5, p. 282. El destaque es del autor.

y condena por hombres a quienes la Iglesia ha llamado antos.²⁰

A este propósito cita Varela pasajes de San Agustín como pudo citarlos de radicales prédicas contra los ricos, de Basilio el Magno y de Juan Crisóstomo en el siglo IV, lo cual a su vez nos recuerda la siguiente advertencia de Martí en su comentario a la *Historia Universal* de César Cantú, en 1882: “La Edad Media, como seno de madre, dio de sus sombras creadoras a nuestra Edad, que no la rechaza ya como hija impía, sino que anhela conocerla, porque nació de ella”.²¹

De hecho, sin embargo, ya en esa fecha estaba rota la que Federico Engels —refutando la consideración de la Edad Media como “una simple interrupción de la historia por un estado milenarismo de barbarie general”— llamó “la gran concatenación histórica”,²² que por su lado más sombrío fue el tema enfrentado, aunque con ánimo más descriptivo que interpretativo, por José Antonio Saco en su —de todos modos sorprendente— *Historia*.

Para finalizar este rápido recuento de las confrontaciones cristiano cubanas con el veneno y trauma profundo de la esclavitud, a ellas se debe, en el pensamiento fragmentariamente ya citado de José de la Luz, la clara percepción de que “justo es también que los miembros de la sociedad sean solidarios y mancomunados en esa deuda, cuando ninguno de ellos está exento de complicidad”.²³ Ya el padre José Agustín había advertido que los esclavos eran “los brazos que sostienen nuestros trenes, mueblan nuestras casas, cubren nuestras mesas, equipan nuestros roperos, mueven nuestros carruajes y nos hacen gozar los placeres de la abundancia”,²⁴ sencilla observación que comprobaba la complicidad en la explotación esclavista de todos los miembros de su clase y que, desde tan atrás, diríase estarnos preparando para una recepción cubana del marxismo.

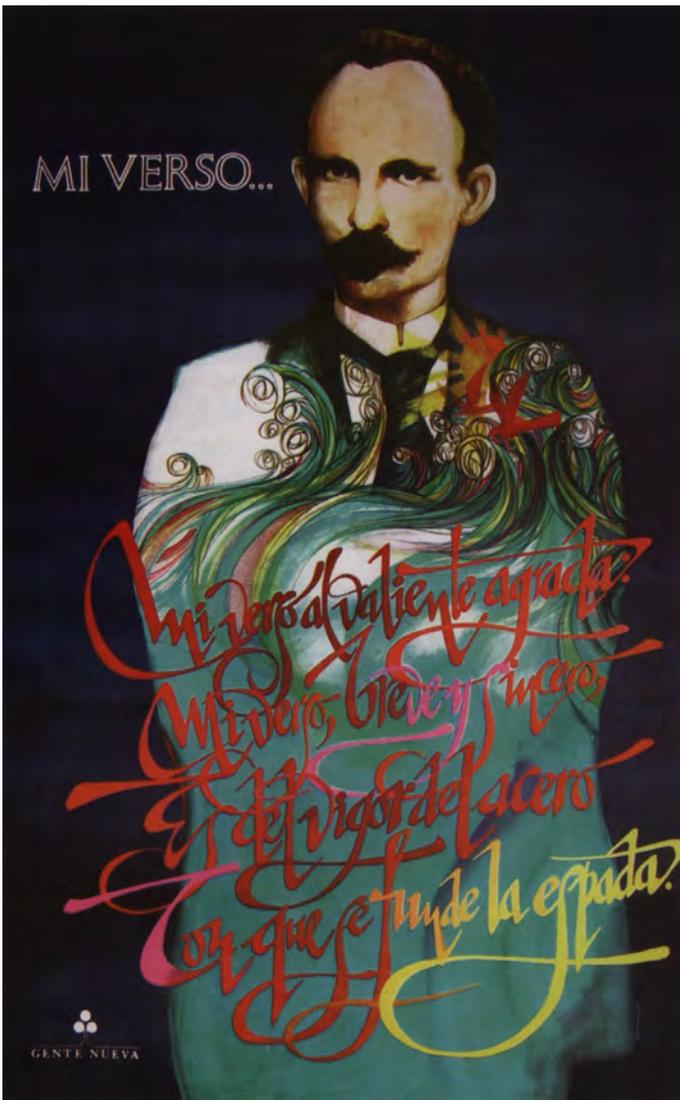
²⁰ Varela, Félix:

²¹ Martí, José: “Italia”, op. cit., t.14, p. 399.

²² Engels, Federico:

²³ Caballero, José de la Luz:

²⁴ Caballero, José Agustín:



Cartel de Lázaro Enríquez. ICL, 1986.

mulatos “no son otros que los de hombre”.¹⁹ Tales ideas no le venían centralmente de la Revolución Francesa —que por cierto en el Caribe intentó restablecer la esclavitud después de supuestamente liberado— sino del mensaje profético y evangélico y de la prédica de los primeros padres de la Iglesia, de los que dice en sus *Cartas a Elpidio*:

Todas las máximas de los pueblos libres, todas las doctrinas de civilización han sido enseñadas por los Padres y se hallan en esos *mamotretos* que condenan sin haber leído. Temblarían los déspotas, mi amado Elpidio, si pudieran ponerse en la mano de los pueblos las páginas en que sin consideración ni rebozo se les acusa

¹⁸ Martí, José: “Mi raza”, op. cit., t. 2, p. 298.

¹⁹ Varela, Félix:

Por su parte, Martí acentuará el linaje cristiano de esta línea de pensamiento al añadir el sentido compensatorio y redentor del sacrificio voluntario. Así, partiendo de lo dicho por Luz —cuando de culpa social mancomunada se trata es justo que paguen “justos por pecadores”— agrega categóricamente: “A muchas generaciones de esclavos tiene que suceder una generación de mártires”.²⁵ Y da un paso más Luz en la conquista de nuestra espiritualidad integradora cuando en La Habana de 1847 escribe: “Unos pueblos más propensos [al suicidio] que otros. Los ingleses por tétricos. Los lucumíes por valientes y amantes de la libertad”.²⁶ Asombroso descubrimiento, en medio de la colonia esclavista, de una ética africana cuya espontánea raíz elemental, precisamente por serlo, gana grados a sus ojos frente a los refinamientos de una civilización desmoralizante y corruptora. Asombrosas palabras en la pluma del amigo cubano de Walter Scott desde su viaje a Inglaterra en 1829. Conocedor de los más distinguidos ambientes europeos como lo sería Carlos Manuel de Céspedes, su reconcentrada vuelta a las soledades resonantes del Colegio del Salvador prefiguraba sin

proponérselo la entrada de Céspedes en el alba independentista y antiesclavista de La Demajagua.

En el entramado de nuestro pensamiento ético, forjador de nuestra concepción de la patria, “el veneno de la esclavitud” fue un factor *clave*. Y ya que nos viene a los labios esta polisémica palabra, cuánto nos gustaría recibir hoy otra maravillosa lección como la de Don Fernando Ortiz sobre *La clave xilofónica de la música cubana*, para explicarnos por qué nosotros sí tenemos una historia emisora de futuridad y de sentido, por qué nosotros sí podemos aprender incesantes lecciones de nuestra historia, por qué la eticidad es la clave de nuestro destino: un destino de perenne liberación a contratiempo del *fatum*, más aéreo que telúrico, o telúricamente aéreo, como la clave original de granadillo a contratiempo del bajo del son, como la cristalina “gota de madera”²⁷ que oyó Federico o la secreta y sencilla cruz de nuestra música que sorprendió Ballagas y don Fernando reveló como nadie.

Solo él pudiera ayudarnos a entender el misterio que hoy más nos fascina: los enlaces de África, cristianismo y estoicismo en nuestra raza insular; de descreimiento y fe, esperanza y, sobre todo, caridad; de sensualidad y eticidad sin gota de puritanismo; de “música y razón”,²⁸ en que, como pueblo y como personas, queremos consistir. ■

²⁵ José Martí: “Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en Steck Hall, Nueva York. 24 de enero de 1880”, op. cit., t. 4, p. 189.

²⁶ José de la Luz y Caballero:

²⁷ ¿Federico García Lorca?:

²⁸ José Martí: *Versos sencillos*, I, op. cit., t. 16, p. 65.

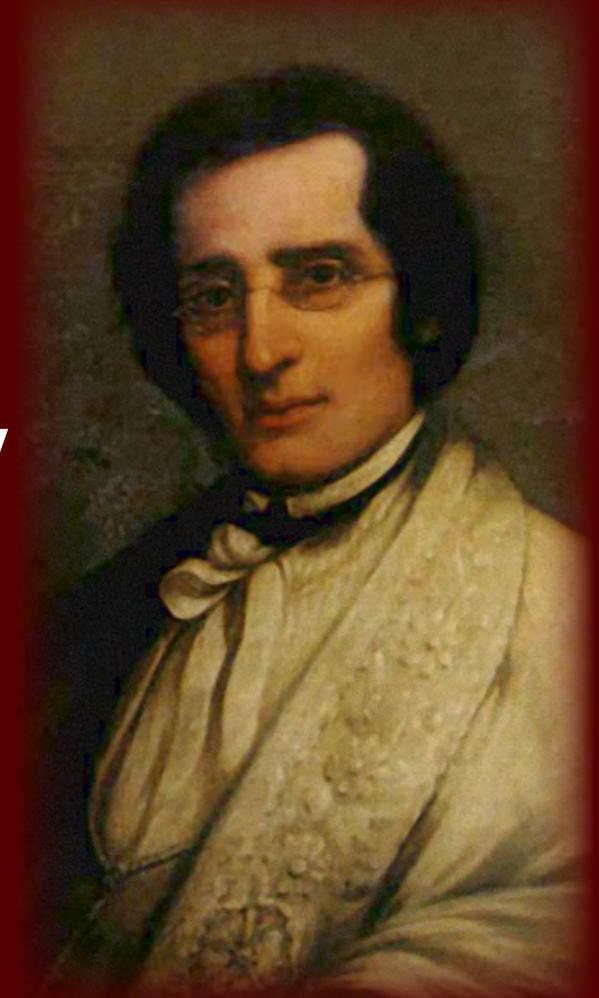
Conjunción

Algunos componentes del pensamiento fundacional vareliano vigentes en la Cuba de hoy

MONSEÑOR CARLOS MANUEL
DE CÉSPEDES GARCÍA-MENOCAL

*Lávame el alma, lávala te digo antes
que caiga de pecados muerta!
Límpiale el odio del combate, el fiero
tesón y el polvo cruel de la derrota;
la inanidad del triunfo y la ventura.
A ver si brilla al fin como el lucero
del cielo de la tarde, cuando flota ...*

RAFAEL ESTÉNGER, *Mar de estío*



Introducción

Me resulta imposible evitar que a los lectores de este texto les asalte la impresión de que ya lo han leído. Durante más de veinte años he hablado y escrito sobre el padre Félix Varela, en Cuba y fuera de ella, tanto en ambientes eclesiásticos, como en ambientes culturales de diversa índole. Además, al escudriñar su pensamiento y contemplar sus cualidades, en su momento histórico, casi siempre he hecho referencias a su proyección sobre la sociedad cubana actual, como imagen real de ejemplaridad sacerdotal católica, como elaborador de un pensamiento congregante y como paradigma de civilidad razonable. Si el personaje tomado en consideración es el mismo, si el escritor también lo es, si los lectores son homologables a los anteriores y si el tema está enlazado con los tópicos previos,

las repeticiones resultan ineludibles. Así pues, en el texto actual me he servido de algunos escritos anteriores, pero he añadido reflexiones recientes.

Por otra parte, la estrofa de *Mar de estío*, de Rafael Esténger, aparece citada por mí en más de una ocasión cuando me refiero a sociedades en cambio. Según mi criterio, para ser agentes positivos de cambio social, es imprescindible tener el alma limpia de los odios del combate y vacía de la inanidad del triunfo y, con mayor razón, si de ventura se tratara. Tesón sí, pero nunca fiero, sino humilde. Dolor, quizás, ante algunas derrotas personales, pero sin la arrogancia y la cobertura de polvos crueles, sino con el brillo de la paz serena, posible solo en quien empeñó lo mejor de sí teniendo ante los ojos el bien de los otros, no el suyo propio. El padre Varela encarna y promueve en nosotros —los que no dejamos de contemplar su existencia ni de leer sus

textos—, las cualidades buenas que poetiza Esténger, resumiendo en su poesía tersa lo que yo trataré de expresar en estas cuartillas en prosa.

He encabezado mi texto con el título Conjunción, palabra derivada del latín *coniunctio*, que significa raigalmente “unión firme”, porque puesto a pensar en el pensamiento vareliano, considerándolo “filosófico *stricto sensu*” o no, este aparece ante mis ojos, en sí, como un *pensamiento conjuntivo*: ecuménico, estimulador de uniones completivas, coordinantes, finales e ilativas. Su filosofía ecléctica o electiva no pretende otra cosa, aunque para hacerlo tenga que recurrir a giros filosóficamente condicionantes y/o disyuntivos.

El último de estos esclarecimientos previos toca la esencia misma del tema de este texto: el padre Varela y la filosofía en Cuba. Y comienzo con una pregunta: *¿Fue el padre Varela filósofo o solamente un pensador inteligente?* La respuesta depende de lo que entendamos por filosofía. Me permito citar a Medardo Vitier:

Brevemente, ¿qué es la Filosofía? Para Platón tenía una finalidad ontológica, se proponía conocer el ente, el ser, en su naturaleza y relaciones más universales. Aristóteles, más positivista, la consideró como el conocimiento por las causas. Fichte da una definición clara. Estima la Filosofía como “la doctrina de la Ciencia”, lo cual comprende solo el aspecto lógico; excluye el ético, de los valores. Augusto Comte que quiso descartar todo factor metafísico de su sistema, la vio como el estudio de los resultados más generales a que llegan las ciencias particulares.

Y continúa nuestro autor:

Hay un concepto que es común a todos los criterios filosóficos: el de universalidad. Cada ciencia [...] se limita a una clase de hechos que clasifica y explica. El filósofo busca, con mirada más abarcadora, *la razón de ser fundamental del Universo y del hombre; una iluminación del sentido totalitario del ser y de la vida* [...] Queda en pie una realidad: el interés constante del hombre por las cuestiones

fundamentales. Es una necesidad unificadora de la razón humana [...] ¹

Espoleado por esa necesidad unificadora, que él mismo había recibido en el orden de la fe, el padre Varela se consagró a trabajar por ella en el orden de la razón. De ese esfuerzo, sorprendente en la Cuba de inicios del siglo XIX, nacieron sus textos filosóficos: *Elencos*, de 1812, 1813, 1814, 1816; los cuatro tomos de las *Instituciones de filosofía ecléctica* (1812—1814), la *Lección preliminar* del curso de 1818, las *Lecciones de Filosofía*, varias ediciones, los *Apuntes filosóficos*, también del curso de 1818; la *Miscelánea filosófica*, de 1819, las *Máximas morales y sociales* y algunos cuadernos y cartas en las que abordó temas de carácter filosófico.

Con todo esto en cuenta, podemos concluir que el padre Félix Varela sí fue un filósofo. No al estilo de Platón, Aristóteles o San Agustín, ni de los clásicos escolásticos de la Edad Media, como Santo Tomás de Aquino, Duns Scoto y San Buenaventura. Mucho menos al de los filósofos de la escolástica decadente de los siglos XVII y XVIII. Pero sí hay conexión entre su pensamiento, humanista y social, y el de los salmanticenses de los siglos XVI y XVII. *El pensamiento del padre Varela puede situarse en el cauce del pluriforme pensamiento lustrado*, cercano a la ilustración católica, sea a la española —la de Fray Benito Jerónimo Feijoo (1676—1764)—, sea a la francesa o “anglicana”. En relación con los padres de la Iglesia y los grandes teólogos cristianos, escolásticos o no, tengamos presente que aunque el padre Félix Varela introduce en su filosofía temas propios de la filosofía moderna, así como el modo de razonar y de relacionar de los filósofos modernos, esto no excluye que tenga en común con los padres y los escolásticos clásicos, el *corpus* del pensamiento cristiano. Varela no tuvo quiebras en su fe como sacerdote católico y, no padeciendo de esquizofrenia intelectual, los contenidos de la fe no pueden no estar presentes en su pensamiento.

¹ Medardo Vitier, *Las ideas en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002, p. 165.

A Varela se le suele identificar, con sobradas razones, no sólo como un buen profesor de Filosofía, sino también como un reformador e los estudios de esa disciplina en el Real y Conciliar Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio. Al serlo en esta institución, lo fue para toda la Isla, dado el peso intelectual del Seminario en sus años de ministerio pedagógico. Peso comparable entonces, solamente, con el de la Pontificia Universidad San Gerónimo.

¿En qué ámbitos de la enseñanza de la filosofía resultó reformador el padre Varela? Por veracidad histórica, en el análisis del pensamiento y de la pedagogía vareliana, se le debería otorgar una cierta precedencia, cimentadora y cronológica, en las aulas del Seminario, al padre José Agustín Caballero, profesor y amigo de Félix Varela, tío de don José de la Luz y Caballero y, según el *dictum* de José Martí, “padre de los pobres y de la Filosofía”. José Agustín Caballero era un hombre iniciador, abierto a las nuevas corrientes de filosofía, ciencia y pensamiento en general, pero no olvidemos que en el inicio de su profesorado todavía era obispo de La Habana don José de Trespalacios, hombre bien formado intelectualmente, pero conservador confeso. Poco debe haber podido mostrar Caballero en relación con la filosofía ilustrada. Algo se le percibe en sus textos escritos para el Colegio Seminario y un poco más en sus artículos periodísticos, muchos de ellos firmados con pseudónimos.

Ya con el obispo Juan José Díaz de Espada en la sede habanera y con don Luis de las Casas como capitán general de la Isla, otros aires intelectuales y pastorales se dejaron sentir en el Colegio Seminario y en casi todo el ámbito intelectual de la Diócesis de La Habana. No solo porque hombres como el padre Caballero fueron más lejos en sus tanteos de reforma, sino, y sobre todo, por el estímulo y el apoyo dado por el Obispo al joven Félix Varela, antiguo alumno del padre Caballero, ordenado sacerdote el 21 de diciembre de 1811. A él debemos las reformas más radicales en relación con la enseñanza de las ciencias y de la filosofía. El padre Varela no fue un reformador solitario, pero sí fue quien, en Cuba, supo, en algunos casos, iniciar y, en otros, orquestar

las reformas que estaban en la atmósfera intelectual de la época, en la mayor parte del mundo occidental y en el entendimiento y el corazón de una buena parte de los cubanos ilustrados.

Resumiéndolos apretadamente, los tópicos en los que podemos calificar a Varela *como reformador no solo de los estudios de filosofía y ciencias (que entonces formaban parte de la misma cátedra), sino también del pensamiento filosófico* como tal, son los siguientes:

1. *La aprehensión de la filosofía* como una conjunción bien articulada de saberes: de los antiguos y de los modernos, y de las diversas escuelas, sin exclusiones a priori. De ahí el calificativo de ecléctica o electiva que dio a su filosofía, pues tomaba de cada autor o escuela lo que consideraba válido. Se esforzó por presentar los diversos ingredientes, de manera articulada en torno a la “verdad” conocida por medio de la razón y de la experimentación —cuando esta resultaba posible—. Ese es el nivel propio de los estudios filosóficos y científicos, según la mejor tradición patristica y escolástica. En este ámbito, la renovación por parte de Varela consistió no tanto en la concepción de lo científico y lo filosófico, sino: a) en la *metodología pedagógica utilizada* —una especie de mayéutica puesta al día—; b) en la *inclusión de estudios críticos de autores modernos* —Descartes, Hobbes, Locke, Newton, Leibnitz, Francis Bacon, Antonio C. Destutt, Conde de Tracy, etc.—; c) en la *relación copulativa entre su pensamiento propio —eje articulador— y las cotas de pensamiento veraz*; que creía encontrar en cada uno de los autores consultados.

De acuerdo con la mejor tradición escolástica, que el Padre apreció, el conocimiento científico consiste en la *cognitio rerum per causas*, y el filosófico se define como *cognitio rerum per principia*. A la Teología —*scientia Dei et de Deo*— corresponde la consideración de los datos de la fe como fuente de conocimiento, pero Varela no enseñó teología en San Carlos. Su teología, tradicional en el mejor sentido de la palabra, sale a flote y se nos hace visible, en su periodo norteamericano: en las controversias periodísticas con los protestantes y

en sus trabajos en los Concilios de Baltimore, fundacionales para la Iglesia Católica en Estados Unidos de Norteamérica. Su “Catecismo”, muy apreciado en su época, lo conocemos solo por referencias, pues está hoy perdido. Sería una pieza clave para analizar la teología del Padre. La “escolástica” rechazada de plano por él fue la decadente, en boga en los manuales del siglo XVIII. El padre Varela se habría manejado “a sus anchas” con las corrientes de pensamiento católico del siglo XX, sea con las propias de la teología y la filosofía neoescolástica, sea con las del neoagustinismo o con las del personalismo. *Conociendo su actitud intelectual, ya es hora de que no se repita que rechazó la escolástica, sin más, porque no es cierto. Rechazó la escolástica en boga en el siglo XVIII, pero estudió, admiró y siguió en muchos tópicos la escolástica clásica, la verdadera, la fontal.*

2. *La insistencia en la experimentación necesaria en las ciencias: físicas, químicas y naturales.* Todo ello se conjugaba, en San Carlos, en la época de Varela, con los estudios puramente filosóficos. En mis años de estudiante en el seminario habanero, llegué a ver algunos de los instrumentos de laboratorio, para las clases de Física y/ o de Química, fabricados por el propio Padre, de acuerdo con catálogos de la época, o adquiridos por él, a distancia, (fabricados en Francia o en Inglaterra). Hoy esos instrumentos están perdidos.
3. Siempre se menciona como una adquisición de la metodología pedagógica del padre Varela *el cambio del latín por la lengua vernácula* —el español en nuestro caso—, como lengua propia para los textos y las clases de filosofía. Posiblemente, él pensaría lo mismo acerca de los cursos de teología, que no explicó en el Colegio Seminario de La Habana. Tenía razón Varela. En principio, para el estudio de cualquier disciplina —científica, filosófica o teológica— es más conveniente, para la recta asimilación, que el profesor, el alumno y los textos fundamentales se expresen en la lengua vernácula. Hoy estas razones nos resultan más evidentes, pues ya se han dado pasos en el análisis de las relaciones entre las “estructuras” y los dinamismos psicológicos y las lingüísticos, en cuanto a la mejor comprensión y asimilación. Pero, precisamente debido a estas relaciones, con respecto al latín, se debería *matizar* la “reforma” vareliana. ¿Por qué? Un cierto conocimiento del latín y del griego resulta imprescindible para el buen conocimiento de la Sagrada Escritura, los Padres de la Iglesia, la teología y la filosofía de tradición cristiana. Son lenguas—madre. Los textos—fuente y muchas nociones posteriores han sido elaborados en esos idiomas y, en cualquier hipótesis, una traducción no equivale totalmente al texto original. Varela conocía muy bien el latín, suficientemente el griego, el francés y, más tarde, llegó a obtener un conocimiento perfecto del inglés, del que algo había aprendido en su niñez. En relación con el pensamiento contemporáneo —el de Varela y el de cualquier estudiante, siempre—, en cualquiera de los ámbitos académicos mencionados, se hace cada vez más necesaria una cierta familiaridad con las diversas lenguas vigentes, para poder “saborear” la disciplina en cuestión, cuyas fuentes y textos auxiliares no se suelen limitar a un solo idioma. Por lo tanto, junto a la insistencia en utilizar la lengua vernácula como lengua franca en la enseñanza, se debería insistir —en los tiempos de Varela y ahora— en la necesidad de meter el diente, sin miedo, a todas las lenguas necesarias para acceder mejor a los textos—fuente y a lo que se produzca en tal o cual idioma. Si se llegan a aprender bien, mejor; pero se impone, al menos, el conocimiento del “genio” propio de las lenguas—madre y de algunas más.
4. Hay *tres tópicos varelianos* que suelen incluirse, en los ensayos acerca del Padre, en cuanto a su proyección sociopolítica: su clamor por la *abolición de la esclavitud, por la independencia política de Cuba* —en relación con España y con cualquier otro país—, y por el régimen democrático de corte parlamentario como meta para la sociedad cubana independiente. Que el Padre no se limitó a “pensar filosóficamente” acerca de estos tres temas, es cierto; pero no lo es menos que su proyección ética y política en la sociedad en la que vivió fue

una traducción de sus convicciones. Su acción sociopolítica dependía de *su pensamiento antropológico y de su filosofía ético-política* —el texto y la acción, dependieron de *la idea*, no al revés—, no expresados sistemáticamente en cursos, pero sí presentes en muchos textos y en lo que, acerca de Varela nos han transmitido sus contemporáneos. Lo que subyace tras su pensamiento, los textos de sus proposiciones y en sus actitudes, es la concepción de la persona, evidente en la teología y en la filosofía de inspiración cristiana, desde los inicios del pensamiento cristiano, sea en la Biblia, sea con posterioridad, ya desglosado y explicitado por los Padres de la Iglesia y por la filosofía y la teología escolásticas —la medieval, la renacentista y la barroca salmantina—, así como por el magisterio eclesiástico.

Hoy solemos diferenciar la antropología científica, de la filosófica y de la teológica; y en los tres niveles, se tiende a diferenciar también lo individual y lo social. Si consideramos estos tres temas en su dimensión universal, podríamos afirmar que el Padre no fue innovador en ellos, puesto que muchos pensadores cristianos, desde la Antigüedad, ya se habían pronunciado en contra de la esclavitud y de la dependencia imperial, así como a favor de la organización políticamente participativa (democrática) de la sociedad, bajo formas parlamentarias o análogas. No había un pensamiento cristiano unánime en relación con estos tópicos, pero ya eran sostenidos en sectores significativos de los saberes de inspiración cristiana. Ahora bien, si a escala universal no fue innovador, sí lo fue en Cuba. Es probable que *antes que él nadie hablara en Cuba de estas cuestiones con tanta convicción y lenguaje tan rotundo y articulado, apoyado más que en cálculos socioeconómicos y políticos, en razonamientos eminentemente filosóficos, éticos y teológicos, que hoy calificaríamos como “antropológicos”*.

Varela utilizó el razonamiento del cálculo económico y sociopolítico en los ambientes en los que debía hacerlo, pues eso era lo que interesaba a esos auditores, como fue en las Cortes de Madrid y Cádiz. Además, en el caso de los planteamientos en las Cortes, existía el interés

por lograr la legislación adecuada, de ahí el uso inteligente de los argumentos y del lenguaje del derecho.

Si consideramos que el rechazo a la escolástica decadente del siglo XVIII, el cambio del latín por la lengua vernácula en la enseñanza de la filosofía y las ciencias, el método pedagógico más participativo y la introducción de autores contemporáneos, fueron componentes importantes en la renovación vareliana de los estudios filosóficos, me atrevo a afirmar que si tenemos una visión amplia del pensamiento filosófico y no lo limitamos a lo enseñado en las aulas del Colegio Seminario, nada resulta tan importante como las “innovaciones” del pensamiento en Cuba incluidas en este acápite: la abolición de la esclavitud, la independencia política y la convicción democrática parlamentaria.

5. También cabría en esta sección, como expresión de la *filosofía política* del padre Varela, su propuesta de una *comunidad de Estados*, originalmente territorios incluidos en el imperio español y ya naciones independientes cuando él escribió sus proposiciones a las Cortes. Estas proposiciones, como tantas otras, no se llegaron a discutir debido al final abrupto de aquellas Cortes, en 1823. Aquí, como en los temas del párrafo anterior, me parece que las *formulaciones jurídicas dependen de una concepción propia de la antropología filosófico—teológico—científica, proyectada en el ámbito, novedoso entonces, de las relaciones internacionales: ética, filosofía política y derecho internacional imbricados. Es ahí donde sí se nos manifiesta como un radical innovador*. Estaba muy lejos todavía el día en que los ingleses establecieran el Commonwealth, con las naciones que habían sido parte del imperio británico.

Vigencia en Cuba de Varela y su quehacer filosófico

Durante los últimos decenios y, muy en particular, con ocasión del *Encuentro Nacional Eclesial (ENEC)*, en 1986, y de la visita pastoral de S. S. Juan Pablo II a Cuba, en 1998, se ha plantado

ante los ojos de muchos cubanos la personalidad modesta y radiante del padre Félix Varela. Para muchos de nuestros compatriotas se había convertido en un icono cubierto de polvo y casi olvidado en el desván universal de la memoria. Algunos lo clasificaron simplonamente como una persona más en el desfile de nombres aprendido en los libros de historia; uno de esos personajes a lo que se levantan monumentos y que, pasado el tiempo, muchos ni siquiera saben ya de quién se trata. Otros conocían el nombre y nada más; ignorando casi todo acerca de la condición de este hombre de luz, incluso ignoraban hasta su condición sacerdotal, que le marcó la vida. Los hay que sí, lo han conocido y apreciado siempre, pero sospecho que, en general, en el mejor de los casos, se le conocía y recordaba como figura histórica, un tanto momificada, sin trabajar por su vigencia efectiva en las situaciones contemporáneas. Sin embargo, pienso que nunca ha estado totalmente ausente de la entraña de nuestro pueblo.

Pero hay una minoritaria estirpe vareliana integrada por aquellos que, no conformándose con saber quién y cómo fue, han hurgado en su persona, en su ser y su existir, en su íntegro quehacer y en su enseñanza, para extraer de semejante fuente el agua lustral y la nutrición necesarias con que recorrer los senderos de la vida, la personal y la comunitaria, con ánimo positivo y con honra indoblegable. Estos últimos, tienen la convicción, de que el padre Varela podría tener vigencia, y no sólo recuerdo histórico, en la Cuba de hoy. Estoy convencido, de que posee una voz que todos los cubanos deberíamos escuchar y de que es un testimonio existencial válido, cuya imitación y seguimiento nos enriquecería sobremanera: estímulo y catalizador; espuela y catapulta.

Es cierto, y no lo deberíamos dejar de tener en cuenta, que del 17 al 20 de diciembre de 1997, tuvo lugar, en la Universidad de La Habana, un encuentro internacional vareliano, patrocinado por la Casa de Altos Estudios “Don Fernando Ortiz” de la misma Universidad y por la UNESCO. El tema unificador de conferencias y paneles fue “Félix Varela, ética y anticipación del pensamiento de la emancipación cubana”. Tuvo un alto nivel cientí-

fico, pero el alcance de estos eventos —en lo que a número de enterados y participantes se refiere— suele ser muy limitado y este no fue excepción. En realidad, tendríamos que esperar a la cuidadosa preparación y a la visita de S. S. Juan Pablo II para que Félix Varela saliera de los locales eclesiásticos y de las aulas a las plazas, y comenzara a aparecer frecuentemente en las pantallas de la televisión. Pero dar a conocer y ser conocido no equivale todavía a tener vigencia, aunque es ya un primer paso irrenunciable, necesario para la interiorización y la proyección fecunda hacia realidades distintas de las que el Padre vivió.

En más de una ocasión, durante su estancia en Cuba, Juan Pablo II nos habló del padre Varela, pero las referencias amplias y enjundiosas las reservó para su encuentro con los intelectuales en el Aula Magna de la Universidad, en la tarde del 23 de enero de 1998. Reproduzco a continuación algunas citas de aquella tarde.

Después de definir la cultura como “aquella forma peculiar con la que los hombres expresan y desarrollan sus relaciones con la creación, entre ellos mismos y con Dios, formando el conjunto de valores que caracterizan a un pueblo y los rasgos que lo definen”, Juan Pablo II nos dijo que “En Cristo, toda cultura se siente profundamente respetada, valorada y amada; porque toda cultura está siempre abierta, en lo más auténtico de sí misma, a los tesoros de la Redención”. Continuó después abundando en su concepción de cultura, de alma de la cultura y de evangelización de la cultura. Destaca entonces el Papa las raíces y los componentes de la cultura cubana. No podía faltar la mención al Seminario de San Carlos y San Ambrosio para llegar, por ese camino, al padre Félix Varela, a quien llama “piedra fundacional de la nacionalidad cubana”, porque “él mismo es, en su persona, la mejor síntesis que podemos encontrar entre la fe cristiana y la cultura cubana”.

Menciona su ejemplaridad como habanero, patriota y sacerdote, así como su fuerza abrumadora, en la Cuba del siglo XIX, que se proyectó sobre los contenidos de la educación cívica y los métodos pedagógicos de la enseñanza científica y filosófica.

Explicitando el legado de Varela, el Papa recuerda que él fue quien primero habló de independencia política de España y de democracia en estas tierras, así como de las exigencias que demanda ese proyecto, “el más armónico con la naturaleza humana”. Lo cual equivale a contemplar las repercusiones del pensamiento del Padre sobre el derecho constitucional, o sea, sobre la filosofía política y el derecho público.

Entendía Juan Pablo II, y así nos lo hizo saber en la Universidad, que la sociedad democrática, según el pensamiento vareliano, demanda: a) “personas educadas para la libertad y la responsabilidad, con un proyecto ético forjado en su interior, que asuman lo mejor de la herencia de la civilización y los perennes valores trascendentes, para ser así capaces de emprender tareas decisivas al servicio de la comunidad”; b) “que las relaciones humanas, así como el estilo de convivencia social, favorezcan los debidos espacios donde cada persona pueda, con el necesario respeto y solidaridad, desempeñar el papel histórico que le corresponde para dinamizar el Estado de derecho, garantía esencial de toda convivencia humana que quiera considerarse democrática”; c) al recordar el Papa que, para el Padre, la independencia política de España era todavía un ideal inalcanzable, constata que esta convicción no lo paraliza, sino que le mueve a demandar y realizar lo que estaba a su alcance en orden a la consecución de tal meta: “formar personas, hombres de conciencia”.

El pensamiento filosófico y político del padre Varela, no puede desligarse de sus convicciones cristianas. Juan Pablo II, refiriéndose a ello, nos decía que: “la motivación más fuerte, la fuente de sus virtudes”, fue su profunda espiritualidad cristiana “buscar la gloria de Dios en todo”. [...] “Esta es la herencia que el padre Varela dejó —nos dijo el Papa— el bien de su patria sigue necesitando de la luz sin ocaso que es Cristo. Cristo es la vía que guía al hombre a la plenitud de sus dimensiones, el camino que conduce hacia una sociedad más justa, más libre, más humana y más solidaria”. No deja de recordar el Papa que “la antorcha que, encendida por el padre Varela habría de iluminar la his-

toria del pueblo cubano, fue recogida [...] por José Martí [...] profundamente democrático e independentista, patriota, amigo leal aun de aquellos que no compartían su programa político [...] hombre de luz, coherente con sus valores éticos y animado por una espiritualidad de raíz eminentemente cristiana”.

El Papa, conociendo nuestro pluralismo religioso e ideológico, y despojado de todo afán hegemónico, reconoce que en Cuba ya se da “un diálogo cultural fecundo” y anima a todos a proseguir por este camino para “encontrar una síntesis con la que todos los cubanos puedan identificarse, [...] consolidar una identidad cubana armónica que pueda integrar en su seno sus múltiples tradiciones nacionales. La cultura cubana, si está abierta a la verdad, afianzará su identidad nacional y la hará crecer en humanidad”. En este diálogo debería estar incluida la iglesia ya que ella, como las instituciones culturales del país, desea “servir al hombre, cultivar todas las dimensiones de su espíritu y fecundar desde dentro todas sus relaciones comunitarias y sociales”. La pastoral de la cultura, imprescindible en la vida de la Iglesia, debe desarrollarse “en diálogo permanente con personas e instituciones del ámbito intelectual”.

Terminó el Santo Padre su discurso poniendo “de nuevo en las manos de la juventud cubana aquel legado, siempre necesario y siempre actual, del padre de la cultura cubana; aquella misión que el padre Varela encomendó a sus discípulos: ‘Diles que ellos [los jóvenes] son la dulce esperanza de la patria y que no hay patria sin virtud, ni virtud con impiedad’.”

A los ojos del Papa, el padre Varela no es solo una persona acerca de cuya vida deberíamos estar bien informados —sobre todo porque su pensamiento filosófico está en las raíces del pensamiento filosófico y las ideas políticas en Cuba—, sino que, dado el entrelazamiento de su vida ejemplar y de su pensamiento, con la evolución posterior de la propia identidad cultural cubana, es alguien que exige, no solo el recuerdo, sino una vigencia real, en las personas y en el tejido social de nuestro pueblo. No de manera exclusiva, pues hay otros cubanos cuya

personalidad y enseñanza también son demandantes de vigencia, pero sí como alguien cuyo lugar se encuentra entre las piedras vivas fundacionales de nuestra identidad. Su lugar no es cualquier lugar, no es un elemento más en la construcción. Es piedra viva fundacional de la casa Cuba, savia imprescindible del árbol Cuba y antorcha necesaria para la navegación de la nave Cuba.

Podríamos, sin embargo, desglosar la vigencia que deseamos, su contenido y sus destinatarios —sin que pretenda aquí agotar sus posibilidades—, y especificar algunos aspectos que requieren una mayor atención en la Cuba de hoy. Pienso, en primer lugar, en los jóvenes, en los *Elpidios* contemporáneos. No dejemos de tener en cuenta que el nombre “Elpidio” se deriva de la palabra griega *elpis*, que significa esperanza; Elpidio podría traducirse como hombre esperanzador esperanzado; hombre de esperanza. Ese es el destinatario simbólico y primero de las *Cartas a Elpidio*, la obra más válida hoy del padre Varela. Solo animados por esperanzas múltiples, ante todo en Dios, pero también, de otro modo, en tirtios y en troyanos, podremos sintonizar con el padre Varela.

El legado del padre Varela es, ante todo, su propia persona, cuyas cualidades lo hacen un hombre poco frecuente en la historia de nuestro país. Fue un sacerdote ejemplar y coherente; en él no se descubren quiebras o contradicciones entre la fe, la condición humana, la adhesión temprana y sostenida a la espiritualidad propia de la Ilustración católica, el patriotismo razonable, la existencia sacerdotal ejercitada en servicios tan diversos como fueron el estudio, la investigación, el magisterio, la actividad política, el ministerio parroquial y la participación en el gobierno pastoral de la Diócesis de Nueva York, y, por último, el testimonio de la ancianidad, la soledad, la enfermedad y la muerte, asumidas con serenidad y entereza de ánimo notables. Varela fue ejemplo de sus contemporáneos y lo sigue siendo, porque fue, simultáneamente, un hombre integérrimo, articulado y cercano. Suscitaba admiración y respeto, sin menoscabo de la proximidad y de la simpatía. Por sus contemporáneos, sacerdotes y laicos, católicos y no católicos, sabemos que imitarlo

no era un esfuerzo inútil. La mejor enseñanza del padre Varela reside, pues, en su manera de ser y de existir y en el aliento, transmitido en su entorno, de ser y de existir como él, lo que no quita valor a su obra escrita, sino que la ensalza con la plusvalía de la coherencia entre obra y vida.

En relación con los intelectuales, la vigencia vareliana hoy tendría también sus tonos peculiares. Todo intelectual está llamado a ejercer, directa o indirectamente, alguna forma de magisterio. Del padre Varela los intelectuales cubanos podrían aprender un cierto estilo que supone, ante todo, vivir coherentemente su vocación, con actitud congregante y participativa, sin pedantería, ni distanciamientos elitistas. Lo que el intelectual conoce, debe compartirlo; para eso lo recibe. No debería ignorar que dando lo que tiene, él también recibe. Esta observación resulta enriquecida si tenemos en cuenta la variedad de cuestiones de las que se ocupó el Padre. Bastaría revisar el elenco de los libros que componían su biblioteca, la que quedó en Nueva York cuando, debido a su salud quebrantada, marchó a San Agustín donde encontraría la muerte.,

Ya podrían aprender del Padre algunos intelectuales del patio a no ser personas *unius libri*, de un solo libro, de un solo foco de interés. ¡Qué pobreza la del que se concentra en una disciplina intelectual, de manera tan exclusiva, que ignora todo lo que no sea ella misma! ¿cómo podrá relacionarse adecuadamente con la realidad y con las demás personas y cómo podrá, incluso, relacionar su disciplina con todo lo que de un modo u otro la afecta? Ya sabemos que hoy no podríamos ser humanistas al estilo de los renacentistas, pero una buena dosis de “cultura humanista” resulta imprescindible para sustentar, con racionalidad, una ética sólida, personal y social.

Varela es uno de los mejores ejemplos de esta actitud abarcadora que encontramos en nuestro pueblo. Después de los estudios primarios, aprendió latín y griego; luego, filosofía y ciencias; más tarde, teología y derecho. Siendo todavía estudiante, enseñó latín; después, filosofía, ciencias y derecho constitucional. Mientras tanto, continuaba con sus estudios y lecturas de la Biblia, de los Padres de la Iglesia, de los maestros de la teología católica, de

los autores espirituales y de los buenos cultivadores de las letras; tocaba el violín y escribía poesías y piezas de teatro; asistía él mismo a conciertos y espectáculos teatrales; participó activamente en los quehaceres múltiples de la Sociedad Económica de Amigos del País y fundó la institución que, con los años, llegaría a ser la Sociedad Filarmónica de La Habana, promotora de la buena música en nuestra ciudad. Por cierto, todo parece indicar que, aunque gustaba de los compositores de óperas románticas de la época, o sea de los inicios del siglo XIX (Bellini, Donizetti, Rossini), su compositor preferido era Ludwig Van Beethoven. ¡Estaba al día... y no tenía mal gusto! La multiplicidad de intereses continúa presente durante su estancia en Nueva York, aunque en esa etapa el mayor acento estuvo puesto en los menesteres de la parroquia y de la Vicaría General y en la atención a los cubanos y a las realidades cubanas.

O sea, prácticamente, el pluralismo de intereses y de dedicación estuvo presente hasta el final de la vida terrenal del padre Varela, pero no se trataba de una diversidad desordenada, sino de un mundo rico, muy bien articulado en su personalidad equilibrada, cristiana y sacerdotal. La familia, la escuela, la universidad, la Iglesia, los medios de comunicación social, etc., es decir, toda persona y/o institución relacionada con la formación de niños y jóvenes, y con la orientación de los adultos, debería prestar atención a esta imbricación bien estructurada entre la instrucción vasta y la educación ética y estética, que nos conducen a una mejor aprehensión y vivencia de la condición humana. Al estilo vareliano.

El padre Varela supo ser muy coherente con los contenidos de la fe católica y la adhesión eclesial, lo cual trae consigo el empeño evangelizador. Pero sabía de sobra, como conocedor de la realidad humana que le tocó vivir, que no toda persona es católica, y que la fe religiosa, ni la católica, ni la de ningún otro color, es fruto de solo de los esfuerzos humanos. Es fruto de la conjunción de la gracia de Dios y de la libertad humana responsable. Por lo tanto, sabía bien —y abundan sus textos al respecto— que en materia religiosa y ética no debería

darse lugar ni a la imposición ni al fanatismo, sino al diálogo y a los intentos de persuasión razonable y respetuosa de las distintas identidades. Aunque este no es el lugar para desarrollar mis puntos de vista al respecto, me parece que, en la Cuba de hoy, una persona ilustrada, religiosa o no, que se identifique como “vareliana”, debería contemplar con pupila muy despierta el fenómeno integral de los sincretismos religiosos: entre el cristianismo y las religiones de origen africano y entre las religiones de diverso cuño y las pseudoreligiones propias de la New Age, más bien epocales, no raigales. Hoy se presentan entre nosotros y se “justifican”, indiscriminadamente, todas las formas de sincretismo como consecuencia de nuestro mestizaje cultural, en el primer caso mencionado; o del “todo vale” de la posmodernidad, en el segundo.

Se impone un discernimiento generalizado y los responsables de las políticas culturales en el país son los primeros convocados para poner coto a las involuciones culturales —realizadas bajo la sombra de la religión y de los derechos humanos—, de las que todos somos testigos. La promoción de lo genuinamente cultural es el mejor antídoto —y se realiza esta promoción, aunque no siempre por cauces acertados—, pero no podemos esperar grandes efectos positivos, si simultánea y esquizofrénicamente se permiten, y hasta se promocionan también, dañinas involuciones socioculturales. La actitud personal y el pensamiento del padre Varela, frente a las situaciones religiosas y éticamente conflictivas de su época, nos iluminan en la nuestra. Releamos con esta perspectiva las *Cartas a Elpidio*, algunos artículos de *El Habanero* y algunas reflexiones filosóficas sobre tópicos de esta índole, y encontraremos luces capaces de clarificar nuestros paradigmas éticos y culturales que, frecuentemente, nos parece que si bien no están del todo ausentes, sí da la impresión de que están diluidos y carentes de las debidas jerarquizaciones.

En nuestra contemporaneidad valen también, entrelazados con su magisterio testimonial, la actitud y los criterios pedagógicos del Padre, que no pueden faltar en este desglose de la eventual vigencia de Félix Varela para nosotros. No abundo

en lo que ya he expuesto en otros ensayos y en lo que otros han escrito con mejor pericia profesional que yo, pero insisto en cuán necesario sigue siendo atender no solo a lo que se enseña, sino también al cómo se enseña. Lamentablemente seguimos teniendo muchos maestros, en todos los niveles y en todas las disciplinas, poco capacitados en la materia que enseñan y tan simplonamente repetidores y autoritarios, exigentes sostenidos de una actitud pasiva del alumno, que no pueden ni despertar interés, ni colaborar al desarrollo del entendimiento. Varela deseó barrer el método del *magister dixit*, frecuente en una cierta escolástica decadente de los siglos XVIII y XIX; pues bien, el Padre podría darse un paseíto por nuestras aulas y descubriría muchas actitudes análogas, a más de un siglo de su muerte.

Hoy el ejercicio de esa metodología es tanto más irresponsable y censurable porque en estos últimos ciento setenta años se ha avanzado sobremanera en el conocimiento de la persona, del psiquismo, de los resortes de la comprensión y, en términos generales, de los caminos del aprendizaje. Lo que, en este terreno, se podía excusar todavía en los inicios del siglo XIX, es francamente inexcusable al comenzar el siglo XXI. A la participación activa del alumno en las clases —esa especie de mayéutica vareliana que sus alumnos tanto agradecieron y nunca olvidaron—, habría que añadir, como una expresión de esa participación activa, la experimentación en el estudio de las ciencias (física, química y ciencias naturales) que aunque se da entre nosotros, no alcanza todavía los niveles deseados.

Otro aspecto capital en la metodología pedagógica del Padre fue su *utilitarismo rectamente entendido*, sea, su empeño por enseñar lo que resulta verdaderamente útil, tanto en el orden del pensamiento filosófico, incluyendo en él la ética, como en el del pensamiento científico. Utilitarismo que no se debe equiparar al pragmatismo burdo, pensado en términos de inmediatez y despojado de eticidad. *Para el Padre nada es más útil que la búsqueda de la verdad y la práctica de la virtud.* Es en este horizonte el que se debe colocar su utilitarismo, empeñado en barrer las cuestiones bizantinas, que sí son inútiles y que tanto contribuyen a apagar el interés de los estu-

diantes. No pueden descubrirles la utilidad para la vida, ya que no la tienen, y razonablemente piensan que no vale la pena dedicarles algún esfuerzo.

El cimiento del aprendizaje reside en *aprender a pensar bien*; lo que equivale a decir que *la responsabilidad cimera del maestro es enseñar a pensar bien*, con cabeza bien estructurada y con pensamiento propio. Es el sentido del *dictum* de don José de la Luz y Caballero sobre su maestro, el padre Varela: “Mientras se piense en la isla de Cuba, se pensará en quien primero nos enseñó a pensar” (o “en pensar”, según otra versión del *dictum* que no cambia su sentido). De ahí la importancia concedida por el Padre a la enseñanza de la lógica, como fundamento de cualquier estudio ulterior, para que el joven estudioso sea capaz de proceder con pensamiento veraz, bien articulado y rectamente dirigido, y pueda llegar así al conocimiento de la verdad propia del estudio en cuestión (científico, filosófico, jurídico, político, teológico, etc.). Tengo la impresión de que este empeño por enseñar a pensar bien, articuladamente y con pensamiento propio, no ocupa el lugar debido en nuestra pedagogía contemporánea: ni en la de lo mayores en el hogar, ni en la de los maestros en lo centros de enseñanza.

La metodología pedagógica vareliana también incluía, junto al estímulo por ampliar el campo de lo estudios o, dicho de otro modo, los focos de interés —rasgo vareliano ya subrayado—, el señalamiento de las relaciones de diversa naturaleza que pueden existir entre las materias de estudio: concatenación, dependencia en una u otra dirección, condicionamiento de tiempo y lugar, etc. Tampoco veo esta realidad como una adquisición generalizada en la pedagogía cubana contemporánea.

Como corolario de todas estas reflexiones, podríamos preguntarnos razonablemente si los contenidos de las disciplinas que enseñó Varela y la filosofía que expuso fuera de las aulas, tienen todavía alguna vigencia. También aquí se impone el discernimiento, pues es cierto que el pensamiento humano, las ciencias y las tecnologías, la práctica política y la experiencia eclesial han recorrido un largo e intenso camino desde los tiempos del padre Varela hasta nuestros días. Sin embargo, en el

terreno de los principios, el contenido de las enseñanzas varelianas acerca de lo religioso —en sí y en Cuba—, de la ética, de la persona, de la estética, de la sociedad civil, de la patria, de las relaciones internacionales (de manera particular en relación con España e Hispanoamérica), de la valoración de las ciencias y de la experimentación, etc., mantiene su validez. A todos los que tenemos la responsabilidad de enseñar, nos convendría, de vez en cuando, darnos un bañito nutricional en esas aguas varelianas.

En relación con los tópicos en los que he apelado a la vigencia del pensamiento y/o el ejemplo del padre Varela, convendría abundar en algunos clesiclerata comunes. Por ejemplo: la fidelidad al pensamiento vareliano trae consigo el *distanciamiento de toda forma de fanatismo, de idealización o mitificación deformante de la realidad y de pseudoespiritualismo desencarnado, sin incidencia en la vida concreta*. De las actitudes contrapuestas, o sea, de racionalidad y de fe razonable, de sano realismo y de espiritualidad evangélica, la vida de Félix Varela es testimonio y enseñanza y en sus escritos aparecen, esparcidos, mensajes de esta índole, concentrados, sin embargo, con mejor diafanidad, en las Cartas a Elpidio. Estas tres notas tienen vigencia suma en la Cuba de hoy, pues a pesar de las que Don Fernando Ortiz llamara “revoluciones racionalistas”, los cubanos seguimos inclinándonos fácilmente al fanatismo, a la mitificación de la realidad y a diversas formas de pseudoespiritualidad desencarnada, tanto en el ámbito estrictamente religioso, como en el de la vida civil. Por lo general, forman una madeja, se entrelazan: quien, sin dejar de contemplar las mayores alturas, se esfuerza por cultivar una espiritualidad asentada en lo real, normalmente trata de aprehender la realidad, aunque esta no sea de su agrado, y mantiene sus actitudes vitales sujetas por una sana racionalidad. Por el contrario, quien consciente o inconscientemente cultiva el delirio espiritual que ignora la naturaleza, percibe una imagen muy distorsionada de esta y, fácilmente, cae en cualquier suerte de fanatismo (religioso, político, cultural, etcétera).

Para el padre Varela esa espiritualidad capaz de cimentar una existencia humana de manera tal que

esta pudiera crecer hasta alcanzar la mayor plenitud posible, es la espiritualidad católica. Sin embargo, él conoció, trató familiarmente, respetó y admiró a personas que profesaban religiones no católicas y a personas que no profesaban religión alguna, pero para él las mayores posibilidades de desarrollo humano estaban en el seguimiento e imitación de Jesús en la Iglesia Católica. Dicho de otra manera, en la vivencia genuina de la fe en el Dios de Jesucristo. Expuso y propuso su pensamiento con humildad y respeto pero, al mismo tiempo, con claridad y firmeza, sin quiebras. Los errores y los pecados de los miembros de la Iglesia Católica, le generaban dolor; pero no “complejos” y, mucho menos, simulaciones en su conducta o en la exposición de su pensamiento. En esto también tiene vigencia el Padre, sobre todo para los católicos. Estamos llamados al diálogo, forma de la caridad fraterna en una sociedad pluralista como la nuestra, frente a cualquier forma de conflictividad religiosa o social. Pero el diálogo supone el compromiso de las partes con la parcela de verdad que poseen y que las posee, así como, la capacidad de escucha, de tomar en cuenta con seriedad el pensamiento del “otro”. El mejor aporte que la Iglesia Católica puede ofrecer a la nación cubana, en este momento de su historia, es la exposición y el testimonio de la verdad acerca de Dios, acerca del hombre y acerca del mundo en el que el hombre vive y se desarrolla, valorando la luz de la fe, pero también, y por cierto con mucha firmeza, la necesidad de la razón. Terreno común a todas las personas. No olvidemos que en las más frecuentes formas de la posmodernidad, la irracionalidad reina. Sin abandonar nunca la opción por el estilo dialogal, integrado en su tarea evangelizadora. De todo ello, el padre Varela puede darnos lecciones eminentes, sea durante su vida en La Habana, en su desempeño como diputado a las Cortes en España o durante su prolongada estancia en Estados Unidos de Norteamérica, principalmente en Nueva York.

En el ámbito político, si habló de guerra como medio necesario para la independencia política de España, él, que no era hombre de violencia, fue debido a la convicción de que ya nada se podría ob-

tener del gobierno español por medio de las vías civilistas; convicción que adquirió en España durante su estancia en las Cortes. Sabemos que su proyecto original no era de independencia, sino de autonomía y que contaba con los medios parlamentarios para obtenerla. Solo al fallar estos, postuló la guerra. *Me pregunto si ante la naturaleza de las guerras contemporáneas, continuaría postulando la guerra como una solución apropiada al fallar otros medios, o si hablaría de ella más bien como la última de las posibilidades y como un serio descalabro de la persona humana, por no decir fracaso, al no ser otra cosa que la derrota de las fuerzas de la razón a favor de las falsas razones de la fuerza.*

Con el tema de la independencia se enlaza una actitud frecuentemente señalada en relación con el Padre. *Sea en este ámbito sociopolítico, sea en otros, la constatación de la imposibilidad temporal de aquello que consideraba óptimo, no lo paralizaba; se lanzaba entonces a lo bueno posible.* Por ejemplo, para él la independencia política de España y el establecimiento de un régimen democrático de corte parlamentario era una meta sociopolítica que no creía realizable por el momento. Se dio entonces a la tarea de formar —en la medida de sus escasas posibilidades— hombres capaces para asumir la independencia y la democracia parlamentaria, cuando llegara el momento oportuno.

En nuestro país, muchos experimentan la imposibilidad transitoria de construir una sociedad de acuerdo con su visión de esta. Se sienten incómodos en la sociedad cubana contemporánea; querrían otro tipo de organización sociopolítica y económica, y por el momento no ven el camino de realización de su proyecto. Esto los lleva a una apatía social o



al distanciamiento geográfico. La lección de Varela, a mi entender, es otra. Creo que él se preguntaría cuáles serían sus posibilidades de realizar algo positivo, en el seno de su Iglesia y de su pueblo, en la línea de su proyecto, dentro del ámbito real de la sociedad cubana actual y siempre en actitud dialogal, que no ignora a “los otros”; qué podría sembrar, sabiendo que probablemente no le tocaría realizar la cosecha.

Sería este, según mi criterio, el estilo vareliano de trabajar hoy por el bienestar integral de los cubanos: aportar lo bueno posible, con realismo (que no equivale a conformismo estéril) y, simultáneamente, con visión amplia, abarcadora y ungida por la nostalgia de la futuridad mejor por la casa Cuba.

Los que asumimos la paternidad de Félix Varela, deberíamos seguir, sin ruido pero con tenacidad, ese camino generoso, cuesta arriba y sabio. A lo largo de ese camino encontraremos a los cubanos que desean mejorar el proyecto socialista actual, lograr que resulte más eficaz para la consecución del mayor bienestar posible de todos los cubanos. Encontraremos también a los que estiman que cualquier proyecto socialista ha quedado descalificado por historias recientes y, siguiendo esa línea de pensamiento sociopolítico, se afanarán por el tránsito hacia una sociedad liberal, de corte neocapitalista, con mayores o menores retoques que den cabida al bienestar compartido. Me parece que los dos caminos pueden ser coherentes con una visión cristiana del hombre, de la sociedad nacional y de la sociedad internacional. *El que me conozca bien, debe saber cuál es la ruta de mis preferencias que, a mis ojos, estaría más cercana a la opción humanista que podía hacer el padre Varela, si viviese en los albores del siglo XXI. Pero preferir, no significa necesariamente excluir. Tengo mi pensamiento en el*

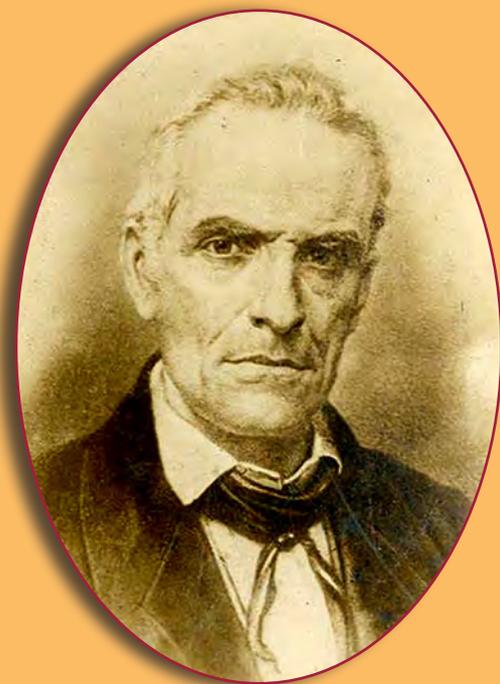
espacio sociopolítico y económico, pero no descalifico al que piense de otra manera.

En todo caso, no lo pidamos al padre Varela precisiones contemporáneas sobre la polis. El mundo contemporáneo, globalizado, presenta otras oportunidades y otros riesgos desconocidos en la primera mitad del siglo XIX. Pero si buceamos en su manera de proceder y en sus escritos, acerca de todo lo relacionado con las realidades sociopolíticas y económicas, no resulta un descubrimiento del Mediterráneo estimar que el Varela deseaba para Cuba —ya lo he escrito con anterioridad— una sociedad política democrática, participativa, de corte parlamentario, pensada y llevada a efecto por todos los cubanos, actores y no simples espectadores de la cosa pública, ungida en todos sus aspectos por lo que hoy calificaríamos como justicia social. Rechazaba muy explícitamente la esclavitud, o sea, la mayor enfermedad social del momento. Rechazaba, también de manera explícita, toda forma de anexionismo. Recordemos su expresión: Cuba debe ser en lo político tan isla como lo es en lo geográfico. Los medios para realizar tal ideal incluían, ante todo, la Ética Cívica, así, con mayúscula. O sea, la virtud que incluye el compromiso responsable con la búsqueda incansable de la verdad y de la justicia en todos los niveles, de todas las formas posibles de honestidad y de las mayores cotas de libertad responsable, así como la formación intelectual sería para los diversos menesteres que la sociedad democrática requiere.

Ya he afirmado en párrafos anteriores de este texto que la construcción de la polis supone, desde siempre, desde mucho antes de la existencia del padre Varela y con mayores razones hoy, el pluralismo de opiniones en los ciudadanos—actores. Al respecto, ya los antiguos romanos afirmaban

Tot sententiae quot capita (Hay tantas opiniones cuantas sean las cabezas). El pluralismo político inevitable, bien encarado y nunca disimulado bajo máscaras de unanimidades casi nunca logradas, es una realidad enriquecedora y purificadora, siempre que se viva con espíritu de diálogo franco y respetuoso de las diversas identidades, y con el empeño por la concertación, noble y generosa, de las voluntades concernidas. Con el vocabulario propio de su época, que no es el nuestro, el padre Varela contempló con inteligencia y virtud esta realidad, rechazando la violencia de la guerra y de las marginaciones sociales a los últimos lugares de las opciones posibles. Su escenario era la mesa de negociaciones, no el campo de batalla, aunque haya llegado a afirmar que la guerra, al fin y al cabo, sería el único camino posible para lograr la independencia política. Podríamos especular cuál habría sido nuestra historia si Cuba hubiese obtenido la autonomía en el primer cuarto del siglo XIX. No sé cuál habría sido, pero estoy seguro de que habría sido diversa y, probablemente, mejor que la que en realidad ocurrió y conocemos.

Y termino esta reflexión sobre el legado de Varela en el ámbito sociopolítico reiterando —lo repito en muchas ocasiones— que, al Padre, lo imposible circunstancial ni lo paralizaba, ni lo orientaba hacia caminos errados o erráticos, sino que lo estimulaba certeramente hacia lo bueno posible, o sea, hacia lo que conduciría a la obtención de las metas deseadas. *Quiera Dios que nuestros Elpidios de hoy deseen erguirse verticalmente, porque tienen vértebras de acero y de titanio que se lo permitirían. Traten de hacerlo todo bien, todo lo bien que puedan, con una conjunción perfecta, sin disonancias ni estrépitos, en esta casa Cuba, en construcción y restauración perdurables y articuladas. Tenemos que cuidar de ella. Es la nuestra. La única nuestra. Todo lo demás, es espejismo en el desierto.* ■



José de la Luz La filosofía y la polémica de la emancipación cubana

ALICIA CONDE RODRÍGUEZ

La cultura cubana está signada en su proceso histórico por un acontecimiento que acusaba el mayor enfrentamiento de ideas que jamás se haya conocido en la historia intelectual de la Isla. Se trata de la polémica teórica desatada desde los principales periódicos de La Habana, Matanzas, Trinidad y Camagüey —*Diario de La Habana, Noticioso y Lucero, La Aurora de Matanzas, Gaceta de Puerto Príncipe, Correo de Trinidad*— entre los años de 1838 a 1840. El punto de partida de tan amplio enfrentamiento fue la reforma que sobre la enseñanza había sugerido José de la Luz y Caballero en la “Advertencia-Proemio” al *Denco* de 1834, luego publicada en la *Gaceta de Puerto Príncipe* el 12 de mayo de 1838. Si bien el *Denco* no provocó ninguna reacción en su momento, no ocurrió así cuando se reeditó en la publicación principense. El contexto intelectual, social y político se había modificado sustancialmente. En consecuencia, quedó colocada sobre la mesa de discusiones la esencia misma o de cómo pensar y cómo conocer las problemáticas más candentes de la sociedad cubana de entonces;

más aún, las perspectivas del conocimiento y de la formación cubanos.

Métodos, concepciones, conceptualizaciones y teorías que abarcaban todas las ramas del conocimiento y de sus interpretaciones ocuparon el centro del debate que era y es, el punto de partida de cualquier intento de conocer y explicar una realidad.

José de la Luz y Caballero, desde Cuba, con un conocimiento medular de las obras de Víctor Cousin, fue el único filósofo latinoamericano y, quizás del mundo, que no solo acometió, sino que logró el desmontaje teórico de las propuestas del pensador francés. Demostró las trampas teóricas de la concepción ecléctico—espiritualista y el peligro de anulación de todo proyecto emancipatorio para la sociedad cubana que ella encerraba; como contraparte, salía a relucir, en toda su coherencia creadora, la concepción liberadora del hombre, de la sociedad y de la nación que estaba en el interior del pensamiento lucista.

El amplio grupo de intelectuales cubanos que intervinieron en la polémica se dividió esencialmente

en dos tendencias. Por un lado, quienes sostenían la concepción patriótica de Félix Varela con todo lo que implicaba en la preparación de un pensar para la formación de una cultura propia; por otro, quienes rompían con esta tradición del pensamiento propio. Tradición, y no tradicionalismo, en tanto el objetivo vareliano—lucista era transformar para solo conservar lo auténtico; formar a los ciudadanos y patriotas —ni súbditos ni colonizados—, a los hombres libres de conciencia que ejecutaran la obra de crear la nación libre, republicana, laica, democrática y de justicia social. Entre los nombres y seudónimos —algunos de los cuales aún hoy no se sabe a quienes corresponden de los que se declararon abiertamente partidarios de Cousin, se encuentran Manuel Aguirre Alentado (El Adicto), Manuel Castellanos Mojarrieta (Rumilio), Miguel Storch (Dómine), Domingo León y Mora, Nicolás Pardo y Pimentel, Isidoro Arauja de Hita, Manuel González del Valle y José Zacarías González del Valle. Así, también podemos mencionar a aquellos que se identificaban con el ideario vareliano: José T. de la Victoria, Manuel Costales, Gaspar Betancourt Cisneros (El Lugareño), Francisco Funes, Francisco Ruiz, Vicente Antonio de Castro, Antonio Bachiller y Morales y, en el lugar cimero, José de la Luz y Caballero, quien firmó, entre otros seudónimos, con el de Filolezes (amante de la verdad).

Habría que destacar, con especial énfasis, que la Polémica Filosófica Cubana no es un hecho puntual dentro de nuestra historia ideológica, sino que se advierte inserta en el proceso de formación cultural de la sociedad cubana, cuyos antecedentes la explican y cuyas consecuencias marcarían rumbos en los destinos teóricos del país. Desentenderla de este rigor histórico sería mutilar y mitigar la significación de tan compleja confrontación de ideas.

La Polémica Filosófica desatada a partir de 1838 era el resultado lógico de una de las más profundas crisis de la sociedad cubana; a esa crisis se unía una intensa lucha en los reajustes del poder, la cual implicaba un rediseño de toda la sociedad colonial, en particular, de los mecanismos ideológicos y teóricos, tanto de los elaborados por la metrópoli, como de los generados en la colonia. La crisis provocó,

en primer lugar, lo que se denomina la diáspora intelectual cubana, no solo debido a la dispersión de los intelectuales por diversos países sino, también y, sobre todo, por la diseminación de ideas y los desencuentros de lo que, hasta entonces, se había manifestado como un movimiento consensual y creativo.¹ Los ejemplos individuales de mayor significación y, a la vez, símbolos de la integridad intelectual y del compromiso de fondo con Cuba y su destino lo eran los desterrados Félix. Varela y José Antonio Saco. La otra cumbre del pensamiento, José de la Luz y Caballero, asumiría la extraordinaria labor de, aquí en Cuba, librar la cruenta batalla de ideas justamente en un medio social, político e intelectual tan hostil que había logrado expulsar de su seno a todo pensamiento discrepante del poder y de la sociedad colonial y esclavista. Sin embargo, este movimiento histórico, de trascendencia suma, no ha sido comprendido en su totalidad y, por tanto, se presentan inconexas sus consecuencias políticas, económicas, sociales, culturales y teóricas; así, ha pasado sin lustre uno de los momentos decisivos de la historia cubana, explicativo de las grandes tendencias de la segunda mitad de siglo XIX.

Aunque la crisis cubana se manifestaba dentro de la estructura colonial, coincidió con la que en América Latina se producía después de los primeros lustros de independencia como consecuencia del florecimiento de los conflictos que habían quedado latentes, y del agotamiento de los primeros ensayos de autogobierno. Un clima de pesimismo, nihilismo y falta de fe en sí mismos abría el camino al pensamiento del rebajamiento y de la dependencia, a una cierta convicción de incapacidad propia. Este es el terreno propicio para el surgimiento de caudillos que se asumen como la personificación del Estado, y de la consolidación de las dos únicas instituciones que tienen un alcance nacional, el Ejército y la Iglesia. El conflicto cubano presenta otras aristas que tienen en el fortalecimiento del anexionismo a Estados Unidos o

¹ Alicia Conde, *La polémica filosófica cubana*, t. I, Imagen Contemporánea, La Habana, 2000.

en un cierto integrismo hispano mal concebido, sus mejores y más coherentes manifestaciones.

Si un rasgo importante tuvo la Polémica Filosófica Cubana fue, sin dudas, la universalidad de sus referentes teóricos, gestores de ideas y base para la creación de un pensamiento propio capaz de penetrar la complejidad de la naturaleza física y social del país. Pudiéramos remontarnos a lo que significó la primera recepción del pensamiento europeo en la Isla, es decir, a la escolástica que, en la riqueza teórica de los teólogos españoles del siglo XVI, Melchor Cano y Francisco de Vitoria, entre otros, debatieron en su interior cuestiones vitales para la comprensión del derecho de gente, de la racionalidad del indio, de lo trascendente e inmanente, del ser y los entes, y otros muchos campos aún en despliegue, sin independencia de la filosofía, como la física o los elementos que conformarán los primeros pasos de la psicología.

El Siglo de las Luces penetra en Cuba no menos que la escolástica anterior. Resultó un hervidero de propuestas. Desde los aportes de las especialidades, que andando el tiempo serían ciencias particulares como la física, la química, la biología, la psicología y la fisiología, hasta los pensadores europeos que animaron la aguda crítica de quienes en suelo cubano pensaban en los problemas, necesidades y tradiciones nacionales, en una época en que la razón y la experimentación sentaban plaza en la inauguración de la modernidad. Pero una época que en la particularidad cubana se enlazaba con la ruptura de la tradición criolla, el auge de la esclavitud y los pasos para llegar a la modernidad por una vía nada europea, y que por esa misma pretensión, debía pensarse desde un nuevo observatorio. Junto a los aportes a la lógica de la escuela Port Royal, el *Novum Organum* de Francis Bacon, el *Discurso del método*, de Renato Descartes, el *Ensayo sobre el entendimiento humano* de John Locke y la obras de Etienne Bonnot de Condillac, se encontraban los que abrían caminos específico en otro terrenos como el pedagógico: el *Emilio*, de Rousscau; la *Historia Natural*, de Buffon, o los trabajos sobre economía de los españoles Miguel Antonio de la Gándara, Enrique Ramo y Nicolás de Arriquibar, y del islandés Bernardo Ward.

Especial importancia tuvo en nuestro siglo XVIII la obra monumental de Benito Gerónimo Feijóo, *Teatro crítico universal*.

No menos significativa sería la relación de los ilustrados españoles que con Aranda, Florida-Blanca, Campomane y Jovellanos confirieron sus dimensiones hispanas al iluminismo que se recibía de Inglaterra y Francia. Todo ello, entre otras obras, formó parte de las lecturas básicas para la fundamentación de un método de conocimiento y para la elaboración de un pensamiento derivado del conocimiento nuevo. Este camino fue esbozado por el padre Agustín Caballero, quien propondría ya la idea de una *filosofía dectiva*. Los pasos dados por Caballero adquirirían su dimensión mayor en los hallazgos teóricos y en la propuesta metodológica de Félix Varela. El Padre Fundador contó con una amplia base teórica que ya no fue solo la riqueza del siglo XVIII sino la particular producción intelectual de la encrucijada de dos centurias, signadas por la Revolución Francesa, la crisis española de principios de siglo y el camino independiente emprendido por Latinoamérica. A la lectura de los autores mencionados se incorporaría la filosofía postkantiana, la ideología de Destutt de Tracy y Cabanis, entre otros. De este momento de la historia de las ideas en Cuba surgiría, por primera vez, una propuesta coherente, que enlazaba la emancipación del pensamiento de la escolástica anterior con el pensamiento emancipador del hombre y de la sociedad. Surgió allí, también de la mente del padre Varela, la definición de la filosofía como natural y su liberación de la metafísica, la ontología y la especulación. Filosofía como ciencia de la naturaleza, es esta física o humana, interna o externa, y que rebasando la definición abstracta de esencia permitiera, desde la observación y la experimentación, la racionalidad de un pensamiento con límites tangibles y alcanzables, fundamentador de un conocimiento de lo verdadero, en tanto posibilidad natural de lo racional.

Aquí, la idea filosófica se ataba al avance de las ciencias; pero la ciencia, por la naturaleza del observador y de lo observado, del pensador y de lo pensado, tendrían como terreno de lo alcanzable el

campo potencialmente gnoscológico de su realidad inmediata. Filosofía, ciencias, sociedad, constituían los objetos patrióticos para conocer y hacer. De aquí que el patriotismo al cual Varela le dedicaría su lección única y final fuera compromiso ético y científico, condición sine qua non del filósofo, punto de partida y de llegada del pensamiento y de la obra. Patriotismo y no patrioterismo, pues se trataba del desprendimiento del que sabe, y no de la especulación ventajosa que explota el sentimiento en beneficio personal.

La derivación de la idea patriótica de Varela que encontraría en Luz su defensor teórico, pedagógico y humano, alcanzaría en Martí su definición más acabada: si patria es humanidad es porque ella es la parte de la humanidad en que nacemos y a la que estamos más obligados, porque con nuestra contribución a la patria contribuimos al universo humano.

Caracteriza a la época de la polémica filosófica el reflujó de los movimientos revolucionarios, patrióticos, republicanos y liberales. Un pensamiento conservador, y en el mejor de los casos conciliador entre lo viejo y lo nuevo, aunque presentado de novedoso modo, pretendió barrer no ya con las consecuencias teóricas del ciclo de las revoluciones, sino más atrás, con todo el pensamiento ilustrado al que se acusaba de haberlas generado. Cuando en 1837 se iniciaba la crisis política, social y teórica de la sociedad cubana con el fracaso del movimiento reformista, la crisis de la esclavitud y la inseguridad azucarera, el reajuste del poder colonial —entonces en manos de liberales— y muy en particular la ruptura del consenso intelectual, se presentó a la “nueva filosofía francesa” como la idónea para desmontar las bases teóricas del pensamiento cubano anterior en su dimensión vareliana. La amplitud de las reflexiones de entonces obliga a referirlas. No solo los autores ya citados, sino que se entremezclaban Leibnitz, Spinoza y Hobbes con Voltaire, Condorcet, Turgot y Montesquieu. Incluso, lo más actual de la producción mundial se debatía en La Habana: la escuela escocesa del sentido común, el movimiento tradicionalista (Joseph de Maistre, Lois de Bonald, Benjamín Constant, Lamanais), la

psicología (Maine de Biran), el utilitarismo inglés (Dugald Stewart, William Hamilton, J. Benthan), el positivismo (A. Comte), el idealismo alemán (Hegel, Schelling y Fichte) y la frenología (F. J. Gall).

El eje central de la polémica desatada en La Habana lo constituyó el espiritualismo ecléctico francés expresado en la obra de su más importante formulador, Víctor Cousin. No fueron casuales el momento y la circunstancia que convertirían al espiritualismo ecléctico en una propuesta acrítica de la sociedad cubana. En 1838 el sistema educacional cubano pasaba por un profundo reajuste. En 1842 se pondría en práctica el nuevo plan de estudios, sostenido por la reforma implantada por el poder colonial. La secularización de la Universidad de La Habana, la conversión del Seminario de San Carlos en centro para la formación de sacerdotes solamente, era la expresión de algo más profundo que una reestructuración del sistema educacional. Al asumir la filosofía de Cousin, se pretendía eliminar toda la enseñanza anterior, basada en los principios varelianos y el pensamiento de la modernidad creadora y del creador espíritu del pensamiento cubano. Manuel González del Valle, rival de los valerianos desde los inicios de la década anterior, al preparar la nueva cátedra de filosofía de la Universidad de La Habana en 1838, impuso este nuevo espiritualismo ecléctico cuyos derivados teóricos implicarían la subordinación intelectual, la formación de las élites, la expresión teórica de una cultura rebajada intelectualmente, la reafirmación del colonialismo y, en lo esencial, la liquidación del pensamiento de la emancipación surgido de la creatividad del pensamiento vareliano. No es casual que la última reedición de *Lecciones de filosofía*, de Félix Varela, hecha por su autor en Estados Unidos, se realizara un año antes de la reforma educacional. José de la Luz y Caballero, Francisco Ruiz y otros recibieron esta obra y según la confesión de ambos, la utilizaban como texto de sus cursos en el Colegio de Carra-guao y el Seminario de San Carlos.

El hecho de revitalizar el predominio de las autoridades filosóficas, de las especulaciones metafísicas, de la preponderancia del estudio de la conciencia individual en la interpretación de la sociedad, y la

renuncia a las contribuciones más importantes del pensamiento ilustrado se centraba en el empeño por desterrar las ideas de Félix Varela de la enseñanza.

Lo cierto es que Victor Cousin, centro del pensamiento de los contrincantes de Luz en la Polémica, generaba la tesis de la armonía social en sociedades quebradas por la desigualdad y la explotación, cuya derivación esencial en Cuba lo fuera el conservadurismo político. Aquí, eje central de una polémica donde se discutían los métodos para conocer la sociedad cubana o para obviarla en la inmensidad de la especulación abstracta: metafísica o ciencia de la realidad, teoría de la emancipación o teoría de la sujeción. Esa fue la cuestión. Cultura, filosofía, pedagogía, ciencia, religión, moral, tradición, psicología, antropología, ontología e ideología, fueron conceptos reanalizados y debatidos por tendencias divergentes que sostenían caminos diferentes sobre los modos de pensar la organicidad de la sociedad cubana.

La Polémica, toda, estuvo atravesada por la teoría del espiritualismo ecléctico. No se trataba de una discusión fragmentada de las bases gnoseológicas, sociales y políticas de la sociedad y del conocer, sino de concepciones teóricas antagónicas para la comprensión del presente y el futuro de la sociedad cubana, cuya coherencia estaba dada por la concepción que se asumía del eclecticismo y del espiritualismo en el país.

Desde el método hasta la ideología, desde las ciencias hasta la teoría. La asunción por parte de unos, exigía la reconceptualización por parte de otros. El problema era trascendente, porque en él se contenían dos objetivos esenciales: la formación de las élites o la formación de la conciencia nacional y el mantenimiento o la remodificación del *statu quo* de la sociedad colonial a través de la educación y la cultura. El pensamiento del siglo XVIII, con sus pretensiones de fundamentar una modernidad que se caracterizara no solo por una sociedad nueva, sino por un pensamiento nuevo, que tenía en las ciencias naturales, sociales y humanas sus referentes, había servido como “aliado extranjero” al nacimiento de una ciencia y conciencia cubanas. El

núcleo del espiritualismo ecléctico residía en borrar esa naciente tradición científica y de pensamiento activo y crítico, al inculcarlo de romper la tradición desde un materialismo que se les antojaba desespiritualizado. Pero en la ruptura con la tradición que sujetaba el pensamiento a las autoridades y a la determinación divina, había nacido el pensamiento crítico y creador de las ciencias y la conciencia cubanas. Así avanzó Felipe Poey en el estudio de la naturaleza física cubana, José A. Saco en la naturaleza social y Domingo del Monte en la recreación literaria de la estética de la naturaleza cubana.

Cuestiones de método: el debate en torno al eclecticismo

En la interioridad de la discusión sobre los métodos para conocer la realidad, el punto neurálgico de la polémica que se desató en La Habana radicó en la definición, contenido y conceptualización del término ecléctico. La propuesta de Víctor Cousin se presentaba como la más importante base teórica y analítica, un concepto de eclecticismo que se proclamaba como la filosofía del siglo XIX, y muy en especial, como la cumbre epistemológica que trascendía al siglo XVIII. Su pretendida novedad —la cual encandiló los ojos de una juventud estudiosa por el doble subterfugio del pensador francés y de su impulsor habanero—, era engañosa, pues años atrás, incluso antes que Cousin pensara siquiera apropiarse de ese concepto, ya en La Habana se había llegado a una elaboración tal de este, que precisamente se había convertido en un elemento clave en la concepción no solo del método de conocimiento, sino también de la elaboración cultural, de la interpretación político—jurídico—social y de la creación de un método para el estudio de las ciencias naturales. Desde la Filosofía electiva, del padre Agustín Caballero, y de la elaboración teórica que hiciera Félix Varela del eclecticismo electivo como la libertad de elegir para llegar a la verdad, se había desarrollado toda una tendencia del conocimiento que, desprendiéndose de la metafísica y de la ontología, intentaba fundamentar una escuela cubana del conocimiento. No se podría entender la inten-

sidad con que Luz acometería la Polémica —hasta el desgaste físico y mental—, si no se entendieran las consecuencias teóricas y prácticas del cousinismo en Cuba. Consistía en una doctrina y en un método de desmontaje teórico de todo el aporte del pensamiento y de las ciencias del siglo XVIII y, en consecuencia, representaba en nuestra tierra el desmontaje teórico de las bases mismas de la ciencia y la conciencia cubanas. Si en Francia la doctrina de Cousin pretendía bajar la filosofía de las Luces a la tumba, en Cuba, junto a aquella, aspiraba a hacer descender al sepulcro el pensamiento de emancipación.

Al alboroto creado por la propaganda del pensamiento del francés, entre una juventud a la cual se le presentaba como lo más novedoso, profundo y actual del pensamiento, se opuso Luz y Caballero con toda la sabiduría cubana que requería un encuentro, no con los imitadores de Cousin, sino con el propio Cousin para combatirlo con sus propias armas. Tan convencido estaba Luz de que no siempre lo más novedoso es lo más acertado. Modas hay que con el tiempo develan todo el ridículo de su contenido. Para la juventud cubana de todas las épocas trabajó este grande del magisterio cubano, porque el problema no residió en la letra del cousinismo, sino en salvar el espíritu de las ciencias y la libertad de las conciencias.

Luz y Caballero levantaría la voz desde las raíces de una cubanidad que comenzaba a conformarse con las desgarraduras propias de la naturaleza de su complejidad. No se trataba, pues, de “juego de voces”, como con benevolencia quería inferir Varela de las proposiciones cousinianas de Manuel González del Valle, en el manejo de los conceptos autoridad filosófica y eclecticismo, sino justamente la propuesta de una “filosofía estacionaria”, resultado no de la libre elección, sino de la contradictoria admisión de autoridades que se afirman en el conocimiento de una realidad que no pertenece a su espacio y tiempo histórico, por lo cual su utilidad para la comprensión de la sociedad presente es poco verificable.

Ciertamente no existía uniformidad en los criterios sobre los ecos de la “nueva filosofía” en

La Habana. Las líneas directivas de la doctrina de Cousin no fueron, en todos los casos, comprendidas del mismo modo. La confusión teórica caracterizó a algunos de los jóvenes profesores, ilustrados liberales que profesaban hasta entonces las enseñanzas de Varela.

El porqué se había propuesto Victor Cousin “estructurar” una “filosofía” con el nombre de eclecticismo es descubierto por José de la Luz y Caballero. El problema radicaba en desentrañar el verdadero sentido del concepto y hacia quiénes estaba dirigida esta “nueva filosofía”, proclamada como sistema de la época.

La historia de la filosofía verifica la antigüedad del concepto: refundir en una filosofía universal todas las filosofías existentes: sabeísmo de Zoroastro, creencias de Pitágoras y de Platón, paganismo griego y romano, politeísmo oriental, índico o egipcio, judaísmo y cristianismo. Desde Ammonio en el Oriente, Hermes entre los egipcios y Platón entre los griegos, hasta Plotino, Porfirio, Yamblico, Máximo, Proclo, Juliano, hicieron del eclecticismo “la doctrina de las doctrinas, la religión de las religiones”, una especie de sincretismo que se consumó durante siete siglos.

De modo que toda esta tradición universal subyacía cuando se reelaboraba, en circunstancias históricas diferentes, el concepto que tantas implicaciones tendría no solo en el plano del conocimiento, sino en el plano de la cultura y de la política.

El nuevo sentido que Cousin imprimió al término significó la conciliación de “opiniones antiguas con las nuevas”. ¿Pero cuál era el verdadero criterio de Cousin para discernir entre unas y otras opiniones? Con seguridad no consistía en el criterio de la ciencia como búsqueda de la verdad por medio del método experimental. Era la construcción de un “sistema” a partir de lo que intencionadamente negaba —las proposiciones fundamentales de la filosofía del siglo XVIII—, y lo que del mismo modo afirmaba: la psicología como sostén de toda filosofía para la construcción metafísica de las bases teóricas de la sociedad.

Los avatares del concepto en pugna explican el contenido ideológico que cada parte le introducía.

En particular, pensamos que es importante describir aquí los diversos modos en que fue recibido el concepto. Resultaba natural que todos los que pretendieran ser eclécticos se remitieran a la escuela helenística que acuñó este nombre. Pero el unto de conflicto radicó en los modos diferentes en que interpretaron el siglo XVIII, por una parte, y el XIX, en la visión de Cousin, por otra. Félix Varela, hijo intelectual del primero de esos siglos, lo asume y refunde para Cuba porque él contiene la esencia de un proceso de constitución de un método para las ciencias. En contraste con la definición de Proclo tomada por el francés, el cubano asume la de Potamón Alejandrino: “En el siglo IV de la Iglesia, Potamón Alejandrino estableció un género de filosofía más *libre*, que en cada uno buscaba la *verdad*, sin jurar en la palabra de ningún maestro y estos filósofos se llamaron eclécticos porque elegían libremente lo que juzgaban más cierto”.² En 1812 ya definía: “lo que la filosofía ecléctica pretende es que tengas por norma la razón y la experiencia y que aprendas de todos, pero no te adhieras con pertinacia a nadie”.³ El origen de la concepción vareliana se encuentra en el Siglo de las Luces. John Locke y Voltaire, el uno con el *Ensayo sobre el entendimiento humano* y el otro con el *Diccionario filosófico*, apéndice de la *Enciclopedia francesa* de D’Alambert y Diderot, definieron el eclecticismo del siglo XVIII, el de la Ilustración, a partir de tres conceptos básicos: libertad, elección, verdad. A partir de ellos, y co-

mo uno de los aportes singulares de esa centuria, el eclecticismo se interpretó como la libertad de elegir en la búsqueda de la verdad.

Por su parte, Locke afirmaría que “la libertad consiste en que seamos capaces de actuar o no actuar a consecuencia de nuestra elección”.⁴ Esta ruptura con las autoridades, con la tradición escolástica, y esta liberación del pensamiento y del hombre, se convirtieron en la base del método para elaborar un pensamiento del conocimiento que también fuese emancipador de la sumisión de la sociedad y del país en la medida que encontrase el conocimiento de sí mismo. En este camino, y para precisar aún más este punto de partida de todo método de conocimiento, y con el objetivo de diferenciarse de otros contenidos que se daban al término, algunos autores utilizaron el concepto de electivo, pues la esencia se resumía en la libertad de elegir y no en el rebajamiento bajo el peso de la autoridad de normas y figuras. Es la libertad de pensar, el eclecticismo electivo, o con mayor precisión conceptual, el electivismo coherente, consecuente con el reto que impone la naturaleza y con la libertad humana de ejercer su propia inteligencia en el desafío de lo desconocido. Por ello el electivismo sentó sus bases en la no aceptación del principio de autoridad, negación que liberaba la capacidad racional del hombre, obligándolo hasta el agotamiento al ejercicio de la observación y de la experimentación de la naturaleza física y humana. Quizás, el mayor mérito del padre Agustín Caballero radicó en escoger el concepto electivo para sustituir el de ecléctico, evitando así la confusión que generaba el debate en el interior de un concepto tan amplio como ambiguo, pretensioso y pretendido, que intenta contenerlo todo, por lo cual no define nada. Así, Félix Varela asumió el contenido efectivo del eclecticismo proveniente del siglo XVIII, reconceptualizado por Agustín Caballero, y lo convirtió en el arma más preciosa y precisa para construir un pensamiento nuestro, que por lógico, es también el pensar desde Nuestra América. Como ya se ha vis-

² Félix Varela, *Lecciones de filosofía*, Imprenta de Don Juan de la Granja, Nueva York (1841), p. S. Resulta de suma importancia para entender la diferencia entre Varela y Cousin, sus puntos de partida para valorar y asumir el eclecticismo. Mientras el cubano toma la definición de Potarnón de Alejandría, realmente, según Diógenes Laercio, “introducción de una escuela ecléctica”, que no es otra que la originada en la etapa helenística de la filosofía; el francés se acoge a Proclo, un neoplatónico de la etapa inicial de la escolástica. Si Potamón declaraba la libertad de elección, Proclo ha pasado a la historia como “el mayor escolástico del neoplatonismo”. (Tomado de Josep-María Terricabras, *Diccionario de filosofía*, Ariel S. A., Barcelona, 1994, t. III, pp. 2862 y 2920).

³ Félix Varela, “Varias proposiciones para el ejercicio de los bisoños”, *Obras*, Imagen Contemporánea, La Habana, 1997, t. III, p. 3.

⁴ John Locke, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1956, p. 234.



to, Luz aclara por qué hubo un primer momento en la utilización del concepto ecléctico por Varela, pero enfatiza la diferencia esencial de contenido con la elaboración cousiniana. Lo que muchos no percibieron en su entusiasmo juvenil, lo comprendió Luz y Caballero desde las primeras propuestas de Cousin. Enemigo del pensamiento del siglo XVIII, al cual culpaba de todos los males, en especial de la Revolución, el pensador francés encontró en el concepto una fórmula con la cual no solo alteró el contenido que le habían adjudicado las Siglo de las Luces, sino que proponía una modificación de toda la actividad intelectiva del hombre.

Si el eclecticismo tuvo un centro teórico que le daría base a la doctrina espiritualista, este fue la psicología. Desde comienzos del siglo XIX, se produciría un enfrentamiento entre la ideología o ciencia de la producción de las ideas y la psicología o ciencia de las facultades del alma, según se entendían en la época las dos doctrinas. La limitación más importante que tenían los contendientes radicaba

entonces en el propio desarrollo de las ciencias. Las que se denominaban ideología, psicología, fisiología, frenología, todas tomadas con la misma importancia, pero ponderadas criticadas según tendencias, apenas sostenían propuestas incipientes para un desarrollo ulterior de la epistemología y de las ciencias particulares. Incluso en algunos casos, como el de la psicología, sus derroteros más importantes pertenecerán al siglo XX —Pavlov, Freud, Jung y Lacan, por solo citar algunos de los más relevantes—. Debe destacarse que la psicología se encontraba en función de otros contenidos meta o parasicológicos. Por ello constituyó una de las armas fundamentales del espiritualismo ecléctico.

En el caso de la ideología, arma que desde 1818 Varela asume para la creación de su método y de su doctrina, solo adquirirá en Europa una nueva dimensión muchos años después cuando Carlos Marx y Federico Engels la asumieron. A partir de entonces, tuvo una importancia extraordinaria llena de aventuras y desventuras que ocultaron el verdadero valor que representó para los fundadores del marxismo. La ideología, la ciencia que estudia la producción de las ideas, permitió a Marx y Engels entender las limitantes de su pensamiento anterior y romper las cadenas del idealismo o del materialismo que les precedieron; someter a una crítica de fondo a la que definieron como “la ideología alemana”. En manos de Marx y Engels la ideología adquirió una fundamentación mucho más profunda, y se convirtió en una propuesta más elaborada, rica y realista, no de la forma en que algunos la interpretarían con posterioridad, al simplificarla como ideología política. En Marx, la ideología consistía en los mecanismos que desde una totalidad social engendraban la totalidad de la conciencia, los mecanismos de la producción de las ideas, que desde la realidad social y el mundo de las ciencias, permiten elaborar el pensamiento, producir ideas, ejercitar y ejecutar el pensar. De ahí su crítica al idealismo alemán en el binomio ser—conciencia y su modo de trascenderla al definir ese ser y esa conciencia como sociales.

Resultaba innecesario hablar de la certeza de la psicología, pues de lo que el hombre no podría

tener nunca dudas era de la existencia de su mundo interno, que solo él podría conocer, pero cuya complejidad necesitaba de una ciencia, la psicológica, con un grado de madurez tal que le permitiera la explicación de ese mundo interior. Con el desarrollo alcanzado por la psicología, en esa época, esto no era posible, y Luz propondría, ante la polémica con Cousin, que el problema de la producción de las ideas se analizara a través de la ideología, la cual se centraba en el origen de las ideas y no en los mecanismos del entendimiento que las producen. Esto último sería la construcción de la ciencia de la conciencia que resultaría, de hecho, como conciencia individual, la negación del estudio de la naturaleza e incluso del conocimiento del hombre. Pero Luz no buscaba la construcción de una ciencia de la conciencia, sino de una ciencia toda del hombre, para lo cual se vale de los descubrimientos de todas aquellas ciencias que contribuirán a ella, y muy en particular, de la fisiología y la frenología. Su finalidad se resumía en la formación, sí, de una conciencia general, crítica y formadora, única vía que conduciría a la constitución de la verdadera ciencia. Habría que señalar que, a pesar de tener las ciencias de la época un desarrollo emergente todavía, Luz no perdía lo esencial del camino de la ciencia para fundamentar un conocimiento y una sociedad nuevos.

En “Victor Cousin. Esta sí es la verdad”, Luz develaría los tres fines esenciales del eclecticismo cousiniano: el epistemológico, el social y el político:

Careciendo por sí mismos de una filosofía y habituados a considerar la del siglo dieciocho como materialismo, cabalmente porque no la habían comprendido sino como psicólogos, pretendieron intervenir generosamente entre el sensualismo y la teología: hicieron pues espiritualistas, pero espiritualistas racionalistas y a esto llamaron eclecticismo.

Veíanse colocados entre el Antiguo Régimen y la Revolución, y no se decidieron por uno ni por otro; pero trataron de arreglarse con ambos; y llamaron a esto eclecticismo.

Encontrábanse entre la Monarquía y la República y forjaron una teoría de estos dos

gobiernos ayuntados; y llamaron a esto eclecticismo.

Y viendo que tenían una palabra que se amoldaba portentosamente a su situación en todas materias, se les pasa en la cabeza, que esa palabra omni-cuadrante era por sí y ante sí toda una filosofía.⁵

La crítica de Cousin fue en Luz, la defensa del método electivo coherente experimental racionalista. Este no era posible aplicarlo a partir del yo individual. Fue así como Luz percibió lo más constructivo del pensamiento moderno y enarbó el principio de la investigación por encima de la erudición, de la especulación, para constituir la verdadera ciencia.

De importancia capital resultó la discusión suscitada en la polémica alrededor de los métodos que debían seguirse en la construcción de las ciencias y de la enseñanza. El camino quedaba despejado, para quienes lo entendieran, de una ciencia en construcción, siempre en construcción; de un método para crear un método, obligadamente en desarrollo; del proceso de entendimiento del hombre todo, objeto y sujeto del conocimiento, genérico y específico a la vez; y, en ese todo, no “divino” como el de Cousin, sino humano, sin ser “demasiado humano”, el descubrir los destellantes fulgores de una sociedad en brotación volcánica. En síntesis, la idea cubana, como definió a Luz uno de sus alumnos, José Manuel Mestre.

La doctrina: el espiritualismo o la ontología embozada y desembozada

El espiritualismo, palabra que acuñó Victor Cousin en el Prefacio de su obra *Du vrai, du beau et du bien*, se definía como la doctrina que practica la filosofía como análisis de la conciencia. En negación a un sensualismo ridículamente reducido y a una ideología subestimada, los espiritualistas explicaban su doctrina como aquella que pretende salvar el espí-

⁵ José de la Luz y Caballero, *La polémica filosófica*, Editorial de la Universidad de La Habana, La Habana, 1947, t. III, p. 290.

ritu del hombre; salvar el espíritu desde la interioridad de la espiritualidad.

La doctrina del espiritualismo se autovaloró como “la aliada natural de toda buena causa” y, por tanto, como el centro de todos los valores morales, políticos, sociales y religiosos que tenían como sustento la tradición. La conciencia se consideraba entonces en una relación del alma consigo misma, del hombre interior o espiritual con sus facultades. En esta acepción, el espiritualismo tenía un doble contenido: el moral o la posibilidad del hombre de *autojuzgarse* y el *teórico* o la posibilidad de *conocerse* de manera directa e infalible. Desde el punto de vista del conocimiento, es el individualismo gnoseológico. Pese a su alegato socrático-platónico, es muy difícil asociar la visión griega de la introspección que permite llegar a otro tipo de totalidad externa con esta doctrina tan del siglo XIX que se debate entre modernidad y antigüedad; entre ciencia como estudio de la naturaleza o ciencia del ser al estilo de la escolástica tardía.

Si bien este eclecticismo fue resultado de la crisis francesa, tanto política como intelectual, el espiritualismo adquiere sus perfiles definitivos en el encuentro de Cousin con el idealismo alemán y, en particular, con Jorge Guillermo Federico Hegel, quien expresó su admiración por el joven francés.

La principal idea de los filósofos alemanes, que Cousin consideraba como un descubrimiento determinante, consistía en la impersonalidad de la razón humana. Según Cousin “la razón es en cierta medida el puente entre la psicología y la ontología, entre la conciencia y el ser; descansa al mismo tiempo en una y en otra parte”.⁶ De esta forma invertía la concepción de los ideólogos, la cual establecía esa misma relación entre la materia, la idea y la conciencia. En esta inversión Cousin crearía su mágica fórmula sobre la cual descansaría todo el andamiaje teórico de su pensamiento, la relación entre el yo, el no—yo y Dios: “desde el primer hecho de la conciencia,

la unidad psicológica en su triplicidad se encuentra, por decirlo así, frente a la unidad ontológica en su triplicidad paralela”.⁷ Es decir, lo finito, lo infinito y su relación. No escaparía a un agudo observador que consciente o no, la propuesta de Cousin no era sino un enmascaramiento filosófico de un principio teológico, con lo que, consciente o no, sólo redescubriría a Santo Tomás de Aquino, asociándolo con San Buenaventura. Solo que este camino era mucho más limpio y sincero en los teólogos que en esta falsa y pretendida filosofía. El haber escogido el camino de Hegel, en el mejor de los casos, convertía a la filosofía, más bien, a la falsa filosofía, en un complemento innecesario de la teología.

Frente a las propuestas del espiritualismo ecléctico, Luz y Caballero tendría que definir las vías más certeras para alcanzar el conocimiento, que no eran precisamente las que enfatizaban los seguidores de Cousin: el método ecléctico-racionalista, el cual solo conducía a reivindicar los viejos dogmas, a crear otros no menos anodinos y peligrosos y a legitimar, junto al estatismo gnoseológico, el inmovilismo social. La enseñanza cubana corría el riesgo de ser penetrada por un método limitador e imitador, y con ella, el peligro se extendería a la sociedad en su totalidad. El método experimental racional constituía el camino útil para Cuba, no el de la ontología.

No bastaron a Luz los trece artículos dedicados a la cuestión del método publicado en los periódicos la *Gaceta de Puerto Príncipe*, y el *Diario de la Habana*, sino que dedicó un apartado que titulara la Ontología embozada y desembozada, el cual reprodujo después, al publicar la Impugnación a Cousin en el año 1840, y que con toda justicia puede considerarse pieza magistral del pensamiento teórico cubano.

Si con toda legitimidad se sostiene la tesis del derrocamiento del sistema escolástico en Cuba por Félix Varela, no menos genuino resulta el hecho de que Luz y Caballero fue quien más profundizó en la crítica a la ontología y la metafísica de la época. No hay dudas de que las circunstancias de la polémica lo obligaron a ahondar un camino que su

⁶ Patrice Vermeren, Victor Cousin. *Le jeu de la philosophie et de l'État*, Editions UHermattan, París, 1995, p. 145.

⁷ *Ibidem*, p. 148.

maestro ya había trazado con certeza. La base esencial de su crítica consistió en demostrar que todo conocimiento procede de la naturaleza física y social. La imposibilidad de la construcción de un conocimiento a priori de la realidad radicaba para Luz en que todo conocimiento se debe basar en la experiencia. A partir de la observación se desenvuelve todo el proceso gnoseológico para llegar a la verdad. La especulación metafísica se reduce a construir las cosas con las palabras, subvirtiendo las abstracciones en realidades, interpretando como realidad entitativa lo que sólo tiene una realidad fenoménica.

Luz demostraría que la ontología no podía ser constituida ni a través del ente común ni del Ente por excelencia. No tiene sentido alguno erigir una ciencia del ser en cuanto ser. A esto opondría la investigación para conocer la diversidad dentro de la realidad natural y social. Sería absurdo reducir el conocimiento todo al rasgo elemental de la existencia.

Por otra parte, la pretensión de una ontología sobre el Ente por excelencia derivaba necesariamente en una “teología natural” o ciencia de Dios, limitada a afirmar que Dios existe, pero de cuyas propiedades y atributos no tendríamos jamás noción. Comentaba al respecto:

Tal es, en efecto, la propensión, la ley del alma humana, que todo hombre se figura o concibe al Ser supremo, según los datos o modelos que le ofrece la misma naturaleza o su propio entendimiento, fingiéndoselo muy corporal el hombre salvaje, y muy espiritual el civilizado, cada cual a imagen y semejanza de sus concepciones. Luego no es posible en lo humano formar una ciencia del ente en cuanto ente, sea por el rumbo del universo, sea por el rumbo de su hacedor. Ni aun la misma existencia de Dios, que sería en todo caso el fundamento de la Ontología, es, ni puede ser, inducción o deducción de esta pretendida ciencia, tal vez que aquella gran verdad fundamental es filosóficamente el resultado de la misma observación del hombre y del universo.⁸

No existía en la concepción de Luz ninguna forma posible de conocer a Dios, solo de tener una idea de su existencia por la “contemplación del mundo exterior”. La propia naturaleza revelaba la existencia de Dios, causa primera del universo, pero solo por el principio de inducción podía constatar este hecho. La cuestión no se trata aquí por incidencia, sino que es la conciencia exacta de que para Luz y Caballero ni la idea de Dios escapaba a la observación, por tanto a la relatividad de los conceptos. O sea, como Dios era el creador de toda la naturaleza, mediante el conocimiento de esta se intuye a Dios, al cual solo es posible, según Luz, adorar. De esta perspectiva criticaría el panteísmo, implícito también en Cousin, porque “Dios no es el universal ni tengo que ocuparme en la cuestión de los universales para hacer aplicación a él [...] los universales no existen sino como expresión de los individuos. Dios es el creador, la causa primera”,⁹ no puede confundirse la causa con la consecuencia. De esta forma, Luz se proyectaba, en el claro estilo de la Ilustración, como deísta.

Si algún distintivo llenaba al espiritualismo de una atractiva y engañosa belleza, esta venía dada en su propio nombre. Como doctrina del espíritu se planteaba rescatar su cualidad, es decir, la espiritualidad. De aquí el valor que tenía para la literatura y el arte como expresión sublimada de la interioridad del hombre. Presentaba a la corriente que acusaba de materialista como la incapacidad, esencialmente cultural, de poder adentrarse y cultivar toda la amplitud del yo interno. La argumentación resultaba endeble, porque la vía recorrida por hombres como Varela y Luz partía de la búsqueda total del hombre y de la realidad. La sensibilidad era, por tanto, la capacidad infinita del hombre de contemplar, sentir, sublimar, soñar y reelaborar desde su subjetividad lo objetivo del mundo que contempla, tanto en la riqueza externa como interna. Ese espíritu de contemplación, que va de lo observado a lo experimentado, crea también lo humano, que no es lo divino, por lo cual, cultiva el sentimiento y el espíritu desde una sensibilidad elaborada por sí misma.

⁸ J. de la Luz y Caballero, ob. cit., pp. 289-290.

⁹ *Ibidem*, p. 98.

Una sensibilidad humana y natural, abstracción de lo vivido, no individualidad encerrada en sí misma, sino cultivo del espíritu desde lo total existente para una espiritualidad que solo es resultado de la relación del yo, del tú y del él, del nosotros, de lo objetivo en lo subjetivo y de lo subjetivo en lo objetivo. Pluralidad de lo plural, no como doctrina, sino como realidad.

Si se indaga en el trasfondo del espiritualismo cousiniano, no quedarán dudas de que se trata de un retorno de la teología en la concepción de la unidad absoluta más allá de lo que habían elaborado las escuelas alejandrina y ecléctica; un retorno a la doctrina de la creación, e incluso de la creación *ex nihil*. Aún asombra la forma en que imita al pensamiento medieval tan tardíamente; para Cousin existía una ciencia divina que era perfecta, y una ciencia humana que era finita y progresiva. Consecuente con su hegelianismo iniciaba la historia de la humanidad por la historia del pensamiento.

Para Cousin la intuición espontánea de la verdad provenía tanto de la religión, como de la poesía y de la filosofía. Esta conclusión trajo consecuencias de profundo y largo alcance en nuestro país y en toda América Latina, donde Cousin encontró entusiastas continuadores por razones metafísicas. Nació un cierto desprecio al ensayo social y teórico en contraste con la recreación de un gusto estético, que pretendió cubrir el espacio de una verdadera filosofía.

Ante el peligro que entrañaba para la sociedad cubana la sustitución de la reflexión teórica por el gusto estético-contemplativo de la realidad, Luz y Caballero definirá el papel de la filosofía en el *Elenco de 1840*. A diferencia de las diversas acepciones del concepto de filosofía que habían primado —“cualquier conocimiento adquirido por la razón”, “el porqué de la ciencia: la filosofía de las matemáticas, de la jurisprudencia, etcétera”, el “estudio de las facultades”, o “el estudio de los diversos sistemas filosóficos que han reinado en la historia de la humanidad— Luz precisaba el concepto de filosofía: “un sistema de doctrinas o dogmas que así se ocupa de la exposición de las leyes del hombre y del universo, como en la práctica de sus

pensamientos o acciones” y que “todo sistema que aspire al nombre de filosofía ha de ofrecer respuesta plausible a esta triple pregunta: ¿Quién eres? ¿de dónde vienes? Y á dónde vas? [...] problema siempre renovado [...] que presenta la humanidad”.¹⁰

Esta concepción general de la filosofía, a la manera de los antiguos, Luz la opondría a la especulación metafísica que “toma por realidades las abstracciones” y no conduce jamás al conocimiento del hombre y del mundo.

Es necesario subrayar que si la Escolástica utilizaba el término sustancia para referirse a la realidad, el concepto naturaleza lo reemplaza con la recepción del pensamiento moderno en Cuba. Varela se proponía significar con naturaleza toda la realidad física y social, corporal y espiritual, lo que lo distanciaba irremisiblemente de la especulación, porque es de ella, de la propia naturaleza, de donde nacen las ideas. No puede perderse de vista esta derivación básica de la emancipación del pensamiento para la creación de una cultura del pensar.

De la doctrina moral de las élites al universo moral del procomunal

Las doctrinas morales son expresión del modo en que se socializa la concepción teórica del hombre, la sociedad y la trascendencia. Si los filósofos habían introducido la diferencia entre moral y ética, la primera basada en la dogmática religiosa y la segunda en los principios axiológicos del pensamiento filosófico, la doctrina moral de Cousin tendía a borrar esta frontera para crear una moral ética más que una ética moral. Ya algunos críticos señalaban que existía un punto grave en la concepción cousiniana: lo que él llamó la absolución del éxito. Esta teoría estaba vinculada con la de los hombres necesarios.

Entonces, ¿cómo conciliar la doctrina del deber, que es con tanta frecuencia la doctrina del sacrificio, con la absolución del éxito? Y he aquí lo más grave, ¿cómo separar el éxito de la fuerza? Fue el

¹⁰ J. de la Luz y Caballero, “Denco de 1840”, *Elencos y discursos académicos*, Editorial de la Universidad de La Habana, La Habana, 1950, pp. 151-152.

mismo Cousin quien pronunció las palabras más nefastas al respecto: “hay que perdonarles a los héroes el escalón de su grandeza”, y estas otras: “no hubo ningún vencido en Waterloo”. En esta última frase como manera de objetivar la relación entre éxito-fracaso entre historia-valores, quiso decir que el Napoleón de aquella batalla famosa, ya no era Francia, ya no la representaba. ¿Por qué? Pues porque ya no tenía la fuerza suficiente para gobernarla; ya no es él, y por tanto, ya dejó de ser grande. La fuerza es, por tanto, la fuente del poder, de la gloria y del éxito. ¿Podía haber una doctrina más tentadora para los caudillos latinoamericanos, convertidos en dictadores, que esta de la razón, del éxito, de la fuerza y del papel del hombre en la historia? ¿Es esta versión hegeliana de la doctrina histórica y moral la que justifica, con un carácter divino, la acción política y social? No hay dudas que el no pensar cousiniano, la cultura recreativa y la formación de las élites —élite en tanto cultura de élite y cultura para la élite—, constituyen un todo que podía hacer derivar el camino del pensamiento en América Latina hacia la ponderación de los dementos que permitieron constituir esa élite, que hicieron posible a una oligarquía económica llegar a la plenitud de una élite cultural con la buena conciencia de su formación moral que justificaba el empleo de la fuerza y ratificaba sus pretensiones hegemónicas.

Víctor Cousin —no tanto por la originalidad de su sistema como por la inteligencia que tuvo para percatarse de las necesidades gnoseológicas, culturales y políticas de un tiempo que necesitaba reflexionar sobre una experiencia que no había dado los frutos que se habían esperado— pudo ofrecer lo que la naciente burguesía, todavía carente de la cultura suficiente sobre sí misma, necesitaba para reorganizar la sociedad y los fundamentos teóricos que la sustentaban. Pero Cousin pensaba desde una crisis; desde un tiempo histórico en que casi nada era claro. No obstante, tuvo a su favor lo que otros en Cuba tendrán en la segunda mitad del siglo XIX: una oratoria brillante con poca originalidad en las ideas, que atraía a las muchedumbres, mientras que los pensamientos que expresaba se dirigían a la élite para ofrecer la organicidad de que carecía en tiem-

pos de crisis. Se dejaba llevar por su gusto de orador, por las fórmulas brillantes al discutir sus ideas a tal punto, que durante mucho tiempo se le consideró irrefutable, aunque hoy, ya pasado de moda, apenas si se sostienen sus endeble columnas.

Los partidarios de Cousin en Cuba, al simplificar la concepción lucista de la filosofía del siglo XVIII —según su visión y versión— entendida esta como un exclusivismo estéril cuyas consecuencias esenciales eran el egoísmo en la moral y la anarquía y disolución de la sociedad en la política, también tuvo derivaciones importantes en las interpretaciones de los partidarios del eclecticismo cousiniano sobre la ideología, la moral y los destinos de la sociedad colonial, en general. Comprendían así a la ideología como enseña del siglo XVIII, una vez que la psicología era la ciencia dedicada al estudio de los mecanismos mentales a través de los cuales se producen las ideas, a esa actividad del alma, que negaba la concepción sensualista y que el espiritualismo francés reivindicaba en el siglo XIX por medio de la resurrección del sentimiento religioso, del rescate de la inmortalidad del alma.

Luz concebía la espiritualidad emanada del conocimiento de la naturaleza física y social, proyectada hacia un deber ser de la sociedad; la creación de valores esenciales que nos identificaran en el universo de pueblos y naciones. Su concepción de la moral —sujeta sin dudas al método experimental racional de conocimientos— partía del rechazo de las ideas preexistentes, cuya consecuencia directa consistía en no considerar a la moral universal, sino condicionada por la naturaleza de los diversos pueblos de acuerdo con su grado de civilización. La ley del deber, que tanto preconizaban en La Habana los seguidores del espiritualismo francés, Luz la sometería también al crisol de la experiencia particular de cada nación. Se preguntaba: “¿Cómo puedo yo saber lo que es el deber, si ignoro lo que piden los casos y las cosas? ¿No es esta exigencia de las circunstancias en lo que se cifra el orden y concierto del mundo moral?”¹¹

¹¹ J. de la Luz y Caballero, *La polémica filosófica*, ed. cit., t. II, pp. 190-191.



Una pregunta quedaba implícita en la reflexión de Luz: ¿hacia quién iba dirigida la ley del deber?, se encaminaba esta al bien general o procomunal, como aclararía en la polémica para ahorrar inútiles altercados. Allí dejaba sentado que no existía contradicción alguna entre la ley del deber y la máxima de la utilidad en la moral, si se entiende por útil, no el interés, sino el bien general. Uno era el precepto, y la otra, la teoría. De esta manera echaba por tierra los esfuerzos de los cousinianos, en la Isla, por identificar teóricamente la moral utilitaria, o sea, la moral regida por el principio de la utilidad, y la moral del interés, legítima herencia, según ellos, de la escuela sensualista. Si bien Luz bebió de una de las más importantes fuentes teóricas —con relación al principio de la utilidad en la moral— de la época: Jeremías Bentham, no quedó atrapado por su propuesta —lo que no sorprende—, aclarando que el principio de la utilidad “no es el que siempre gobierna a los hombres, sino el que debe gobernarlos: nueva prueba de que se había confundido el hecho con el derecho”.¹²

¹² *Ibidem*, p. 188.

En este sentido consideró a Bentham “falta de observación y de fisiología cuando afirmaba que la utilidad era el móvil de todas las acciones humanas sin exceptuar una”,¹³ pues no tuvo en cuenta otros mecanismos que funcionan en el individuo: impulsos e instintos, que —aunque de modo primario— determinan también sus acciones. La ciencia, decía Luz debe saber distinguir entre lo que es y lo que debe ser.

De acuerdo con estos fundamentos lucistas, el sistema de la sociedad no podía ser otro que el plan de la naturaleza propuesto por Varela, “que todo ceda a la utilidad del mayor número, y hasta con detrimento de la utilidad individual”.¹⁴ Fomentar el espíritu público, ilustrar sobre las cuestiones más importantes que tenían que ver con el progreso de la sociedad constituyó la divisa esencial de Luz y Caballero.

Sin embargo, este fin no fue nunca afín a quienes en Cuba se apropiaban de las tesis cousinianas para legitimar toda una tendencia elitista dentro de la burguesía criolla. Antes bien, la propuesta de Cousin sobre las dos doctrinas: una para los filósofos, para los escogidos, y otra para el pueblo, encajaba de buen grado en sus aspiraciones como clase, cuyo objetivo consistía en mantener el poder político establecido en la Isla.

A este desprecio por el pueblo, que ya sus seguidores difundían en La Habana, a esta decisión de mantenerlo en la ignorancia, de subestimarlo, de rebajar la propia religión, Luz le contrapone la concepción cubana, que fundamentada originalmente por Varela, amplía y enriquece.

Pocas veces se ha expresado con tanta claridad la división social entre una oligarquía económica —convertida en mecenas y élite cultural, que ejerce el poder tanto con la razón de la fuerza como con la fuerza de la cultura— y una masa desposeída en lo económico y conscientemente segregada de la cultura, a la cual se le suministra una religión para sobrevivir.

La rebelión lucista es tan enérgica porque ya existían en Cuba no solo una teoría de la eman-

¹³ *Ibidem*, p. 185.

¹⁴ *Ibidem*, p. 186.

cipación intelectual sino, además, una teoría de la emancipación del pueblo, que por sus contenidos eran inseparables. Crear un pueblo, crear conciencias, era desmontar la falsa idea de que los ignorantes están condenados a serlo siempre. El punto medular teórico lo había definido Félix Varela al expresar que la fe, en todo y de todos, era para las cosas divinas, a lo que Luz añade que el Dios creador es para adorar en tanto solo se puede intuir a través de su obra, pero no es su obra. Y completa Varela su punto liminar cuando expresa que las cosas del mundo natural y humano, las ciencias, pertenecen a la razón y a la experiencia.

Luz ahonda y desarrolla la idea tratando de fundamentar que en el estudio de lo natural y real estará el conocer y el hacer; que toda ciencia es progresiva, pero que por ello no es más que un largo y extenso camino que, aun en su tiempo, inicia los primeros pasos.

Es esta separación entre fe y razón lo que da sentido a la filosofía y la distingue de la teología. Si esto es ya una diferencia sustancial entre cousinismo elitista, y varelismo-lucista patriótico, científico y popular, está aún más claro en sus proyecciones ética, moral, que, en última instancia es social. El término esclarecedor de los varelianos-lucistas radicó en su concepción de espíritu público. Cuatro años antes de estallar la polémica, resultaba evidente que en Cuba existía ya la noción del menosprecio al pueblo, al diluirse la idea en el concepto amorfo, oscuro, impreciso y depreciativo de masa.

La concepción de Luz sobre la formación del hombre no es otra cosa que la preparación de este para modificar la sociedad a partir de la educación y la cultura. Pero, para modificar la sociedad era necesario creer en la existencia de una base pública y social sobre la cual actuara el formador transformador. Ese era el espíritu público del procomunal. A su vez, esa, la materia prima para la formación de conciencias en lo individual y en lo colectivo. Y solo así podría darse la brotación auténtica de un pueblo nuevo que se conociera a través de su naturaleza física, social, moral y cultural; dueño y creador de su destino. Herencia que no encontró, sino en la fuen-

te interna de una sensibilidad y una racionalidad genuinamente cubanas, el asidero de la propuesta teórico-patriótica de José Martí, concretada en su proyecto de una República libre de hombres iguales, con todos y para el bien de todos, cuyo logro solo sería posible con la apropiación de la cultura por todos: “no hay igualdad social posible sin igualdad de culturas”.¹⁵

Un encuentro con la Polémica hoy

Sabíamos ya por José Martí, quien lo amó, que José de la Luz y Caballero

Pudo ser abogado, con respetuosa y rica clientela, y su Patria fue su único cliente. Pudo lucir en las academias sin esfuerzo su ciencia copiosa, y sólo mostró lo que sabía de la verdad, cuando era indispensable defenderla. Pudo escribir en obras —para su Patria al menos— inmortales, lo que ayudando la soberanía de su entendimiento con la piedad de su corazón, aprendió en los libros y en la naturaleza, sobre la música de lo creado y el estilo del mundo y no escribió en los libros, que recompensan, sino en las almas, que suelen olvidar, supo cuanto se sabía en su época; pero no para enseñar que lo sabía, sino para transmitirlo. Sembró hombres.¹⁶

Solo este conocimiento bastaría para quedar atrapados por su grandeza. Sin embargo, el encuentro con la Polémica Filosófica nos define con todo rigor su carácter poderosamente reflexivo y el vigor de una sensibilidad nada pedestre.

Ciento sesenta años han transcurrido desde aquella impugnación que José de la Luz y Caballero hiciera a Victor Cousin —dedicada a la juventud cubana— y que quedara inconclusa, pues ya la salud, quebrada en la contienda, no le permitiría culminarla. Igual suerte corrieron las traducciones de las obras del pensador francés, que Luz

¹⁵ José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 3, p. 28.

¹⁶ *Ibidem*, p. 249.

prometiera al público para que se formase un juicio certero de sus propuestas y advirtiera el peligro que para el destino político y cultural de Cuba entrañaban. No obstante, lo medular quedó.

El electivismo, concepto básico para entender lo peculiar del proceso de formación y desarrollo del pensamiento cubano, derivó en contrapropuesta de un eclecticismo que enunciaba la falsa conciliación de conceptos opuestos en su esencialidad, en lo gnoseológico, lo político y lo social. Este eclecticismo producía una metafísica para interpretar-justificar una sociedad que fortalecía las estructuras que sostenían a su clase privilegiada. La cultura de élite legitimaba las estructuras de poder. La masa amorfa, condenada a no saber, se conformaría con aliviar su pobreza, su ignorancia, entregada y destinada en los brazos de una religión incompatible con la ciencia, a conservar aquella sociedad. Se levantaba sobre ella la conciencia individual e individualizada que miraba al mundo a través de sí misma e imponía la erudición y la autocomplacencia como el fin único del conocimiento. En una sociedad colonial, como la cubana, el espiritualismo ecléctico implicaría la ruptura con la tradición emancipadora que desde su espíritu original con el padre Agustín Caballero, había madurado en una intelectualidad comprometida con la patria cubana. Nuestro Filolezes consideró que Cousin sentaba un principio metafísico con el cual le arrancaba a la filosofía su propia esencia. No solo volvía al campo de la especulación teológica, sino que la encubría nombrándola una nueva filosofía que cercenaba desde un principio y en lo más profundo la capacidad de pensar.

No debe obviarse el hecho de que en la época en que el eclecticismo de Cousin cobraba fuerza en ciertos sectores intelectuales de diversos países, al mismo tiempo no pocos pensadores en el mundo reconocían su insuficiencia teórica. De ella nos deja constancia el propio Luz. En el *Diario de la Habana*, del 23 de mayo de 1840, se publicaría la crítica de Pierre Leroux al eclecticismo cousiniano, por Elías Regnault, cuya traducción se piensa, sea de Luz y Caballero. En el texto titulado *Otra pieza justificativa de la misma estofa, y hasta ultra-petita*, el autor cen-

suraba con agudeza la “filosofía” de Cousin: “Su principio consiste en no tener ninguno, y su ley en postrarse ante todas las leyes”.¹⁷ Eso, desde Francia. No menos interesante resulta que un joven alemán, enfrascado en el nacimiento de los *Anales francoalemanes*, en carta a Feuerbach, del 23 de octubre de 1843, en la cual le pidiera una crítica de Schelling, ofreciera su visión acerca del ecléctico francés:

Schelling ha sabido poner el cebo con gran habilidad a los franceses, empezando por el flojo y ecléctico Cousin y acabando por el genial Leroux. Pierre Leroux y sus iguales siguen teniendo a Schelling por el hombre que ha sustituido al idealismo trascendente por el idealismo racionalista, a la idea abstracta por la idea de carne y hueso, a la filosofía profesional por la filosofía universal [...] ¹⁸

Carlos Marx, desde Europa, comenzaba a perfilar una teoría social desde las entrañas mismas del capitalismo y cuya finalidad consistía en la emancipación total de la clase trabajadora mundial.

En Cuba, el núcleo central de la problemática social del siglo XIX, lo era sin dudas, la educación. La teoría se producía desde la interioridad de la enseñanza para formar hombres que transformarían la sociedad. Filosofía y pedagogía participaban de una ligadura que encontraba su máxima expresión en la finalidad social de la emancipación política. Por esta razón esencial el filósofo era un verdadero educador, no constructor de un sistema que solo tiene como centro de su preocupación e interrogación el sistema mismo, sino hacedor de una obra teórico—práctica en perenne rectificación.

La contemporaneidad de dos posiciones frente al problema del hombre real que se legitiman por sus circunstancias históricas y descubren el alcance de la radicalidad de dos propuestas, contiene los elementos esenciales de la política de liberación: el humanismo y la cultura.

¹⁷ Elías Regnault citado por J. de la Luz y Caballero, *La polémica filosófica*, t. IV, p. 131.

¹⁸ Franz Mehring, Carlos Marx. *Historia de su vida*, Editora Política, La Habana, 1964, p. 84.

La ciencia es fruto siempre de un largo camino de apropiaciones de la realidad, que escapa a todas las expectativas y nos deja, en el mejor de los casos, el aliento de verdadera aproximación a la verdad. Pero, sobre todo, la ciencia tiene un sentido, un para qué de su existencia que la hace real. José de la Luz le tocó defenderla en un escenario oscuro donde el rigor de la teoría pasaba por el tamiz de los intereses de grupos, fuertes intereses sociales y de clases. ¿cómo podría explicarse si no que una propuesta teórica tan endeble como la de Victor Cousin disfrutara en Cuba de una acogida tan cálida como insólita por quienes abandonaban al mismo tiempo las bases teóricas fundacionales de un pensamiento propio para Cuba? La crítica de Filolezes a la pasión idealizadora de los partidarios cousinianos en el debate sobre el eclecticismo, parece escrita para todo tiempo histórico:

Yo no pedí, pues, a nuestros espiritualistas que fueran originales a estilo de Platón o de Cartesio sino que al menos supiesen siquiera contar su cuento, como dicen los ingleses expresivamente de un caso [...] (pero, señores, no estén Uds. esperando el correo para saber cómo han de pensar o de decir lo que piensan) [... ¡ Esto es lo que hacemos por acá los sensualistas; trabajar, ver modo de ejercitar el pensamiento, prenda y prez de la nacionalidad y fin también para

que fuimos criados. No haremos gran cosa, pero procuramos hacer, damos algunas señales de vida, y en las cosas grandes con la buena voluntad basta [...] ¹⁹

Lo difícil es la ciencia, y Luz la consagró para todos. Sus largos artículos en la Polémica, su vuelta al origen de todo: desde la historia del hombre, la historia de las ciencias y el pensamiento humano para convencer, demuestran la solidez de sus argumentos durante la contienda, el fondo de su crítica. Un método para pensar fue su divisa. La dimensión ética y crítica de su pensamiento creó una espiritualidad integradora de lo cubano, que acaso hoy debamos recuperar con la presteza de lo urgente. Eso, si disponemos de la voluntad de asistir al nacimiento de una nueva época que exigirá, para existir como nación, encontrar el espíritu que nos define a partir de la singular universalidad de nuestras raíces.

La Polémica Filosófica Cubana continúa. La de la primera mitad del siglo XIX fue solo un eslabón, de la más alta excelencia, en esa labor ardua e inconclusa que todavía sigue siendo en Cuba, para la práctica política liberadora, la construcción de una teoría crítica de la emancipación cubana. ■

¹⁹ J. de la Luz y Caballero, *La polémica filosófica*, ed. cit., t. III, p. 182.

Nicolás Guillén: síntesis de la cubanía*

ARMANDO HART DÁVALOS



Nicolás Guillén y su obra recorren el siglo xx con la marca indeleble de esa unión estrecha entre lo más genuino del arte nacional y lo más radicalmente cubano del ideal político y social que está en el sustrato mismo de nuestra cultura. Él concibió siempre el arte con un compromiso a favor del pueblo y postuló:

No existe la despolitización; los mismos que pretenden ser independientes viven dependientes de esa fingida independencia. Sirven a quienes les pagan y cuando el amo se retira, el hambre surge inevitablemente; y con el hambre la entrega al enemigo, la desaparición del carácter y la ausencia paulatina de la personalidad.¹

* Versión de las palabras pronunciadas por el autor en la entrega a Nicolás Guillén de la Orden José Martí, Palacio de la Revolución, 7 de septiembre de 1981, y en los funerales en la Necrópolis de Colón, 18 de julio de 1989.

¹ Luz Elena Zabala Jaramillo y Manuel Cofiño López, *La literatura cubana*, Colección América Latina en su Literatura, Ed. Gráficas, Medellín, 1985.

Nicolás Guillén Batista (1902—1989) figura como el más alto exponente de la lírica cubana con profundo contenido social, de la que fue sin duda uno de sus fundadores. Su verso recorrió el mundo y le abrió reconocimiento universal no solo como Poeta Nacional de Cuba, sino como uno de los más extraordinarios del habla castellana.

En su creación artística impar se sintetizan las dos grandes vertientes de nuestra identidad nacional: la del abuelo blanco y la del abuelo negro.

Apenas dos meses después de haberse instaurado la República neocolonial, nació el poeta que hubo de convertirse en el más profundo y consecuente cantor del pueblo contra aquella República. Estos fueron años decisivos en la formación y búsqueda de un lenguaje propio. Una nueva generación entra en escena rechazando la dominación neocolonial de Estados Unidos, reivindicando el ideario martiano y la República independiente frustrada en 1898, combatiendo la corrupción imperante y el régimen dictatorial de Gerardo Machado. Hizo al poeta testigo y partícipe del ascenso de la conciencia de las masas, elemento que

iba a ser parte entrañable, de manera definitiva, de la rica sustancia de sus versos.

Fueron los años marcados por la extraordinaria personalidad del comunista cubano y latinoamericano Julio Antonio Mella; los años de la fundación de nuestro primer partido comunista, en 1925, al influjo de las ideas revolucionarias del Gran Octubre y con la fuerza del leninismo. Los años en que el poeta Rubén Martínez Villena se manifiesta dispuesto a romper, en dramático gesto, sus versos; se vuelca hacia la acción política y social, convirtiéndose en el más connotado organizador del movimiento comunista cubano de su momento histórico y en símbolo del enlace entre las vanguardias artísticas y las vanguardias políticas, hecho que alcanzó uno de sus más altos exponentes en la poesía de Nicolás Guillén.

En 1930, publica su poemario *Motivos de son*, seguido en 1931 por *Sóngoro cosongo*, constituyendo acontecimientos de honda significación social, tanto por sus elementos formales como por el mundo, el tema y los personajes puestos por el poeta a la vista de sus compatriotas. Ambos forman parte de su etapa llamada “negrista”, en la que la cuestión racial se coloca en primer plano reivindicando abiertamente la tesis del mestizaje del espíritu nacional.

Ese mestizaje racial y cultural, derivado de la composición y naturaleza real de la sociedad cubana, tenía profundos y dramáticos fundamentos económicos, y se proyectó objetivamente en el alumbramiento de la nación en 1868, estuvo presente en la mentalidad privilegiada y de refinada formación artística y ética de José Martí, encontró en los estudios etnográficos y sociológicos de Fernando Ortiz su comprensión científica, e irrumpe de manera definitiva con la poesía y la prosa de Nicolás Guillén en el mundo profundamente influyente y revelador del arte. Y lo hizo con una riqueza tal que alumbró la verdad que la madeja ideológica del neocolonialismo pretendió cínicamente ocultar: que el cubano descende de negros, blancos y mestizos, y que se ha producido una síntesis cultural de significación universal.

Guillén, en su persona, era una síntesis de lo cubano, de ese cruce maravilloso que se dio no solo

en nuestra patria, sino en lo que culturalmente llamamos Caribe. Apoyado en una vasta cultura, en un talento excepcional y en una amplia información que recogió y recreó, llevó el verso, que nacía puro en el fondo de la sensibilidad musical y política de nuestro pueblo, a todas las latitudes. Alcanzó así, y por esto, un valor universal.

En los inicios de la década del 30, el movimiento revolucionario alcanza su punto más alto con el derrocamiento de la tiranía machadista, seguido de la frustración que se produce por aquel nuevo fracaso de la lucha por alcanzar la República independiente. En 1934, publica *West Indies Ltd.*, y tres años más tarde *Cantos para soldados y sones para turistas*, en los que su visión se hace más radical y el problema racial se inserta en el contexto más amplio de la revolución social. Como ha señalado Ángel Augier:

Ya era esta una poesía que desde su firme raíz cubana y antillana alcanzaba dimensión continental; robusta voz que, afincada en el espíritu revolucionario de su pueblo, iba a lograr alcance universal con el poema del mismo año, “España”, surgido de la dramática lucha del pueblo español frente al fascismo.²

Guillén conocía a la perfección la obra y la técnica de los clásicos españoles y fue capaz, con esos elementos, de hacer una poesía con el modo de hablar de las víctimas de la discriminación racial y social. Las formas de su verso están, como queda dicho, impregnadas de la fuerza expresiva de nuestra musicalidad y cubanía. Forma y contenido profundamente cubanos adquirieron en su obra un valor universal. Mostró así que las fuentes más ricas y originales para la creación artística se encuentran en las raíces populares.

En 1937, marchó a la tierra del abuelo blanco para participar en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura y expresarle al pueblo español, amenazado por el fascismo, su

² Ángel Augier: “Prólogo”, en *Nicolás Guillén. Las grandes elegías y otros poemas*, Biblioteca Ayacucho, t. 104, Caracas, 1984, p. XVIII.

disposición de morir por la libertad. En ese propio año ingresó en el Partido Comunista y, en 1938, inició sus colaboraciones en el periódico *Hoy*, órgano del Partido Comunista. Desde su actividad como poeta y periodista mantuvo una posición militante en medio de las más difíciles contradicciones, de los más duros reveses y de los más amargos momentos políticos. Desde fines de 1945 hasta comienzos de 1948 realiza una gira por Venezuela, Colombia, Perú, Chile, Argentina, Uruguay y Brasil, en el curso de la cual publica, en 1947, en Buenos Aires, su obra *El son entero*. El 22 de enero de 1948 asesinan en Manzanillo, el líder de los trabajadores azucareros, Jesús Menéndez, y el filo de su poesía y de su militancia comunista dejan un ejemplo de imperecedero valor artístico y político en aquellos versos inmortales dedicados al General de las Cañas:

Fue largo el viaje y áspero el camino.
Creció un árbol con la sangre de mi herida.
Canta desde él un pájaro a la vida.
La mañana se anuncia con un trino.

Eran los años de la postguerra, de la más intensa guerra fría, cuando las mal llamadas sociedades democráticas manifestaban, con mayor rudeza y crueldad, los sigilos bestiales de la dictadura burguesa. Es entonces detenido y fichado por el Servicio de Inteligencia Militar (SIM). Pero eran también los años en que se formaba una nueva época, en oposición a la corrupción profunda de las costumbres públicas y al envilecimiento de la sociedad neocolonial cubana. Empezaba a surgir entonces una promoción de pinos nuevos que, rebeldes frente al crimen y al poder totalitario, abría caminos revolucionarios que solo podrían encontrarse con el genio de Fidel.

A partir de 1948 participa en numerosos Congresos y realiza visitas a diferentes países socialistas y de Europa Occidental, África y Asia, bien en su carácter de miembro del Consejo Mundial de la Paz, o para ofrecer conferencias y presentar su obra. Tras la corrompida democracia representativa de los años anteriores a 1952, tiene lugar el golpe de Estado de Batista, que da paso a la más criminal

y sometida tiranía militar y lo fuerza a vivir como exiliado. El mañana que Guillén anunciaba como un trino apareció, con fuerza conmovedora e inusitada, en los heroicos hechos del Moncada.

Tras el triunfo del 1ro. de Enero regresa a Cuba y se integra plenamente a la obra revolucionaria. Fue fundador de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) en 1961, y su primer presidente.

Y así, la imaginación y el talento del poeta adquieren nuevas grandezas. En los años 60, el artista militante, en su plenitud y madurez, alcanza planos más altos con el aliento y la enseñanza de la Revolución triunfante. La obra transformadora de la Revolución victoriosa la reflejó en su libro *Tengo*, de 1964, que tomó como título uno de sus poemas más representativos. De esa época, 1964, es también *El gran zoo*, y al año siguiente publicó *Poemas de amor*. En 1972, publica *La rueda dentada* y *El diario que a diario* en los que profundiza el sentido revolucionario de su poesía. De 1977 es su libro *Por el mar de las Antillas anda un barco de papel*.

Pero llegó un día triste de 1967, y el cantor del General de las Cañas de 1948, elevó de nuevo su verso a las cumbres más altas para rendir tributo a *Che Comandante, amigo*. Y como el Guerrillero Heroico de la selva boliviana, su verso está también en todas partes:

Estás en todas partes. En el indio
hecho de sueño y cobre. Y en el negro
revuelto en espumosa muchedumbre,
y en el ser petrolero y salitrero,
y en el terrible desamparo de la banana,
y en la gran pampa de las pieles
y en el azúcar y en la sal y en los cafetos [...]

En su poesía, en su vida misma, encontramos esa fusión de patriotismo e internacionalismo en la que se manifestó su convicción de que algún día nuestras comunidades de blancos, negros, chinos y mulatos, todos unidos, barrerían de un golpe la injusticia y la explotación, “como esos árboles urbanos que arrancan toda una acera con una sola raíz”.

Su vida ejemplar, de poeta y comunista, está llamada a perdurar, porque, como señaló el Apóstol, “los tiempos, como onda del aire que entre sí se comunican, extienden las glorias de los que se cobijaron bajo su sombra”.

En Guillén, encontramos el cantor genuino de la explotación del negro primero como esclavo y después como ser discriminado, de los males ocasionados por la dominación imperialista, de la necesidad de la revolución social y del heroísmo del pueblo en defensa de la Revolución. Extrajo del lenguaje y la música de los barracones de negros esclavos, y de los descendientes empobrecidos de los conquistadores y emigrantes españoles, la letra y el verso de la Revolución cubana, de aquella que nació el 10 de Octubre de 1868 y que hoy, con fuerza redoblada y experiencia superior; se eleva también a las cumbres del honor y de la gloria de la humanidad moderna. Por eso se ganó con justicia el apelativo de Poeta Nacional de Cuba, ostentó la condición de miembro del Comité Central de nuestro Partido y el 7 de septiembre de 1981 el compañero Fidel Castro, en ceremonia solemne, colocó en su pecho la Orden José Martí, la más alta distinción de nuestro Estado.

Sus versos memorables, después de su muerte ocurrida el 17 de julio de 1989, continúan iluminando hoy la noche americana. Y la iluminan con la fuerza invencible de la Revolución que nace desde lo hondo americano, la América que nació de las entrañas de Bolívar, que alcanzó dimensiones ideológicas superiores en el pensamiento y sentimientos de Martí, la América nuestra que con la Revolución de Fidel alumbró para el mundo caminos nuevos e insospechados.

Como señaló en el inmortal poema al Che Guevara, para un comunista verdadero “no hay descanso”, pero quedan en el aire, con fuerza redoblada y para siempre, sus versos, la belleza de su poesía y la enseñanza imperecedera de haber alzado el habla del esclavo y del pobre de la tierra a lo más alto, a lo más elevado de la literatura universal. ■

Canción

¡De qué callada manera
se me adentra usted sonriendo,
como si fuera la primavera !
¡Yo, muriendo!

Y de qué modo sutil
me derramo en la camisa
todas las flores de abril

¿Quién le dijo que yo era
risa siempre, nunca llanto,
como si fuera
la primavera?
¡No soy tanto!

En cambio, ¡Qué espiritual
que usted me brinde una rosa
de su rosal principal!

De que callada manera
se me adentra usted sonriendo,
como si fuera la primavera
¡Yo, muriendo!

Motivo de Son

Ayé me dijeron negro
pa que me fajara yo:
pero e que me lo desía
era un negro como yo.

Tan blanco como te ve
y tu abuela sé quién é.
¡Sácala de la cosina:
Mamá Iné!

Mamá Iné, tú bien lo sabe;
Mamá Iné, Yo bien lo sé;
Mamá Iné, te dise nieto,
¡Mamá Iné!

Aquel 20 de octubre de 1995

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS



En la bella casona de Calzada y 4, en el Vedado, sede del Centro de Estudios Martianos, la tarde del 20 de octubre de 1995, quedó constituida oficialmente la Sociedad Cultural “José Martí” por iniciativa de un grupo de intelectuales y personalidades, su núcleo fundador integrado por Armando Hart Dávalos, Ministro de Cultura, Roberto Fernández Retamar, Presidente de Casa de las Américas, Cintio Vitier Bolaños, Presidente de Honor del Centro de Estudios Martianos, Abel Prieto Jiménez, Presidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, Eusebio Leal Spengler, Historiador de la Ciudad, Carlos Martí Brenes, Vice Ministro de Cultura y Enrique Ubieta, Director del Centro de Estudios Martianos.

Este acto fundacional, realizado en fecha coincidente con el Día de la Cultura Cubana, contó con la presencia de todos sus miembros fundadores que avalaron con sus firmas en el Registro Notarial la decisión de “crear un espacio de relación e intercambios culturales, principalmente entre

cubanos que promueven el pensamiento de la Nación y el magisterio de José Martí”.

Asimismo, estuvieron presentes miembros del Cuerpo Diplomático acreditado en Cuba. En la ceremonia, Armando Hart pronunció unas palabras en las que fijó los objetivos de la naciente institución encargada de “tender un lazo de amor, de esperanza y de unidad entre los cubanos que tanto en el territorio nacional como fuera de él se inspiren en las ideas del Maestro”.

También Cintio Vitier ofreció una conferencia referida al significado del Día de la Cultura Nacional y a la fundación de la Sociedad.

Concebida inicialmente como un espacio para el diálogo fecundo con los cubanos en el exterior que mantenían su apego a la patria y al ideario martiano fue adquiriendo fuerza también en el plano nacional, en íntima relación con los Grupos provinciales Martianos y las Cátedras Martianas, sobre todo a partir de que Hart asumiera, en febrero de 1997, la presidencia de la organización.

Así, en ese propio mes se funda la primera filial provincial de la Sociedad en Cienfuegos seguida de la constitución de otras filiales en diferentes provincias. Al celebrarse la primera Asamblea General de Socios los días 17 y 18 de diciembre de 1998 ya existían 14 filiales provinciales con 1488 miembros y un comité gestor en la ciudad de La Habana para su constitución en la capital.

Al iniciar sus palabras en esa primera Asamblea, en diciembre de 1998, el compañero Hart expresó:

Cuando asumí esta responsabilidad señalé que era la más importante que habría tenido en mi vida y la que ejercía sobre mí una más alta presión moral por cumplirla cabalmente. Han pasado ya casi dos años y me he ratificado ampliamente en ese criterio. Me he convencido más aún que Martí y la cultura política, social y filosófica —subrayo la palabra filosófica— que él representa constituyen la primera y más importante exigencia de la Cuba actual y diríamos del mundo actual. No exagero: lo he confirmado en muy diversos diálogos, conversaciones y encuentros en diferentes países. Me siento pues más presionado que nunca; me siento sobre todo muy responsabilizado con un futuro que ha de ser de victoria para la Revolución, y que ha de ir acompañado por el pensamiento de José Martí.

En los Estatutos aprobados en esa Asamblea quedó definida como una entidad no gubernamental autónoma, sin fines de lucro, que tiene como objetivos esenciales los de promover, a partir del ideario martiano y de la vida del Apóstol, los valores éticos del pensamiento cubano creado y enriquecido durante la lucha patriótica en diferentes etapas históricas, así como, estimular el debate en torno al nacimiento y desarrollo de la cultura cubana y los elementos que conforman nuestra identidad nacional. También quedó establecida una estructura de dirección con una Junta de Administración Nacional elegida por voto secreto y directo por la Asamblea General y esta a su vez eligió de su seno al compañero Armando Hart co-

mo su presidente y a cinco Vicepresidentes. Dicha estructura contemplaba también un Comité Nacional que integran los once miembros de la Junta de Administración y los Presidentes de las Filiales Provinciales. Asimismo, se estableció que el Club martiano sería su organización de base tomando la denominación utilizada por el Apóstol para el Partido Revolucionario Cubano. A partir de entonces se han efectuado cinco Asambleas Nacionales de Socios. En las modificaciones que se fueron aprobando a sus Estatutos en las sucesivas Asambleas se cambió la denominación de la Asamblea General de Socios por Asamblea Nacional de Socios y la Junta de Administración Nacional pasó a ser Junta Nacional ampliándose paulatinamente también el número de sus integrantes atendiendo al importante incremento de su membresía. La frecuencia de las Asambleas Nacionales pasó de cada tres años a cuatro. La última Asamblea Nacional de Socios, la Quinta, tuvo lugar los días 15 al 17 de octubre de 2014 y en ella se constataron los grandes avances registrados en el trabajo de la Sociedad con una membresía actual que supera ya los 13 mil miembros agrupados en cerca de 900 clubes martianos en todo el país. Existen también más de cien Consejos Martianos que coordinan la labor de varios clubes martianos existentes en un municipio.

En enero de 2000 apareció el primer número de la revista *Honda* que es desde entonces el órgano de la Sociedad Cultural “José Martí” y ha publicado 44 números con una frecuencia cuatrimestral y una tirada de tres mil ejemplares que se distribuyen en todo el país.

En el plano internacional la Sociedad, desde su fundación, ha estrechado vínculos con entidades y personas de otros países igualmente interesados en promover el pensamiento y la figura de José Martí así como el diálogo y la comprensión internacionales en correspondencia con los objetivos fijados en la carta de las Naciones Unidas. Posee status consultivo especial en el Consejo Económico Social de las Naciones Unidas (ECOSOC) y es miembro del Consejo para la Educación de Adultos de América Latina (CEAAL). Mantiene una activa colaboración con instituciones y personas de diversos paí-

ses para promover el conocimiento de la vida y la obra de José Martí, la cultura cubana, la creación de clubes martianos en el exterior así como para la obtención de financiamiento para proyectos comunitarios en Cuba. En la actualidad existen más de 50 clubes martianos en 30 países lo que ha permitido la realización de Jornadas culturales martianas en España, Portugal, Argentina, México, China, Suecia y Corea del Sur, entre otras; la celebración de importantes eventos martianos en otros países y la inauguración de bustos y monumentos dedicados a Martí en países como Guatemala, Brasil, Grecia, Turquía y China.

Como se ha señalado, los clubes martianos constituyen las organizaciones de base de la Sociedad y desempeñan tareas tanto de promoción de la obra martiana y de la cultura en general como de reflexión y análisis de temas de actualidad. En cuanto a las tareas de promoción, estas toman siempre como punto de partida la cosmovisión martiana contemplando acciones en el plano comunitario, en especial con niños, adolescentes y jóvenes, en coordinación con instituciones educacionales, culturales y con organizaciones de masas y sociales.

Tres años después de haberse efectuado la primera Asamblea General de Socios, equivalente a su Congreso, tuvo lugar, en abril del 2002, la II Asamblea Nacional en la que quedó elegida una Junta Nacional de 17 miembros y se habían completado ya las 15 Filiales provinciales incluyendo la Isla de la Juventud. En abril del 2006 se realizó la III Asamblea y en octubre de 2010 se efectuó la IV Asamblea Nacional que eligió una Nacional de 25 miembros. La V Asamblea Nacional elevó el número de miembros de la Junta Nacional a 29, previa modificación de los Estatutos. El compañero Hart resultó reelegido Presidente al igual que en todas las anteriores Asambleas Nacionales evidenciando el aprecio por su labor al frente de la institución en estos veinte años. En la actualidad la Sociedad cuenta con una Junta Nacional de 28 miembros incluidos el compañero Hart como su Presidente, un Vicepresidente primero, el compañero Erasmo Lazcano y cinco Vicepresidentes. Estos integrantes de la Junta Nacional junto con los

16 presidentes de las Filiales Provinciales, incluyendo Isla de la Juventud, constituyen el Comité Nacional que es la máxima autoridad de la Sociedad en el periodo que media entre una Asamblea Nacional y otra. Su órgano de relación a nivel nacional es la Oficina del Programa Martiano. En la instancia provincial esa función la ejerce la Dirección Provincial del Ministerio de Cultura.

Desde su creación, la Sociedad ha desarrollado sólidos vínculos de trabajo con los Ministerios de Educación, de Educación Superior y de Cultura. Ha sistematizado la cooperación con importantes instituciones martianas agrupadas en el Comité de Instituciones Martianas como la Oficina del Programa Martiano, el Centro de Estudios, el Memorial, la Casa Natal, la Fragua y el Movimiento Juvenil Martiano. Asimismo, se han venido desarrollando buenas relaciones de trabajo con las Direcciones Provinciales de Cultura como órgano de relación a nivel provincial, las que brindan por lo general un eficaz apoyo a las Filiales provinciales y también con las instancias provinciales del Partido, del Poder Popular y el ICAP.

Desde sus inicios, los métodos y estilo de trabajo de la Sociedad Cultural son cercanos al de una organización de masas aun cuando su membresía es más limitada. La reunión sistemática de sus órganos de dirección, el informe periódico de sus actividades, la elección de sus órganos de dirección mediante el voto secreto y directo, la rendición de cuentas a la membresía, la información acerca del uso de los recursos y el estado financiero de la organización forman parte de su accionar a todos los niveles. Mantiene el principio selectivo de la membresía y se continúa trabajando para aumentar su número poniendo énfasis en la creación de Clubes Martianos en todos los municipios del país.

La V Asamblea General de Socios, equivalente a su Congreso, aprobó entre sus objetivos prioritarios proyectar de manera eficaz el pensamiento martiano en todos los sectores de la sociedad y de manera muy especial hacia los jóvenes. Asimismo, contribuir, a partir de la cosmovisión de José Martí, a la cultura general integral masiva de nuestro pueblo junto al apoyo al Movimiento Juvenil Martiano y

a su Seminario Nacional y a la labor hacia el exterior con la atención a las organizaciones martianas que ya existen y la fundación de otras nuevas donde contemos con las condiciones para ello.

Definió asimismo, los siguientes ejes temáticos:

PENSAMIENTO: (martiano, latinoamericano y cubano en general, desde las luchas emancipadoras del continente y la forja de la nación cubana hasta nuestros días). Incluye organización de conferencias, talleres, cursos, concursos y postgrados. El trabajo teórico investigativo se mantiene como una de sus principales tareas en el afán de contribuir en alguna medida a los esfuerzos por dotar a nuestro pueblo de una sólida cultura general integral desde la perspectiva ética y humanista de José Martí. Aquí también se incluyen los eventos de las filiales provinciales como Voces de la República, organizado anualmente por la filial de Sancti Spíritus, y los dedicados a las figuras de Carlos Rafael Rodríguez y Nicolás Guillén, coauspiciados por las filiales de Cienfuegos y Camagüey respectivamente, o el taller De Guáimaro a Playita, organizado por la filial de Camagüey con el apoyo de las filiales de la región oriental y el evento de pensamiento. En este esfuerzo habría que destacar también la labor que viene llevando a cabo el Proyecto Crónicas en la conservación, estudio y divulgación de la obra de Armando Hart en tanto protagonista destacado de la Revolución Cubana.

CULTURA: Relacionado con la promoción artística, de los valores de la cultura y la identidad nacional, la organización de exposiciones, conciertos y conferencias vinculadas a figuras del arte, la literatura y la ciencia junto con el impulso al trabajo comunitario con especial énfasis en los niños, adolescentes y jóvenes. Se inscriben en este esfuerzo los concursos infantiles y, en particular, Leer a Martí y el de artes plásticas De donde crece la palma. Se insistió en la necesidad de fortalecer y hacer más sistemáticas las relaciones con la Unión de Es-

critores y Artistas de Cuba (UNEAC) y con la Asociación Hermanos Saíz.

RECONOCIMIENTO SOCIAL: La Sociedad tiene instituidos tres reconocimientos a nivel nacional. El más importante, La Utilidad de la Virtud, además del Honrar Honra, y el premio Periódico Patria. Esta política de reconocimiento social está dirigida a distinguir la labor de aquellas personas que se destacan en la promoción de la obra martiana o con aportes de diverso carácter a la cultura, la educación, la investigación científica así como en los medios de comunicación incluyendo la labor periodística de los compañeros que con sus trabajos en la radio, la televisión, la prensa escrita y otros medios audiovisuales exalten los valores de la prédica martiana.

TRABAJO CON LOS NIÑOS, ADOLESCENTES Y JÓVENES: Esta es una línea de trabajo que recibe una atención priorizada por todas las instancias de la Sociedad Cultural y que llevó a la constitución, en octubre de 2011, del Consejo Jóvenes Plaza Martiana que ha desarrollado sus actividades como la sección juvenil de la organización. Una de sus acciones de mayor impacto fue, sin duda, el Recorrido Nacional de la Llama Martiana, que partiendo del cementerio de Santa Ifigenia recorrió todo el país para llegar a La Habana y participar en la Marcha de las Antorchas el 27 de enero de 2013. Otras acciones como la Ruta Cuba desde Maisí hasta el cabo de San Antonio con la siembra de 100 ceibas que marcan sitios históricos de la Invasión de Oriente a Occidente durante la guerra contra España iniciada en 1895. Estas acciones han estado acompañadas de acampadas en sitios históricos, la celebración de los cumpleaños de Maceo y Che el 14 de junio con ascensos a elevaciones significativas de cada provincia entre otras iniciativas para sumar el mayor número de jóvenes a la labor de la Sociedad Cultural.

DIVULGACIÓN: Aunque se han dado algunos pasos encaminados a dar a conocer lo más am-

pliamente posible las acciones de la Sociedad, y se ha logrado realizar el diseño de una estrategia de comunicación falta aún un camino que recorrer para alcanzar una promoción y divulgación eficiente de la labor de la misma. Como se ha señalado, informar acerca de las tareas y los objetivos de la Sociedad y lograr que se divulguen de la manera más amplia posible es indispensable para dar a conocer sus objetivos al conjunto de la sociedad y movilizar a todos aquellos interesados en promoverlos. Para ello se ha considerado imprescindible fortalecer las relaciones de trabajo con el ICRT a nivel nacional y con los Telecentros en las provincias, con la radio y la prensa escrita para dar a conocer aspectos de la obra martiana, trabajos sobre la cultura cubana y universal, aspectos relevantes de nuestra historia, etc. En este propósito se inserta también la publicación de la Revista *Honra* que arriba, con este, a su número 44. En sus páginas se han recogido trabajos de personalidades martianas, investigadores, profesores así como de miembros de la Sociedad y se reflejan también de manera sistemática sus actividades.

RELACIONES INTERNACIONALES: Hay que señalar que en esta esfera se ha llevado a cabo un importante trabajo con notables avances, especialmente en los últimos años, en la constitución de Clubes Martianos en varios países y la promoción del más amplio conocimiento de la figura y el pensamiento de nuestro Héroe Nacional así como de la historia de Cuba y de nuestra cultura. Estas acciones abarcan tanto países de América Latina, Estados Unidos y Canadá, como de Europa, África y Asia. De igual manera, la Sociedad ha desempeñado un destacado papel en la organización y celebración de las Conferencias Internacionales que bajo el título de José Martí Por el Equilibrio del Mundo y Por una Cultura de la Naturaleza se han celebrado en La Habana con la participación de importantes personalidades de la

política, la cultura, la actividad académica y el activismo social.

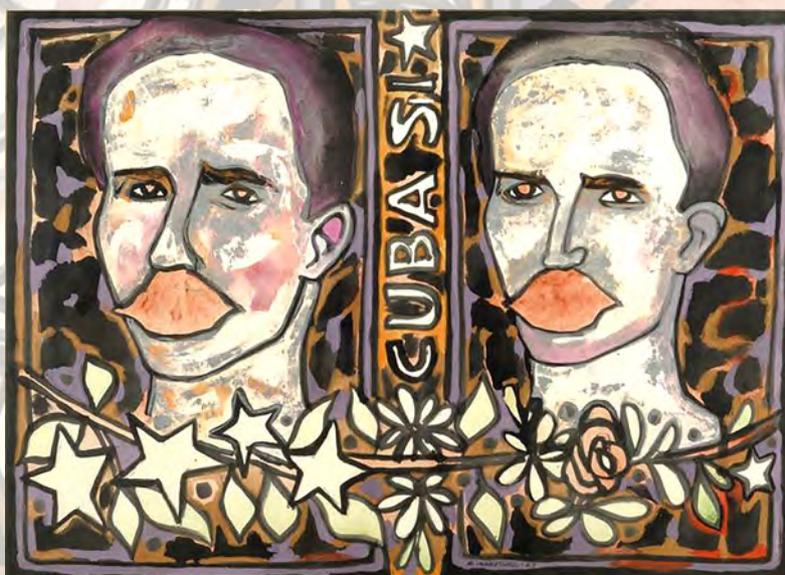
TRABAJO CULTURAL COMUNITARIO: Esta otra línea de trabajo está dirigida a la comunidad, al barrio, al centro de trabajo, a la escuela. Es allí donde se concretan y se hacen realidad los objetivos de contribuir de forma eficaz a la formación patriótica, cultural, política e ideológica de nuestra población en general y en especial de nuestros niños, adolescentes y jóvenes desde la cosmovisión martiana. Un proyecto que ha recibido mucha atención en los últimos años es el de los Bosques y Jardines Martianos por estar vinculado a una temática de tanta trascendencia en la actualidad y que el Apóstol trató combinando el enfoque científico con la sensibilidad poética. En el coloquio José Martí y la Cultura de la Naturaleza efectuado en Viñales el pasado mes de abril se valoró la contribución realizada para propiciar un mayor conocimiento del pensamiento del Apóstol sobre esta temática de tanta actualidad. Asimismo, se consideró que los bosques martianos forman parte del esfuerzo por fortalecer la presencia de la Sociedad en los territorios y por promover en los ámbitos municipal, provincial y nacional el trabajo comunitario para profundizar en el conocimiento de temas de la cosmovisión martiana y de la cultura cubana. Otros proyectos comunitarios que también desarrolla la Sociedad constituyen una manera práctica de vincularse a necesidades espirituales de territorios y comunidades.

El papel desempeñado en estos veinte años por las Filiales Provinciales ha sido esencial para alcanzar los logros que hoy puede mostrar la organización.

Al arribar al Vigésimo Aniversario de su fundación la Sociedad Cultural “José Martí” continúa fiel a los objetivos establecidos por sus miembros fundadores enriqueciéndolos con aquellos vinculados a los nuevos retos que enfrenta hoy la nación cubana. ■

Notas sobre el sentido descolonizador de la política cultural cubana

ABEL PRIETO JIMÉNEZ



Creo que es importantísimo estudiar los temas asociados a la colonización cultural en una época tan convulsa y cargada de incertidumbre. Hoy se hacen visibles, día a día, los efectos de la manipulación de criterios, conductas y emociones, en un clima donde proliferan las *fake news* y reina la “posverdad” —y donde, como decía Iván Karamazov, “todo está permitido”.

Nunca habíamos sufrido una crisis cultural y ética tan devastadora, que ha mezclado aquello que vale la pena, aquello que deberíamos preservar, querer y recordar, con un diluvio de mensajes frívolos, irrelevantes, “divertidos”. Nunca la cultura había sido tan degradada a mera mercancía, a mero pasatiempo vacío. Nunca ha sido tan abrumadora la presencia colonial en nuestras vidas y en nuestra subjetividad. Nunca había llegado tan lejos la hegemonía cultural de un pequeño grupo de corporaciones que obtiene ganancias multimillonarias mientras defiende los intereses del sistema.

Hoy parece invencible el empuje de la todopoderosa industria del entretenimiento, de la desinformación, de la publicidad comercial, de la moda, de las *celebrities*.

I

La experiencia de Cuba en este campo puede resultar muy ilustrativa. Está marcada por la singularidad de su historia: fue una de las últimas colonias de España en América (“la siempre fiel Isla de Cuba”, según el slogan de la metrópoli); luchó treinta años por su independencia y por los más avanzados ideales de justicia social; fue víctima de la voracidad del joven Imperio norteamericano y se convirtió en la primera neocolonia de Estados Unidos durante medio siglo; luego se levantó en armas contra una tiranía sangrienta, inmoral, aliada de los yanquis, y fundó una sociedad revolucionaria de inspiración socialista.

Las huellas de lo que Aníbal Quijano llama “colonialidad del poder” están presentes a lo largo

de toda la historia de Cuba y de Nuestra América. Desde la idea de “raza”, señala Quijano, “los colonizadores definieron la nueva identidad de las poblaciones aborígenes colonizadas: *indios*”.

Para esas poblaciones la dominación colonial implicaba, en consecuencia, el despojo y la represión de las identidades originales (mayas, aztecas, incas, aymaras, etc.) y en el largo plazo la pérdida de estas y la admisión de una común identidad negativa. La población de origen africano, también procedente de heterogéneas experiencias e identidades históricas (congos, bacongós, yorubas, ashantis, etc.) fue sometida a una situación equivalente en todo lo fundamental y a una común identidad colonial, igualmente negativa: *negros*.¹

Quijano explica cómo “indios” y “negros” son compelidos “a abandonar bajo represión las prácticas de relación con lo sagrado propio o realizarlas solo de modo clandestino con todas las distorsiones implicadas”. Es más: fueron llevados “a admitir, o simular admitir, frente a los dominadores, la condición deshonorosa de su propio imaginario y de su propio y previo universo de subjetividad”.² ¿Habrà una forma de tortura más desgarradora que esta?

En la Cuba de la primera mitad del siglo xx sobrevivía esta pavorosa humillación entre negros y mestizos, y entre aquellos blancos, en su mayoría pobres, que habían abrazado las religiones cubanas de origen africano. La burguesía de la Isla practicaba un catolicismo de muy escaso calado espiritual, mientras miraba despectivamente hacia las religiones de origen africano y las descalificaba como “brujería”. Según parece, no pocos de nuestros burgueses acudían en secreto a los orichas para protegerse. Pero, obviamente, para el público, para la crónica social de los periódicos, se presentaban como impecables seguidores de la Iglesia Católica Apostólica y Romana.

El 20 de mayo de 1902 quedó oficialmente constituida la República de Cuba, con un apéndice constitucional humillante que revelaba la condición neocolonial de aquella criatura deforme recién nacida. En realidad, habíamos cambiado de metrópoli. Éramos un país su-

bordinado a Estados Unidos desde todos los puntos de vista. Aunque teníamos bandera, himno nacional, presidente, parlamento, no pasábamos de ser una colonia perfecta en términos económicos, comerciales, diplomáticos y políticos. Y estuvimos muy cerca de serlo en términos culturales.

Nuestra burguesía miraba permanentemente hacia el Norte: de allá importaba sueños, esperanzas, fetiches, estilos de vida. Enviaba a sus hijos a estudiar al Norte, con el deseo de que asimilaran el admirable espíritu competitivo de los “triunfadores” yanquis. Roberto Fernández Retamar la llamó “viceburguesía”, por su carácter dependiente, anexionista, antipatriótico.

La burguesía cubana no se sentía latinoamericana. Ni mucho menos caribeña. Miraba por encima del hombro a su familia espiritual de la región y se sentía como una especie de pariente pobre del acaudalado vecino del Norte, gracias a un parentesco imaginario y algo patético. Detestaba a la vez las raíces africanas de nuestra cultura. Aunque sus representantes políticos citaban mucho a Martí, habían trabajado para borrar de la memoria colectiva de la nación todo vestigio de la República martiana y de sus lazos con Nuestra América.

No tuvimos en Cuba una burguesía propiamente nacional, como sí la hubo en otros países de América Latina. Nuestros burgueses hicieron lo posible para que Cuba fuera absorbida culturalmente por sus amos durante la República neocolonial.

La Cuba de la primera mitad del siglo xx fue un eficiente laboratorio cultural al servicio del Imperio, concebido para multiplicar todo lo posible la exaltación de la Nación Elegida y de su liderazgo mundial. Actrices y actores cubanos doblaban al español las más populares series televisivas estadounidenses, que luego inundarían el continente. De hecho, desde 1950 Cuba contaba con televisión a escala comercial, lo que nos convirtió en uno de los países más “adelantados” de América Latina en este campo. Parecía un salto hacia el llamado “progreso”; pero resultaba una primicia envenenada.

La programación de la televisión cubana, muy comercial, exhibía una enorme influencia de la seudocultura *made in USA*. Telenovelas de las llamadas “jaboneras”, juegos de beisbol de las Grandes Ligas y de la liga nacional, programas de competencia y

¹ *La colonialidad del poder*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2017, p. 425.

² *Ibidem*, p. 427.

participación copiados de los *realitys shows* norteamericanos —y, por supuesto, publicidad a todas horas.

Pero la muestra más notable de la utilización de Cuba como satélite de la industria cultural norteamericana fue la emblemática revista *Selecciones del Reader's Digest en español*, que comenzó a aparecer en 1940, en la Habana, publicada por una empresa del mismo nombre. Ese símbolo de la idealización del modelo yanqui, de la satanización de la URSS y de toda idea cercana a la emancipación se traducían e imprimían en la Isla, y era distribuida desde aquí hacia América Latina y hacia la propia España.

La imagen de la Isla que se conocía internacionalmente se reducía al “paraíso” tropical fabricado por la mafia yanqui y sus cómplices cubanos. Droga, juego, prostitución, todo puesto al servicio del turismo VIP proveniente del Norte. Recuérdese que el proyecto de las Vegas se había diseñado para nuestro país y se malogró a causa de la Revolución.

Fanon explica el triste papel que adopta la “burguesía nacional” —ya independizada formalmente del colonialismo— ante las élites de las antiguas metrópolis, “que se presentan como turistas enamorados del exotismo, de la caza y de los casinos”. Y añade:

Si se quiere una prueba de esta eventual transformación de los elementos de la burguesía excolonial en organizadores de fiestas para la burguesía occidental, vale la pena evocar lo que ha pasado en América Latina. Los casinos de La Habana, de México, las playas de Río, las jovencitas brasileñas o mexicanas, las mestizas de trece años, Acapulco, Copacabana, son los estigmas de esa actitud de la burguesía nacional.³

Cintio Vitier advirtió en 1957 que “somos víctimas de la más sutilmente corruptora influencia que haya sufrido jamás el hemisferio occidental”: el modo de vida yanqui. Y agregaba: “lo propio del ingenuo *american way of life* es desustanciar desde la raíz los valores de todo lo que toca”.⁴

³ *Los condenados de la tierra*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2017.

⁴ *Lo cubano en la poesía*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2002.

Pero hubo tres factores que frenaron este proceso de “desustanciación”: la labor de minorías intelectuales que, como el propio Cintio, defendieron contra viento y marea la memoria y los valores de la nación; la siembra de principios martianos y patrióticos de los maestros de la escuela pública cubana; y la resistencia de nuestra vigorosa cultura popular, mestiza, altiva, ingobernable, nutrida de la rica herencia espiritual de origen africano.

Fidel, en *La historia me absolverá*, al describir la desesperada situación económica y social del país, enumeró los seis problemas principales de Cuba y, entre ellos, subrayó “el problema de la educación”. Y se refirió a “la reforma integral de la enseñanza” como una de las misiones más urgentes que tendría que acometer la futura República liberada.⁵

II

La revolución educacional y cultural anunciada en el juicio del Moncada empezó prácticamente desde el triunfo del 1º de enero de 1959. El 29 de ese propio mes, convocado por Fidel, parte hacia la Sierra Maestra un primer destacamento integrado por trescientos maestros, más de cien médicos y otros profesionales, para llevar educación y salud a la población que vivía en las zonas más apartadas del país. Por esos mismos días, Camilo y Che lanzan una campaña para erradicar el analfabetismo en las tropas del Ejército Rebelde, teniendo en cuenta que más del 80 % de los combatientes eran analfabetos.

El 14 de septiembre se entrega al Ministerio de Educación el antiguo Campamento Militar de Columbia para que levantara allí un gran complejo escolar. Cuatro días después, el 18, se promulga la Ley No. 561, que crea diez mil aulas y entrega la acreditación a cuatro mil nuevos maestros.

Con la instalación de Ciudad Escolar Libertad en las áreas de un lugar tan satánico como Columbia, empezó a cumplirse la promesa de la Revolución de convertir los cuarteles en escuelas: sesenta y nueve fortalezas militares pasaron a ser centros de enseñanza.

⁵ <http://media.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2009/05/la-historia-me-absolvera-fidel-castro.pdf>

En el propio año 1959 se crearon instituciones culturales de mucha trascendencia: el ICAIC, el 24 de marzo; la Imprenta Nacional, el 31 de marzo; la Casa de las Américas, el 28 de abril. Surgió, asimismo, con un concepto de vanguardia, el Teatro Nacional de Cuba, que incluía un Departamento de Folklore y una visión desprejuiciada y antirracista inédita en el país. Toda esta nueva institucionalidad revolucionaria se orientaba hacia una comprensión descolonizada y descolonizadora de la cultura cubana y universal.

La fundación de la Casa de las Américas por Fidel y por Haydée Santamaría tuvo que ver con dos objetivos primordiales: el primero, el más inmediato, consistía en prepararnos para mantener los vínculos con la intelectualidad del continente cuando los gobiernos rompieran con Cuba a partir de las presiones de Estados Unidos (algo previsible); y el segundo, estratégico, de largo alcance, fomentar una visión antimperialista, descolonizada, emancipadora, en Cuba y en toda Latinoamérica y el Caribe, es decir, configurar un frente cultural anticolonial en el continente.

Todo lo que se hizo y se hace desde la Casa ha tenido una orientación descolonizadora: premiar, estudiar y dar a conocer a los más relevantes creadores de la región; formar un público capaz de entender y disfrutar sus obras; promover paradigmas literarios y artísticos asociados a las expresiones más auténticas de la región, olvidadas por el mercado, pero ajenas a su censura y a las concesiones que exige; borrar las fronteras artificiales entre la cultura popular y la llamada “alta cultura”; crecer hasta Brasil, hasta todo el Caribe, hasta las culturas originarias, hasta el ámbito de Afroamérica, hasta la población latina de Estados Unidos, es decir, hasta esa Nuestra América que vive en el seno del Imperio. El gran antropólogo brasileño Darcy Ribeiro decía que Brasil aprendió a verse y a sentirse latinoamericano gracias a la Casa de las Américas.

Pero no solo se crearon nuevas instituciones. Otras ya existentes fueron renovadas para ponerlas al servicio de la misión emancipadora y descolonizadora. En marzo de 1959, Fidel señaló que había que centrar la atención “en la formación de maestros y profesores, porque serán los soldados de vanguardia contra la ignorancia y contra el pasado”.

El 28 de diciembre de 1959, al recibir el título de Doctor *Honoris Causa* en Pedagogía en la Universidad de las Villas, el Che pidió a las universidades cubanas que se pintaran de negro, de mulato, de obrero, de pueblo, en su alumnado y en sus profesores; y que abrieran sus puertas al pueblo. No les pidió que esto se hiciera de manera automática, populista; sino que advirtió que la Revolución estaba obligada a crear las condiciones para que las clases populares, siempre excluidas de los predios universitarios, estudiaran adecuadamente y recibieran la preparación necesaria para acceder a la enseñanza superior. Empezaba a ser dinamitado así otro estereotipo colonial muy arraigado: el del joven blanco de familia acomodada que se pavonea con un título universitario bajo el brazo.

El propio Che explicó el complejo proceso en que el individuo, formado en la lógica capitalista, va integrándose a un proyecto colectivo de carácter socialista. Por eso, subrayó, “La sociedad en su conjunto debe convertirse en una inmensa escuela”.⁶ Está hablando de algo que va mucho más allá que una mera reforma del sistema educativo. Incluye todos los mecanismos de participación —la vía principal para la mutación de la conciencia— que se fueron estructurando en la Cuba revolucionaria.

Cuba necesitaba formar maestros a una escala mucho mayor, y necesitaba educadores que comprendieran íntimamente la hondura de los cambios culturales que se requerían. En 1962 se disolvieron las escuelas pedagógicas tradicionales y, en su lugar, surgieron planes muy novedosos, que ponían un énfasis particular en las vivencias directas que nutrirían a los estudiantes de magisterio en su contacto con la población y sus formas de vida en el campo y en específico en áreas montañosas. El Plan “Minas—Topes—Tarará” se diseñó sobre la base de estancias de los alumnos en Minas del Frío y Topes de Collantes, antes de culminar el ciclo en Tarará. Ahí latía ya el germen del concepto que combinaba el estudio y el trabajo agrícola: un esquema que se extendería a las llamadas Escuelas de Secundaria Básica en el Campo (ESBEC). Y latía a

⁶ <http://cubarte.cult.cu/centro-che-cuba/el-socialismo-y-el-hombre-en-cuba/>

la par el espíritu de aquel memorable texto de Martí sobre los “maestros ambulantes”.

III

Aunque en 1959 se dieron pasos sustanciales, 1961 fue el año en que se inició la revolución educacional y cultural que necesitaba el país. Esto se hizo en medio de la guerra sin cuartel desatada por el Imperio contra Cuba.

En ese propio año, Eisenhower, presidente de Estados Unidos en ese momento, rompe relaciones diplomáticas con Cuba; el año de la proclamación por Fidel del carácter socialista de la Revolución; de la invasión por Playa Girón (organizada por Eisenhower y ejecutada por Kennedy); de la lucha sin cuartel contra las bandas armadas y financiadas por la CIA. Es el año en que el gobierno de Estados Unidos arreció su ofensiva para asfixiar económicamente a Cuba y aislarla de Nuestra América y de todo el mundo occidental.

Repasando tantas presiones y desafíos, tanta violencia, resulta aún más admirable que la dirección revolucionaria haya convertido a 1961 en un año clave para la educación y la cultura. Se llevó a cabo con éxito, contra viento y marea, la epopeya de la Alfabetización. Fidel se reunió durante tres largas jornadas con representantes de la vanguardia intelectual y artística en la Biblioteca Nacional y pronunció su discurso fundador de la política cultural de nuestro país; se celebró el primer Congreso de Escritores y Artistas; nacieron la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), la Escuela Nacional de Instructores de Arte y el Instituto Nacional de Etnología y Folklore.

Palabras a los intelectuales (como posteriormente se tituló el discurso que Fidel pronunció el 30 de junio de 1961 en la Biblioteca Nacional) nos legó una política cultural sin precedentes, ajena a todo sectarismo, aglutinadora, unitaria, anti dogmática, que no solo liquidaba las pretensiones de imponer en Cuba el tristemente célebre “realismo socialista”; sino que iba mucho más allá.

Su amplísima convocatoria a participar activamente en la refundación cultural del país se dirigía a todos

los intelectuales y artistas revolucionarios y a aquellos que, sin serlo, fueran honestos y comprendieran el sentido de la justicia de la Revolución. El “dentro de la Revolución” trazado incluía a todas las generaciones, a todas las tendencias estéticas, a todos los grupos.

En ese discurso, Fidel insistió en una cuestión que, treinta años más tarde, se colocó a menudo en el centro de sus debates en la UNEAC, al señalar que la Revolución iba a ocuparse del desarrollo de las condiciones que le permitirían al pueblo satisfacer todas sus necesidades materiales y, además, las culturales y espirituales. Anticipó así un concepto primordial: la idea de que debemos ver la cultura como un componente básico de la calidad de vida de toda la población.

IV

Casi cuatro décadas más tarde, en 1999, en Venezuela, Fidel hizo una afirmación sobre la que siempre habrá que volver: “Una revolución solo puede ser hija de la cultura y de las ideas”. Aunque haga cambios radicales, aunque entregue tierras a los campesinos y elimine el latifundio, aunque construya viviendas para los que sobreviven en barrios insalubres, aunque ponga la salud pública al servicio de todos, aunque nacionalice los recursos del país y defienda su soberanía, una revolución no estaría nunca completa ni sería duradera si no otorga un protagonismo determinante a la educación y a la cultura. Hay que cambiar las condiciones de vida material del ser humano y hay que cambiar simultáneamente al ser humano, su conciencia, sus paradigmas, sus valores.

La cultura no fue jamás para Fidel algo ornamental o una herramienta propagandística —un error frecuente a lo largo de la historia entre líderes de la izquierda. Fidel la vio como una energía transformadora de alcance excepcional, que se vincula íntimamente a la conducta, a la ética. Pero la vio, sobre todo, al igual que Martí, como la única vía para lograr la plena emancipación del ser humano: lo que le ofrece la posibilidad de defender su libertad, su memoria, sus orígenes, y de combatir la colonización cultural y la telaraña de manipulaciones que le cierran el paso día a día. El ciudadano culto y libre que está en el

centro de la utopía martiana y fidelista debe estar preparado para entender cabalmente el entorno nacional e internacional y para descifrar y sortear las trampas de la maquinaria de dominación cultural.

En 1998, en el VI Congreso de la UNEAC, Fidel se concentró en el tema “relacionado con la globalización y la cultura”. La denominada “globalización neoliberal”, dijo, es “la más grande amenaza a la cultura, no solo a la nuestra, sino a la del mundo”. Debemos defender nuestras tradiciones, nuestro patrimonio, nuestra creación, ante el “más poderoso instrumento de dominación del imperialismo”. Y concluyó: “aquí todo se juega: identidad nacional, patria, justicia social, Revolución, todo se juega. Esas son las batallas que tenemos que librar ahora”.⁷

Se trata, por supuesto, de “batallas” contra la colonización cultural, contra lo que Frei Betto llama “globocolonización”, contra una oleada que puede liquidar nuestra identidad y la Revolución misma.

Fidel estaba convencido de que, en la educación, en la cultura, en la ideología, hay avances y retrocesos. Ninguna conquista puede considerarse definitiva. Por eso vuelve sobre el tema en su estremecedor discurso del 17 de noviembre de 2005 en la Universidad de La Habana.

La maquinaria mediática, junto a la incesante propaganda comercial, nos advierte Fidel, llegan a generar “reflejos condicionados”. “La mentira”, dice, “afecta el conocimiento”; pero “el reflejo condicionado afecta la capacidad de pensar”. Si el Imperio dice “Cuba es mala”, “vienen todos los explotados de este mundo, todos los analfabetos y todos los que no reciben atención médica, ni educación, ni tienen garantizado empleo, no tienen garantizado nada” y repiten que “La Revolución Cubana es mala”. De ahí que la suma diabólica de la ignorancia y la manipulación engendra una criatura patética: el pobre de derechas —ese infeliz que opina y vota y apoya a sus explotadores.⁸

“Sin cultura”, repetía Fidel, “no hay libertad posible”. Los revolucionarios, según él, estamos obligados a estudiar, a informarnos, a nutrir día a día nuestro

pensamiento crítico. Esa formación cultural, junto a los imprescindibles valores éticos, nos permitirán liberarnos definitivamente en un mundo donde predomina la esclavización de las mentes y de las conciencias. Su llamado a “emanciparnos por nosotros mismos y con nuestros propios esfuerzos”⁹ equivale a decir “descolonizarnos por nosotros mismos y con nuestros propios esfuerzos”. Y la cultura es, por supuesto, el instrumento principal de ese proceso descolonizador de autoaprendizaje, de autoemancipación.

V

La prioridad que ha dado nuestra política cultural al tema de la descolonización se manifiesta en el nacimiento de nuevas entidades que sumaron sus esfuerzos a este empeño.

En 1982, por iniciativa de Armando Hart, entonces ministro de Cultura, se crean la Casa del Caribe y la Fundación Alejo Carpentier. La primera, con sede en Santiago de Cuba, se ha encargado durante cuatro décadas de investigar la cultura popular cubana y caribeña, la riqueza de los distintos sistemas mágico—religiosos de la región y su influjo en nuestro país, la música, la danza, la poesía, el pensamiento, todas las expresiones de la creatividad caribeña, en un empeño que va desde el ámbito académico hasta el espacio abierto y fecundo de las fiestas populares. La segunda, la Fundación Alejo Carpentier, tuvo como primera presidenta a Lilia Esteban, viuda del gran escritor, y se ha ocupado desde entonces de investigar y difundir la obra profundamente descolonizadora del brillante narrador y ensayista.

Se fundan a la par instituciones y organizaciones de la sociedad civil dedicadas a realzar la vigencia del legado de José Martí, padre indiscutido del pensamiento anticolonial y emancipador de Cuba: el Centro de Estudios Martianos, institución especializada en la investigación de la vida y la obra del Apóstol, en 1977; el Movimiento Juvenil Martiano, en 1989; y la Sociedad Cultural “José Martí”, en 1995. Y se multiplican paralelamente las Cátedras Martianas en las universidades del país.

⁷ *Lo primero que hay que salvar: intervenciones de Fidel en la UNEAC*, compiladores Luis Morlote y Elier Ramírez, La Habana, Ediciones Unión, 2021.

⁸ *Ibidem*.

⁹ “Concepto de Revolución”, <https://www.presidencia.gob.cu>.

Las Fundaciones Nicolás Guillén, creada en 1991, y Fernando Ortiz, en 1995, se concentran en estudiar y divulgar la mirada antirracista y descolonizadora de estas dos figuras cardinales de la vanguardia intelectual cubana. Más recientemente, con la apertura en 2021 del Centro Fidel Castro Ruz, puede decirse que, en términos institucionales, Cuba cuenta con instrumentos eficaces para combatir la “globocolonización”. Contamos en términos conceptuales con un valioso patrimonio anticolonial que tiene su expresión más alta en Martí y en Fidel y se nutre de las contribuciones de Fernando Ortiz, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, José Lezama Lima y Roberto Fernández Retamar.

Sin embargo, debemos reconocer que, en Cuba, actualmente, estamos más contaminados por los fetiches de la “globocolonización” que en otros momentos de nuestra historia revolucionaria.

Tenemos que trabajar en dos direcciones fundamentales: promover con intencionalidad opciones culturales genuinas y fomentar una visión crítica en torno a los productos de la industria hegemónica del entretenimiento.

Resulta imprescindible fortalecer la articulación efectiva de instituciones y organizaciones, comunicadores, maestros, instructores de arte, intelectuales, artistas y demás actores que contribuyen directa o indirectamente a la formación cultural de nuestro pueblo. Todas las fuerzas revolucionarias de la cultura deben trabajar de manera más coherente. El sentido anticolonial tenemos que convertirlo en un instinto.

A propósito de estas preocupaciones, fue convocado el pasado 5 de julio el taller “Colonización y descolonización cultural: una visión desde Cuba” con el patrocinio de la Casa de las Américas, el Centro Fidel Castro Ruz, el Centro de Estudios Martianos, el Movimiento Juvenil Martiano, la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, la Unión de Periodistas de Cuba y la revista *Cuba Socialista*, entre otras instituciones y organizaciones. Tuvimos como invitado especial al historiador y periodista indio Vijay Prashad, director ejecutivo del Instituto Tricontinental de Investigaciones Sociales y editor jefe de LeftWord Books.

Allí se presentó el documento “*Sembrar ideas, sembrar conciencia*”: programa para enfrentar la colonización cultural, fruto del análisis de representantes de las instituciones y organizaciones que organizaron el taller.

Voy a comentar a continuación los aspectos principales de este Programa, que revela hasta qué punto resulta imprescindible seguir debatiendo este tema en nuestro país.

VI

El Programa enfatiza en la necesidad de fomentar una visión crítica ante los discursos hegemónicos que manipulan opiniones y emociones y provocan amnesia cultural e histórica. Se busca borrar la memoria colectiva a través de producciones culturales que solo benefician a los intereses coloniales y promueven la sumisión ante la “superioridad” de las potencias. Estos productos devalúan lo autóctono y genuino de las culturas locales, regionales y nacionales y vacían de sentido conceptos como patria, pueblo y nación. Bajo la lógica del show, se realza la figura del *influencer*, un sujeto aparentemente desideologizado, con un considerable poder de atracción sobre grupos poblacionales diversos, particularmente entre los jóvenes.

En este esfuerzo descolonizador deben participar activa y coordinadamente las instituciones educativas y culturales, la radio y la televisión, las organizaciones políticas y de masas, las de creadores y científicos y todos los representantes de la sociedad civil cubana.

Paradójicamente, estamos obligados a defender, junto a los valores de nuestra cultura nacional, lo mejor del patrimonio cultural universal, incluido el que auspició la burguesía desde el Renacimiento hasta nuestros días. Las élites del mundo de hoy, enfermas de codicia y de vulgar pragmatismo, desprecian ese patrimonio, sus valores humanistas, sus indagaciones más trascendentes. Lo han vaciado de sentido. Ya no les sirve. Los que creemos en un mundo mejor, más humano, más justo, más digno, sabemos que ese patrimonio nos pertenece.

¿Por qué el primer libro que publicó la Imprenta Nacional de Cuba, en 1959, fue *El Quijote* de Cervantes? ¿Por qué se vendió masivamente, en los estancillos de periódicos, a veinticinco centavos cada uno de los cuatro tomos? Significó, sin ninguna duda, la apropiación de un clásico inmortal de la literatura por un pueblo que estaba protagonizando una revolución en todos los órdenes, in-

cluido el cultural. Significó una democratización radical de *El Quijote*, que dejó de ser propiedad de las minorías intelectuales para pasar a manos de las mayorías.

El modelo hegemónico propone un paradigma individualista, competitivo y hedonista, cuyo concepto de felicidad no se asocia al “buen vivir” y a la aspiración martiana de conquistar “toda la justicia”. Existe el propósito de secuestrar las subjetividades, en especial las de los más jóvenes. Muchos de ellos, sometidos a esa intoxicación, acaban por dar prioridad a modos de vida superficiales y vacíos, pero muy seductores, que asocian la satisfacción de necesidades espirituales a lo material. En un contexto como este, defender conceptos como sostenibilidad y prosperidad requiere un cambio de paradigmas.

Los modelos de realización dominantes, lejos de ser emancipadores, alientan el relativismo moral, el pragmatismo, el narcisismo, la competitividad y una cultura del odio, la polarización y la exclusión social. Estos antivalores, que erosionan los bienes relacionales de solidaridad, corresponsabilidad y trabajo en equipo, atrofian las relaciones familiares y de amistad y degradan sus esencias; producen anomia social y afianzan el modelo consumista y las lógicas del mercado, donde priman las relaciones contractuales basadas en intereses económicos que contaminan las relaciones humanas y desplazan el amor y la solidaridad.

Resulta prioritario que en las acciones culturales que desarrollemos se exponga nuestro paradigma cubano de vida plena. Un modo de ser sustentado en la dignidad; un modo de relacionarnos basado en principios solidarios, en la justicia y la equidad social; un modo de realizarse fruto de la participación, la pertenencia y el protagonismo.

Es preciso poner énfasis en el empleo de nociones como “vida de abundantes experiencias sociales y culturales”, “bienestar social”, “capital relacional”, “dignidad personal y orgullo social”, “construcción colectiva del bienestar” e “intercambio solidario”. Frente a la omnipresencia de las redes sociales digitales, deben anteponerse las redes familiares y comunitarias verdaderamente sociales, de apoyo y ayuda. Al propio tiempo, tenemos que evitar cualquier tentación de utilizar el arte como mera propaganda. Ajeno a todo didactismo, el arte es una vía de investigación de la realidad.

Frente a los fetiches que impone la industria cultural hegemónica, el sistema institucional cubano tiene el desafío de situar a los mejores valores de nuestra creación y del patrimonio universal entre las preferencias del público de la Isla.

La batalla contra la colonización hay que pensarla también desde las comunidades. En el espacio del barrio confluyen todos los símbolos y mensajes que circulan en las redes en un mundo intoxicado de cultura chatarra. Es ahí, en el barrio, donde nuestros niños, adolescentes y jóvenes reciben una “enseñanza” paralela, y a menudo contradictoria, con respecto a la que les ofrece la escuela.

Debemos llevar adelante las acciones específicas para recomponer el tejido espiritual y cultural de las comunidades, teniendo en cuenta las peculiaridades de cada una de ellas.

La escuela, como dijera Armando Hart, es la institución cultural más importante de la comunidad.¹⁰ En la lucha contra los patrones coloniales en el campo de la cultura, desempeña un papel decisivo. Debemos reforzar los vínculos de la escuela con las instituciones culturales del territorio y con las organizaciones que pueden influir en estos procesos. Las mejores experiencias que se han obtenido en las comunidades en situación de vulnerabilidad se sustentan en un trabajo integral con la participación de todos los actores capaces de impulsar los cambios que se necesitan.

Este empeño por transformar las comunidades desde la cultura tiene que ser absolutamente inclusivo. Solo hay una manera de lograr la creación de nuevos valores: la participación.

Las acciones formadoras que se realicen desde la escuela y las casas de cultura deben pensarse teniendo en cuenta su impacto sobre las familias y su capacidad para generar una articulación que, a través de las mismas, vaya más allá de los niños, adolescentes y jóvenes, de modo que la sociedad en su conjunto participe y se beneficie de la labor de estas instituciones.

Estamos obligados a desarrollar una visión del fenómeno educativo en un espacio más abarcador

¹⁰ *Educación, ciencia y conciencia*, La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 2008.

que el de la escuela, sin restarle valor a su papel central como institución formadora.

Tenemos que lograr un genuino protagonismo de la comunidad en los procesos culturales que le son propios.

Las escuelas, las instituciones culturales de base, las familias, los factores de la comunidad que influyen en la formación deben estar preparados para que los adolescentes y jóvenes comprendan sin simplificaciones el tipo de guerra cultural que se desarrolla cotidianamente entre imperialismo y soberanía, entre consumismo y solidaridad, entre capitalismo y socialismo, entre colonialismo y emancipación.

Todos los instrumentos educativos y culturales que influyen de un modo u otro en “el sentido de la vida” deben actuar coherentemente para contribuir al cambio de paradigma y hacer visible la voluntad de nuestro proyecto de trabajar por la felicidad de los seres humanos.

Para comunicarnos con los jóvenes debemos utilizar el lenguaje y los códigos de los jóvenes. Tenemos que conocer sus intereses y generar proyectos que les resulten atractivos.

En este Programa para enfrentar la colonización cultural deben tenerse en cuenta los conceptos y acciones del Programa Nacional para el Adelanto de las Mujeres,¹¹ del Programa Nacional contra el Racismo y la Discriminación Racial¹² y de la Estrategia Integral de Prevención y Atención a la Violencia de Género y en el Escenario Familiar¹³. Este Programa, además, debe hacer contribuciones a la consolidación de una cultura medioambiental que se ajuste a lo propuesto por la Tarea Vida¹⁴ y aportar en la lucha contra resabios machistas y patriarcales, contra la homofobia y contra toda conducta antisocial y ajena a nuestros valores.

Tenemos que estimular el ejercicio del pensamiento en medio de un clima generalizado muy frívolo y de una grave pereza intelectual, que rechaza todo lo

que pueda parecer complejo. Abundan las personas colonizadas culturalmente que no tienen conciencia de ello.

Es vital organizar espacios de debate sobre estos temas. A través de talleres de apreciación en centros educativos y culturales y en comunidades, podemos ampliar la formación de un público capaz de evaluar con una distancia crítica los subproductos de la industria hegemónica del entretenimiento y de desmontar sus mecanismos manipuladores.

Estos talleres deben extenderse al ámbito de las redes sociales, donde, según Rosa Miriam Elizalde, se está imponiendo a gran escala el “colonialismo 2.0”.¹⁵

No podemos subestimar el hecho de que en el espacio de las redes nuestros niños, adolescentes y jóvenes se comunican con lo que piensan que es “el mundo”; se agrupan con “amigos” reales o virtuales; construyen y promueven sus identidades personales; disfrutan de partidos de fútbol, conciertos y espectáculos artísticos y de toda índole; satisfacen o creen satisfacer muchas de sus necesidades de interacción social; se informan o desinforman; absorben ideas de todo tipo y viven experiencias emocionales muy intensas y muy diversas; siguen a sus ídolos del deporte y de la farándula, y un largo etcétera. Para los más jóvenes, las redes sociales no son solo una plataforma o un canal de comunicación: significan una extensión de su vida real llevada al mundo virtual. Todo esto al margen de la escuela y de las instituciones culturales.

Nuestros niños, adolescentes y jóvenes participan en la construcción de “comunidades virtuales”, a través de grupos de WhatsApp, Facebook o Telegram. De ahí que la convivencia en la comunidad ya no pueda ser evaluada únicamente en el espacio físico. Hay que analizar del mismo modo cuáles son sus expresiones en el espacio virtual. La escuela, como cualquier otro centro de socialización, propicia la conformación de “comunidades virtuales”.

Resulta indispensable defender nuestro concepto de modernidad, una modernidad “otra”, descolonizada, frente al modelo capitalista depredador. Este

¹¹ Decreto Presidencial 198: Programa Nacional para el Adelanto de las Mujeres, en <https://www.tsp.gob.cu>.

¹² Programa Nacional contra el Racismo y la Discriminación Racial, en <https://www.ministeriodecultura.gob.cu>.

¹³ <https://www.mujeres.cu>.

¹⁴ *Tarea Vida*, en <https://www.citma.gob.cu>.

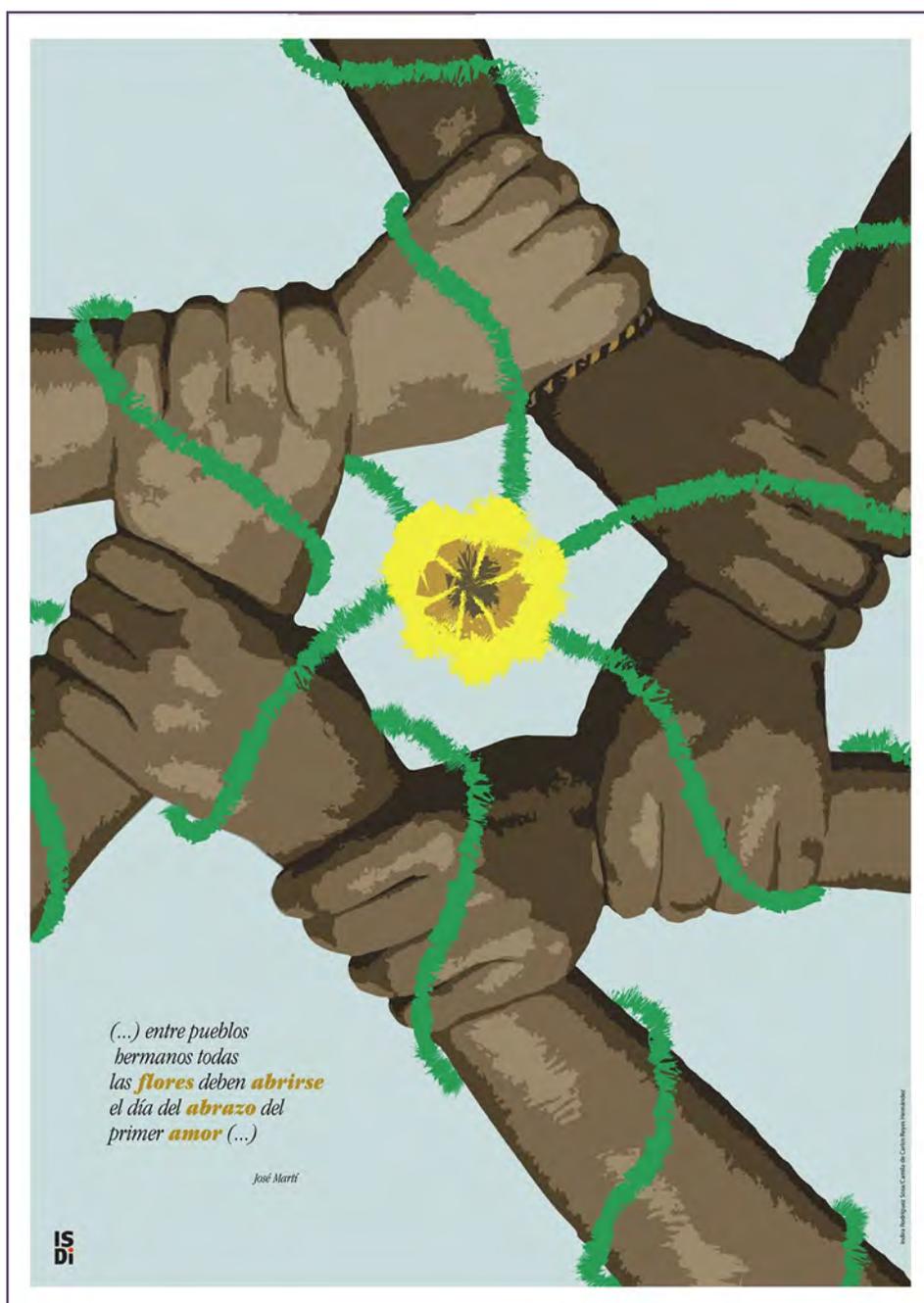
¹⁵ “Colonialismo 2.0 en América Latina y el Caribe: ¿qué hacer?”, en <http://www.cubasocialista.cu>.

Programa requiere una aproximación rigurosa a las reflexiones que se han hecho y se hacen sobre estos temas en la actualidad.

En nuestras discusiones deben evitarse las imprevisiones, los enfoques superficiales y todas aquellas distorsiones que son expresiones miméticas y colonizadas. Hay que desterrar de nuestras acciones todo tipo de paternalismo y de nociones autoritarias y verticales, y extirpar de raíz cualquier reproducción inconsciente de rasgos propios de la cultura de la dominación y de prácticas discriminatorias.

VII

Hasta aquí estas notas con las que he querido presentar una de las prioridades de nuestra política cultural a lo largo de más de seis décadas. Como pueden ver, es un problema que no puede considerarse resuelto. Ha habido, como ya dije, como advirtió Fidel, “avances y retrocesos”. Pero no podemos cansarnos. Es demasiado importante para nosotros. Tiene que ver nada menos que con la libertad plena de nuestra gente. ■



*(...) entre pueblos
hermanos todas
las flores deben **abrirse**
el día del **abrazo** del
primer **amor** (...)*

José Martí

**IS
Di**

Ilustración: José Martí de Carlos Reyes Hernández

Acontecimientos históricos y personalidades relevantes

Por el bicentenario de la independencia de Haití*

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR



Hubiera querido escribir la conferencia que voy a ofrecerles, pero la vida tuvo otros designios y, por tanto, prácticamente voy a improvisar a partir de algunas notas que he podido tomar y de muchísimas lecturas que hace años estoy haciendo, conmovido como estoy por la extraordinaria historia de Haití, país que visité en 1997, recorriendo el camino que iluminó a Alejo Carpentier cuando, en su memorable viaje de 1943, tuvo la revelación —otra palabra no es posible— de muchos secretos y realidades de nuestra América.

*Versión de la conferencia magistral pronunciada en la Sala “Che Guevara” de la Casa de las Américas, el viernes 26 de septiembre de 2003, al constituirse, en acto oficial, la comisión nacional encargada de organizar el programa de celebraciones para conmemorar esta efemérides, presidida por el doctor Armando Hart.

En rigor, como se ha dicho aquí, no vamos a conmemorar el Bicentenario de la Revolución de Haití —que comenzó en 1791, cuando el país se llamaba aún Saint Domingue—, sino su triunfo, el triunfo de esa revolución, el cual hizo posible la independencia del país, proclamada el 1^o de enero de 1804, cuando sus libertadores, de la noche a la mañana, en un relámpago, le devolvieron su nombre aborígen. Creo que hasta ahora no se sabe de quién fue esta feliz idea que se propuso borrar, incluso verbalmente, el atroz pasado colonial.

Tales libertadores no eran aborígenes, pero tampoco europeos. Eran de procedencia africana, y decidieron, calibanescamente, hermanarse con la herencia de los primeros habitantes de su isla, los primeros humillados y ofendidos, los primeros oprimidos —hasta el exterminio—, tras la segun-

da llegada a nuestras tierras de europeos: llegada que, absurdamente, fue llamada “descubrimiento”. En 1492, las dos ciudades más pobladas del mundo se llamaban Tenochtitlán y Pekín, y, según lo que sé, ninguna de ellas se encontraba en Europa. De manera que llamarle descubrimiento a la llegada de un grupo de europeos a un continente donde había millones de habitantes es una aberración. En realidad, merece ser llamado un *cubrimiento* de la historia verdadera. Sin embargo, aquella llegada tuvo, sin duda, trascendencia, ya que hizo posible lo que el gran historiador francés Fernand Braudel llamaría la *mundialización*, palabra que se hizo después muy conocida; hizo posible el nacimiento de la modernidad. Y esa llegada —aunque no se suele subrayar bastante— ocurrió en el Caribe, que devendría una de las grandes encrucijadas geográfico históricas de la humanidad. La revolución que condujo a la independencia de Haití, hará pronto doscientos años, fue el primer y magno acontecimiento en que el Caribe apareció del todo como actor en el planeta. Y fue el pórtico de la independencia de nuestra América.

En un notable libro que publicó en 1961 sobre *Toussaint Louverture. La Revolución Francesa y el problema colonial*, el poeta martiniqueño Aimé Césaire dijo, con mucha razón, que estudiar la historia de Saint Domingue es estudiar uno de los orígenes, una de las fuentes de la actual civilización occidental. Es decir, la historia del capitalismo. Y ya en 1944, el trinitario Eric Williams, en otro libro inolvidable, *Capitalismo y esclavitud*, había señalado el vínculo entre ambas entidades. Sin esclavitud en las Antillas no hubiera existido capitalismo. También Marx habló de cómo era menester, incluso a fin de proceder a una explotación rentable para la burguesía del proletariado europeo, lo que él llamó la esclavitud *sans phrase*, la esclavitud sin ambages, en sitios como el Caribe. Y es que este Caribe en que estamos es imprescindible para la construcción del llamado mundo occidental. Es un mar singular el Caribe.

He mencionado en varias ocasiones cómo, siendo niño, me entusiasmaba viendo las películas sobre los piratas, y cómo tardé muchos años en darme cuenta de que esos piratas, en gran medida, realizaban sus fechorías en este mar. Eran, unos, conquistado-

res; otros, piratas, corsarios, filibusteros, bucaneros: esclavistas todos. Criaturas de este jaez fueron los hacedores de la encantadora civilización occidental. Y sus hazañas se realizaban en las aguas en que vivimos. De ahí, entre otras cosas, la extraordinaria relevancia del Caribe. Recordaré solo dos ejemplos curiosos para subrayar esa relevancia. Cuando Luis XV tuvo que escoger entre dos posesiones suyas, Martinica y Canadá, escogió Martinica. Esa isla diminuta era mucho más rentable para Francia que el inmenso Canadá. Cuando los ingleses tomaron La Habana en 1762, la cambiaron en 1763 por la Florida entera; es decir, esta ciudad valía a sus ojos tanto como el extenso territorio de la Florida.

En el caso específico de Saint Domingue, voy a presentar una cronología sumaria para hacernos idea de cómo se llegó a lo que fue después Haití. Alrededor de 1630 comenzaron los primeros establecimientos franceses en la parte occidental de la isla, colonia española llamada Santo Domingo —como se llama todavía la parte oriental de tal isla. No hay que decir que se trataba de esos caballeros a los que ya he aludido: piratas, corsarios, filibusteros, bucaneros, esclavistas, bandidos de diversa naturaleza. En 1697, por el Tratado de Ryswick, España cedió aquella parte de la isla a Francia y, a partir de ese momento, esa porción occidental fue nombrada Saint Domingue, que en menos de un siglo se convirtió en la colonia más rica del mundo; es decir, que produjo extraordinarias ganancias a Francia.

Los acontecimientos memorables ocurridos en ese país a finales del siglo XVIII y principios del XIX tendrían una notable repercusión en el Caribe en general, y en Saint Domingue en particular. Nosotros los cubanos tenemos la dicha, el honor, de que un gran escritor nuestro nos ha dado versiones imaginativas e intensas de los sucesos ocurridos en Saint Domingue —luego Haití— a raíz de la Revolución Francesa: revolución que, como sabemos, es casi la revolución por excelencia. Antes y después se han producido grandes revoluciones: antes, en los Países Bajos, en Inglaterra, en las Trece Colonias; después, muchísimas otras, como las de independencia en Hispanoamérica, las de Europa en 1848 y 1871, la mexicana, la rusa, la china, la cubana,

la vietnamita, la argelina, etcétera. Pero la revolución por excelencia sigue siendo la francesa. Y esa revolución no podía dejar de tener grandes repercusiones en las colonias francesas en el Caribe, no solo, pero particularmente, en Saint Domingue. Y decía que nosotros los cubanos tenemos el honor de que uno de nuestros mayores escritores nos ha trasladado experiencias de esas trepidaciones. Pienso, naturalmente, en Alejo Carpentier, cuyas novelas *El reino de este mundo*, publicada en 1949, y *El Siglo de las Luces*, publicada en 1962, son versiones dramáticas, que nos permiten conocer desde dentro, como solo el arte puede hacerlo, lo que fueron esas trepidaciones. Otro de nuestros grandes escritores, Nicolás Guillén, publicó en 1948 su fuerte y delicada *Elegía a Jacques Roumain en el cielo de Haití*, sobre esa admirable figura de la intelectualidad y de la política haitianas, quien le decía a Nicolás en el poema: “Haití es una esponja empapada en sangre”.

Pues bien, es imprescindible recordar los sucesos principales de la Revolución Francesa en sus dos vertientes: lo que pudiéramos llamar la vertiente ascendente o progresista y la vertiente descendente u opresora. El 14 de julio de 1789, como sabemos de sobra, se produjo la Toma de la Bastilla, y se ha considerado esa como la fecha inicial de aquella revolución. El 20 de agosto de ese año se emitió la *Declaración de los derechos del hombre y de los ciudadanos*. En 1791, la Asamblea francesa extendió los derechos de representación a todos los colonos. Ese año, en medida considerable provocadas por situaciones internas, por el horror de la esclavitud, que había sido, naturalmente, impugnada por los esclavos desde el primer momento —de la misma manera que los amerindios impugnaron, desde el primer momento, las distintas formas de esclavitud a que se les sometió—, y además, en el caso de Saint Domingue, por los vientos renovadores que llegaban de Francia, ese año, 1791, se producen grandes insurrecciones de esclavos en el norte de Saint Domingue, y esto se considera el inicio de lo que iba a ser la revolución de Saint Domingue o, como decimos ahora, la Revolución Haitiana. La ciudad Cap François fue incendiada hasta las raíces por los esclavos, quienes habían acometido un nue-

vo rechazo de la opresión, rechazo que esta vez iba a convertirse en una revolución de independencia nacional. En América se han producido muchísimas revueltas de esclavos. Cuando se inauguró un monumento en homenaje a una de esas revueltas en Triunvirato, en la provincia cubana de Matanzas, recuerdo la emoción con que escuché a Fidel hablar de nosotros, los descendientes de esclavos. Es decir, una de las raíces del movimiento social en nuestro continente está dada por esas revueltas de esclavos, como otra de las raíces está dada por las revueltas indígenas.

En 1792, la monarquía francesa, Luis XVI, cae, y se proclama la República Francesa. Los jacobinos, el ala izquierda —esta división entre izquierda y derecha, que se convirtió después en clásica, procede de la Revolución Francesa, de donde se sentaban radicales en un lado y moderados en otro—... los jacobinos, digo, la izquierda de la Revolución Francesa, decretan derechos políticos iguales para todos los negros libres y los mulatos, lo cual, desde luego, provoca repercusiones enormes en Saint Domingue, donde la mayoría de la población era negra, donde existían los grandes blancos —los grandes propietarios—, los pequeños blancos —que no tenían propiedades tan vastas—, los mulatos, los negros libres y, sobre todo, los esclavos negros.

Entre 1792 y 1793, Francia entra en guerra con Austria, Prusia, Gran Bretaña y Holanda, y se siente amenazada por España. Es un momento dramático. La Asamblea francesa envía tres representantes a Saint Domingue; el más señalado de ellos: Sonthonax.

Saint Domingue, como se ha dicho, era una colonia riquísima y muchos otros países querían robar esa riqueza. Sonthonax, arrinconado entre la espada y la pared, toma el 29 de agosto de 1793 una medida que la humanidad tendrá que celebrar como celebra otras fechas extraordinarias: publica el decreto de emancipación general de los esclavos en el norte de Saint Domingue. Un hecho de esa naturaleza y de esa magnitud no había ocurrido en el mundo hasta ese momento. El 29 de agosto de 1793, repito, tendrá que ser celebrado por la humanidad como una de sus grandes fechas. No olvide-

mos que la guerra de independencia, por otra parte notable, de las Trece Colonias, iniciada en 1775 — que produce al año siguiente, en 1776, su magnífica *Declaración de Independencia*, escrita por Thomas Jefferson, y que culmina en 1783 con el Tratado de Versalles cuando Inglaterra acepta la independencia de las Trece Colonias, las cuales pasarían a llamarse los Estados Unidos de América—... esta importante guerra revolucionaria que logra la independencia del primer país en América en obtenerla, deja, sin embargo, intocada la esclavitud. O sea, que aquellas hermosas palabras de la *Declaración*... según las cuales todos los hombres habían sido creados iguales por Dios, en realidad solo se aplicaban a los blancos, y, de preferencia —si no con exclusividad—, a los blancos ricos y varones. En cambio, en Saint Domingue se produjo la emancipación de los esclavos negros. Recuerden que en aquella época las comunicaciones eran muy lentas: no había manera de comunicarse con Francia; de manera que en un momento sumamente difícil, Sonthonax, sin consultar a nadie, toma la decisión, el 29 de agosto, de decretar la emancipación de los esclavos negros en Haití.

Aunque voy a hablar de esto después, no quiero dejar de mencionar aquí una comparación muy curiosa, hecha por un escritor notable, sobre todo un escritor de ficción pero que escribió también ensayos históricos: Juan Bosch. Hablando del Caribe, al que llama “frontera imperial”, dijo Bosch que Sonthonax, el 29 de agosto de 1793, se encontraba en la misma situación en que se iba a encontrar, el 16 de abril de 1961, otro caribeño famoso: Fidel Castro. Sabiendo entonces que dentro de unas horas su país iba a ser invadido por el imperio más poderoso del momento, Fidel proclamó el carácter socialista de la revolución cubana. Para Bosch, si Sonthonax no hubiera decretado la emancipación de los esclavos negros y Fidel no hubiera decretado el carácter socialista de nuestra Revolución, ambos hubieran sido derrotados y deshonrados. Los guió, dijo Bosch, la lógica del Caribe.

Ese año, 1793, en Francia es muy duro; es conocido como el Año del Terror. Se produce la purga y la ejecución de muchos girondinos, pero todavía no se produce la aceptación por la Asamblea francesa

de la medida que Sonthonax había tomado. Habrá que esperar hasta el 4 de febrero de 1794 para que la Asamblea francesa decreta la abolición de la esclavitud, una gran medida de esa gran revolución. Entonces la Asamblea está dominada por los jacobinos, pero no va a estarlo por mucho tiempo más. El 28 de julio de ese año 1794 son guillotinado Robespierre, Saint Just y otros jacobinos.

En 1795, por el Tratado de Basilea, España cede Santo Domingo a Francia. El 22 de agosto, en Francia se decreta la constitución termidoriana. La Revolución Francesa comienza a cambiar de signo. Ya no es una revolución generosa, capaz de proclamar la abolición de la esclavitud; pasa a ser la revolución cautelosa primero, francamente conservadora después, que trabaja en beneficio no de la humanidad, no de los derechos del hombre, sino de una clase emergente y rapaz: la burguesía. Y la constitución termidoriana es testimonio evidente de esto.

El 26 de octubre se disuelve la Asamblea Nacional y en noviembre se crea el Directorio. Ese mismo año, 1795, impulsadas, sobre todo, por el aliento de las luchas revolucionarias que tienen lugar en Saint Domingue, ocurren grandes rebeliones de esclavos en otros lugares del Caribe, como Cuba, como Venezuela, como varias islas de las Antillas Menores.

En 1797, el 2 de mayo, es nombrado gobernador general la extraordinaria figura que fue Toussaint Louverture, un hombre que había sido esclavo y llegó a ser general y a organizar un gran ejército. En 1799, Louverture ocupa el Santo Domingo que había pertenecido a España. Pero, ese mismo año Napoleón disuelve el Directorio y se convierte en el hombre fuerte de Francia. A Napoleón se le atribuye haber dicho, a propósito de su presencia en la Revolución Francesa, que había terminado la novela y había comenzado la historia; es decir, terminaban los sueños generosos que hacen que la Revolución Francesa siga siendo para nosotros un momento señero de la humanidad, y comenzaba la historia bajo el puño férreo de Napoleón, a quien volveré a referirme. El 8 de julio de 1801, Toussaint Louverture proclama una nueva constitución para Saint Domingue. En esa constitución, por supuesto, la esclavitud no tiene lugar. Pero, ese mismo año,

Napoleón envía a Saint Domingue —con vistas a aplastar a los revolucionarios de allí, encabezados por Toussaint Louverture— a su cuñado Leclerc. Es un ejército poderosísimo el que Napoleón envía a Saint Domingue, con el intento de aplastar a los que habían sido negros esclavos y eran, en esos momentos, paradójicamente, los portadores por excelencia de los criterios de libertad, igualdad y fraternidad, que habían nacido en Francia y allí habían sido traicionados. Leclerc era cuñado de Napoleón, porque estaba casado con Paulina Bonaparte, y, precisamente, en *El reino de este mundo* Alejo Carpentier nos ha presentado escenas muy interesantes de Paulina Bonaparte, desnuda, recibiendo masajes de un esclavo negro, en condiciones que no pueden menos que entusiasmar.

El ejército de Leclerc, repito, era poderosísimo. ¿Por qué Napoleón envía tal ejército a Saint Domingue? Es que Napoleón tiene el proyecto de establecer un gran imperio colonial francés en América, que se extendiera desde la Luisiana —en esos momentos se encontraba en manos francesas— hasta Saint Domingue —riquísima— y hasta las islas colonias francesas del Caribe —que eran, también, riquísimas. Y era menester aplastar la revolución en Saint Domingue para hacer realidad ese proyecto suyo. En 1802, el 27 de abril, Napoleón emite el decreto que restablece la esclavitud y la trata de negros en las Antillas francesas. Sólo si se conoce esto —el papel que desempeñó Napoleón en el Caribe— se comprende lo que nosotros los caribeños pensamos de Napoleón. Cuando leemos a figuras progresistas, muy progresistas, de Europa haciendo el elogio de Napoleón, no podemos acompañarlos en ese elogio; y, en cambio, entendemos perfectamente que José Martí haya escrito en uno de sus *Versos libres*, hablando de Los Inválidos, donde están los restos de Napoleón, este verso memorable: “El corso vil, el Bonaparte infame”. No podemos menos que pensar eso del hombre que volvió a establecer la esclavitud en el Caribe y la trata de negros. Es una perspectiva caribeña, la misma desde la cual Alejo Carpentier escribió *El Siglo de las Luces*. He tenido discusiones con algunos amigos franceses que me han preguntado

por qué Alejo presenta en *El Siglo de las Luces* de tal manera las acciones de Napoleón. ¿Y cómo las va a presentar? ¿Cómo podemos presentar nosotros los caribeños a una figura que restablece la esclavitud, abolida por la Revolución Francesa en ascenso y restablecida por la Revolución Francesa en su etapa conservadora?

Desgraciadamente, el 6 de mayo de ese año 1802, Toussaint Louverture, engañado, acepta las propuestas de Leclerc —en cierta forma se rinde ante él— y es enviado el 7 de junio a Francia, donde es encarcelado en el Fuerte de Joux. En 1803, el 7 de abril, en ese fuerte morirá Toussaint Louverture, ignorando lo que estaba ocurriendo y, por supuesto, lo que iba a ocurrir como consecuencia de sus hazañas. Ese año 1803, en cumplimiento del decreto napoleónico, la esclavitud es restablecida en las colonias francesas, lo que hace que muchos dirigentes político militares de Saint Domingue, quienes habían vacilado pensando que Leclerc llevaba proyectos de independencia a Saint Domingue, comprenden que ello era completamente falso; que lo que llevaba eran proyectos para restablecer la esclavitud.

Leclerc murió de resultas de una enfermedad tropical y la versión oficial de Occidente, es decir, del capitalismo, es que fueron las enfermedades tropicales las que vencieron a las tropas francesas; pero la realidad monda y lironda es que fueron los ex esclavos los que las derrotaron en 1803. De manera que cuando no queda más remedio que aceptar por la historia oficial europea que las tropas napoleónicas fueron vencidas en España y en Rusia —como se sabe de sobra—, se suele callar que antes que en España y Rusia las tropas napoleónicas fueron vencidas en el Caribe; fueron vencidas en Saint Domingue y no por los mosquitos sino por los ex esclavos. Los mosquitos hicieron su parte —bienvenida sea—, pero fueron los ex esclavos, los generales que habían sido esclavos y habían crecido hasta ser generales, los que vencieron a las tropas de Leclerc. O sea, que esa forma extrema que representaba Napoleón del Occidente tuvo que morder el polvo de la derrota, antes que en España y Rusia, en el Caribe. De resultas de esa derrota de las tropas

francesas, el 1^o de enero de 1804 se proclama la independencia de lo que ya no se iba a llamar más Saint Domingue, sino que, como dije hace poco, de la noche a la mañana, en un relámpago, volvió a llamarse Haití, como se llamaba originalmente el país.

Jean Jacques Dessalines —quien tras la muerte de Louverture llega a ser el general en jefe de las tropas independentistas— tenía un secretario muy singular, llamado Boisrond Tonnerre. Parece que, al nacer, se produjo una tormenta, quizá un ciclón gigantesco —*tonnerre* es un trueno—, y el padre decidió incluir ese trueno en su nombre. Fue una figura interesantísima y muy discutida. A mí me apasiona mucho. Él fue secretario de Dessalines y escribió la proclama de la independencia de Haití y, también, el discurso que a continuación de la proclama dio a conocer, como general en jefe, Dessalines. He traducido del francés en que se escribieron ambos textos. Helos aquí:

EJÉRCITO INDÍGENA

Proclamación de la independencia de Haití

Libertad o muerte

AÑO PRIMERO DE LA INDEPENDENCIA

Hoy, primero de enero de mil ochocientos cuatro, el general en jefe del ejército indígena, acompañado de los generales, jefes del ejército, convocados al efecto de tomar las medidas que deben tender a la felicidad del país.

Después de haber hecho conocer a los generales reunidos sus verdaderas intenciones de asegurar para siempre a los indígenas de Haití un gobierno estable, objeto de su más viva solicitud; lo que él ha hecho por medio de un discurso que tiende a hacer conocer a las potencias extranjeras la resolución de hacer al país independiente, y de disfrutar de una libertad consagrada por la sangre del pueblo de esta isla; y después de haber recogido los pareceres, ha pedido que cada uno de los generales reunidos pronunciara el juramento de renunciar para siempre a Francia, de morir antes que vivir bajo su dominación, y de combatir hasta el último suspiro por la independencia.

Los generales, penetrados de estos principios sagrados, después de haber dado con una voz unánime su adhesión al proyecto bien manifiesto de la independencia, han jurado todos ante la posteridad, ante el universo entero, renunciar para siempre a Francia y morir antes que vivir bajo su dominación.

Hecho en Gonaïves, este 1^o de enero de 1804, y el primer día de la Independencia de Haití.

Firman: DESSALINES, general en jefe; CHRISTOPHE, PETION, CLERVAUX, GEFFRARD, VERNET, GABART, generales de división;

P. ROMAIN, E. GERIN, F. CAPOIX, DAUT, JEAN LOUIS FRANÇOIS, FEROU, CANGE, L. BAZELAIS, MAGLOIRE AMBROISE, J. J. HERNE, TOUSSAINT BRAVE, YAYOU, generales de brigada;

BONNET, F. PAPALIER, MORELLY, CHEVALIER, MARION, ayudantes generales;

MAGNY, ROUX, jefes de brigada;

CHARAIRON, B. LORET, QUENE, MARKAJOUX, DUPUY CARBONNE, DIAQUOI el mayor, J. RAPHAEL, MALET, DERENON—COURT, oficiales del ejército; y BOISROND TONNERRE, secretario.

Y, de inmediato, el discurso de Dessalines:

EL GENERAL EN JEFE AL PUEBLO DE HAITÍ

Ciudadanos:

No basta con haber expulsado de nuestro país a los bárbaros que lo han ensangrentado durante dos siglos; no basta con haber puesto freno a las facciones siempre renacientes que se burlaban, unas tras otra, del fantasma de libertad que Francia colocaba ante vuestros ojos; es necesario, por medio de un acto último de autoridad nacional, asegurar para siempre el imperio de la libertad en el país que nos vio nacer; es necesario arrancar al gobierno inhumano que mantiene desde hace tanto tiempo a nuestros espíritus en el letargo más humillante, toda esperanza de dominarnos; es necesario, en fin, vivir independientes o morir.

Independencia o muerte... Que estas palabras sagradas nos vinculen, y sean señal de combates y de nuestra reunión.

[De manera que nuestra expresión *Patria o Muerte* tiene antecedentes muy evidentes en el caso haitiano.]

Ciudadanos, mis compatriotas, he reunido en este día solemne a estos valientes militares, que, a punto de recoger los últimos suspiros de la libertad, prodigaron su sangre para salvarla; estos generales que han guiado vuestros esfuerzos contra la tiranía, no han hecho aún bastante por vuestra felicidad. El nombre francés lugubra todavía nuestra tierra.

[Boisrond Tonnerre inventó la palabra *lugubrar*: en francés, *lugubrer*. Él era no solo un revolucionario de ideas, sino un revolucionario verbal, y he dejado así la expresión: “el nombre francés *lugubra* todavía nuestra tierra”. Otras traducciones dicen *oscurece*. Hay que dejar *lugubrar*.]

Aquí todo trae el recuerdo de ese pueblo bárbaro: nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestras ciudades, todo lleva aún el sello francés; ¿qué digo? hay aún franceses en nuestra isla, y vosotros creéis libres e independientes de esa república que ha combatido a todas las naciones, es cierto, pero que jamás ha vencido a los que han querido ser libres.

¡Y bien!, víctimas durante catorce años de nuestra credulidad y nuestra indulgencia, vencidos, no por ejércitos franceses sino por la triste elocuencia de las proclamas de sus agentes; ¿cuándo dejaremos de respirar su mismo aire? ¿Qué tenemos de común con ese pueblo verdugo? Su crueldad comparada con nuestra patente moderación; su color con el nuestro; la extensión de los mares que nos separan, nuestro clima vengador, nos dicen suficientemente que ellos no son nuestros hermanos, que no lo devendrán jamás, y que si encuentran asilo entre nosotros, seguirán siendo los maquinadores de nuestros problemas y de nuestras divisiones.

Ciudadanos indígenas, hombres, mujeres, niños, pasead la mirada sobre todas las partes de esta isla; buscad en ella vosotros a vuestras esposas, vosotras a vuestros maridos, vosotras a vuestros hermanos, vosotros a vuestras hermanas, ¿qué digo?, ¡buscad allí a vuestros niños, vuestros niños de pecho! ¿En qué se han transformado?... Me estremezco al decirlo... En presa de esos cuervos. En lugar de estas víctimas dignas de atención, vuestro ojo consternado no percibe más que a sus asesinos, más que a los tigres todavía ahítos de sangre, y vuestra culpable lentitud para vengarlos. ¿Qué esperáis para apaciguar sus manes?; pensad que habéis querido que vuestros restos reposaran junto a los de vuestros padres, en el momento en que abatisteis la tiranía; ¿bajaréis a la tumba sin haberlos vengado? No, sus osamentas rechazarían a las vuestras.

Y vosotros, hombres invalorables, generales intrépidos que, insensibles a las propias desgracias, habéis resucitado la libertad prodigándole toda vuestra sangre, sabed que nada habéis hecho si no dais a las naciones un ejemplo terrible, pero justo, de la venganza que debe ejercer un pueblo orgulloso de haber recobrado su libertad, y celoso de mantenerla...

Que tiemblen al abordar los franceses nuestras costas, sino por el recuerdo de las crueldades que en ellas han ejercido,

al menos por nuestra terrible resolución, que tomaremos, de condenar a muerte a quien, nacido francés, ose hollar con su planta sacrílega el territorio de la libertad.

Hemos osado ser libres, osemos serlo por nosotros mismos y para nosotros mismos; imitemos al niño que crece: su propio peso rompe los andadores que se tornan inútiles y traban su marcha. ¿Qué pueblo ha combatido por nosotros? ¿Qué pueblo quisiera recoger los frutos de nuestros trabajos? ¿Y qué absurdo deshonroso es el de vencer para ser esclavos? ¡Esclavos!... Dejemos a los franceses este epíteto calificativo: han vencido para dejar de ser libres.

Marchemos sobre otras huellas, imitemos a los pueblos que, llevando su celo hasta el porvenir, y temiendo dejar a la posteridad el ejemplo de la cobardía, han preferido ser exterminados antes que borrados del concierto de las naciones libres.

Y tú, pueblo demasiado tiempo infortunado, testigo del juramento que pronunciamos, recuerda que conté con tu constancia y tu coraje cuando me lancé a la carrera de la libertad para combatir el despotismo y la tiranía contra los cuales tú luchaste desde hace catorce años; recuerda que todo lo sacrificué para correr en tu defensa: padres, hijos, fortuna, y que ahora mi única riqueza es tu libertad; mi nombre llena de horror a todos los pueblos que desean la esclavitud, y los déspotas y los tiranos no lo pronuncian sin maldecir el día que me vio nacer; y si alguna vez rehusaras o murmuraras de las leyes que el genio que vela por tus destinos me dictará para tu bienestar, merecerías la suerte de los pueblos ingratos.

Pero lejos de mí esta horrible idea; tú serás el sostén de la libertad que amas, el apoyo del jefe que te conduce.

Presta pues el juramento de vivir libre e independiente, y de preferir la muerte a todo lo que tendería a volverte al yugo. Jura en fin perseguir para siempre a los traidores y a los enemigos de la independencia.

JEANJACQUES DESSALINES

Después de la derrota de Leclerc, Napoleón vio hecho trizas su proyecto de imperio colonial francés en América y decidió, contrariando lo que había acordado con España —cuando España cedió a Francia la Luisiana—, vender la Luisiana —que era un territorio enorme— a los Estados Unidos con una condición, una pequeña condición: que el gobierno de los Estados Unidos se sumara al gobierno francés en el terrible bloqueo que Napoleón iba a imponer a Haití. No tengo que decirles que el gobierno de

los Estados Unidos aceptó jubiloso la propuesta — parece que los bloqueos son muy atractivos para los gobiernos de ese país—, y se sumaron al bloqueo que Napoleón le hizo a Haití. Sobre este punto hay unas páginas que les recomiendo vivamente en el libro de un gran historiador cubano, Ramiro Guerra —un historiador conservador, no es un historiador radical, no es un historiador de izquierda, no es un historiador jacobino. El libro se llama *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*. Ese libro se publicó en Madrid en 1935, porque Ramiro Guerra estaba en el destierro. Había sido ministro de la presidencia de Machado —un presidente tiránico de Cuba— y tuvo que abandonar Cuba, a la caída de Machado, en 1933, en el mismo avión en que el tirano se fue para las Bahamas. Paradójicamente, este hombre que tenía ese cargo tan poco honorable era, sin embargo, un hombre honrado. Era un hombre que no robaba y, desde luego, no mataba. Y, además, era un nacionalista y, por tanto, enemigo de la expansión imperialista de los Estados Unidos. Y ese libro que tuvo que escribir en el destierro es un libro que fue fundamental para muchísimos revolucionarios cubanos, como lo había sido ya otro libro que escribió y publicó siendo ministro de Machado; un libro excelente publicado en 1927, sin el cual no es dable entender a Cuba, que se llama *Azúcar y población en las Antillas*. Se daba la paradoja de que este libro era una obra de cabecera de los revolucionarios cubanos más radicales que luchaban contra Machado. Es un libro que muestra cómo el latifundio hizo un daño fatal a países de las pequeñas Antillas, y Cuba estaba condenada a un destino similar.

Terminaré mencionando otros libros esenciales sobre el Caribe, en los cuales Haití desempeña un papel fundamental. Uno es de un autor cubano que conocí y quise mucho. Llegó a ser colaborador nuestro en la Casa de las Américas y se llamó José Luciano Franco. José Luciano publicó tres tomos sobre el tema *La batalla por el dominio del Caribe y el Golfo de México*. El tomo III de esa obra se llama *Historia de la Revolución de Haití*, y se publicó en 1966. Y otros dos libros que quiero mencionar son un caso singular en la historia intelectual, pues se

publicaron el mismo año (1970), sobre el mismo tema y, prácticamente, con igual título. Uno es de Juan Bosch, ilustre dominicano, gran conocedor de Cuba, donde había vivido exiliado muchísimo tiempo, al punto de que se casó con una cubana, y los cubanos, la realidad, lo consideramos bastante cubano: los dominicanos tienen todo el derecho del mundo a sentirse orgullosos de Juan, pero, por lo menos, un pedacito suyo se queda con nosotros. Y el autor del otro libro fue el destacado intelectual de Trinidad y Tobago Eric Williams, de quien ya mencioné su obra *Capitalismo y esclavitud*. Lo curioso, lo extraordinario, es que ambos libros son las primeras historias orgánicas del Caribe, y se llaman, uno, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*; y otro, *De Colón a Castro. La historia del Caribe 1492—1969*.

Y vuelvo a decir: no se entiende el Caribe, no se entiende Haití, no se entiende Cuba sin la lectura de libros de esta naturaleza.¹ Añado que ninguno de estos autores era comunista; o sea, tales libros pueden ser leídos sin temor de ser contagiados por el virus del comunismo.

La revolución cubana tiene la desdicha de que es juzgada por una cantidad enorme de analfabetos funcionales, quienes emiten juicios precipitados sobre nosotros. No han leído a José Martí —por supuesto—, ni a Ramiro Guerra, ni a Juan Bosch, ni a Eric Williams, ni a José Luciano Franco. Han leído los periódicos donde se dicen vergonzosas mentiras y, naturalmente, así no se puede entender ni la Revolución Haitiana ni la cubana ni nada. Y termino recordando que un gran autor, también

¹ Hay ediciones cubanas de varias de estas obras ya clásicas, a saber: Aimé Césaire: *Toussaint Louverture. La Revolución Francesa y el problema colonial*, pref. Charles André Julien, La Habana, Instituto del Libro, 1967; Juan Bosch: *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, La Habana, Casa de las Américas, 1981; Ramiro Guerra: *Azúcar y población en las Antillas*, pról. de Manuel Moreno Fragnals, cuarta edición, La Habana, Ciencias Sociales, 1970; Ramiro Guerra: *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*, La Habana, Consejo Nacional de Universidades, 1964; Eric Williams: *Capitalismo y esclavitud*, trad. Daniel Rey Díaz y Francisco Ángel Gómez, La Habana, Ciencias Sociales, 1975.

de Trinidad, que por cierto fue maestro de Eric Williams —como Aimé Césaire fue maestro de Édouard Glissant y de Frantz Fanon—, C.L.R. James, había publicado en 1938 un libro fundamental, que se llama *Los jacobinos negros*. Él entendía que Toussaint Louverture era un jacobino negro, que tomó en serio lo que los jacobinos franceses habían dicho y lo que Napoleón iba a traicionar; tomó en serio *libertad, igualdad y fraternidad*, y peleó y murió fiel a esos criterios. Curiosamente, cuando el libro de James se republicó en los Estados Unidos, en 1963, le añadió un epílogo y ese epílogo, estoy seguro, dio la idea a Bosch y a Williams del título de sus libros, porque el epílogo se llama “De Toussaint Louverture a Fidel Castro”;² es decir, es James el primero que muestra orgánicamente esa

unidad del Caribe que, en lo más antiguo, se remite a la llegada de Colón, cuya importancia no se puede negar aunque no es dable regalarle que sea un descubrimiento; y en lo revolucionario, en lo germinativo, en lo que el Caribe tiene de actor y no, simplemente, de testigo o de criatura que padece, comienza con la revolución de Saint Domingue y llega hasta nuestros días. Tenemos, por tanto, el deber moral, el deber histórico, el deber elemental de reconocer la inmensa trascendencia de la revolución de Saint Domingue y de la independencia de Haití que vamos a celebrar jubilosamente el próximo 1^{ro} de enero, el mismo día en que vamos a celebrar un aniversario de nuestra Revolución. ¡Qué hecho tan curioso! El 1ro de enero de 1804 y el 1ro de Enero de 1959 se inauguran dos independencias esenciales.

Esto es lo que quería decirles como forma de demostrar por qué tenemos tal simpatía, tal gratitud y tal deuda con el pueblo fundador de Haití. ■

² El epílogo, traducido al español por Adelaida de Juan y por mí, se publicó casi completo en *Casa de las Américas*, no. 91, julio—agosto de 1975.



La familia y el deber: dilema de la guerra

ELDA CENTO GÓMEZ



Confieso que, como buena parte de mis co-
terráneos, siento un cariño inmenso por
Ignacio Agramonte. Nunca me he creído
immune a la seducción legendaria de su figura, y me
alegro de ello. Siento que me permite una perspec-
tiva especial. No será una declaración muy científica
y mucho menos académica, pero pido dispensa
como cualquier hija de vecino. Tal vez solo necesi-
taría evocar en mi favor algunas anécdotas pre-
servadas por amigos y compañeros de armas que
mimaron su recuerdo o, ¿simplemente?, la imagen
de la varonil belleza del héroe y ese amor sin límites
que le profesó a Amalia Simoni.

Quienes se hayan acercado a la biografía como
género historiográfico saben que allí está uno de sus
principales riesgos: la seducción que el personaje
acaba siempre por producir en el investigador;
aunque también existe otro —tal vez hasta
mayor—: el de erigir con palabras esculturas de
mármol o de bronce, las cuales, desde su ineludible
aliento de perfección/veneración pueden más que
acercar, alejar.

En consonancia con ello tampoco tomo parti-
do con quienes —un tanto situados en el extremo
opuesto—, anuncian biografías de héroes “huma-
nizados”; pues considero que estos alcanzaron esa
dimensión, precisamente, porque pusieron sobre
sus hombros toda la carga de humanidad que les
fue dable. Otra cosa sería la construcción, digamos,
de imágenes de carne y hueso, pero —y la conjun-
ción es crucial— sin que ello se torne una búsqueda
per se de imperfecciones, debilidades y errores, so-
bre las cuales sustentar un balance de lo “humano”
en estos protagonistas especiales de la Historia.

El horizonte estaría en lo perfectible. No creo
que en el discurso historiográfico cubano exista otra
personalidad más paradigmática —en tanto conjun-
ción de rasgos positivos—, que la del bayardo cama-
güeyano, y empleo este apelativo, en alguna ocasión
cuestionado, por aquello de “caballero sin miedo y
sin tacha”. En realidad, Ignacio alcanzó a vivir tan
poco tiempo —y por demás la muerte lo alcanzó
en plena gloria—, que es difícil hallar conformadas
sombras en su vida, lo cual no implica el olvido de

que, como todo hombre, ascendió sus escalas. Domeñar su carácter susceptible, impulsivo y apasionado, fue tal vez uno de sus mayores retos. Pocos como Martí para comprenderlo, y así se aprecia cuando escribió que Agramonte con la guerra, había domado “de la primera embestida la soberbia natural”; para concluir que acaso no hubiera existido “otro hombre que en grado semejante haya sometido en horas de tumulto su autoridad natural a la de la patria!”¹ En esa lucha consigo mismo reside uno de los más sólidos pilares de su ejemplaridad, no expuesto todo lo necesario en los textos dedicados a su figura,² muchos de ellos en el sutil límite de la apología de una vida que tuvo, es innegable, todas las condiciones para ser su objeto.

Uno de los componentes más importantes de la leyenda agramontina es Amalia. La historia de amor de Ignacio y la hermosa y culta dama principense parece más propia de una novela romántica que de la vida real, ¡hasta el signo de lo imposible rondó sobre ella en sus inicios por la oposición paterna! Las separaciones durante el noviazgo, la guerra y el exilio motivaron un intenso intercambio epistolar, del que es lamentable la desproporción del número de los textos conservados, pues mientras de él se conocen más de un centenar de cartas, de ella solamente una.³

Esta correspondencia muestra la maduración del héroe. Las extensas cartas del noviazgo son seguidas por las breves esquelas de la guerra, para concluir en las largas misivas de la separación por

el exilio de Amalia. En ellas se trasluce no solo el tránsito del estudiante al jurista, al militar; sino, además, el no menos importante del novio al esposo, al padre.

Las epístolas del noviazgo coinciden con la etapa de conspirador de Ignacio, y la ausencia de abiertos comentarios políticos en ellas no ha dejado de incidir en los criterios sobre la Simoni, por demás los más comunes a la hora de enunciar el papel de las mujeres en los primeros procesos revolucionarios del XIX: madres devotas, sufridas esposas y amantes hijas. Como meras sombras alrededor de sus hombres.⁴ Es presumible que al imprescindible sigilo de la conspiración se uniera la impaciencia del joven que no quiere perder ocasión de testimoniarse a su amada la magnitud de su afecto. Lo interesante del caso es que, veladas en la mención de lo cotidiano, sí hay referencias patrióticas en esos textos, en particular en aquellos donde Ignacio rememora momentos vividos juntos o se mencionan amigos comunes. Sirva de ejemplo la carta fechada el 7 de junio de 1867, la cual permite calificar el círculo de sus amistades. En ella se lee:

Tenía ya noticias del concierto de Lafuente de que me hablas: me celebran mucho una poesía de Rubalcaba á Isabel, me dicen que Mendoza estuvo muy bien en el recitado de la poesía de su hermano, que se hizo repetir, y que Lafuente fué poco aplaudido porque es un hermoso gorrión. Por esta calificación comprenderás quien me dió los informes [...].⁵

¡Qué amigos! Se trata del futuro brigadier Francisco Muñoz Rubalcaba y de los hermanos Tomás y Cristóbal Mendoza Durán; este último estuvo entre los iniciadores de Las Clavellinas y alcanzó las

¹ José Martí, “Céspedes y Agramonte”, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 4, p. 361.

² Tales referencias se hacen con frecuencia en los estudios relativos a sus relaciones con Carlos Manuel de Céspedes.

³ Ver: Elda Cento Gómez, Roberto Pérez Rivero y José María Camero Álvarez, *Para no separarnos nunca más. Cartas de Ignacio Agramonte a Amalia Simoni*, Casa Editora Abril, La Habana, 2009. Esta compilación reúne 123 cartas escritas por Agramonte a su esposa. Luego de la publicación del libro tuve acceso a dos misivas más, lo cual elevaría la cifra de cartas conocidas a 125. El destino de las cartas de Amalia es una incógnita —no despejada ni por sus propios descendientes—, no obstante, es tal la riqueza del diálogo de los amantes que el contenido de las cartas de ella no nos es del todo desconocido.

⁴ Ver: E. Cento Gómez, “Las mujeres se fueron a la guerra: los papeles asumidos”, en Colectivo de autores, *Presencia femenina en Cuba: luchas y representaciones*, Ediciones Santiago, Santiago de Cuba, 2010, pp. 54-63.

⁵ E. Cento Gómez, R. Pérez Rivero y J. M. Camero Álvarez, *ob. cit.*, p. 82. En todas las citas de documentos se respeta su ortografía y sintaxis. De igual modo, todas las palabras subrayadas lo están en los manuscritos.

estrellas de coronel. El incógnito personaje que le dio otros detalles de lo que debió ser una velada de la Sociedad Filarmónica, empleó para referirse al pianista zaragozano Mariano Lafuente un término de alineación política, pues como “gorriones” eran significados los partidarios del integrismo, y si fue poco aplaudido, entonces es presumible que en ese público —entre el que ella debió estar— hubiera un predominio de cubanos.⁶

En otro momento de la misiva trata de calmar las aprensiones de Amalia quien teme que su amado no pueda llegar a Puerto Príncipe en la fecha prometida. Concluye sus explicaciones con estas palabras: “Por ti y por el mismo estado de inquietud en que se me dice están allí los ánimos, temiendo que se repitan las escenas del año pasado, no debo demorar mas mi viaje”.⁷ ¿Estado de inquietud? ¿Qué había ocurrido durante el San Juan de 1866? Sin entrar en mayores detalles, que una de las previsibles bromas⁸ de estos festejos casi había derivado en un enfrentamiento en la Plaza de Armas entre militares españoles y cubanos, entre los que estaban Bernabé de Varona, Salvador Cisneros y Augusto Arango. Solo las medidas punitivas tomadas por el gobernador Julián de Mena evitaron el choque. Conocidos los antecedentes, de lo que se trata entonces es de un compromiso, o sea, que Ignacio se siente en el deber de estar en su ciudad natal por lo que pueda ocurrir... y no solo para proteger a Amalia, porque para para eso se bastaba su padre, el doctor José Ramón Simoni.

⁶ La Sociedad Filarmónica de Puerto Príncipe, institución de gran prestigio, vio languidecidas sus actividades luego del inicio de la guerra, pues una buena parte de sus asociados habían partido a la manigua o a la emigración. Considerada por las autoridades como foco de infidentes fue clausurada en el propio 1868. En la actualidad es la sede de la Biblioteca Provincial “Julio Antonio Mella”.

⁷ E. Cento Gómez, R. Pérez Rivero y J. M. Camero Álvarez, ob. cit., p. 82.

⁸ En la historiografía local se identifica como el incidente Bembeta—Pazo. Una de las prácticas más comunes del San Juan principense eran las bromas, algunas bastante pesadas, como arrojar a los transeúntes bolsitas con alquitrán.

Lo dicho hasta aquí hace sostenible la presunción de que la situación política de Cuba fue tema de conversación de los enamorados; no obstante, léase con mesura mi aserto. No quiero hacer de Amalia una conspiradora; las mujeres estaban fuera del círculo donde se tomaban las decisiones.

Probablemente fueron consejeras en el secreto de la alcoba, escucharon de los anhelos, temores y frustraciones de sus parejas y muchas veces tuvieron que permanecer solas en el hogar, soportando la peor angustia: la de no conocer lo que realmente sucedía. La grandeza de Amalia en aquellos días fue la de saber callar y esperar, la de no exigir la atención que como joven esposa podría reclamar y, más aún, la de sacrificar los sueños de vida estable que como rica heredera podría albergar [...]⁹

El que sería uno de los grandes dilemas de la guerra estuvo entre los amantes desde los inicios del noviazgo:

En una de tus cartas leo estas palabras: “tu deber antes que mi felicidad es mi gusto, Ignacio mío” [...] Sin embargo, yo te aseguro que vacilaría si alguna vez encontrara tu felicidad y mi deber frente á frente; creo que ya te lo dije en una ocasión. Ojalá nunca se encuentren [...]¹⁰

Aunque la significación del concepto del deber tal vez no trascendiera en aquellos momentos del ámbito profesional o tal vez del familiar —siempre unido al del honor—, las palabras de Agramonte son de una honestidad y fuerza desgarradora. Trágicamente la guerra hizo que se encontraran, frente a frente y en más de una ocasión.

Ninguno de los dos debió tener plena conciencia del alcance del enfrentamiento la primera vez que

⁹ Roberto Méndez Martínez y Ana María Pérez Pino, *Amalia Simoni. Una vida oculta*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009, p. 78.

¹⁰ E. Cento Gómez, R. Pérez Rivero y J. M. Camero Álvarez, carta del 13 de abril de 1867, en ob. cit., pp. 48-49.

debieron afrontarlo. La insurrección se había iniciado en el Camagüey el 4 de noviembre de 1868 e Ignacio debía marchar a ella en cumplimiento de la palabra empeñada y de su jerarquía dentro del movimiento conspirativo. Lo hará una semana después. Tienen apenas tres meses de casados y Amalia sufre las molestias iniciales de todo embarazo. Debieron conversar largamente, también con Manuelita —la suegra—, quien al parecer había expresado algunas reservas cuando su otro yerno, Eduardo, dio paso similar en Las Clavellinas.¹¹ Entre abrazos, suspiros y promesas de amor eterno debió ser ese el primer adiós de la guerra, a la puerta de la casa de San Juan 19. “¡Cuánto te ama tu Ignacio, Amalia mía! Sin embargo, sigamos el deber”,¹² afirma Agramonte en la primera carta que desde la insurrección le escribirá.

Con el paso de los días la sublevación comienza a ganar forma y a enfrentar sus primeros conflictos internos. En las semanas siguientes comenzará el éxodo de las familias hacia el campo, lo cual le imprimirá a esta guerra uno de sus rasgos más peculiares, simiente de más de un conflicto, pues estos hombres creyeron —al menos en sus inicios— que la guerra no sería larga y cruenta, y que el mejor modo de proteger a sus seres queridos era tenerlos cerca, en un esquema más próximo al modo como los caballeros medievales defendieron su feudo, que al enfrentamiento militar que se estaba planteando.

La red familiar de los Simoni—Agramonte se instaló en La Matilde, una finca propiedad de los suegros de Ignacio en las cercanías de Sibanicú. A ella acude siempre que puede el bisono militar; a veces solo permanece horas, en otras ocasiones puede hacerlo varios días, “de tal modo siento la

necesidad de verte, que aprovecharé cualquier oportunidad, aunque no sea mayor que el ojo de una aguja”.¹³ Luego, el recrudecimiento de las operaciones militares y la violencia desplegada por el ejército español contra las familias cubanas, los harán desplazarse en más de una ocasión, entre ellas, a Arroyo Hondo, donde nació el primogénito de la pareja,¹⁴ y a una finca llamada La Angostura, que sería el lugar inmortalizado por ellos como El Idilio.

Las casi siempre breves cartas del año y medio que permanecen juntos en la manigua no dicen mucho de la guerra, solo lo necesario para calmar los temores de Amalia y levantar los ánimos. Son una despedida constante. Es lógico que así sea, ella comparte los sobresaltos y las preocupaciones del soldado. Tampoco vanagloriarse ha sido nunca un rasgo de la personalidad de Agramonte, le es más afín la inconformidad.

Ignacio cerrará sus primeras misivas con frases propias de una tragedia romántica: “Adiós, Amalia mía; aun después de la muerte te amaré tu Ignacio”, “Tuyo aun après le tombeau” o “Tuyo hasta la muerte y aun después”. Luego, a medida que las privaciones y riesgos aumentan, gana espacio el enfático ruego: “Cuídate mucho”, “Cuídate, mi ángel adorado, procura estar contenta y alegre siempre, que por ti y para ti vive tu eterno adorador”, “Cuídate muchísimo; no olvides que eres el delirio único de tu Ignacio”.¹⁵

En realidad, son cartas impacientes. Expresan la lucha íntima entre sus deseos de hombre y las exigencias del patriotismo:

No puedes figurarte, bien mío, mi ansiedad, porque acabe de emprender su marcha esta

¹¹ La conjetura tiene por base una carta de Eduardo a Matilde, en la que refiriéndose a su suegra y a Amalia se pregunta: “¿Y como si hallaron que yo era loco y tantas otras cosas han permitido que. Igno. incurra en la misma locura? Parece que. á pesar de todo hallaron que tú tenías razón al decir que era necesario no tener honor, para no hacer lo mismo que yo los que no tenían una familia que cuidar ú otros motivos poderosos”. (Emilio Godínez Sosa, Eduardo Agramonte, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1975, p. 305.)

¹² E. Cento Gómez, R. Pérez Rivero y J. M. Camero Álvarez, ob. cit., p. 213.

¹³ *Ibidem*, p. 225.

¹⁴ A quien nombraron Alberto Ernesto, hasta que al ser bautizado en Nueva York —junto a su hermana Herminia, a la que no conoció El Mayor—, se le nombró Ignacio Ernesto en honor a su padre muerto. Agramonte se refiere a él en varias ocasiones como “el mambisito”: “¿Quieres que le reserve el puesto de cabo primero al mambisito?”; “No pienso en otra cosa ni sueño sino contigo y con nuestro mambisito”; “Como está D. Mambisito? ¿Ya se puso bonito? ¡Cuánto deseo verlo!”. (*Ibidem*, pp. 241, 243 y 268.)

¹⁵ *Ibidem*, pp. 213, 218, 219, 224, 231 y 235.

columna, para poder verte luego. Un siglo parece que ha transcurrido desde que me separé últimamente y ni los deberes para con la patria, ni el entusiasmo que me inspira la esperanza de un triunfo definitivo sobre aquella, son bastantes á mitigar la sed ardiente de verte. No sé vivir, no puedo vivir, sino á tu lado, un desierto me parece un paraíso; mejor dicho, el cielo, y tú mi única deidad.¹⁶

Es tal la magnitud del conflicto, que en ocasiones hasta se le escapan quejas, como al más enamorado y común de los mortales:

¡Qué pesados me están pareciendo, la guerra, los soldados, y los fusiles desde que veo pasar uno y otro día sin que me permitan ver á mi ángel querido y á nuestro chiquitín!¹⁷

[...]

¡que largos son los días pasados lejos de ti! Algunas veces todo lo llevo con resignación pensando en la libertad de Cuba, pero con mas frecuencia me parece una necesidad cruel que para servir á aquella tenga que vivir separado de tu lado, y mi corazón rebosa de incomformidad.¹⁸

No se pierda de vista que, como tantos, Agramonte es un hombre de familia que le está entregando todo a la patria. En febrero de 1870 Ignacio vive de nuevo el dilema que he elegido para guiar estas páginas: recibe la noticia de la muerte de su padre en Estados Unidos y de inmediato toma una decisión, impulsiva, visceral: marchará junto a su madre.¹⁹ Debió sentir en ese instante que el

tiempo no había pasado y seguía siendo el joven que posó al centro de la foto familiar con las manos sobre los hombros de su padre y su hermano, en gesto protector. Pero la realidad era otra y debía dar un paso difícil, abandonar el mando de las fuerzas del Camagüey. Lo hizo. Cuatro días después de recibir la noticia, en fraternal carta al presidente Carlos Manuel de Céspedes le explica las razones de la dimisión:

C. Cárlos Manl. de Céspedes
Arroyo Hondo, febo10/870

Mi distinguido y querido amigo: gracias, mil gracias por las manifestaciones afectuosas de la carta de U. del 1º del corriente. Nunca las palabras de la amistad se hacen sentir mas que cuando en momentos de una desgracia.

Siempre lo es la pérdida de un padre; pero el mío querido amigo, era modelo de los padres. Siempre se desvivió por la suerte de sus hijos, y el amor de su familia, era, puede decirse, la condición distintiva de su carácter. El á costa de sacrificios sin cuento logró darnos una carrera literaria á Enrique y á mí, sus hijos mayores; y hoy su muerte deja en el mayor desamparo en país ecstrangero una viuda, dos hijas y un hijo de doce años. Su reducida fortuna nada produce en la revolucion, que él como nosotros, acojió con ardiente entusiasmo.

Este cúmulo de circunstancias nos crea á Enrique y á mí el deber imperioso é ineludible de volar al lado de nuestra familia y por medio de un constante trabajo, donde quiera que la suerte nos lo proporcione, facilitarle los recursos mas necesarios de subsistencia, y para ello ruego á U. encarecidamente allane todos los inconvenientes que pueda ofrecer nuestra marcha. Los términos afectuosos de su carta, la amistad que profesaba á mi padre, y lo sagrado del deber que nos impone la desgracia que experimentamos Enrique y yo, me dan derecho á esperar de U. ese favor.

Desde los primeros momentos de la revolucion, llenos de fé y de celo patriótico tomamos una parte activa en la lucha, y ofrecimos nuestra

¹⁶ *Ibidem*, p. 263.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 241-242.

¹⁸ *Ibidem*, p. 274.

¹⁹ Que la decisión de partir fue tomada como un relámpago lo indica la carta que le escribe a Amalia el 6 de febrero: "Acabo de saber de una manera positiva la muerte de Papá en los E.U. Figúrate que será, Amalia mía, de mi madre y mis hermanos. Salgo en busca de Emilio Mola para tomar detalles y luego te veré. Tengo un propósito que comunicarte". (*Ibidem*, p. 269.)

sangre por la Independencia de Cuba. Ojalá, Cuba hubiera aceptado el sacrificio, en vez de que la suerte viniera á arrebatarnos á nuestra fama una vida mas preciosa y que era su único apoyo en el extranjero.

Pero no ha sucedido así, y es seguro habrá probado mil amarguras desde el 18 de Noviembre, que, sabemos ahora, murió nuestro padre. Nosotros dispuestos á morir por la libertad de Cuba, no podemos ni debemos ofrecerle el sacrificio de nuestra familia, de una viuda y tres huérfanos, á los cuales se unirá en breve mi esposa y mi niño.

Una vez mas ruego á U. allane todas las dificultades que pueda ofrecer nuestra marcha á cumplir deberes sagrados.

No dude un momento, que donde quiera que tengamos que fijar nuestra residencia para procurar con muchos esfuerzos la subsistencia de los seres que son mas queridos, allí tendrá Cuba dos hijos entusiastas, y su Gobierno, dos servidores constantes.

En cuanto á U. en particular, tendrá siempre un amigo en el hijo de su antiguo compañero de estudios.²⁰

La renuncia le fue aceptada de inmediato, “aunque con el mayor sentimiento por las relevantes prendas de abnegación y patriotismo de que tantas pruebas ha dado U. á la patria”.²¹ La noticia cayó como un rayo entre sus hombres. Varios incluso le pidieron reconsiderara la decisión. Algunos de los criterios expuestos por Manuel Ramón Silva en carta escrita el 14 de febrero, son muestra del estado de opinión creado:

[...] no dudo declarar con la franqueza que me es propia, que era V. el hombre que me inspira

la mayor confianza en la revolución. Creo que después de la separación de Quesada, de la deserción de algunos hombres de la milicia i la desorganización que en algunos ramos de la admon. pública ha ocasionado el enemigo en su marcha triunfal por nuestro territorio, la ausencia de V. viene á poner el sello al mal de la situación. [...] Yo creo, mi buen h..., que V. no debe, bajo ningún concepto, abandonar á Cuba. En su posición no solo es de un efecto fatal por el hueco que deja, sino también, por sus consecuencias en el espíritu público para el que será su marcha un ejemplo pernicioso. En nombre, pues, de Cuba, de su revolución, por el concepto elevado que V. goza entre sus conciudadanos, yo me atrevo á interesar á V. en el abandono de un propósito, de que pueden derivarse males de gravísima consideración. Vuelva V. los ojos á la situación i medite toda la trascendencia que puede tener su resolución; i no dude que puede pesar sobre su responsabilidad todo el mal que sobrevenga.²²

En realidad, más que vivir de nuevo el dilema que centra mi análisis como he afirmado apenas unos párrafos atrás —en tanto presupone algo de sucesivo y hasta cotidiano—, Agramonte lo vivió con intensidad definitoria, trascendente. La familia y el deber fueron puestas en la balanza, como en ningún otro momento de su vida, porque en este, la decisión final estaba en sus manos; ni el azar ni la voluntad de otros podía intervenir, máxime luego de haber sido aceptada su dimisión. Valora, sopesa, escucha, y finalmente decide: permanecerá en su puesto al frente del ejército en el Camagüey.²³

20 Biblioteca de la Real Academia Española de la Historia, Colección Fernández Duro, C-4, N° 4. (en lo sucesivo BRAEH), Copiador de cartas de Ignacio Agramonte, n° 5.

21 BRAEH, Insurrección de Cuba. Papeles de Ignacio Agramonte, 1868-69-70, doc., n° 38. Carta de Ramón de Céspedes Borrero a Ignacio Agramonte, La Caridad (Campamento de la Presidencia), 10 de febrero de 1870.

22 “Archivo Nacional de Cuba, Academia de la Historia, 456/227”, en Juan Jiménez Pastrana, (Ignacio Agramonte. Documentos), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 242.

23 El 23 de febrero escribe al Secretario de la Guerra: “Tengo el honor de comunicar á U. haber desistido ya de mi propósito de marchar á los E.U. habiendo cesado en parte los motivos que me movían á ello; y tengo el placer al propio tiempo de ofrecer al Gob° nuevamente mis servicios en la lucha que sostiene Cuba por su Independencia. (BRAEH, Copiador de cartas de Ignacio Agramonte, n° 10.)

Enrique viajará solo. En mi criterio tal decisión no significa que vaya “despojándose con estoicismo de todas las ligaduras familiares”²⁴ —nunca lo hará, no está en su esencia— sino que comienza a revalorarlas en las condiciones de una guerra. El 27 de febrero le escribirá a su madre: “he resuelto quedarme, sacrificando así mis deseos más ardientes en aras de la Patria [...]”²⁵

Sin embargo, el dolor no había terminado. La permanencia de las familias en la manigua insurrecta se había ido tornando cada vez más difícil y peligrosa. En enero de 1870 el mando español inició como “una avalancha de lava ardiente”, una ofensiva sobre el Camagüey que sembró “el espanto y la muerte en aquella rica comarca, sin respetar ni a las bestias de los campos”.²⁶ Cientos de combatientes y sus familias abandonaron la lucha y se presentaron en los poblados, entre ellos algunos cercanos colaboradores de Ignacio.²⁷ Otros trataron de alejar a sus seres queridos del escenario bélico gestionando su salida hacia el extranjero.

No es objetivo de este trabajo reflexionar acerca del controversial asunto de la presencia de las familias en el campo insurrecto.²⁸ Es indudable que su permanencia en las cercanías de los campamentos mambises y las ausencias a filas motivadas por el afán de visitarlas y cuidar personalmente de ellas —aunque ese fuera el objetivo medular de la creación de las prefecturas—, trajo numerosos incon-

venientes en el servicio activo de las armas, pero también es cierto que su contribución a las tareas de la logística y la sanidad —sin mencionar el impacto afectivo— fue de mucho valor. El mayor general Thomas Jordan fue uno de los principales críticos de ese estado de cosas, lo cual se tornó en punto de fricción con los principales jefes, tanto camagüeyanos como orientales. Al margen de que algunos de los criterios del norteamericano no eran adecuados para el desarrollo de una guerra irregular como la que debieron sostener los cubanos, en este asunto su apreciación era adecuada y, como ocurre con frecuencia en la vida, el tiempo le daría la razón.

Una voz tan autorizada como la del nieto de El Mayor escribió en su imprescindible libro *Ignacio Agramonte y la revolución cubana* que este era de la opinión de que “la separación radical de las familias de los soldados de éstos [...] sólo debía hacerse gradualmente, a medida que se fueran disciplinando las tropas cubanas”.²⁹ ¿En qué momento pensó Agramonte de esa manera? Aún el 2 de abril de 1870 le escribió a Amalia:

Por lo demás, tan lejos de ti, tan acostumbrado á verte con frecuencia, cuento las horas transcurridas sin contemplar mi cielo encantador y con afán pienso en él momento de volver á verte [...] Adiós, ángel mío. Hasta que pueda ir á verte, que pienso no será muy tarde.³⁰

Nada sugiere en esas letras la idea de separarse de su familia, aunque tal posibilidad debió discutirse entre Simoni y sus dos yernos.³¹ Pudiera esgrimirse que tal vez pensara de otra forma con respecto a las de sus soldados, aunque creo que nadie con un

²⁴ Mary Cruz, *El Mayor*, Ediciones Unión, colección Contemporáneos, La Habana, 1972, p. 166.

²⁵ Eugenio Betancourt Agramonte, *Ignacio Agramonte y la revolución cubana*, Dorbecker Editor, La Habana, 1928, p. 394.

²⁶ “Máximo Gómez habla de Ignacio Agramonte” (Tínima, no. 1, 1983, p. 20), citado por Elda Cento en “Puerto Príncipe, 1869-1872: ‘El vapor que forma el rayo’” y publicado en su compilación *Cuadernos de historia principieña 5. Patrimonio legado al siglo XIX*, Ácana, Camagüey, 2006, p. 132.

²⁷ Antonio Aguilera, Cornelio Porro, Serapio Arteaga y Ricardo y Emilio Adán entre otros, quienes habían tenido una influencia poco provechosa sobre Agramonte.

²⁸ Ver: E. Cento Gómez, “Familia e insurrección: las simientes de un sueño” en su compilación *Cuadernos de historia principieña 9. Patrimonio legado al siglo XXI*, Ácana, Camagüey, 2010, pp. 39—48.

²⁹ E. Betancourt Agramonte, ob. cit., p. 176.

³⁰ E. Cento Gómez, R. Pérez Rivero y J. M. Camero Álvarez, ob. cit., pp. 271-272.

³¹ Posibilidad que con crudeza sustenta el texto de la carta que Eduardo le escribe a Matilde el 12 de junio de 1870: “Mi idolatrada Matildita: por fin se cumplieron mis temores, y he pasado por el dolor mas intenso que es capaz mi espíritu, tanto mayor cuanto qe. por la relación que se me hizo del desgraciado suceso, abrigo la convicción de que si yo hubiese estado allí, por lo menos te hubiera salvado

mínimo conocimiento de su vida se aventuraría a sostener tal hipótesis.

Ignacio Agramonte mantuvo un decidido interés en la protección de las familias. En los copiadores de comunicaciones de la Mayoría General de Camagüey y en su correspondencia personal, se encuentran numerosas disposiciones tomadas por él con ese objetivo. Entre varios ejemplos posibles mencionaré la orden que el 14 de marzo de 1870 dirigió a Antonio Ramírez:

El C. Eladio Diaz ingresa en el Cpo. de Caballería y U. quedará encargado de su familia que quedaría sin esa medida abandonada. Así como necesito que haya soldados y peleen contra el enemigo de todos estoy en el caso de exigir de los hombres que no esten en el servicio la atención de las familias, U. por consiguiente ocurrirá á mi para que á la del C. Díaz nada le falte y me responderá estrictamente de su cuidado [...] ³²

Su vida cambiará pocas semanas después cuando el 26 de mayo El Idilio fue asaltado y destruido por tropas españolas. El suceso pudo ser una tragedia mayor pues salvo Eduardo, los restantes miembros de la familia estaban allí, entre otras razones porque el Mambisito cumplía ese día su primer año de vida. Alertado de la cercanía de tropas enemigas El Mayor parte con su asistente y Simoni apenas tiene tiempo de ocultarse. Lo que sucedió

a tí y a mis hijos. Tantas veces que pronostiqué lo que iba a suceder, esperando que tomasen una resolución razonable, sin conseguirlo. No quisieron separarse buenamente y ahora sufren la separación misma con las mas atroces circunstancias. Es preciso ser muy egoísta para hacer participar a mujeres y niños inocentes e irresponsables de las privaciones y peligros que uno puede afrontar con resignación y hasta con placer cuando le domina una pasión política, a que por su naturaleza y por su educación permanecen ajenas las mujeres. Eso es inicuo y cruel me he visto yo obligado a consentir por no tener unos miles de pesos con que asegurar tu existencia en el extranjero, y presindir de tu padre, que dominado por Ignacio, no sabe opinar sino por su boca, y este no veía nunca sino a través de su pasión dominante. (Emilio Godínez Sosa, ob. cit., p. 316.)

³² BRAEH, “Copiador —Segunda época— N° 1. Comunicaciones N° 1 al 335”. 1870, com., n° 148.

[...] no resulta sencillo de describir: la irrupción del pelotón enemigo y el jefe que inquiere a quién pertenece ese rancho, pero Amalia y Matilde no pueden contestarle, abrazadas a sus hijos y llenas de terror, es Manuelita la que se atreve a murmurar: “Del doctor José Ramón Simoni”. Algo debió decirles aquel nombre a los intrusos, porque continuaron indagando, ahora necesitaban saber quienes eran esas mujeres jóvenes y la madre, ya en el clímax del pavor, les contesta con esa audacia imprudente del que siente que todo está perdido: “Esta es la esposa de Eduardo Agramonte y esta la de Ignacio Agramonte”. [...]

Por aquellos días, cuando una patrulla española localizaba familiares de insurrectos relevantes era casi seguro que cebara su rencor en ellos, además de la violación y el saqueo, el asesinato era cosa habitual. Sin embargo, lo que ocurrió en aquel instante estaba más cerca de los argumentos de las óperas románticas que Amalia acostumbraba a cantar. El capitán, al escuchar el nombre de Ignacio, se descubrió ante su esposa y le dijo de modo tranquilizador estas palabras, que años después ella referirá a Aurelia: “Señora, tranquilícese usted y no tema nada. Su marido me tuvo prisionero tres meses y me salvó la vida. Desde este momento está usted bajo mi salvaguardia” [...] ³³

Solo el azar salvó la vida de estas mujeres. La desesperación de Agramonte no tuvo límites cuando al regresar solamente encontró despojos:

Qué desolación, amor mío, y sobre todo ¡cómo se han cebado en mi y como me han atormentado las consideraciones de tu marcha en medio de una columna de soldados brutos y groseros, de tu entrada en la población...! [...] Que me buscaran á mí y me hicieran picadillo si me cogieran estaría bien: yo soy su enemigo; ¡pero á tí, á mi hijo! [...] ³⁴

³³ Roberto Méndez Martínez y Ana María Pérez Pino: ob. cit., p. 117.

³⁴ E. Cento Gómez, R. Pérez Rivero y J. M. Camero Álvarez, ob. cit., p. 276.



Al día siguiente, en arranque tan romántico como imprudente, “se va solo, sin mas ejército que Elpidio Mola, a rondar, mano al cinto, el campamento en que le tienen cautivo sus amores”.³⁵ Logra distinguir a muchas personas conocidas, pero no a Amalia. El momento es de prueba:

Pude haber matado los oficiales que se hallaban en el portal de la sabana ó algunos de ellos impunemente.

¡Me daban tantas tentaciones de dispararles! Estaban tan al alcance de tiro. Pero ni eso ni procurar hacerme sentir quería, para evitar desmanes de esos bárbaros hacia Uds.³⁶

Digamos entonces que el amor a Amalia, es casi seguro, le salvó la vida.

¿Sería la terrible experiencia vivida, fundamento de las ideas que sobre el tema de las familias expone en la proclama que dirigió a los camagüeyanos al reasumir el mando de la División del Camagüey, en enero de 1871?

³⁵ J. Martí, ob. cit., p. 362. En realidad quien lo acompañó fue el comandante Enrique Loret de Mola, cuya esposa también era conducida prisionera por las tropas ibéricas.

³⁶ E. Cento Gómez, R. Pérez Rivero y J. M. Camero Álvarez, ob. cit., pp. 276-277.

[...] El Camagüey se encuentra hoy ostigado por el enemigo. Seamos todos soldados de la libertad. Los que errantes en los bosques son inmolados sin venganza y sin gloria, forman en el campamento la milicia sagrada é invencible del derecho.—El enemigo, más que de buscar el combate, se ocupa de atormentar vuestras familias. Vamos á defenderlas con empeño, no permaneciendo á su lado, para tener que abandonarlas en la hora de peligro, sino peleando valerosamente.— Organizar y disciplinar nuestro ejército es prepararlo para la victoria.³⁷

¿Qué otra interpretación darle si no, a las frases: “[...] no permaneciendo á su lado, para tener que abandonarlas en la hora de peligro”? El jefe militar emerge cada vez más fortalecido.

En las largas cartas de la separación por el exilio de Amalia se aprecia otro tono, tienen más de meditación y mucho de desgarramiento.

En cuanto á mi, Amalia idolatrada, puedo asegurarte que jamás he vacilado un solo instante, á pesar de cuanto he tenido que sacrificar en lo relativo á mis mas caras afecciones, ni he dudado nunca de que el éxito es la consecuencia precisa de la firmeza de los propósitos y de una voluntad inquebrantable: sobre todo, cuando se apoyan en la justicia y en los derechos del pueblo [...]³⁸

El hombre había crecido hasta la estatura del héroe. El deber y la patria se imponían. ■

³⁷ Fotocopia del original en el Archivo personal de la autora. Esta trascripción hace algunas rectificaciones con respecto a la publicada por Eugenio Betancourt Agramonte y Juan Jiménez Pastrana, entre otros. (Ver: E. Cento, “Proclama de Ignacio Agramonte a los camagüeyanos, enero de 1871. Rectificaciones con un original” en su compilación Cuadernos de historia principieña 8. Patrimonio legado al siglo XXI, Ácana, Camagüey, 2009, pp. 141-145.)

³⁸ E. Cento Gómez, R. Pérez Rivero y J. M. Camero Álvarez, ob. cit., p. 292.



Che Guevara: hombre de todos los comienzos

A 85 AÑOS
DE SU NACIMIENTO

MARÍA DEL CARMEN ARIET GARCÍA

—¿Dónde estás, caballero de gloria,
caballero entre tantos primero?
—Hecho saga en la muerte que muero;
hecho historia, señora, hecho historia.

MIRTA AGUIRRE

Hablar de un hombre que supo conjugar, como pocos, razón con pasión y actuar con pensar, nos permite dialogar sobre la presencia permanente de Ernesto Che Guevara dentro de la Revolución Cubana y de la importancia de su proyección histórica para las nuevas y futuras generaciones, acompañados de su polifacética personalidad, sus circunstancias nada comunes y su fructífera existencia, cualidades que nos acercan al legado de su vida y obra.

Sin dudas, fue un hombre de su tiempo al que le tocó expandirse en un contexto histórico signado por una época de revolución y como tal actuó. Quizás, sea una de las claves que nos

concede la posibilidad de interrogarnos acerca de este “hombre interminable”, argentino—cubano, latinoamericano y universal, por decisión de todos. Es, al conjuro de nuestros pueblos, que contamos con la talla de hombres como el Che, cuya travesía ha estado enlazada con páginas enaltecidas de nuestras gestas libertarias.

En el siglo XIX, los cubanos contamos con el honroso privilegio de tener en nuestras huestes mambisas, entre otros, a un hijo ilustre de la República Dominicana, el Generalísimo Máximo Gómez, corajudo y digno y el que reunía, parafraseando a Martí, “el decoro de muchos hombres”. Entrado el siglo XX, si no nos bastara ese privilegio, decididos a alcanzar nuestra verdadera independencia, quiso la historia, el azar o ambos, favorecernos con este hijo de la Patria Grande — el Che para siempre— y sellar, así, el apotegma bolivariano y martiano de esta América Nuestra, cuando al ser interrogado por un compatriota expresara: “[...] yo considero mi patria no sola-

mente a la Argentina, sino a toda América. Tengo antecedentes tan gloriosos como el de Martí y es precisamente en su tierra donde yo me atengo a su doctrina”.¹

A partir de esa decisión, cómo explicar que en tan corto tiempo —a penas tenía 39 años cuando lo asesinan en esas tierras perdidas del oriente boliviano—, haya pasado a ocupar un espacio paradigmático mezclado con leyenda y mito, tan alejado de sus propósitos. Cómo explicar, además, que, en tan breve lapsus, haya pasado a ocupar un espacio en la Historia, que lejos de disminuir se acrecienta día a día. Esa aseveración, simple y sin retórica, nos alienta a conmemorar su 85 natalicio, ocurrido el 14 de junio de 1928, en fecha emblemática para los cubanos, cuando ese mismo día, 83 años antes, naciera en Santiago de Cuba, el General Antonio Maceo y Grajales, adalid de nuestras guerras independentistas y calificado por su bravura como el Titán de Bronce.

En un breve recuento, como el presente, valdría la pena formular algunas preguntas imprescindibles y que pudieran ayudarnos a interpretar sus inicios como combatiente de la solidaridad, ¿por qué el Che apuesta por Cuba, cuáles circunstancias lo determinan y si podía dilucidar con certeza el camino de su verdadera búsqueda existencial?

En las posibles respuestas, podemos sentirnos afortunados, porque —en su caso particular— le debemos a su vocación intelectual, desde apenas un adolescente, una capacidad interpretativa acompañada de un estilo particular para valorar la historia y sus contextos. Deja plasmados en diversos formatos sus vivencias y actos que consideraba de interés, valiéndose de apuntes, diarios y crónicas de viaje, narraciones, poesías, documentos y notas, todos guardados con inmenso celo y empleados algunos en trabajos posteriores.

Las formas utilizadas a lo largo de su breve existencia, casi fugaz y meteórica, ayudan a comprender con total claridad el porqué, en esa noche interminable de junio de 1955, en la ciudad de

México, al conocer a Fidel, decidiera su incorporación comprometida con la causa cubana.

Algunos antecedentes se explican por intermedio de los viajes que realizara por la “Mayúscula América”, desde los primeros años de la década del 50, iniciados en su natal Argentina, impregnándole un fervor latinoamericanista que nace y se desarrolla en una búsqueda muy suya, al constatar los orígenes, culturas y la perentoria realidad de los pueblos de la región, acrecentándose con ello su verdadero humanismo tan arraigado en su ideario político.

A partir de esas experiencias irrepetibles, se siente su entrega febril a un proyecto que, aun sin percatarse de su total dimensión, lo encaminaría a un futuro de unidad y vocación por nuestro Continente, como registra en sus primeras crónicas de viaje, cuando desde Perú, justamente un 14 de junio de 1952, día de su 25 cumpleaños, apuntara: “Constituimos una sola raza mestiza que desde México hasta el estrecho de Magallanes presenta notables similitudes etnográficas. Por eso, tratando de quitarme toda carga de provincialismo exiguo, brindo por Perú y por América Unida”.²

Comenzaba su quehacer impulsado por un destino histórico para con la América toda, cuyo verdadero significado se encuentra en su práctica y pensamiento políticos, construidos a través de códigos muy personales. Conocer ese ascenso cualitativo, en el que transita de la acumulación de conocimientos a una sistematización rigurosa, plasmados en una síntesis verdadera entre pensamiento y acción, es un rasgo que se convierte en antecedente imprescindible para comprender su vocación solidaria e internacionalista.

En el Che origen y obra se mezclan a través de un hilo perceptible, cuando, siendo aun un adolescente, ordena un Cuaderno filosófico, cuyo eje central es la Filosofía, materia en la que encuentra métodos y juicios que pasarían a actuar como soportes y esencia de su armazón teórica, a través de los cuales entendería a profundidad su entorno

¹ Ernesto Che Guevara, *América Latina; despertar de un continente*, Editorial Ocean Sur, Australia, 2003, pp. 34—35.

² Ernesto Che Guevara, *Che desde la memoria*, Ocean Sur, Australia, 2004, p. 38.

y principalmente al hombre y sus esencias, lo que se torna más comprensible al asumir el Marxismo como propio y manifestar su valor como un instrumento adecuado para entender nuestros problemas más acuciantes y la vía para encontrar respuestas y soluciones más consecuentes y objetivas, ejercicio perenne a lo largo de su existencia.

La gradual acumulación de esas etapas tiene un momento singular en su segundo viaje por América Latina a mediados de 1953, convertido ya en médico, cuando conoce de fuente directa los procesos revolucionarios que se estaban operando en el Continente, el primero en Bolivia y su revolución triunfante de abril de 1952, para seguirle después, la Guatemala de Jacobo Árbenz, asediada en plena Guerra Fría por el gobierno norteamericano al ser acusada de agente del comunismo internacional y finalmente derrocada en junio de 1954.

Las sensaciones y frustraciones sentidas por el joven Ernesto las explica él mismo, cuando en carta a su familia, desde México, describe que la forma en que los “gringos” trataban a América le iba provocando una indignación creciente, dando paso a una decisión definitiva, “arremeter contra el orden de cosas con la adarga al brazo”.

Esa simbiosis sería un signo rector, que conformaría, paso a paso, al revolucionario consecuente, cuando, desde 1955 unido a Fidel y a su vanguardia, se incorpora a la lucha revolucionaria en Cuba para dar fin a la tiranía batistiana.

Cuba deviene el puente necesario para adquirir la experiencia única e irrepetible de formar parte de la vanguardia y un pueblo todo que apostaba por alcanzar su plena liberación nacional. De esa forma, sin violentar sus acciones, para el Che sumarse a la lucha formaba parte de un acervo que fue construyéndose a sí mismo y demostrándole el verdadero significado de los postulados conceptuales de los que partió desde su etapa formativa.

Vivir en la efervescencia y dinámica de una revolución que, como la cubana, llegó a pertenecerle 10 por derecho propio, lo conducen al ejercicio de una práctica política sustentada en una ética y convicciones, que originados en un auténtico pen-

samiento latinoamericano, desde Bolívar y Martí hasta desembocar en Mella y Mariátegui.

El Che formó parte de una generación revolucionaria marcadamente antimperialista y consecuentemente latinoamericanista, sustrato de todos los que aspiran a cambios verdaderos y de unidad continental.

En Cuba, muchas páginas pudieran describir lo realizado por el Che en apenas dos años de lucha, de médico expedicionario que fuera en los inicios se convierte, por su ejemplo y valor, en el primer comandante de la Sierra Maestra, jefe de una columna, pero sobre todo junto a Camilo Cienfuegos, su eterno compañero, reedita la hazaña de la Invasión a Occidente que fuera comandada por los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo en la Guerra Necesaria.

Es con esa acción, calificada por nuestro Comandante en Jefe, Fidel Castro, como “una formidable hazaña”, que alcanza el clímax de admiración y el respeto de todo el pueblo cubano. De esa manera, se arriba al triunfo revolucionario, el primero de enero de 1959, que marca un hito en la historia de nuestro país y en la América y donde el Che como constructor de la nueva sociedad entrega lo mejor de sí, contribuyendo con su ejemplo a que el hombre que emergiera fuera capaz de crecerse en sus propias potencialidades.

En apenas seis años (1959—1965) fecha de su salida para iniciar la lucha internacionalista en el Congo, logró desempeñar múltiples responsabilidades y funciones con la urgencia en el hacer y el pensar como rasgos que distinguen esos febriles años: Jefe del Departamento de industrialización del INRA (Instituto Nacional de Reforma Agraria), Presidente del Banco Nacional de Cuba; Jefe Político de la región militar de Occidente, Ministro de Industrias, miembro de la dirección del Partido con responsabilidades en la Junta Central de Planificación y en funciones de la Política Exterior, entre otros cargos.

Sin dudas, el simple recuento asombra por lo mucho que logró hacer en tan poco tiempo, mediante resultados en los que primó su inteligencia, su pensamiento creador y su valor intelectual y moral, factores que le permitieron romper con dogmas y criterios

preestablecidos, consciente de que en la historia no se han dado saltos cualitativos sin que fueran acompañados de un desgarramiento profundo y de entrega sin límites.

Así, contribuye a hacer realidad la concepción humanista de la revolución, al partir de una genuina transformación del hombre, ese que debía caminar a la par de la obra que se iba construyendo y situarse a la altura de los nuevos tiempos. Era un hombre convencido de que el principio humanista de la revolución se supera a sí mismo solo a través de los cambios ineludibles en lo político, lo cultural y lo ideológico, para hacer de la nación la expresión consecuente de llevar adelante la construcción del socialismo.

Ese complejo proceso le permitió ser artífice de fundamentos y acciones necesarias, con el objetivo de experimentar el socialismo acorde con nuestra realidad, sumado al conocimiento profundo que iba adquiriendo acerca de las políticas económicas y sociales propugnadas por el modelo soviético imperante, las que consideraba como “perturbaciones dañinas” y cuyos resultados finales serían incalculables.

Esas posiciones, avaladas por una férrea disciplina en el estudio de las fuentes originales del marxismo, y sus consiguientes reflexiones casi proféticas al haberse cumplido de forma inexorable, lo colocan en el centro del debate imperante en los años 60 al perca-

tarse de esas prácticas erradas que a su juicio nada tenían que ver con el verdadero socialismo. Como marxista consecuente captó la esencia del aspecto

activo de la política, convencido de que el socialismo no se construye mecánicamente, sino que debe ser construido por medio de la actividad humana y



Cartel de Paris Volta

que su transición, compleja y en extremo difícil, no ocurre de forma lineal y necesita del papel transformador de la conciencia como parte inseparable de los cambios requeridos.

Esas determinaciones, catalogadas en su tiempo como herejía por los iconoclastas de siempre, no solo representan aportes sustanciales de lo más importante de su pensamiento marxista y creador, sino que en la actualidad son pautas de obligada referencia para todos los que, desde el cambio, pretenden construir hoy el socialismo del siglo XXI. Partir de un modelo revolucionario, verdaderamente popular e indicativo del sentido dialéctico de sus determinaciones, se convierte en una tarea a ejecutar entre todos, al abogar por romper con modelos no solo obsoletos, sino impuestos por un poder concebido desde arriba. Su simple enunciado permite entender el sitio que ha ocupado y ocupará el Che dentro de esos procesos, como uno de los revolucionarios y pensadores latinoamericanos más sobresaliente y que mayor huella dejara.

Dentro de los actuales procesos que se viven en América Latina, las posiciones y debates impulsados por el Che, desde Cuba, tienen un valor inestimable porque contribuyen a enfrentar los cambios bajo una óptica crítica, sin autoritarismo, sin vulgarización del marxismo, sin el empleo burdo de categorías estáticas que nada tienen que ver con la realidad diversa y, a su vez, expuestos con valentía y con el sentido exacto de la polémica que debe caracterizar nuestra época. Lecciones para todos los que consideren el socialismo como el camino certero para construir una democracia verdadera desde nosotros mismos, con un poder popular expresión del verdadero poder político, sin obviar las estrategias particulares que debe asumir cada país al igual que los dirigentes que los representen. Sin dudas, queda el ejemplo imperecedero del Comandante Hu-

go Chávez en Venezuela y está presente en otros que, en el ejercicio pleno, como Correa en Ecuador y los Kischner en Argentina, representan los verdaderos proyectos de integración que deben imperar en la región, diseñados bajo la bandera de la solidaridad, la cooperación y el resurgir de sociedades más justas y participativas.

En esa perenne transformación, el ejemplo del Che Guevara, después de “desfacer entuertos” en Cuba, cuando consideró necesario e ineludible continuar camino, consecuente con sus ideales libertarios e internacionalistas, primero en el Congo hasta su culminación en Bolivia —parte indisoluble de su Mayúscula América—, permanece siempre presente en la memoria colectiva y en el aliento vital de nuestros pueblos.

En esta fecha homenaje, un modo de recordarlo es a través de algunos apuntes que dejara escrito sobre Carlos Marx, pensando, tal vez, que así hubiera querido que también lo recordáramos: Ese ser tan humano cuya capacidad de cariño se extendió a los sufrientes del mundo entero, pero llevándoles el mensaje de la lucha seria, del optimismo inquebrantable, ha sido desfigurado por la historia hasta convertirlo en un ídolo de piedra.

Para que su ejemplo sea aun más luminoso, es necesario rescatarlo y darle su dimensión humana.³ Palabras que miran desde el pasado pero que nos acercan al presente a través del hombre que, desde su ejemplo y capacidad plenas, nos enseña, parafraseando a Martí, que ningún héroe muere en vano, ni ninguna idea se pierde en el ondular y revolver de los vientos: los vientos la alejan o la acercan; desaparecerá tal vez, pero siempre quedará la memoria de habersele visto pasar. ■

³ Ernesto Guevara, *Apuntes críticos a la Economía Política*, Ocean Sur, Australia, 2006, p. 54.

El camino de los Padres de la Patria

EUSEBIO LEAL SPENGLER



Discurso de Eusebio Leal Spengler, miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, en el acto político y ceremonia militar de inhumación de los restos de Carlos Manuel de Céspedes y Mariana Grajales, en el cementerio Santa Ifigenia, Santiago de Cuba, el 10 de octubre de 2017, “Año 59 de la Revolución”.

(Versiones Taquigráficas — Consejo de Estado)

General Presidente,
Santiagueros,
Orientales,
Cubanos todos:

Asistimos a un acto, por su naturaleza, trascendental; un acontecimiento de los que suelen ocurrir o podemos presenciar una vez en nuestras vidas. Quizás hemos tenido el extraño privilegio de asistir en dos oportunida-

des a ceremonias de grandes significaciones para Cuba, para nuestra América y también para el mundo.

Hoy, 10 de octubre, cuando apenas se desdibujaban en el cielo las nubes de la noche y se levantaba el sol por el oriente, teniendo como retablo de este camposanto de recordación las montañas de la Sierra, evocamos el día y la hora en que el Padre de la Patria dio inicio al magno movimiento, a la única y sola Revolución que ha existido en nuestra tierra, la que él comenzó y la que hoy continuamos.

Para poder comprender la magnitud del acto tendríamos que explicar antes que el cementerio ha sufrido una hermosa y bella remodelación, y lo que entonces surgió de la voluntad pública, los distintos mausoleos y panteones de los mártires y héroes de la patria, ellos y ellas, han sido hoy colocados en lugar preferente, marcando, como si fuera el dedo de la historia, un discurso comprensible para todos, al mismo

tiempo que sentamos las bases para la enseñanza de la historia y del sentimiento patriótico y nacional. Y es que el culto a la historia y el culto a las mujeres y a los hombres ilustres es el oficio y el deber del Estado, y es el nuestro como ciudadanos de un país libre.

Céspedes nació en San Salvador de Bayamo el 18 de abril de 1819, en el seno de una familia opulenta. Su raíz estaba allá en una pequeña y noble localidad cerca de Sevilla: Carrión de los Céspedes. De ahí una gran parte de ellos partieron a Cuba, primero a Puerto Príncipe, el Camagüey, y luego se asentaron en Bayamo. Fue parte de esa pirámide que, formando el poder real de la tierra, desarrolló aquella latitud de Cuba y la llegó a convertir en el centro de un episodio tan importante como el que hoy recordamos, el Oriente de Cuba.

Cursó sus estudios en el seno de los monasterios que existían entonces e impartían clases, de Santo Domingo y San Francisco, en Bayamo, y más tarde en La Habana, en el Real Colegio Seminario, también abierto entonces a la formación de hombres para el siglo, y en la Real Universidad. Su vocación fue estudiar leyes, el contacto con la tierra, el ejercicio continuo de su físico. Pequeño de estatura, fuerte e inquieto de carácter, lo cual le llevó rápidamente a tener avidez por el conocimiento, la cultura universal, las lenguas antiguas y modernas, el conocimiento de los clásicos de la literatura, de la filosofía y del pensamiento. Con esta preparación partió a Europa y se formó en la Universidad de Barcelona, donde recibió su licenciatura en Derecho, y posteriormente haría un recorrido que lo llevó hasta Constantinopla, recorriendo una parte de aquella Europa que tanto impresionó a su talento y a su ingenio inquieto, sobre todo, porque había ocurrido la gran revolución de 1848.

Ya esta última, con otras características de aquella otra a la cual Simón Bolívar consideraba el acontecimiento más grande de todos los tiempos, la gran Revolución Francesa, que partió la historia en dos: antes y después. Su eco en la América y en el Oriente fue la revolución haitiana. El pueblo haitiano realizó una epopeya notable, y esa gran revolución haitiana se expresó sobre Cuba y particularmente sobre Santiago; sirvió de acicate a

la inquietud de una miríada de esclavos en toda la Isla, e iluminó los primeros movimientos encabezados por aquellos, y muchos fueron los que sufrieron el martirio y la persecución por seguir las ideas de liberación que Haití había proyectado sobre el mundo americano: la primera república en esta latitud del mundo.

De regreso a su tierra, lógicamente, con tan amplia experiencia, se sintió inconforme con el estado de las cosas, participó de las ideas más avanzadas de lo que se llamaba entonces el pensamiento liberal, y de esta manera, en la medida en que ese pensamiento iba siendo radicalizado, iban tomándose contra él sucesivas represalias. Enviado a Baracoa, a Manzanillo en destierro interior, retenido en Santiago a bordo de las ruinas del navío del Rey soberano que había combatido en Trafalgar y era ahora una cárcel política, y finalmente, en la conspiración que, vertebrándose ya en el centro y en el oriente de Cuba, les llevó a la ciudad de Las Tunas, a un pequeño sitio, a una finca discreta llamada San Miguel del Rompe, donde se reunieron en la convención, llamada en lenguaje masónico la Convención de Tirsán. En ella apareció su liderazgo nítidamente. Mientras que otros propugnaban por esperar una nueva zafra, reunidos allí hacendados cuyo desarrollo en las ideas políticas y revolucionarias los llevaba como clase al borde del precipicio, él proclama la necesidad de levantarse. Y también había llegado a una conclusión: no debíamos esperar más esfuerzo que el nuestro. ¡Las armas las tienen ellos!, exclamaría en otra ocasión.

De esa manera, apurados los acontecimientos ante la inminencia del descubrimiento de la conspiración, o quizás anticipándose voluntariamente por el significado de la fecha, decidió, en la madrugada del 10 de Octubre, reunir allí a los que en Demajagua, su ingenio cerca de Manzanillo, a la vista del golfo de Guacanayabo y ante el impresionable retablo de la Sierra, le escucharon pronunciar su histórico llamado al pueblo cubano, a la nación y al mundo, ofreciendo con la libertad de Cuba una mano generosa a todos los pueblos y hombres de la Tierra, al mismo tiempo que proclamaba, en un país donde faltarían tantos años para

la abolición de la esclavitud, la libertad de los suyos propios, desentendiéndose del pasado, haciendo un rompimiento con sus posesiones territoriales, con su posición privilegiada, con su condición de amo y señor, para transformarse en libertador.

El 10 de octubre fue el comienzo, y unas horas después en Yara, lanzado el guante al rostro del adversario, la causa tomó el nombre de aquel sitio y se le llamó entonces Grito de Yara.

El 20 de octubre estaban sobre Bayamo. Capitulada la ciudad que fue su cuna, se establece allí la primera capital de la revolución y el primer ayuntamiento libre, en el cual participan, a piel de igualdad, cubanos, españoles honorables y también negros libres. De esa manera va a hacerse la composición social que él quiere, lo que él tan inmensamente desea.

Bayamo no fue sostenible. Poco después, y apresurando como en una filmación la historia, deben abandonarla ante el avance de las columnas militares españolas. La decisión de dar fuego a la ciudad comienza con sus bienes propios y con los de los otros que se dispusieron a hacerlo.

El fuego de Bayamo, percibido en el horizonte por el Conde de Valmaseda, da a él el recuerdo de la voluntad numantina del pueblo cubano: ¡Libres sí, esclavos no; independientes sí, sujetos no!

Había nacido con aquella desobediencia política un movimiento Revolucionario, y al incendio sucedió el éxodo. Había nacido el Ejército Libertador.

El ejército había probado sus armas y, al pie de las gradas de la iglesia de Bayamo, Pedro Figueredo, su compañero de infancia, general también de la revolución, dio letra al himno que poco antes había compuesto, absolutamente permeado por la letra y los acordes del más subversivo que recorría entonces la tierra: La Marsellesa.

De esa manera, avanzó la revolución hasta llegar a la consolidación de la idea con el levantamiento del Camagüey y de Las Villas. Y con representación de estos tres territorios se reúnen en la ciudad de Guáimaro, donde la Asamblea Constituyente lo elige primer Presidente de la República de Cuba en Armas.

Todos cedieron, es la verdad, pero él cedió más: era del criterio de que la revolución debía ser soste-

nida con una mano firme y que era más importante una victoria que un discurso político, que era más importante avanzar y triunfar que cientos de miles de hombres en Oriente, si no éramos capaces de avanzar hacia los confines de Cuba.

Sabía perfectamente que a partir de ese momento quedaba sujeto administrativamente a la Cámara de Representantes y que ella podía sancionar sus propias determinaciones.

De esta manera, el hombre del 10 de Octubre, tal y como lo considera José Martí en su brillante análisis de las personalidades de Céspedes y Agramonte, enfrentará serenamente su destino, un destino que llevó a aquel gobierno peregrino a andar por los montes, mientras que el ejército combatía en los distintos puntos de los frentes abiertos por un adversario temible, un adversario que defendería como un tigre a su último cachorro.

Todo siguió así, hasta que el 27 de octubre las contradicciones estallaron, era el año 1873. Antes, el 11 de mayo, una noticia le había sorprendido y le había descorazonado. Con la muerte de Ignacio Agramonte en Jimaguayú, se derrumbaba el Sucre de esta historia, el que podía continuarlo con un avanzado pensamiento civil, moral y alta competencia militar. La muerte de Agramonte descabeza la continuidad, y de esa forma se prepara Céspedes para su propio destino.

El 27 de octubre de 1873 es depuesto en un lugar llamado Bijagual, un sitio que hoy está cubierto por las aguas de una presa realizada por la Revolución Cubana, una presa que lleva su nombre, como si las aguas de aquel inmenso lago pudiesen borrar el agravio que significó para Cuba no la pérdida de un presidente, sino el descabezamiento de un líder; la caja de Pandora se había abierto, la desunión finalmente los perdería.

Peregrino detrás de la Cámara, viviendo ya en absoluta pobreza, despojado de todo bien material, algunos que le ven en aquellos días finales de su vida lo consideran un anciano.

El “viejo Presidente” sube con sus ropas raídas el camino del monte y llega finalmente a San Lorenzo, no lejos de aquí, al final, entre aquellas montañas, está el sitio. Una traición llevó hasta aquel lugar a los que le perseguían y buscaban en él la prenda preciosa, pues jamás habría podido

ser entregado vivo. “Seis balas tiene mi revólver, cinco para ellos y una para mí”. Allí, el 27 de febrero de 1874, a media mañana, se sintió la presencia del enemigo en los montes. Poco pudo hacer el prefecto, ni tampoco los que se encontraban en el sitio, ni su hijo que había salido a realizar gestiones próximas. Pronto, cerca de la charca donde solía bañarse todas las mañanas, su caballo Telémaco, herido de muerte, cayó sobre aquel sitio. Poco después descargas y el sonido estentóreo de un arma pequeña que disparaba una y otra vez, haciéndose distantes los disparos hasta escucharse el último. Le faltaban 51 días para cumplir 55 años.

Por la independencia de Cuba murieron más de 20 miembros de su familia. El primero, su amado hijo Oscar, sacrificado por su negativa de entregarlo a cambio de la deposición de sus ideas, y por último el golpe mortal, poco antes ya de su muerte, cuando se conoce de la aprehensión de los expedicionarios del *Virginus*, traídos a Santiago, reclusos en el Castillo del Morro, fusilados en las paredes del matadero de esta ciudad, y entre ellos su hermano, el general Pedro Céspedes, exgobernador de Oriente, y su sobrino, hijo de Manuel de Quesada, hermano de Ana, su esposa querida.

El 25 de marzo aquí, en un día tormentoso del año 1879, cuando apenas se escuchaban los ecos de la Protesta de Baraguá, algunos patriotas, incluyendo dos exesclavos suyos y alguien que había marcado el sitio de la fosa común, abrieron el lugar y encontraron los restos inconfundibles. Uno de ellos exclamó, al ver el cráneo levantado: “¡Es él!” Llevado a un nicho anónimo, fue conservado hasta el día en que Cuba podía rendirle el tributo, y el tributo fue ofrecido por don Emilio Bacardí Moreau y por su esposa doña Elvira Cape, que tanto hicieron por Santiago de Cuba, al convocar una cuestación pública para levantar el monumento que hoy, exaltado, ha sido colocado en este sitio. Esto ocurrió en el año 1910.

Como *Vidas paralelas* de Plutarco, fue la historia de la gran mujer cuyos restos han sido conducidos hoy también a su digno sepulcro: Mariana Grajales Coello, nacida en julio de 1815, en el seno de una familia de libres, hija de ascendientes dominicanos, viene al mundo en Santiago de Cuba. Su educación:

la que le era permitida a las muchachas de su raza y de su condición social en aquella etapa. Joven contrae matrimonio con Fructuoso Regüíferos y pronta fue su viudez; con sus hijos de esa unión y con los de Marcos Maceo posteriormente, traerá 14 al mundo. De esos 14 hijos una murió poco después y otro murió un poco más tarde.

De esa manera, cuando se produce el alzamiento en Majaguabo, en San Luis, el 12 de octubre de 1868, en la finca de nueve caballerías que tenía allí Marcos Maceo y su familia, Mariana se va a convertir en la protagonista principal de esta escena. Habiendo criado a sus hijos en el rigor de sus costumbres, en la fiereza de sus tradiciones y el dominio que tenía de la educación y del que debía imponerse a un grupo numeroso de jóvenes varones, toma la trascendental decisión de convocarlos a todos aquel día, después de que un destacamento patriótico tocó a sus puertas pidiendo comida, armas y, desde luego, hombres. A ese llamamiento saldrían tres de sus hijos, entre ellos el primogénito de su matrimonio con Marcos: José Antonio de la Caridad Maceo y Grajales. Se dice que allí —y así está en el hermoso monumento en La Habana a Antonio Maceo, en el altorrelieve que lo preside—, tomó de la pared de la sala un crucifijo y dijo a todos: “De rodillas todos, padres e hijos, delante de Cristo, que fue el primer hombre liberal que vino al mundo, juremos libertar la patria o morir por ella”. Todos salieron a la lucha. El primero en caer en ella fue su esposo Marcos, y cuentan, si no fue de las heridas inmediatamente, otros afirman que en un hospital sus últimas palabras fueron: “He cumplido con Mariana”.

De sus hijos, en esa gran contienda de 10 años, cuatro mueren en la lucha, además de su esposo, ya citado, y cuando vuelve la demanda, más allá de la Protesta, en lo que es llamada Guerra Chiquita, tres de ellos están altamente comprometidos, esperando la llegada de Antonio, entre ellos el joven Rafael y también, desde luego, José Marcelino. Son apresados finalmente y, en altamar, incumpliendo lo pactado, trasladados prisioneros y llevados a las cárceles militares en el sur de España y finalmente al presidio de Chafarinas, donde muere Rafael, general de brigada del Ejército Libertador. Ese

fallecimiento le fue ocultado a ella para no agregar a sus tantos sufrimientos uno más.

Después de la Protesta y de su salida de Cuba, vivirá en Kingston, Jamaica, y su casa se convirtió, como en Costa Rica la de Antonio y sus compañeros, en un centro de peregrinación de los cubanos. Allí la visita José Martí, por vez primera en 1892. Confiesa que la vio dos veces y que se impresionó por el carácter, la bondad, el brillo refulgente de los ojos y cómo al contársele cosas de Cuba se levantaba del sillón y vagaba por el hogar recordando los días de gloria, quizás rodeada de la memoria de todo lo que en esa lucha había perdido y por el deseo fervoroso de que se volviera una vez más a luchar y a combatir.

En esa visita de Kingston, Martí hace una hermosa semblanza de ella, semblanza que va a repetir luego de que se conozca su fallecimiento el 27 de noviembre de 1893. Cuando deposita simbólicamente una corona a nombre de *Patria*, el periódico unitario que él había fundado para su partido, para dirigir la revolución militar y política de Cuba, coloca en la cinta de la corona esta palabra: "Madre." Y ese concepto y esa expresión de Madre es abarcadora. Ella tenía 78 años, era el *Alma Mater*, el alma de la madre; era la *Mater Patria*, la Madre de la Patria.

En 1923 se promoverá el regreso de sus restos a Cuba. Ya entonces quedaba en el pasado la última y gloriosa hazaña. Ella no vivió para ver la muerte de José ni tampoco la muerte de Antonio, caído en el apogeo de su gloria a los 51 años en el occidente de Cuba, a las puertas de La Habana, marcando en esa simbólica balanza, entre el sepulcro de José Martí, —nacido en el corazón de La Habana, hijo de español y española—, y allá en La Habana el sepulcro de Antonio Maceo, jamás encontrado, en el Cacahual, lugar de peregrinación de la gloria militar y combativa, junto a los del hijo de Máximo Gómez, Francisco Gómez Toro, su ayudante, sacrificado por no abandonar el cuerpo de su jefe y padrino.

De esta manera, cuando volvieron a la patria los hijos de Mariana, solo volvieron cuatro, tres varones y una hembra. Esa hembra, Dominga, será la que vaya en el buque de la república, *Baire*, a buscar sus restos en 1923, y son depositados entonces en este cementerio de Santa Ifigenia, velados antes en el

Ayuntamiento de Santiago, en medio de una gran solemnidad y de una multitud nunca antes vista.

Esta historia nos lleva directamente a la última piedra extraída de este sitio en que testigos graníticos evocan un cataclismo de la naturaleza. Una piedra enorme fue colocada, en aquel suceso inimaginable, sobre lo alto de una prominente elevación y otras muchas quedaron en el campo. De ellas una fue escogida y fue colocada en ese sitio, y en su interior usted, General Presidente, depositó un día los restos de su amado hermano, líder y conductor de la Revolución Cubana, Fidel. En esa urna y en esa piedra de granito está la voluntad de este pueblo de continuar esta historia.

Él dijo y afirmó categóricamente en su alegato, dicho cerca de aquí, en el hospital convertido en sala de tribunal, que José Martí era el autor intelectual del asalto. Por eso allí, tras de él, en impresionante retablo, están los compañeros que se atrevieron a abrir la enorme brecha en aquel muro de una sociedad, al parecer, impenetrable. Fue su talento, su voluntad de renunciar, como Céspedes, a todos los bienes temporales. No nació precisamente de una condición de pobre, necesitado y rencoroso de una sociedad más altiva, no; nació en finca prominente, tuvo estudios distinguidos, tuvo a su vez todos los atributos del talento, la oratoria, la figura y, sin embargo, todo esto lo subordinó al ideal de continuar el camino de los padres de la Patria.

Esa piedra es la continuación de la única revolución en la que hemos vivido, la revolución iniciada por Céspedes el 10 de octubre de 1868 y que continuamos hoy, bajo la dirección de Raúl. Tres veces ha llevado usted la urna: la primera vez conteniendo las cenizas de su amada esposa Vilma, en el Segundo Frente, heroína de la Revolución, autora intelectual de la unidad de la mujer cubana.

Usted, Teresita, al depositar hoy los de Mariana, lleva en sus manos no solamente los restos de esa heroína, sino también el espíritu de Vilma que fue su mentora.

Ya en 1965, en la escalinata de la Universidad, ante especulaciones sobre las razones de los próceres, Fidel afirma categóricamente, en frases definitivas: "Nosotros entonces habríamos sido como

ellos. Ellos hoy habrían sido como nosotros”. Esa conjunción dialéctica la explicará luego en tres lecciones históricas magistrales: la primera, el 10 de octubre de 1968 en Demajagua, en ese lugar conmemora el primer centenario de la lucha por la independencia. La segunda, el 11 de mayo en Jimaguayú, en 1973, en que define la forma del análisis histórico y da continuación perfecta a lo que es la perla más preciosa de su última y grande aspiración, la que tuvo Céspedes, la que tuvo Martí: la de la unidad nacional en torno a la idea. Y, finalmente, el gran discurso del 15 de marzo de 1978, bajo los Mangos de Baraguá, donde jura continuar la obra de aquel Titán que a los 33 años sorprendió a su adversario por su juventud, por su apolínea figura y por su voluntad de servicio.

El próximo año se cumplirá el 150 aniversario del 10 de Octubre; el próximo año es de gran celebración para Cuba. El llamamiento de la Academia de la Historia, del Instituto de Historia, de la Unión de Historiadores de Cuba, de los maestros cubanos, es solemne en este día: conmemorar dignamente cada acontecimiento, desempolvar cada documento, dar brillo al mármol de las tumbas y de los mausoleos que, como en Santa Ifigenia, heroína del panteón griego y cristiano, aparezca al fondo un bosque de banderas cubanas sobre la tumba de cada mártir, de cada heroína, de cada héroe, que florezcan y crezcan las palmas bellas de Cuba.

En este día tan hermoso agradecemos a todos los que han cumplido y los que han trabajado abnegadamente día y noche para que esta inolvidable mañana sea posible.

Y ahora detengámonos un momento en la tumba del iniciador y veamos allí la escultura hermosa de Cuba que en su bella figura levanta un laurel para extenderlo al pie de su retrato: Padre, un día te trajeron a Santiago con ropas raídas, ensangrentado y desecho; eras joven, pero habías envejecido en el dolor, en el sufrimiento, en la ingratitud, pero jamás te abandonó la esperanza. Tú rechazaste una vez, con pala-

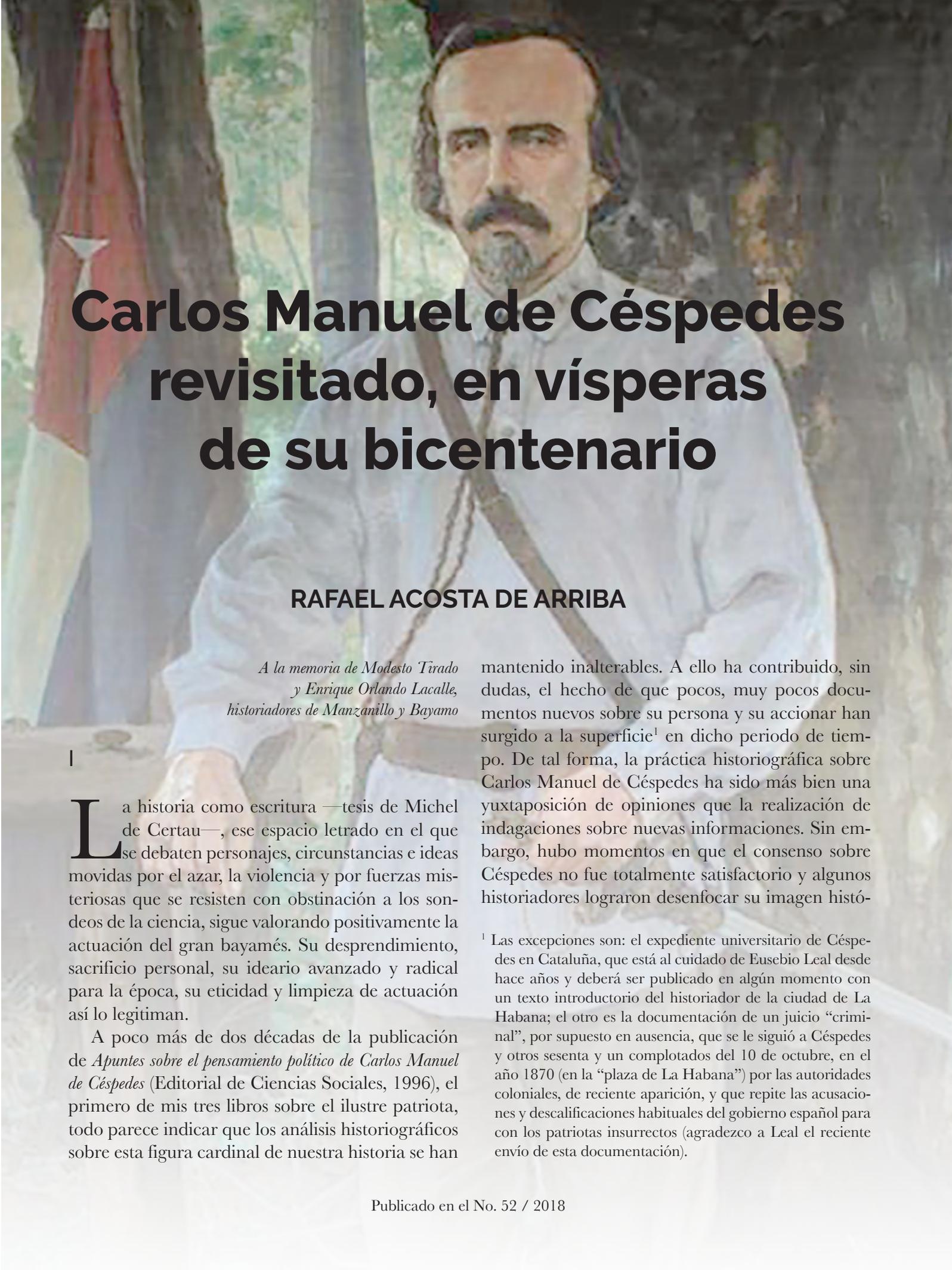
bras gentiles, a las mujeres cubanas la ofrenda de la espada que hoy se ha colocado al lado de tu urna, pero dijiste a ellas que no querías legar a tus hijos ningún bien material, sino tus ideas, tu voluntad y que ella, la espada, sería una posesión futura de la nación libre. Esto se ha cumplido.

Cuando te trajeron desecho, tus zapatos estaban cosidos con alambre. Nada podía identificar lo que latía en aquel cuerpo con los ojos grandes y abiertos como los del Che.

Muchas gracias. ■

Periódico *Granma*, Miércoles, 11/octubre/2017



A portrait of Carlos Manuel de Céspedes, a man with a mustache and goatee, wearing a light-colored shirt and a dark sash. He is standing in front of a red flag with a white star. The background is a textured, slightly blurred outdoor setting.

Carlos Manuel de Céspedes revisitado, en vísperas de su bicentenario

RAFAEL ACOSTA DE ARRIBA

*A la memoria de Modesto Tirado
y Enrique Orlando Lacalle,
historiadores de Manzanillo y Bayamo*

La historia como escritura —tesis de Michel de Certeau—, ese espacio letrado en el que se debaten personajes, circunstancias e ideas movidas por el azar, la violencia y por fuerzas misteriosas que se resisten con obstinación a los sondeos de la ciencia, sigue valorando positivamente la actuación del gran bayamés. Su desprendimiento, sacrificio personal, su ideario avanzado y radical para la época, su eticidad y limpieza de actuación así lo legitiman.

A poco más de dos décadas de la publicación de *Apuntes sobre el pensamiento político de Carlos Manuel de Céspedes* (Editorial de Ciencias Sociales, 1996), el primero de mis tres libros sobre el ilustre patriota, todo parece indicar que los análisis historiográficos sobre esta figura cardinal de nuestra historia se han

mantenido inalterables. A ello ha contribuido, sin dudas, el hecho de que pocos, muy pocos documentos nuevos sobre su persona y su accionar han surgido a la superficie¹ en dicho periodo de tiempo. De tal forma, la práctica historiográfica sobre Carlos Manuel de Céspedes ha sido más bien una yuxtaposición de opiniones que la realización de indagaciones sobre nuevas informaciones. Sin embargo, hubo momentos en que el consenso sobre Céspedes no fue totalmente satisfactorio y algunos historiadores lograron desenfocar su imagen histó-

¹ Las excepciones son: el expediente universitario de Céspedes en Cataluña, que está al cuidado de Eusebio Leal desde hace años y deberá ser publicado en algún momento con un texto introductorio del historiador de la ciudad de La Habana; el otro es la documentación de un juicio “criminal”, por supuesto en ausencia, que se le siguió a Céspedes y otros sesenta y un complotados del 10 de octubre, en el año 1870 (en la “plaza de La Habana”) por las autoridades coloniales, de reciente aparición, y que repite las acusaciones y descalificaciones habituales del gobierno español para con los patriotas insurrectos (agradezco a Leal el reciente envío de esta documentación).

rica. Gracias a los estudios de acuciosos investigadores se logró recolocar de nuevo su imagen y se regresó a la apreciación objetiva sobre su figura. Primero fue el anticespedismo puro y duro surgido en el siglo XIX, después, las pobres valoraciones historiográficas durante el siglo XX y sobre todo los panegiristas y escritores de ocasión.

En los años posteriores a 1959 se puso en práctica, en particular durante los sesenta y setenta del siglo XX, una historiografía preñada de un pseudo marxismo de manual (soviético desde luego), en la que Céspedes quedó reducido prácticamente a su condición de *terrateniente dueño de esclavos, o miembro del ala derecha de la revolución*, sometido dócilmente a las limitaciones de clase, que parecía por momentos una continuación o resurgimiento del viejo anticespedismo decimonónico, pero que afortunadamente fue conjurada y no tuvo mayores implicaciones. Es lo que en su momento Alejandro de la Fuente denominó “historiografía de emergencia” y que, de acuerdo con su juicio, no cumplió su objetivo, pues si por una parte no aprovechó adecuadamente el caudal de conocimientos precedentes, por la otra, en su afán reinterpretativo llegó a subordinar las evidencias históricas concretas a esquemas teóricos preestablecidos, nacidos de interpretaciones dogmáticas del marxismo. En el interesante trabajo *Uso, disfrute, y abuso de Clío*, Alejandro de la Fuente agregó que, al subordinar la historia como ciencia a los requerimientos coyunturales y a la inmediatez de la propaganda política, la llamada “historiografía de emergencia” perdió gran parte de su riqueza creadora en aras de un mal entendido trabajo ideológico.

Un poco antes, Pedro Pablo Rodríguez había escrito que los estudios historiográficos de la época revolucionaria no habían satisfecho plenamente las expectativas, y consideraba que en el fondo de ese desaprovechamiento se hallaba una concepción errada de los estudios históricos, en los que no se acababa de entender cabalmente el sentido científico de estos. Rodríguez afirmaba que se había insistido en el alcance ideológico, pero no en sus aspectos cognoscitivos. Valdría la pena agregar que la referida subordinación a lo inmediatamente

político lastró, no solo el valor historiográfico del análisis, sino también la posibilidad de aportar un conocimiento válido y de rigor. La historia, más que memoria, es la crítica de esa memoria, algo que fue olvidado por esas tendencias.

A casi doscientos años de su nacimiento, Carlos Manuel de Céspedes sigue siendo, desde la perspectiva que se utilice, el hidalgo liberal y el independentista radical que supo dar los primeros y difícilísimos pasos para que en Cuba se produjera la primera de sus revoluciones independentistas. Este texto intenta revisitar el análisis de su pensamiento y el lugar que ocupa en la historia del país.

II

Los biógrafos, como se sabe, no aportaron gran cosa al estudio del pensamiento cespeditano; más bien enfatizaron en la vida, en los hechos, en los avatares del hombre que desempeñó el rol principal durante los cinco primeros años de la guerra de independencia y acaso en su formación intelectual. René Lufriú, Rafael Esténger, Herminio Portell Vilá, Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, y Leonardo Griñán Peralta estudiaron la vida, mas no centraron demasiada atención en las ideas del bayamés.² Muy sucintamente, puede decirse que Lufriú habló más bien de un sentimiento patriótico y no de una ideología en Céspedes y en los demás precursores. Para él lo del 68 fue instintivo, impulsivo, embrionario, es decir —y utilizo sus términos—, “carente de ideología”. En su interesante libro, al concluir afirma algo verdaderamente desconcertante: “la labor revolucionaria es posterior al Zanjón”. Para este autor, Céspedes

² Las biografías son: René Lufriú, *Carlos Manuel de Céspedes, redentor de los esclavos y Padre de la Patria Cubana*; Rafael Esténger, *Céspedes, el precursor*; Herminio Portell Vilá, *Carlos Manuel de Céspedes, presidente de Cuba Libre*; Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, *Carlos Manuel de Céspedes*; Leonardo Griñán Peralta, *Carlos Manuel de Céspedes, Análisis Caracterológico*. La mínima biografía de José Joaquín Palma, que fue revisada por el propio biografiado, es una sucinta relación de datos y no una valoración del accionar del hombre en la historia, menos de sus ideas.



fue el rebelde, no el revolucionario (que sí lo fue Martí según su análisis), fue sin dudas el “iniciador, cabecilla e insurgente”. Aunque lo reconoce como demócrata radical, para Lufriú, Céspedes fue un hombre movido sólo por un ardiente patriotismo “sin más linterna iluminante”. Aún Albert Camus, François Furet y Octavio Paz no habían escrito sus interesantes reflexiones sobre las diferencias entre “revuelta” y “revolución”, y por ende, entre “rebelde” y “revolucionario”. Cuando Lufriú escribió su biografía sobre Céspedes faltaban todavía dos años para el comienzo de la Revolución de Octubre en Rusia, por lo que dichas disquisiciones teóricas se encontraba virtualmente en estado virgen.

Por otra parte, Rafael Esténger, en el libro mejor escrito de todas estas biografías, vio más claro el empeño del 68 ligado al esfuerzo independentista suramericano y como resultado de las ideas liberales provenientes de Europa. Sin embargo, calificó el Manifiesto del 10 de Octubre como un documento hijo de un realismo político marcado por el conservadurismo.

Portell Vilá, quizá el que más objetivamente ponderó el pensamiento de Céspedes, habló

de ideales americanistas en su ideario, pero no desarrolló ni profundizó esta reflexión. Griñán Peralta, a su vez, afirmó que “nadie ignora que Céspedes fue republicano y liberal”, y aunque sí lo consideró un revolucionario, concentró todo su esfuerzo exegético en la valoración de su praxis presidencial y no en su ideología. El aporte de Griñán Peralta al tema residió en condensar en doce páginas de su interesante libro algunos conceptos e ideas de Céspedes sobre determinados tópicos. Este autor se interesó, fundamentalmente, en analizar la personalidad del hombre y su relación e interrelación con los demás protagonistas del 68, o sea, su caracterización psicológica.

Esto es en cuanto a las biografías publicadas, pero hay otros textos de carácter biográfico muy poco conocidos: estoy pensando en una semblanza biográfica de la autoría de José Maceo Verdecia (inédito), otro de Rodolfo Verges Tabares (manuscrito existente en la Biblioteca Nacional, inédito también), y un tercero a la firma de Albert Savigne (publicado en la *Revue Britanique*, París, 1889), en los que tampoco se hacen valoraciones sobre el pensamiento cespeditano.

Posteriormente se sumaron los intérpretes y analistas de la Guerra Grande, quienes nos legaron un espectro amplio de valoraciones, muy ricas en los trabajos de algunos autores, pero no precisamente referidas a la ideología independentista y menos aún al pensamiento del hombre del 10 de Octubre. Salvo un viejo artículo de Ramiro Guerra publicado en el periódico *El Diario de la Marina* en 1945, y los párrafos que le dedicó Jorge Ibarra Cuesta en *Ideología mambisa*, no existía una valoración de conjunto de sus ideas hasta la aparición de la “Introducción” a la compilación de los escritos de Céspedes, en tres tomos, realizada por Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, y publicada en 1986 (por la editorial Ciencias Sociales).

Con anterioridad, un historiador de la talla de Raúl Cepero Bonilla descalificó de manera extrema la condición revolucionaria del bayamés.³ Todos estos antecedentes provocaron que la doctora Hortensia Pichardo, una de las mayores concedoras de la figura de Céspedes en el gremio de los his-

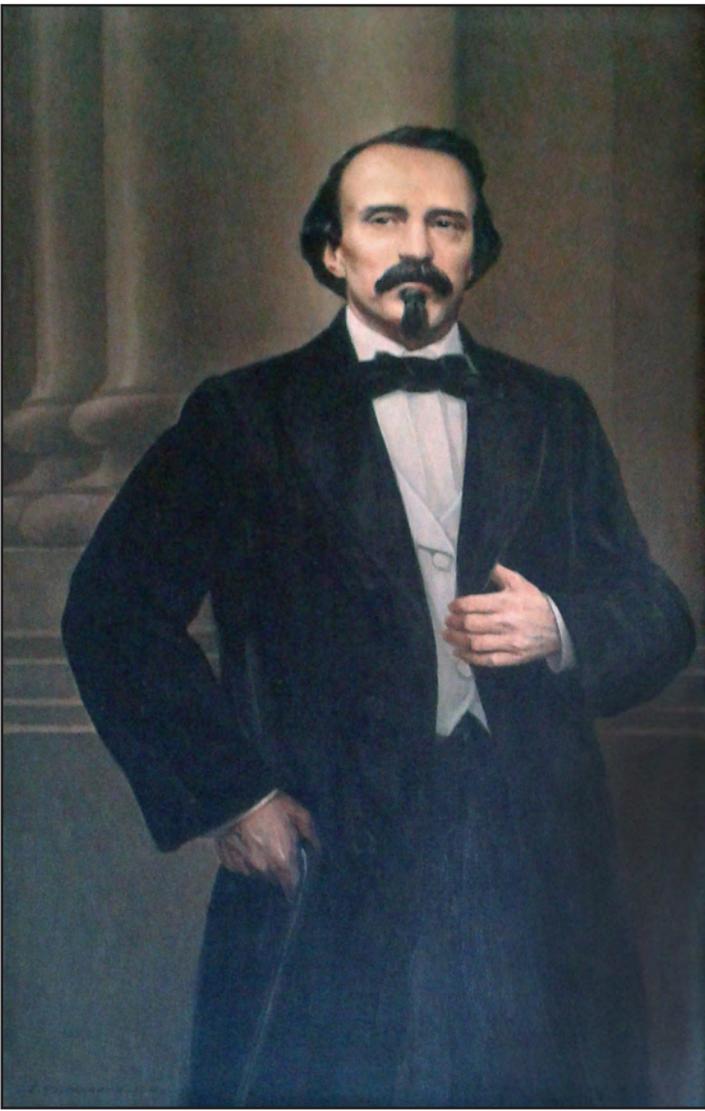
³ Raúl Cepero Bonilla y Sergio Aguirre escribieron críticamente sobre Céspedes. El primero, en su trascendental libro *Azúcar y abolición*, publicado en 1948 (con reedición en 1959), sometió la figura de Céspedes a juicios que rayaban con el extremismo del análisis histórico. No quiero —entiéndase bien— desdorar ese texto, que sin lugar a dudas fue todo un acontecimiento en la historiografía nacional, fundamentalmente por su osadía, la utilización de la teoría marxista de análisis y la polémica que suscitó en los predios de historiadores. En 2008 se realizó en el Instituto Juan Marinello un evento en homenaje merecido a Cepero Bonilla y allí se analizaron exhaustivamente algunas de estas cuestiones (ver el libro *Raúl Cepero Bonilla y la subversión de la historia*, Instituto de Investigación Cultural Juan Marinello, La Habana, 2009). Coincido con Jorge Ibarra, en que Cepero, en su afán de desenmascarar a los pensadores reformistas y denegar la actuación cimera que les atribuía la historiografía burguesa en la liquidación de la esclavitud, oscureció el desempeño de Céspedes en el primer año de la guerra y lo situó en una posición francamente conservadora, como un fiel partidario de la abolición gradual, encadenado sin remedio por compromisos de clase con los grandes propietarios de esclavos de Occidente, es decir, con la clase. De acuerdo con la interpretación de Cepero, el abolicionismo de Céspedes no se diferenciaba del que propugnaron los comisionados de la Junta de Información. Tengo presente una conversación con Moreno Fragnals a inicios

toriadores cubanos, dijera en 1992, en el prólogo al último diario de Céspedes, publicado con el título de *El diario perdido*: “El pensamiento de Carlos Manuel de Céspedes es poco o más bien desconocido. Los cubanos no saben casi nada de sus ideas acerca de los grandes problemas del país en aquel entonces”. Realmente no se trataba solo de un déficit en el estudio del pensamiento del hombre principal del 68, sino que esta insuficiencia era, y es, extensiva al independentismo de la Guerra de los Diez Años, es decir, al ideario de los hombres que hicieron detonar y lideraron la primera de nuestras batallas decimonónicas por la independencia. Aún se encuentra pendiente, por ejemplo, un análisis integral del pensamiento de Francisco Vicente Aguilera, en quien el investigador Ramón de Armas encontró ideales antillanistas bien definidos.

Un caso paradigmático es el libro *Céspedes. De Yara a San Lorenzo*, de Enrique Ros (publicado por Ediciones Universal, Florida, E.U, 2010), en el que la vida del hombre del 10 de octubre quedó reducida a una relación continua de sus hechos, a veces sin un orden lógico, y en el que su pensamiento es marginado por completo. En contraposición a esa interpretación, un libro más reciente, *Con un ojo en Yara y otro en Madrid. Cuba entre dos revoluciones*, de Mercedes García (Editorial de Ciencias Sociales, 2012), refuerza una visión objetiva de la figura de Céspedes y lo coloca, atinadamente a mi juicio, en el epicentro de los hechos históricos en los que actuó, poniendo un acento especial en las interacciones entre la política peninsular y la batalla independentista de la Isla. Para esta autora no hubo dudas sobre la dimensión de estadista y de hombre de ideas, no solo de acción, de Carlos Manuel de Céspedes.

Se anuncia por el Instituto de Historia de Cuba una nueva y extensa biografía de Céspedes, de cinco tomos, a cargo del investigador bayamés Aldo Naranjo. Habrá que esperar a su publicación.

A su vez, los estudios panorámicos sobre el desarrollo de las ideas en Cuba por lo general omitieron o concedieron muy poca importancia al movimiento de ideas generado en la década fundacional. De manera que la relación de la revolución de 1868-1878 con el pensamiento político cubano



ha sido estudiada insuficientemente o enfocada solo desde la perspectiva de una influencia mayor del romanticismo. Igualmente, es bueno destacar en este punto los análisis panorámicos sobre la historiografía cubana, realizados por Jorge Ibarra Cuesta y Oscar Zanetti a finales de los años noventa del pasado siglo, los que señalaron al sector de las mentalidades como el menos desarrollado dentro de la historiografía social cubana. Lo cierto es que se había omitido durante mucho tiempo una tesis central planteada por Ibarra Cuesta en su ya mencionado libro, a saber: la ideología independentista está indisolublemente ligada al proceso de formación de la nación cubana.

III

Paso ahora a una rápida caracterización del liberalismo cespediano. La formación cultural de Céspedes fue sólida. Imbuido en los clásicos: Cicerón,

Horacio, Marcial, Virgilio, Plutarco, y en otros más cercanos en el tiempo, como Dante, Garcilaso, Quevedo, Calderón, Kant, Milton y Hugo Fóscolo, pues existen indicios o pruebas de que leyó a esos autores, también dominó el latín, italiano, francés, inglés, todos con soltura; fue lector voraz de periódicos y revistas de su época y, a su vez, autor de poemas y artículos que publicaba en la prensa de la Isla; Céspedes se convirtió en un activo promotor cultural al crear las Sociedades Filarmónicas de Bayamo y Manzanillo (han surgido recientemente opiniones que niegan este dato) y potenciarlas, organizó puestas en escenas teatrales y actuó él mismo en ellas, o tradujo textos de otros idiomas para su escenificación. El bayamés fue —y ahora utilizo una frase de Fernando Figueredo— “el director nato de todo cuanto significaba cultura, progreso e ilustración”. Completó su instrucción con el estudio autodidacta de las matemáticas —la forma griega de la inteligencia antigua, al decir de René Thom— y no la detuvo en los azarosos años de la guerra independentista, pues en su diario y en los de algunos de los hombres que lo acompañaban en la comitiva presidencial (además del muy interesante testimonio del periodista irlandés James O’Kelly), se aprecia la dedicación de tiempo, robado al descanso, para realizar tertulias literarias y leer la prensa, la cual lograba recibir desde el extranjero.

Hombre culto, pensó con mesura su país, y lo pensó libre e independiente, no cayó en tentaciones autonomistas o anexionistas por más atractivo que pudo resultar a todo hombre liberal el poderoso vecino del Norte con sus modernas instituciones democráticas y el culto a los derechos individuales, conceptos que le eran muy caros a Céspedes. Cuando se enfrentó al dilema de evolución o revolución, eligió conscientemente lo segundo, pues concluyó que la solución reformista estaba agotada. Cuando inició su praxis como presidente de una república itinerante, vislumbrada más que cierta, diseñó en su mente la verdadera república que concibió con todos los aditamentos de una nación moderna y puso el énfasis mayor en el carácter civilista de esta. En todo momento Céspedes estuvo pensando su país, lo

moldeó como un escultor, lo trazó como un arquitecto. Hay mucho de artista en su concepción de la república cubana, quizás tanto de la inspiración del poeta como de la precisión del jurisperito. Cuando el organizador de la revolución de 1895 escribió sobre Céspedes la siguiente imagen literaria: “Asistió en lo interior de su mente al misterio divino del nacimiento de un pueblo”, nos estaba ofreciendo, en una espléndida pincelada, lo que significó el intenso meditar por Céspedes del país que trataba de establecer, el estremecimiento y agonía de ese esfuerzo personal. Y es que todo el afán reflexivo de ese hombre significó mucho para las ideas, el espíritu civilista y la cultura cubana. Martí ciertamente lo advirtió con claridad, Céspedes había pensado con mesura la nación y la república, había reflexionado sobre ellas con ponderación, y las vislumbró definidas y nítidas en sus cavilaciones durante la década fundacional.

Desde luego que aquella preocupación por una nueva Cuba no surgió espontáneamente. Céspedes desde sus años mozos ya reflexionaba sobre el tema. En un poema autobiográfico, escrito siendo apenas un jovencito, se leen estos versos significativos:

Quise ser el apóstol de la nueva religión
del trabajo y del ruido,
y ya lanzado a la tremenda prueba
a un pueblo quise despertar dormido,
y ponerlo en la senda con presteza
de virtud, de la ciencia y la riqueza.

En este poema hay otros dos versos muy sugerentes:

...soñé en reformas de hombres y costumbres.

Y ya finalizando el poema:

...somos los minadores que una brecha
abren pausados en la noche oscura [...].⁴

⁴ *Carlos Manuel de Céspedes. Escritos*. Compilación y prólogo de Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, tomo I, p. 406. El poema se titula “Contestación” y versifica un recorrido por su vida hasta los veintitantos años

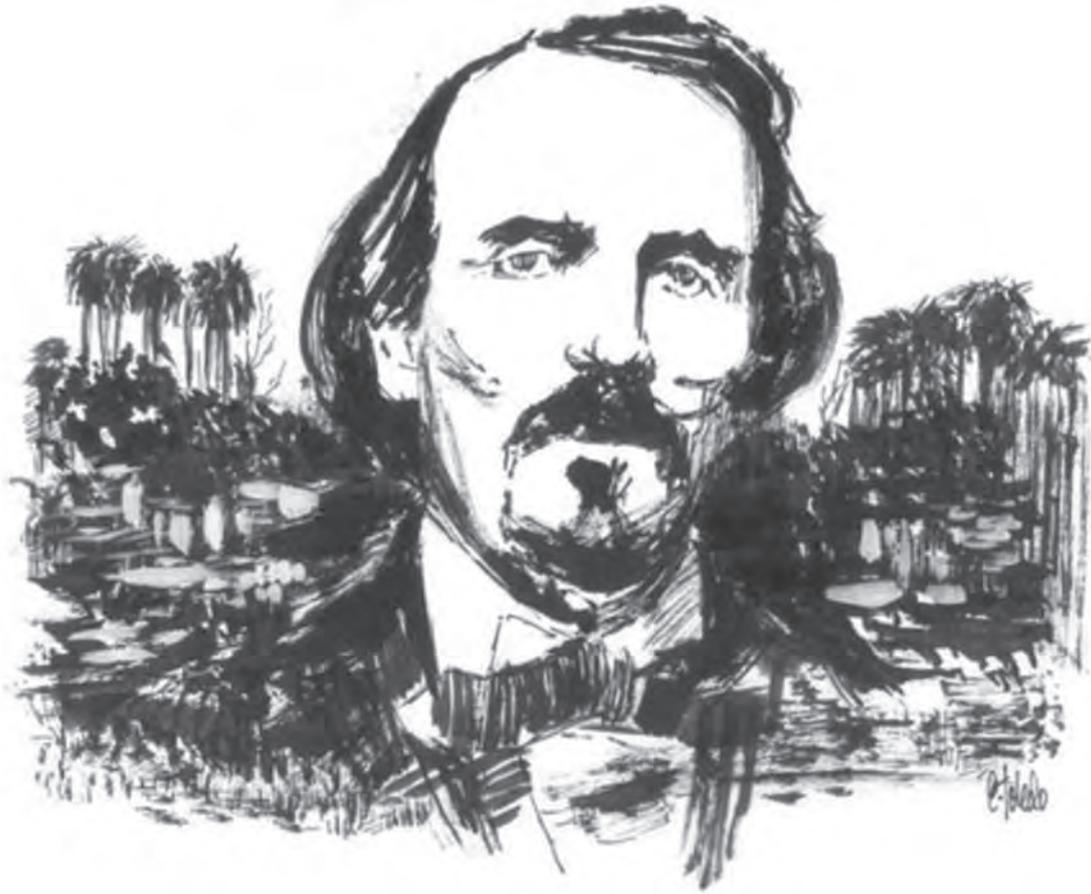
Todo el bagaje cultural y la impresión directa que recibió en los diversos países visitados al término de sus estudios de derecho en España, donde se encontraban en pleno apogeo las ideas liberales, socialistas y anarquistas, así como un impetuoso desarrollo industrial, son captados y aprehendidos por el joven cubano. Mary Ruiz de Zárata vio en los citados versos de Céspedes —cuando este menciona “la nueva religión del trabajo y del ruido”— una referencia a ideas socialistas utópicas. Pienso diferente, considero que más bien alude al influjo industrialista del capitalismo, epítome del desarrollo del momento mundial. No es muy difícil tampoco colegir los códigos principales de la doctrina liberal de la época mezclada con el aliento inefable del romanticismo, cuestión que se aviene aún más con los preceptos del liberalismo, pues como expresó Harold J. Laski —autor de un texto antológico⁵ sobre esta corriente de pensamiento—, hubo en el temperamento liberal un resabio de romanticismo, cuya importancia es considerable. Rousseau, el más influyente de los prerrománticos y, sobre todo, Víctor Hugo, fueron los paradigmas de la fusión de ambos alicientes, estados de ánimo o corrientes intelectuales, como se les quiera llamar.

Ya se ha señalado que la estancia de Céspedes en Europa fue de una gran importancia para la formación de sus concepciones liberales. Así lo reflejó en su vigoroso alegato al Partido Republicano Español en 1872, cuando dijo: “Muchos de nosotros aprendimos en vuestras aulas universitarias, cuán absurdo es el derecho de conquista [...] nunca el derecho de la fuerza, podrá ser aceptado por código alguno”.⁶ Algo similar le ocurrió antes a Félix Varela, quien en la propia Corte española reflexionó sobre la contradicción metrópoli—colonia.

Si se quiere tener una idea del nivel de elaboración que alcanzó el pensamiento de Céspedes, visto a la luz de las tesis y conceptos liberales, bastaría leer algunas citas.

⁵ Harold J. Laski, *El liberalismo europeo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

⁶ Ob. cit (4), t. II, p. 355.



...la emancipación de América de la tutela de Europa, ha llegado a un grado de desarrollo tal, y se ha hecho tan fuerte y tan popular, porque la bandera a cuya sombra se congregaron los pueblos para combatir, fue la bandera de la democracia [...].⁷

La libertad más radical es la piedra angular en que se asienta y en que se sostendrá nuestra República: porque yo me atrevo a responderos de los demás, y en cuanto a mí, el mundo lo sabe y permitidme que hoy os lo repita, la forma invariable de mi política es y será el respeto absoluto de los derechos del pueblo.⁸

Pero es en su informe al presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos, donde su resolución republicana y radicalismo liberal quedan expuestos como un es-

tandarte ante el representante del país que gozaba en aquellos tiempos de las instituciones democráticas más avanzadas y prestigiosas del mundo.

...la Revolución Cubana ya vigorosa es inmortal; la República vencerá a la Monarquía; el pueblo de Cuba, lleno de fe en sus destinos de libertad, y animado de inquebrantable perseverancia en la senda del heroísmo y de los sacrificios, se hará digno de figurar, dueño de su suerte, entre los pueblos libres de América.⁹

Este documento puede ser considerado, sin dificultad alguna, como el primer ensayo político escrito desde la posición independentista en la historia de las letras en Cuba, en el que se analizan y establecen los postulados de la nación cubana a partir del mesurado examen que realizó Céspedes de la República en Armas, su composición, estruc-

⁷ *Ibíd.*, p. 206.

⁸ *Ibíd.*, p. 208.

⁹ *Ibíd.*, p. 264.

tura y perfiles, así como de la valiente apelación que, en los párrafos finales, hizo a los demócratas y liberales norteamericanos para que prestasen su concurso a los patriotas cubanos.

Estamos hablando de un hombre que desde 1851 estuvo pensando en un levantamiento armado contra España, y que en 1855 diseñó la toma de Bayamo y Manzanillo por medio de una insurrección, es decir, nos referimos a un rebelde en potencia que diecisiete años antes del 10 de Octubre de 1868 consideró y maduró permanentemente la idea de la ruptura con España a través de una rebelión. Quizás esto explique que, cuando los acontecimientos se precipitaron en 1867 y 1868, Céspedes fuera la persona cuyos rasgos de carácter, cultura política y dotes de liderazgo resultaron los más idóneos para encabezar el turbión revolucionario.

Las relaciones con el mundo exterior ocuparon un espacio importante en sus reflexiones, tanto para los tiempos de guerra, como para los hipotéticos después que esta concluyera. Una vez comenzada la insurrección y luego de percatarse del número incontable de dificultades y problemas creados, como la desunión de los patriotas, el no reconocimiento de la beligerancia de los cubanos por parte de los Estados Unidos, la apatía de los republicanos españoles, la indisciplina y tendencia al caudillismo de los jefes militares, el abandono de la lucha por los temerosos y la insuficiente organización republicana obtenida en Guáimaro, Céspedes intuyó que el desenlace del conflicto sería demorado y no el rápido triunfo que calculó inicialmente. Entonces no tuvo más remedio que reformular la dirección de su estrategia, diseñó así la república trashumante y virtual, utilizando como escenario la fluctuante población de la manigua insurreccional (es decir, ejército, ejecutivo, camorras y demás personas que vivían en la manigua). Este cambio pragmático resultó ser el boceto primigenio de la República en Armas, el primer esbozo real en la historia de nuestro país de una futura república, la que también, y por otras vías, comenzaba a gestarse en la mente ardiente y lúcida del veinteañero José Martí.

Todo el cuerpo de normativas elaborado por Céspedes, como leyes, decretos presidenciales, re-

soluciones, cartas e instrucciones, y su accionar personal de persuasión y dirección, de control y autoridad con las demás personalidades de la vanguardia patriótica, los jefes militares y los ilustres prohombres de la emigración, fue el entramado que sirvió de cimiento al primer bosquejo real de nuestra república. Las relaciones de este Estado en gestación con el mundo exterior las concibió Céspedes desde la posición de igualdad y soberanía. Internamente definió y practicó una política de concordia entre cubanos y españoles, con participación de gente de color y de clase media, y con representantes de notables en la conducción de los asuntos civiles (la composición del Ayuntamiento de Bayamo que Céspedes estableció una vez liberada esa ciudad en octubre de 1868 así lo atestigua).

Con relación al asunto cardinal de las relaciones de la revolución del 68 con los gobiernos de los Estados Unidos, hay tres momentos claves que permiten conocer el grado de penetración que la sagacidad del hombre del 10 de Octubre tuvo para con la política del poderoso vecino norteamericano. 1870, 1872 y 1874 fueron esos momentos. Veamos:

Por lo que respecta a los Estados Unidos tal vez esté equivocado, pero en mi concepto su gobierno a lo que aspira es a apoderarse de Cuba sin complicaciones peligrosas para su nación y entretanto que no salga del dominio de España siquiera sea para constituirse en poder independiente; ese es el secreto de su política...¹⁰

Esta carta fue dirigida a José Manuel Mestre. El segundo escrito se produce cuando Céspedes decide suprimir la Comisión Diplomática y la Agencia General en los Estados Unidos, creando en su lugar una Agencia Confidencial, en carta a Ramón Céspedes, en la que le dice:

No era posible que por más tiempo soportásemos el desprecio con que nos trata el gobierno de los Estados Unidos, desprecio que iba en aumento mientras más sufrido nos mostrábamos

¹⁰ Ob.cit (4), t. II, pp. 229-230.

nosotros. Bastante tiempo hemos hecho el papel de pordiosero a quien se niega repetidamente la limosna y en cuyos hocicos por último se cierra con insolencia la puerta... no por débiles y desgraciados debemos dejar de tener dignidad.¹¹

Y el tercero de los escritos que me interesa subrayar corresponde a la que probablemente fuese la última carta a Ana de Quesada, cuatro días antes de su muerte, en la que Céspedes escribe, a propósito de la captura del vapor *Virginus*, lo siguiente:

...por consiguiente no me ha cogido de nuevo ni causado ningún efecto lo que me dices en la segunda respecto al arreglo tenido entre esa República [E.U] y la de España... La política del Gabinete de Washington no se me oculta tanto que deje de comprender a donde se dirigen todas sus miras y lo que significan todos sus pasos.¹²

La guerra del 68 se libró en tres escenarios principales, Cuba, España y Estados Unidos, la comprensión de Céspedes de las políticas de los tres poderes involucrados no deja de sorprender por su lucidez. Estados Unidos se convertirá gradualmente en el primer tema de los asuntos exteriores de la Isla en los años futuros, pero en lo que concierne al momento de la guerra de 1868, no cabe duda de que Céspedes avisó con objetividad e inteligencia lo que se tramaba entre los gobiernos de España y Estados Unidos con relación a la causa cubana. En correspondencia, actuó con energía y dignidad. Quizá resida en este asunto uno de sus más importantes legados para los tiempos futuros del país.

Céspedes fue, pues, entre otras cosas, el verbo encarnado, la idea hecha acción. Su especial condición de ser hijo legítimo del romanticismo y del liberalismo lo convirtió en un cruce de caminos, en una explosiva combinación preparada para accionar en el momento histórico oportuno. Masón, liberal radical, devoto de la Virgen de la Caridad

del Cobre, patriota y cosmopolita, y con el coraje suficiente para encabezar personalmente la lucha y no detenerse a mirar hacia la saga de aventuras y rebeldías fallidas anteriores a octubre de 1868, Céspedes fue el dirigente idóneo que desplegó el primer tramo de la batalla independentista. Enarbolar la idea de la independencia desde la posición armada fue la nueva forma de postular la aspiración revolucionaria. Convocar a la insurrección dando la libertad a los esclavos como gesto emblemático, fue emitir la señal de que para cualquier intento revolucionario la abolición era la condición *sine qua non*. Analizando resumidamente todos estos elementos, se puede concluir que el aporte fundamental del pensamiento político de Carlos Manuel de Céspedes fue la nueva calidad que le confirió a la categoría independencia nacional.

El firme abolicionismo que lo animó, su abierta política de ascenso de negros, mestizos, libertos y esclavos emancipados, a altos grados del Ejército Libertador; su labor proselitista con la Iglesia, con los españoles no enemigos de la causa mambí y con las capas sociales más humildes; más su espíritu unitario e inclusivo para con todas las fuerzas patrióticas envueltas en el conflicto, constituyeron un legítimo anticipo del posterior empeño mesiánico de Martí y su tesis republicana “con todos y para el bien de todos”.

El liberalismo europeo de la época y su derivación americana y la influencia de la masonería del Gran Oriente de Cuba y las Antillas (GOCA) fueron claves en la formación de las concepciones de Céspedes y de los hombres del 68. Horas de conversaciones con Manuel Moreno Fragnals, Julio Le Riverend, Hortensia Pichardo, Oscar Loyola (con quien sostuve una animada polémica), Jorge Ibarra Cuesta, Eduardo Torres Cuevas y Eusebio Leal, más las agonías de una tesis doctoral, fueron muy importantes para conformar mis ideas al respecto.

IV

Apenas necesito subrayar que en la actuación de Carlos Manuel de Céspedes al frente del Ejército Libertador primero y como presidente de la

¹¹ *Ibidem*, t. II, p. 425.

¹² *Ibidem*, t. III, p. 214.

República en Armas después, hubo posiciones personales y decisiones erróneas que la historiografía ha criticado pertinentemente. Obviamente, el sentido de este trabajo no es analizar tales posiciones y decisiones, ello sobrepasaría con mucho los límites exigidos al texto. Lo que sí es indiscutible es que su dimensión histórica no se merece una hagiografía, sería algo indigno de su poderosa presencia en la historia del país. Céspedes actuó en los años finales de su vida siempre en situaciones límites, interactuando con situaciones político—militares muy complejas (las propias de una nación en su minuto eclosionador) y pulsando con varios frentes simultáneamente, de manera que cuando se escriba la biografía que esperamos desde hace décadas, esa historia de vida deberá contemplar tanto los aciertos como los errores y fracasos, pero consignando, de manera inequívoca, la grandeza de su personalidad y su lugar en el decursar histórico de Cuba. Carlos Manuel de Céspedes es, como le gusta decir a Eusebio Leal, la piedra angular de la historia de Cuba.

Al recapitular este texto nos aproximamos a una certeza: Céspedes representa el cauce expedito entre las formaciones iniciales de la idea de independencia nacional de Heredia y Varela, y la mucho más elaborada de José Martí. Pero, sobre todo, considerando este pensamiento como un concepto encarnado, hecho acción, transmutado en praxis social. El ideario vareliano quedó refugiado en la élite del pensamiento que le era contemporáneo. Los conceptos de Heredia calaron más hondo, tuvieron una mayor repercusión. No en balde Enrique José Varona le confesó a José María Chacón y Calvo que Heredia había sido “el maestro de la patria”. En ese orden de pensamiento y de magisterio, el esfuerzo del 68 y de Céspedes en particular, constituyó el momento culminante en que la *idea* impregnó en los grandes grupos sociales de las regiones centro—orientales y se convirtió en acción revolucionaria, en ruptura ideológica, en la batalla sin cuartel por la independencia.

Debo aclarar que, aunque he puesto el mayor énfasis en la cuestión del pensamiento en este texto, no descalifico ni desconozco el enorme peso que tuvieron otras causas de la batalla independentista

(a saber: el estancamiento que provocaba el sistema de plantaciones, la esclavitud como freno al desarrollo y como dilema social, la censura y el malestar de los cubanos ante el control severo y la represión de los sentimientos patrióticos, el sistema tributario implantado en 1867 —sobre todo para los intereses agrícolas y ganaderos de Camagüey y el Oriente de la Isla—, las aspiraciones de una clase media cada vez más pujante, el ejemplo subvertidor de las guerras de independencia en Suramérica y Haití, el creciente sentimiento de cubanía y su corolario, el antiespañolismo y un largo etc), un complejísimo fenómeno que se produjo precisamente por la imbricación de tal conjunto de factores de diversa índole y que crearon una situación sumamente explosiva al interior de la sociedad insular. En este texto solo he enfatizado lo que me parece una carencia esencial en los análisis sobre el tema y, precisamente, el factor que significó la llama que detonó la mezcla, las ideas.

La gesta liberadora del 68 fue el primer esfuerzo serio de los cubanos por acceder a la modernidad de la que nos privaba el estatus colonial. El movimiento de *ideas* dejó de ser un asunto de gabinete y teorías para convertirse en la acción de miles de hombres que lo sacrificaron todo, hasta sus vidas, por alcanzar la independencia. La república dejó de ser un sueño y se dibujó en la manigua, en las prefecturas, en el Ayuntamiento del Bayamo libre, en la controvertida Cámara de Representantes, en el Ejército Libertador, en los emisarios y agentes que, como palomas mensajeras, llevaron la correspondencia y envíos cespedianos desde los campos insurreccionados hasta las repúblicas americanas y europeas. Cuba comenzó a dejar de ser un concepto colonial inmóvil para trocarse en una nación herida por la idea de ser “una nación para sí”.

Las concepciones de los hombres del 68 y, en primer orden, las de Carlos Manuel de Céspedes, guiaron todo el esfuerzo gestor. La *idea* necesitaba de pensadores, y el bayamés fue la expresión más alta de esa necesidad. Aún más, esta *idea* necesitaba de una eticidad, y esa otra urgencia se satisfizo también con la conducta estoica de aquellos hombres que murieron como héroes homéricos

para dotar al país de algo tan necesario como el pensamiento: el honor.

Estudiar el pensamiento cespedita y su ejecutoria política es asistir a la fundación de la nación cubana. El pensamiento de Carlos Manuel de Céspedes, desplegado en su escritura de campaña, es la médula de lo que se dio en llamar la “ruptura ideológica del 68”. El hombre que legó la enseñanza primordial de que para avanzar era menester contar con nuestras propias fuerzas y no depender de ayuda exterior, es una figura viva y latente para el presente y el porvenir del país, más ahora en que corren y se acercan tiempos de cambio y modernización de postulados cardinales de nuestra república. Lo subrayo: nuestra república, porque de eso se trata. Nuestro futuro, cada vez más, estará asociado a la civilidad, las leyes y el fortalecimiento y consolidación de una república moderna. Para la historia del país Carlos Manuel de Céspedes es y será una lección permanente, su legado es latente y sirve (y servirá) eficazmente para nuevas apropiaciones republicanas, no solo en los predios de la eticidad.

La revolución del 68 emancipó de las rejas a las ideas, y le ofreció a la nueva dirección revolucionaria la ideología independentista como formidable instrumento de agitación y combate políticos. Martí, en su momento, tomará este ideario y le insuflará, como elementos nuevos, su proyección antimperialista, contenido latinoamericanista y su concepción organizativa superior. Si con Varela y Heredia se inició el proceso de emancipación intelectual del criollo para convertirlo en cubanos dueños de sus destinos; los independentistas del 68, bajo la dirección de Céspedes, iniciaron el definitivo proceso de emancipación político-social. Uno de los saldos más importantes en el terreno de las ideas de la revolución de 1868-1878 consistió en dejar sólidamente establecido el independentismo más radical en la cultura política insular. Cualquier nacimiento de una nación significa un desprendimiento, y ningún testimonio mejor para reflejar esa brotación que la palabra y la acción de Céspedes. Él fue de los pocos de su generación capaz de leer y descifrar los códigos ocultos que dan fundamento a una nación. ■



Homenaje a Emilio Roig de Leuchsenring en su 130 Aniversario

FÉLIX JULIO ALFONSO LÓPEZ



En el año en que celebramos el medio milenio de La Habana, es un acto de gratitud y homenaje al mismo tiempo la recordación de su primer historiador, el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, de quien se conmemoran 130 años de su natalicio, ocurrido el 23 de agosto de 1889 en la calle Acosta no. 40, en el habanero barrio de Belén. Pocos meses antes se había inaugurado en París la Torre Eiffel, y Emilito siempre conservó sobre su escritorio una reproducción de aquel formidable símbolo de la modernidad y el progreso humano. El apellido Roig, Rojo, le viene de sus abuelos paternos que eran de origen catalán y el Leuchsenring por la vía de su familia materna que era oriunda de Hamburgo.

Es un hecho poco conocido que el padre de Emilito, Emilio Roig y Fonte Saavedra, prestó ayuda material al Ejército Libertador durante la guerra de

1895, y por este motivo el niño visitó algunos campamentos insurrectos y guardó como recuerdo una pequeña bandera cubana que solía usar prendida a su sombrero mambí. Luego, entre 1896 y 1906 cursó los estudios primarios y secundarios en el Colegio de Belén, donde se destacó como estudiante de matemáticas.¹

El gran historiador y amigo íntimo de Roig, José Luciano Franco afirma que lo conoció en el bufete del Dr. José Antolín del Cueto, en la calle de Aguiar. Y añade:

Ya era Emilito, el *enfant terrible*. A veces tropezaba con él, en aquellas tardes bulliciosas del

¹ Araceli García Carranza, *Bio-bibliografía de Emilio Roig de Leuchsenring*, La Habana, Ediciones Boloña, 2007, p. 13.

Paseo del Prado donde frecuentaba la barra del Anón del Prado y acostumbraba reunirse con D. Manuel Sanguily, su guía y maestro, en tanto mi grupo se estacionaba en la acera de enfrente, en el Café Alemán, a veces lugar de encuentro con D. Juan Gualberto Gómez.²

Su participación en las lides políticas de la Cuba republicana, a cuyos males y remedios dedicó importantes estudios, se remontan a sus años juveniles, cuando integró la Asociación Liberal Universitaria en 1908, presidida por Eusebio Hernández, y un año más tarde la Juventud Liberal Progresista, que apoyó la candidatura de José Miguel Gómez.³ Durante la llamada “guerrita de febrero” de 1917, en tiempos de Mario García Menocal, en unión de Juan Gualberto Gómez y su tío Enrique Roig, se opuso airadamente a un acuerdo de suspensión de las garantías constitucionales aprobada por el Congreso sin el quorum necesario. En dicha ocasión fueron atacados por esbirros menocalistas, quienes se llevaron preso al ilustre Juan Gualberto.⁴

Por aquellos días Emilito frecuentaba también la barra del hotel Ambos Mundos, integrada por veteranos de la guerra de independencia, donde los más jóvenes escuchaban el rico anecdotario de aquellos próceres en el testimonio del general Castillo Duany, el coronel Lino D’ou, Juan Tranquilino Latapier y otros.⁵

Emilio Roig fue un escritor precoz, a los 16 años publicó su primer texto titulado “Impresiones de viaje”, que firmó con el seudónimo *Hermann*, tradición que luego sería común en muchos de sus textos firmados por *Cristóbal de La Habana*, *El curioso parlanchín*, *Enrique Alejandro de Hermann*, *Juan Matusalén Junior*, *U. Noquelovió* y *U. Noquelosabe*. Muy joven también incursionó en el género costumbrista, al

ganar en 1912 el concurso de artículos convocado por la revista *El Figaro* con el texto “¿Se puede vivir en La Habana sin un centavo?”, al que seguiría su conferencia sobre escritores costumbristas cubanos, pronunciada en el Aula Magna del Instituto de La Habana. Estudió Derecho en la Universidad de La Habana, donde se graduó en 1917 de Dr. en Derecho Civil y Notarial, tras lo cual fue miembro de la Comisión Nacional Codificadora y participó en la redacción de la Ley de divorcio, una de las primeras de América Latina. Ya desde entonces colaboraba en diversas publicaciones de su especialidad y en otras como *Cuba contemporánea*, de la que fue redactor, *Archivos del Folklore Cubano*, creada por Fernando Ortiz; *Gráfico*, donde fue jefe de redacción; *Social*, en la que fue director literario durante diez años; *Carteles*, donde fue subdirector; *Crítica*, *Actual*, *Revista Bimestre Cubana* y *Estudios Afrocubanos*.

En 1919 publicó su estudio titulado *La Ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos y el derecho de las pequeñas nacionalidades de América*, cuyo centenario recordamos este año, y al que Enrique José Varona llamó “un estudio luminoso, que está aquí en todas las manos y ha sobrecogido el ánimo de cuantos tratan de leer lo porvenir en los signos de lo presente”;⁶ desde estas tempranas páginas contribuyó de manera decisiva al pensamiento antimperialista cubano del siglo XX, al que aportó además títulos de tanta valía como *Martí, antimperialista*, *El internacionalismo antimperialista en la obra político revolucionaria de José Martí*, *Tradición antimperialista de nuestra historia*, *Historia de la Enmienda Platt*, *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos* y *Hostilidad permanente de los Estados Unidos contra la independencia de Cuba*. Una cita memorable puede resumir el pensamiento antimperialista de Roig cuando, en el centenario martiano, publicó su estudio titulado *El americanismo de Martí* donde expresó: “Hecho carne de su carne, sangre de su sangre, todo su pensamiento y toda su dedicación, este “problema de tanto alcance y honor tanto”, Martí ofrendó su vida por la libertad de

² José Luciano Franco, “Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad de La Habana”, Conferencia inédita, cortesía de su hija Rosario Franco, p. 4.

³ Araceli García Carranza, *Bio-bibliografía de Emilio Roig de Leuchsenring*, p. 14.

⁴ José Luciano Franco, *Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad de La Habana*, p. 4.

⁵ Ídem.

⁶ Enrique José Varona, “La lección de Santo Domingo y el discurso del Doctor Roig de Leuchsenring”, en: *Social*, La Habana, agosto, 1919, p. 27.

Cuba, pero también por libertar a Hispanoamérica y al Mundo de la futura y temible invasión del capitalismo yanqui”. Fue a instancias suyas además, que la casa editora Cultural S. A. publicó en 1932 la primera edición cubana de *La Edad de Oro*, precedida de su estudio “Martí y los niños, Martí niño”.

De mayor edad que la mayoría de los jóvenes que formaban el Grupo Minorista, fue reconocido como su mentor espiritual, apoyó públicamente su acusación en la Academia de Ciencias conocida como Protesta de los Trece y formó parte de la Falange de Acción Cubana al lado de José Antonio Fernández de Castro, José Zacarías Tallet, José Manuel Acosta y Félix Lizaso. Perseguido por sus ideas en contra de la dictadura machadista, se salvó de la prisión gracias al concurso de su gran amigo Ruy de Lugo Viña, en cuya casa permaneció oculto durante varias semanas. Precisamente a instancias de Lugo Viña, que había creado el cargo de Comisionado Intermunicipal de La Habana, Roig aceptó este nombramiento en 1927, que contó con la anuencia del entonces alcalde habanero Miguel Mariano Gómez y del que fue cesanteado en 1931 al crearse al Distrito Central de La Habana.

Tras la caída de Machado, fue restituido en sus funciones por el alcalde Alejandro Vergara, y este fue el antecedente del cargo de Historiador de la Ciudad, para el cual fue nombrado en 1935 por el alcalde Guillermo Belt. Ese propio año publicó su monumental estudio *Historia de la Enmienda Platt*, catalogado por la prensa de la época, por la profundidad de sus análisis, como “un libro sensacional”.⁷ A instancias de Roig, y con la intención de preservar el patrimonio histórico y artístico habanero, se creó en 1938 la Oficina del Historiador, que rápidamente contó con el apoyo de otras corporaciones como la Institución Hispano Cubana de Cultura, dirigida por Fernando Ortiz y la Sociedad Colombista Panamericana. Ese mismo año, con un discurso titulado “Martí en España”, ingresó al cenáculo de la Academia de la Historia de Cuba.

La Oficina del Historiador fue desde su génesis un hervidero de ideas y proyectos culturales, que

promovió la creación del Archivo Histórico, la Biblioteca Histórica y el Museo de la Ciudad, y entre sus más fieles colaboradores estuvieron Francisco González del Valle, Manuel Isidro Méndez, Enrique Gay Galbó, Joaquín Llaverías, José Antonio Ramos, Carlos Rafael Rodríguez, Salvador García Agüero, José Antonio Portuondo y Nicolás Guillén; en ella trabajaron desde los primeros momentos Raquel Catalá y Alfredo Zayas, a los que se sumaron más tarde su esposa María Benítez, el poeta Ángel Augier y el paleógrafo canario Jenaro Artiles.⁸

Más tarde, al ámbito de la Oficina y con la participación activa de Roig se sumaron otras sociedades e instituciones consagradas al saber historiográfico y la salvaguarda del patrimonio habanero, como fue el caso de la Comisión de Monumentos, Edificios y Lugares Históricos y Artísticos Habaneros, la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, la Sociedad de Librepensadores de Cuba y la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, auspiciadora de la celebración de los primeros Congresos Nacionales de Historia. La Oficina, y Roig en particular, también contribuyó a la organización de la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional. En el caso de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, su fin principal sería el conocimiento, estudio y divulgación de la Historia de Cuba, de América y Europa, y sus vínculos en el proceso de la historia moderna y contemporánea.

En las tertulias que Emilito celebraba en su oficina participaron distinguidas personalidades del mundo político, académico, artístico y científico y entre sus contertulios estuvieron nombres de la talla de Juan Marinello, Max Henríquez Ureña, José María Chacón y Calvo, Felipe Pichardo Moya, René Herrera Fritot, Juan Cosculluela, José María Bens Arrarte, Manuel Isaías Mesa Rodríguez, Emilio Vasconcelos, Evelio Govantes, Teodoro Ramos Blanco, Juan José Sicre y Gonzalo Roig.⁹

Numerosos fueron los proyectos culturales en los que Emilio Roig fue el creador o uno de sus pro-

⁷ Araceli García Carranza, *Bio—bibliografía de Emilio Roig de Leuchsenring*, p. 35.

⁸ José Luciano Franco, “Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad de La Habana”, p. 9.

⁹ Ídem, p. 10.

motores principales: las Conferencias de Historia Habanera, los Conciertos de Música Cubana, la primera Feria Popular del Libro (1935—1936), las Lecciones del Curso de Introducción a La Historia de Cuba (1937—1938), así como la publicación de los *Cuadernos de historia habanera*, las *Actas Capitulares del Ayuntamiento* y la *Colección histórica cubana y americana*. Infatigable cultor de la memoria histórica, Roig promovió las conmemoraciones de los centenarios de personalidades y hechos destacados de la historia de Cuba y América: José de la Luz y Caballero, Máximo Gómez, Antonio Maceo, José Martí, José María Heredia, Gabriel de la Concepción Valdés *Plácido*, Federico Henríquez y Carvajal, Eugenio María de Hostos, la Conspiración de la Escalera y de las Expediciones de 1851 y de la Bandera Cubana. No faltaron entre estas evocaciones las dedicadas a Nicolás Estévez, defensor de los estudiantes de medicina en la Acera del Louvre y al natalicio de Bolívar en el Parque de la Fraternidad Americana, donde se colocaron además bustos de libertadores y próceres americanos como Benito Juárez y Alejandro Petión.

Muchos de los más importantes hitos históricos de La Habana colonial, como el Castillo de la Fuerza, el Convento de Santa Clara, la Garita de la Maestranza, el Palacio de Aldama, el Torreón de San Lázaro o la Iglesia de Paula, no existirían hoy si Emilio Roig no hubiera hecho amplias campañas públicas para evitar su demolición. Acompañado por los arquitectos Luis Bay Sevilla, Joaquín Weiss, Evelio Vasconcelos, Evelio Govantes y Félix Cabarrocas restauró el Palacio del Segundo Cabo, el Templete, el Convento de San Francisco, la Plaza de Armas y de la Catedral y asimismo defendió y logró que la imagen del Padre de la Patria Carlos Manuel de Céspedes, sustituyera en la Plaza de Armas la del odioso monarca Fernando VII.

Su prolija obra sobre temas históricos habaneros abarca numerosos volúmenes, entre ellos *La Habana de ayer, de hoy y de mañana*; *La Habana antigua. La Plaza de Armas*; *Historia de La Habana, desde sus primeros días hasta 1565*; *La calle del Obispo de la Ciudad de La Habana*; *Veinte años de actividades de la Oficina del Historiador de la Ciudad*; *El cuarto centenario de La Habana*;

La casa de Gobierno o Palacio Municipal de La Habana y La Habana. Apuntes históricos. (2da edición notablemente aumentada).

Fue Emilio Roig un ardiente defensor de las mejores tradiciones del pueblo cubano, y unas de las causas más nobles que encabezó fue por una escuela cubana libre, en la que evocaba siempre a María Luisa Dolz, la insigne educadora que él tomó como motivación para su cruzada, y en la que lo acompañaron entre otros la Dra. Sara Ysalgué de Massip, el Dr. Fermín Peraza, el Dr. José Antonio Portuondo y Antonio Penichet.

No menos importante fue la presencia de Roig en asociaciones de carácter solidario e internacionalista con las luchas de los pueblos contra la opresión y el colonialismo, tal fue el caso de su participación en la protesta encabezada por Varona contra la intervención yanqui en Nicaragua en 1927, su exigencia de libertad del poeta venezolano Andrés Bello y su presencia en la Liga Antifascista a favor de la República española, la Asociación de Auxilio al Niño del Pueblo Español, el Comité Cubano Pro Libertad de Patriotas Puertorriqueños, el Comité Pro—Abisinia, de los Amigos del Pueblo Chino, de la Asociación Nacional contra las Discriminaciones Racistas y de la Sociedad de Relaciones Culturales Cubana-Soviética.

Otra de sus inestimables contribuciones, menos conocida, es la que hizo a la revolución de Fidel Castro, cuando a través de Carlos Rafael Rodríguez, hizo llegar a la Sierra Maestra libros y folletos de historia de Cuba, destinados a la formación histórica de los combatientes del Ejército Rebelde. Ello explica que el Che Guevara tuviera un ejemplar de su libro *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*, deteriorado por los avatares de la vida guerrillera, que el Comandante quiso que Emilio Roig se lo dedicara. La absoluta identificación de Roig con la Revolución Cubana fue el resultado de una vida consagrada a luchar por los principales valores de nuestra historia y de nuestra identidad como nación frente a las ambiciones imperialistas de Estados Unidos y en el discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno

Revolucionario, en el acto celebrado por la sociedad espeleológica de Cuba en la Academia de Ciencias, el 15 de enero de 1960, el jefe de la revolución afirmó:

Y aquí a nuestro lado está un verdadero maestro de nuestra historia, Roig de Leuchsenring, que ha escrito la historia de los esfuerzos de nuestra nación durante más de un siglo por ser una nación libre, por ser una nación soberana, donde pudiese desarrollarse un pueblo libre y feliz. ¿Y qué ha sido nuestra historia, sino la lucha contra los factores nacionales y extranjeros, que han impedido esa justa aspiración de nuestra nación? ¿Qué ha sido la historia de los últimos 100 años, sino la historia de esas luchas, de nuestros esfuerzos, de nuestros triunfos y de nuestros fracasos?¹⁰

Fue Roig, al decir de su gran amigo José Luciano Franco:

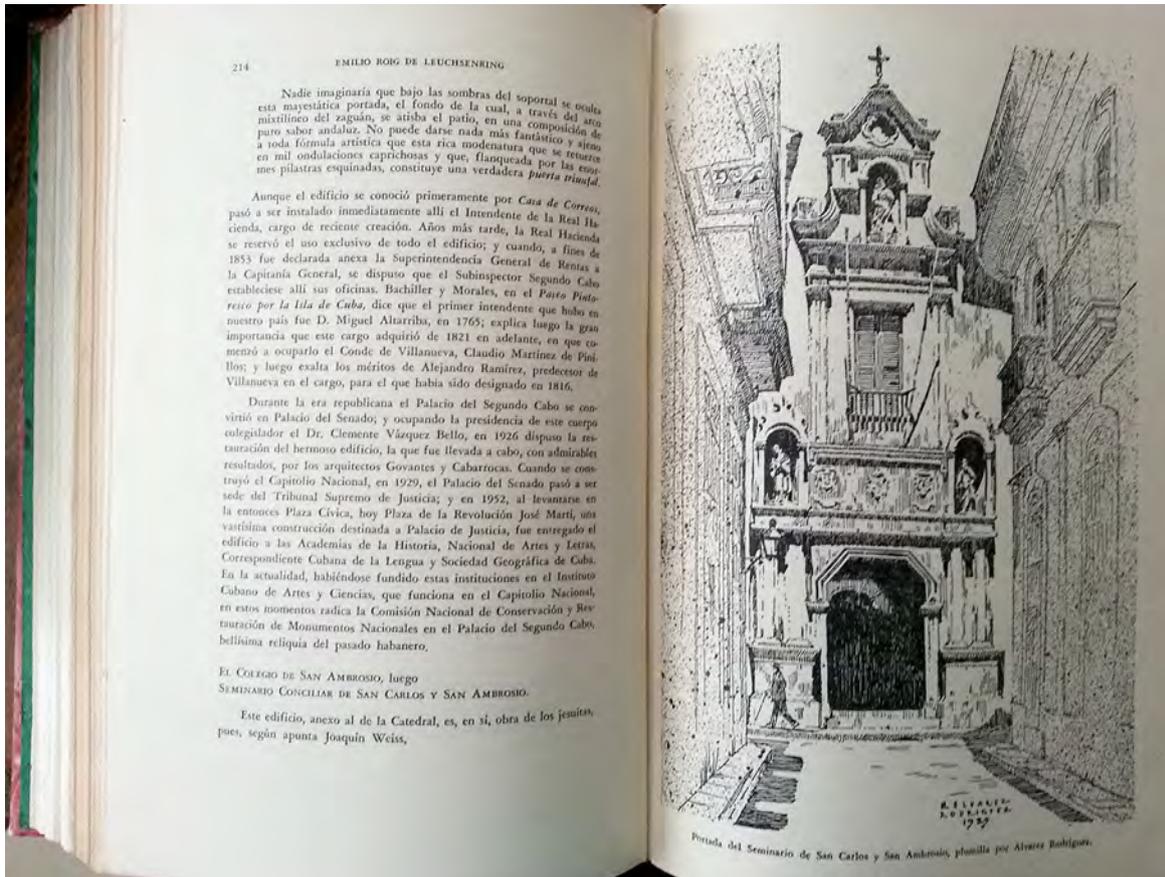
Espíritu amplio, generoso, amigo leal. Un hombre como lo hubiera definido Martí, que alentaba y sentía en lo profundo de su alma, abrigaba un gran amor por la libertad las rebeldías contra todas las injusticias. Sentía por los oprimidos, por los que sufren desde la cuna al sepulcro el horror de los criminales procedimientos de los regímenes burgueses, un amor fraternal. “Ciudadano del Mundo”, guardaba rencor por todo lo que condujera a separar o dividir a los hombres. Para el hermano negro fue siempre el paladín dispuesto a luchar por sus legítimos derechos. También la mujer y el niño encontraron en su pluma un tenaz y consecuente defensor.¹¹

¹⁰ Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en el acto celebrado por la Sociedad Espeleológica de Cuba en la Academia de Ciencias, el 15 de enero de 1960. Disponible: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/fl50160e.html>

¹¹ José Luciano Franco, “Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad de La Habana”, p. 13.



Armando Hart Dávalos, en el discurso pronunciado en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, con motivo del centenario de su natalicio, el 5 de septiembre de 1989, hizo una exégesis de su antimperialismo, su acrisolada moral ciudadana, su depurada y profunda cubanía, su combate a la corrupción, su rechazo a toda conciliación con los enemigos acérrimos de nuestro pueblo, sus virtudes cívicas y su patriotismo y dijo además que la Revolución Cubana era heredera de una inmensa cultura política, de la que Emilio Roig “fue uno de los más altos exponentes en el terreno de la investigación y del análisis histórico”. Y concluyó Hart su



214

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

Nadie imaginaría que bajo las sombras del soportal se oculta esta mayestática portada, el fondo de la cual, a través del arco mixtilíneo del zaguán, se atisba el patio, en una composición de puro sabor andaluz. No puede darse nada más fantástico y a la vez a toda fórmula artística que esta rica moderatada que se reitera en mil ondulaciones caprichosas y que, flanqueada por las enormes pilastras esquinadas, constituye una verdadera *puerta triunfal*.

Aunque el edificio se conoció primeramente por *Casa de Correas*, pasó a ser instalado inmediatamente allí el Intendente de la Real Hacienda, cargo de reciente creación. Años más tarde, la Real Hacienda se reservó el uso exclusivo de todo el edificio; y cuando, a fines de 1853 fue declarada anexa la Superintendencia General de Rentas a la Capitanía General, se dispuso que el Subinspector Segundo Cabo estableciese allí sus oficinas. Bachiller y Morales, en el *Punto Pictórico por la Isla de Cuba*, dice que el primer intendente que hubo en nuestro país fue D. Miguel Altarriba, en 1765; explica luego la gran importancia que este cargo adquirió de 1821 en adelante, en que comenzó a ocuparlo el Conde de Villanueva, Claudio Martínez de Pinillos; y luego exalta los méritos de Alejandro Ramírez, predecesor de Villanueva en el cargo, para el que había sido designado en 1816.

Durante la era republicana el Palacio del Segundo Cabo se convirtió en Palacio del Senado; y ocupando la presidencia de este cuerpo colegislador el Dr. Clemente Vázquez Bello, en 1926 dispuso la restauración del hermoso edificio, la que fue llevada a cabo, con admirables resultados, por los arquitectos Govantes y Cabarrucas. Cuando se construyó el Capitolio Nacional, en 1929, el Palacio del Senado pasó a ser sede del Tribunal Supremo de Justicia; y en 1952, al levantarse en la entonces Plaza Cívica, hoy Plaza de la Revolución José Martí, una vastísima construcción destinada a Palacio de Justicia, fue entregado el edificio a las Academias de la Historia, Nacional de Artes y Letras, Correspondiente Cubana de la Lengua y Sociedad Geográfica de Cuba. En la actualidad, habiéndose fundido estas instituciones en el Instituto Cubano de Artes y Ciencias, que funciona en el Capitolio Nacional, en estos momentos radica la Comisión Nacional de Conservación y Restauración de Monumentos Nacionales en el Palacio del Segundo Cabo, bellísima reliquia del pasado habanero.

EL COLEGIO DE SAN AMBROSIO, luego SEMINARIO CONCILIAR DE SAN CARLOS Y SAN AMBROSIO.

Este edificio, anexo al de la Catedral, es, en sí, obra de los jesuitas, pues, según apunta Joaquín Weiss,

discurso con estas emotivas palabras: “Alcemos los estandartes de la dignidad, del decoro, del antimperialismo y del socialismo que están en el sustrato histórico de la cultura cubana, de la cultura de Emilio Roig, para ser más fuertes y alcanzar nuevas victorias de la patria y el socialismo”.¹²

Y quiero terminar yo estas breves líneas dedicadas a ese gigante de nuestra historiografía, citando las del más brillante de sus discípulos, el Dr. Eusebio Leal, cuando dijo:

Era un hombre de izquierda, absolutamente laico, opuesto totalmente a la irrupción de la cuestión religiosa en la educación pública. Protagonizó una de las más grandes campañas que se hicieron en Cuba por una escuela cubana, libre. Luchó por un culto y respeto al magisterio

cubano. Fue profundamente antimperialista y apoyó a Mella en la fundación de la Liga Antimperialista y en la creación de la Universidad Popular José Martí. Todas las guerras para él terminaron con la victoria de la Revolución. Ya mi vida no tiene sentido —le dijo Roig a Leal— porque la Reforma Agraria es la obra magna de la revolución cubana, porque hoy Cuba sabe que no debe su independencia a los Estados Unidos, porque hay una tradición antimperialista en nuestra historia, por todas esas razones ya no tiene sentido, habrá que buscar otras.¹³

Nos toca hoy a los historiadores cubanos y a todos los que trabajamos en la Oficina del Historiador de La Habana, seguir encontrando razones para continuar su formidable y patriótica obra. ■

¹² Armando Hart Dávalos, *Roig de Leuchsenring, promotor de la cultura del antimperialismo*, La Habana, Ministerio de Cultura, 1989, p. 20.

¹³ Eusebio Leal Spengler, “Emilio Roig de Leuchsenring: el fundador”, disponible en: <http://www.eusebioleal.cu/noticia/emilio-roig-de-leuchsenring-el-fundador/>

Hart: pensamiento en acción

EDUARDO TORRES CUEVAS



Tengo entre mis manos el libro que me han entregado las doctoras Eloísa M. Carreras Varona y Araceli García-Carranza. Se trata de la biobibliografía de Armando Hart Dávalos. La unión de estas dos investigadoras no podía menos que ofrecer una obra de la más alta calidad en una especialidad que comenzó a desarrollar en la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, hace ya algunas décadas, la Doctora García—Carranza. Realizar una bibliografía siguiendo el curso de la biografía de un autor es de por sí la aplicación de una metodología especialmente diseñada para recopilar, al calor de la vida de la persona en estudio, su producción intelectual. En el caso que nos

ocupa, se trata de la de Armando Hart Dávalos un hombre que abarca con su obra, con su trabajo y con su práctica diaria, este último periodo de la historia de Cuba. Las cubre no como observador espectador, sino como un activo y pensante autor de las transformaciones materiales y espirituales que se operaron en la sociedad cubana durante estas décadas definitorias del mundo de hoy.

En mi caso personal debo confesar que desde mi más temprana juventud admiré a Armando Hart. Siendo un adolescente miraba a aquel revolucionario, entonces muy joven, que como a muchos de los que nos iniciábamos en la vida social, política e intelectual cubana, nos parecía que era un ejemplo

a seguir. Su imagen apasionada, a la hora de defender una idea, su rostro juvenil, su decir modificando y acentuando aquello que quería destacar y su ética personal transmitían al que lo escuchaba, la seguridad de que estaba no solo ante un hombre decente y bueno sino, sobre todo, ante un hombre de principios. Si nos detenemos a analizar cuál era el hilo conductor de Armando Hart, diríamos que la presencia del pensamiento de José Martí en todo lo que hacía y decía. A ello lo acompañaba su temperamento revolucionario y, sobre todo, su constante lectura del pensamiento de Fidel Castro. Todo ello le daba características poco comunes en aquellos tiempos tormentosos e inquietos donde una juventud fervorosamente revolucionaria ardía y centelleaba al calor de una Revolución en la que no había límite que impidiera la realización del pensamiento y el sueño de la emancipación cubana y de la justicia social en cualquier parte del universo.

Estudiando la vida y obra de Armando Hart recordé una frase de Bertolt Brecht: “Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos. Pero los hay que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles”. Hart fue de los imprescindibles porque desde su más temprana juventud hasta sus últimos días estuvo en todos los ámbitos, intelectuales, políticos o como constructor de la sociedad nueva en la vanguardia de los más disímiles y difíciles campos de lucha. No era un hombre de apartarse de la realidad; al contrario, iba en busca del lugar donde era más necesario, sin importar los peligros y los prejuicios que pudiera afrontar.

Otro rasgo de su vida y obra es la relación estrecha que tuvo en él la práctica revolucionaria con el desarrollo del pensamiento cubano. Recuerdo que en aquellos años sesenta del siglo pasado usábamos un concepto que explica en cierta medida la obra intelectual de Hart: “La praxis es el criterio de la verdad”. No era un pensador que partía de las abstracciones para atar en ellas las realidades que se convierten en hipóstasis. Por el contrario, era la transformación misma de la sociedad y del hombre en situación la que llevaban en él a la reflexión

y al análisis. De ello surgían nuevas lecturas del pensamiento teórico y de su relación con la construcción de una sociedad socialista que no estaba enmarcada en el esquema tradicional europeo sino que respondía a la vigorosa brotación —copio a Martí— que significaba nuestra América Latina.

A Hart lo encontramos a lo largo de su vida en la vanguardia. Usábamos en aquellas décadas iniciales el concepto de “vanguardia de la vanguardia” para designar a aquella avanzada revolucionaria que marchaba en las ideas y en los hechos en el frente más complejo de la generación de un socialismo renovado, cuyo riesgo principal era avanzar sin el seguro lastre de dogmas establecidos y en un terreno donde nunca antes se había practicado la osadía de desbrozar primero y sembrar después. Todo era posible y todo era complejo. Ese espíritu revolucionario, en el más amplio sentido de la palabra, se encuentra en él desde sus primeros años. Siempre recuerdo, por mis estudios de nuestra historia, que fue Armando Hart Dávalos quien, al igual que Fidel Castro Ruz, llevaron a los tribunales la denuncia contra Fulgencio Batista y Zaldívar por haber efectuado el Golpe de Estado del 10 de marzo de 1952. Y ello lo hicieron en medio de la represión y en los días inmediatos a la asonada castrense.

Hart tuvo como uno de sus nortes la defensa de los valores de la nación cubana que no interpretaba de otra forma que como parte de los valores universales. Por ello, toda acción revolucionaria no era más que una acción de justicia y el programa revolucionario era, ante todo, un programa de justicia social. Reflexionaba cada concepto; precisaba el sentido en que lo usaba. Lo nacional para él no era un chovinismo de pequeña o gran nación; era el espacio necesario de una cultura específica en el conjunto armónico de las culturas que conforman lo auténticamente universal, sin predominio de unas sobre otras porque las primeras respondieran a conceptos hegemónicos de las grandes potencias.

La lectura de la obra de Hart también tiene un elemento a destacar: la coherencia de la misma, que responde a cada momento del proceso cubano y nos permite alcanzar la dimensión de la evolución



interna de una revolución auténtica porque respondió a su sociedad transformadora y a las coyunturas que se fueron presentando y que en su momento pudieron parecer definitorias. He ahí una de las riquezas del conjunto de la obra de Armando Hart. Su lectura es el testimonio vivo de la historia de esta Revolución, de sus enfrentamientos, de sus logros pero también de aquello que fue importante en su momento y a la luz de los años parece como perdido en la brumosa mirada de un pasado que estando cerca parece estar demasiado lejos.

Los tiempos que transcurren son intensos y de renovaciones constantes. En ellos resulta importante poseer la brújula que guíe la vida y las acciones. Hart la tenía. Y ello le permitió ser un maestro de juventudes. Maestro de aquellos que participaron en la Campaña de Alfabetización, dirigida por él, bajo las orientaciones del Comandante Fidel Castro; la creación de un sistema de educación en el cual se renovó y surgió un sistema socialista que formó maestros y cambió mentalidades; o un intenso trabajo teórico donde no hubo tema en polémica en que él con valentía no afrontara el debate desde los principios revolucionarios. Allí estuvo polemizando sobre el juego de las reglas o las reglas del juego. Y con la misma valentía enfrentó el dogma del realismo socialista: “el realismo socialista no es ni una escuela artística ni una tendencia literaria, es un profundo error político”, afirmó con vehemencia. Fue un ferviente defensor de la libertad de creación, como también lo fue de la rectitud de los principios, no de dogmas, sino de ideas.

Un hombre extraordinario, sin dudas una de las figuras más trascendentes del siglo XX, en particular para los países del Tercer Mundo, América Latina, África y Asia, lo es Fidel Castro. Su pensamiento, sus ideas, su obra, están en cada uno de los componentes de la Revolución Cubana, tanto en lo teórico, como en lo estratégico y en lo práctico. Armando Hart estuvo vinculado a Fidel desde los primeros momentos de la lucha revolucionaria. Su obra es imprescindible para entender no solo el proceso sino, también, al líder. En cada etapa y en cada momento están los escritos de Hart, que hoy son el testimonio del surgimiento de ideas, estrategias y prácticas que estaban en las proyecciones de Fidel. La lectura de la obra de Hart no deja dudas de que sin ella no sería posible entender en toda su magnitud, en toda su profundidad y en toda su variedad la forma antidogmática y creativa con que Fidel le dio a la construcción del socialismo en Cuba ese profundo sello humanista, martiano y marxista. Para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana, sus trabajos constituyen el trazo de continuidad y la versatilidad del pensamiento que lideró la construcción del socialismo en Cuba.



Haber tratado personalmente al Doctor Hart fue un privilegio. De ello quiero destacar varias características. La primera era su modestia que se reflejaba en su modo de tratar y de escuchar. Compartí con él su interés y sus estudios sobre los orígenes de la cultura y del pensamiento cubano. Félix Varela, José de la Luz y Caballero y José Antonio Saco, entre otros, ocupaban horas de diálogo sobre la base del conocimiento de sus obras y, a la vez, de la interpretación de sus contenidos para una mejor comprensión de nuestra historia política, social, económica y, fundamentalmente, para entender cómo nació “la idea cubana”, que no se circunscribe “al amor ridículo a la tierra en que se nace” según Martí, sino a la desgarradora comprensión del surgimiento de una cubanidad, y de una cubanía, signada por la esclavitud, por el hecho de estar

enmarcados en la periferia del capitalismo y sometidos a las pretensiones de las grandes potencias. Así surgió una cubanía que tuvo como vasos comunicantes el profundo ideal de la justicia social y la independencia nacional. En cualquiera de sus escritos ese fondo común puede encontrarse en un mensaje liminar o subliminar.

La obra de Eloísa M. Carreras Varona y Araceli García-Carranza se convierte, en manos del estudioso, en uno de los instrumentos de trabajo que permite encontrar signos, en muy diversos espacios de pensamiento, y que pueden ser la base sólida para no solo una mejor comprensión de la obra de Armando Hart Dávalos, sino para el estudio de conceptos, ideas, vinculados a la Revolución Cubana y a su líder Fidel Castro Ruz.

A Hart se le ha definido de muchas formas. Se ha destacado su ética, sus ideas, su obra como Maestro, como Ministro de Educación, como Ministro de Cultura, como dirigente del Partido Comunista de Cuba y, particularmente, su fidelidad a la Revolución Cubana y a su líder histórico. Él es un hombre de la Revolución; él piensa y hace desde la Revolución. No me atrevería a encasillarlo en un concepto o en una frase. Hombres como él pueden recibir, según el observatorio desde el que se analice, muy diversos calificativos. Yo no me atrevo a poner en estas notas ninguno, precisamente porque me surgen en la mente demasiadas razones para signarlo con una frase. Solo diría que es de los imprescindibles para entender a los hombres que hicieron la Revolución, hombres con inmensas virtudes, así como también pequeños errores, siempre inevitables: “El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz”. ■



El alto mando español en Cuba y el fusilamiento de los estudiantes de medicina

RENÉ GONZÁLEZ BARRIOS

El levantamiento insurreccional del pueblo cubano el 10 de octubre de 1868, exacerbó las pasiones de los enemigos de la independencia. Agrupados en el Cuerpo de Voluntarios los sectores más recalcitrantes y conservadores de la sociedad española en Cuba, e hijos del país adeptos al régimen colonial, se hicieron con el poder casi absoluto de la capital de la Isla durante prácticamente toda la contienda bélica.

Habían demostrado su fuerza cuando depusieron y humillaron al capitán general Domingo Dulce y Garay expulsándolo del país. El anciano y enfermo general, tras apenas cinco meses de tormentoso mandato, expresó antes de partir: “Voy a renunciar; pero registrad esta data; hoy empieza España a perder la Isla de Cuba”.

En los apenas 26 días en que el mariscal de campo Felipe Ginovés Espinar y de la Parra, segundo cabo, desempeñó la capitania general como interino en

espera del propietario, teniente general Antonio Caballero y Fernández de Rodas, el poder de los Voluntarios se consolidó a lo largo de la Isla.

Para mostrar ascendencia sobre los Voluntarios, en ese poco tiempo, Ginovés aprobó el fusilamiento de 154 cubanos, el embargo de bienes a 344 cubanos, la creación de los Casinos Españoles en todas las ciudades importantes, y, presionado por estos, depuso de sus mandos a generales españoles de larga y reconocidas hojas de servicios, que se negaban al genocidio y a ser peleles de aquellas hordas incontrolables, entre ellos, Manuel Buceta, Antonio Peláez Campomanes y Antonio López de Letona.

El 28 de junio de 1869, terminaban las angustias de Ginovés con la llegada de Caballero de Rodas quien, para contemporizar con los Voluntarios, desarrolló una cruenta campaña militar en toda la Isla, destacándose por ser el capitán

general que más cubanos fusilara en su mandato: en 1870, en solo seis meses, 859 personas, incluido Oscar de Céspedes, hijo del presidente de la República de Cuba en Armas. Su rudeza y crueldad no fueron óbice para que, impotente ante la presión de los Voluntarios, que le pedían mayores excesos, solicitase su renuncia.

El 13 de diciembre de 1870 partía para España. Lo sustituía como Capitán General, el segundo Cabo, Blas Villate y de las Heras, Conde de Valmaseda, supuestamente, un ídolo de los Voluntarios, quienes lo utilizaban y también manipulaban.

Nacido en Sestao, Vizcaya, el 3 de febrero de 1824, fue tres veces Capitán General de la isla de Cuba. A la temprana edad de 13 años comenzó la carrera de las armas, al ingresar como cadete en el Colegio General Militar, recibiendo allí su bautismo de fuego cuando el general carlista Zaratiegui, atacó el Alcázar de Segovia.

Ascendido a alférez en 1838 y a teniente al año siguiente, en diciembre de 1840 embarcó para La Habana con el regimiento Lanceros del Rey, prestando inicialmente servicio de guarnición en la capital, en Sancti Spíritus y en Villa Clara. En abril de 1844 se trasladó a la provincia de Matanzas donde participó en la sofocación de una rebelión de esclavos. Afectada su salud por el rigor del clima cubano, regresó a España al año siguiente.

En 1847 era ascendido a capitán y destinado a la sección de Guerra y Marina del Consejo Real, como oficial del arma de caballería. Al año siguiente, como comandante y ayudante de campo del presidente del Consejo de Ministros, general Ramón María Narváez “Duque de Valencia”, participa en el control de las sublevaciones ocurridas en Madrid en los meses de marzo y mayo. En 1852 fue promovido a teniente coronel.

En 1854 toma parte del alzamiento liberal liderado por el general Leopoldo O'Donnell, quien lo nombra coronel. Al frente del regimiento de caballería del Príncipe, acompaña al citado general en el combate de Vicálvaro, en la expedición militar a Andalucía, y en la represión de la sublevación de Madrid en julio de 1856, por cuyos méritos fue ascendido a brigadier.

Al declarar España la guerra a Marruecos en 1859, el ya Conde de Valmaseda, es nombrado al frente de la primera brigada de caballería del Ejército de África, asistiendo con ella a las acciones de Sierra Bullones, Castillejos, Monte Negrón, Río Azmir, Cabo Negro, defensa del reducto de la Estrella, las batallas de Tetuán y Wad Ras, y la toma del pueblo de Samsa, ganando por su destacada participación la Cruz de San Fernando de tercera clase.

El 2 de octubre de 1860 desembarcó nuevamente en Cuba, nombrado por Real Decreto Comandante Militar de Trinidad. Dos años después, el 28 de julio de 1862, tomó posesión del gobierno de Puerto Príncipe, dictando a las pocas horas de asumir su mandato dos bandos poco populares, prohibiendo en uno el uso del bigote a los hombres de color, y en otro las reuniones en las calles que pasasen de tres personas.

En 1864 fue nombrado comandante general del Departamento Oriental. Allí organizó una de las divisiones que marcharía a Santo Domingo, para participar en la guerra de Restauración. Al frente de la primera brigada salió de Santiago de Cuba el 13 de mayo del propio año, confiándosele la misión de dirigir el desembarco, participando después en la toma de Monte Christi, Puerto Plata, y Lagunas Verdes, entre otras.

En 1865 se vio obligado a abandonar la campaña por enfermedad, pasando primero a La Habana y poco después a España, donde es ascendido a mariscal de campo por los méritos adquiridos en ella. Durante su corta estancia en Madrid, Valmaseda fue jefe de la primera división de caballería de Castilla la Nueva, y responsable de la custodia de la familia real.

El 27 de abril de 1866 es nombrado Segundo Cabo de la Capitanía General de la isla de Cuba y subinspector de Infantería y Caballería, haciéndose cargo del gobierno el 23 de septiembre de 1867, por la enfermedad y posterior muerte del Capitán General Joaquín del Manzano. Su interinidad duró hasta el 21 de diciembre del propio año en que entrega el mando a Francisco Lersundi, continuando él como Segundo Cabo.

En el desempeño de esta función lo sorprende la Guerra de los Diez Años.

Lersundi, apreciando en él sus dotes militares y su larga experiencia en los asuntos de Cuba, donde había hecho gran parte de su carrera militar —llevaba al comenzar la Guerra de los Diez Años doce años de servicio en la Isla—, lo nombra Jefe de Operaciones del ejército, y lo envía a dirigirlas personalmente en los departamentos central y oriental.

Partió Valmaseda de La Habana vía Batabanó, desembarcando en Manzanillo, donde organizó la defensa de aquella localidad acosada por los insurrectos. Posteriormente se dirigió a Puerto Príncipe utilizando el estero de Vertientes en Sancti Spíritus, como punto de desembarco de sus fuerzas y escala previa. Al arribar a la capital camagüeyana, Valmaseda debió sentir la efervescencia revolucionaria, pues de inmediato confesó a Lersundi que “[...] hasta el aire que se respiraba era insurrecto [...]”.

Impuesto de la situación imperante y del carácter del movimiento revolucionario, Valmaseda, que era hombre de “[...] infatigable actividad, duro y cruel hasta lo implacable”, con extraordinaria violencia y crudeza trató de exterminar la revolución en sus inicios, combatiendo incansablemente a las fuerzas insurrectas.

A principios de enero de 1869, con una fuerza de 3000 hombres de las tres armas, desde Camagüey, en una marcha sin precedentes, invade la región del Cauto, derrotando a las fuerzas cubanas del general Donato Mármol en el combate de El Saladillo, verdadera carnicería favorable a las armas españolas.

Refiriéndose a la repercusión dejada en las filas cubanas en los inicios de la guerra del carácter que imprimió a la misma el general Valmaseda, el generalísimo Máximo Gómez decía:

No se hizo esperar mucho tiempo el látigo de la guerra que España despiadada debía dejar caer encima de la colonia sublevada, y un cuerpo de ejército de tropas regulares que comandaba, como General en Jefe un hijo o hermano del

Duque de Alba, sin duda se aproximaba sobre la margen derecha del caudaloso Cauto: el general español que más sangre inocente derramó en Cuba, y que más ayes arrancó, y más lágrimas hizo verter a la mujer cubana.

General y Conde por añadidura, para ser más fiero: era Valmaseda, que venía dispuesto a exterminar en la heroica Bayamo la Revolución [...]. Valmaseda, a mi juicio, no nos hizo daño en cierto sentido. Aquel Boves de su época, ayudó al afianzamiento de la idea, a lo verdaderamente definitivo de la revolución, al “diente por diente” de las revoluciones cuando son buenas porque son implacables con sus enemigos: de otro modo, es decir, cuando demasiado sensibles y generosos los pueblos no les cantan himnos como la “Marsellesa” ni les levantan altares como la guillotina. Entonces tal parece que los pueblos no tienen plena conciencia de sus derechos y anda escasa en ellos la dignidad.

Ante el inminente ataque y ocupación de Bayamo, capital de la revolución y objetivo cardinal de la marcha de Valmaseda, sus habitantes en asamblea popular deciden entregarla al fuego antes que al jefe español. Cuando éste penetró en la ciudad sólo encontró patrióticas cenizas.

A partir de entonces, el vengativo Conde llevó a cabo las operaciones militares conocidas como Creciente de Valmaseda. Como un río desbordado, sus fuerzas, guiadas por excelentes prácticos, invadieron toda la manigua. “Apenas quedó monte sin escrutar ni rancharía o labranza que no fuese destruida. Los subalternos del conde, a quien el mismo daba el ejemplo con una admirable actividad, impedían a los cubanos reponerse y concentrarse”.

Su terrorífica e inhumana política desde los inicios de la guerra quedó reflejada en un tenebroso Bando o proclama firmada por él y fechada en Bayamo el 4 de abril de 1869. En ella declaraba:

Habitantes de los campos: Los refuerzos de tropa que yo esperaba han llegado ya; con ellos voy a dar protección a los buenos y castigar

prontamente a los que aún permanecen rebeldes al gobierno de la Metrópoli.

Sabéis que he perdonado a los que nos han combatido con las armas: sabéis que vuestras esposas, madres y hermanas han encontrado en mí una protección negada por vosotros y admirada por ellas: sabéis también que muchos de los perdonados se han vuelto contra mí. Ante esos desafueros, ante tanta ingratitud, ante tanta villanía ya no es posible que yo sea el hombre de ayer; ya no cabe la neutralidad mentida; el que no está conmigo está contra mí, y para que mis soldados sepan distinguiros, oíd las órdenes que llevan.

Todo hombre, desde la edad de 15 años en adelante, que se encuentre fuera de su finca, como no acredite un motivo justificado para haberlo hecho, será pasado por las armas.

Todo caserío que no esté habitado será incendiado por las tropas.

Todo caserío donde no campee un lienzo blanco, en forma de bandera, para acreditar que sus dueños desean la paz, será reducido a cenizas.

Las mujeres que no estén en sus respectivas fincas o viviendas, o en casa de sus parientes, se reconcentrarán en los pueblos de Jiguaní o Bayamo, donde se proveerá a su manutención: las que así no lo hicieran serán conducidas por la fuerza.

Estas determinaciones empezarán a tener lugar desde el 14 del corriente mes.

Bayamo 4 de abril de 1869. Firmado. Conde de Valmaseda.

Semejante Bando hubo de llevar a exclamar el 10 de mayo de 1869, al Secretario de Estado de los Estados Unidos, Mr. Fish:

En interés de la civilización cristiana y de la humanidad, yo tengo esperanza de que ese documento sea falso. Sin embargo, si es verdadero, el presidente me da instrucciones para que de la manera más vigorosa **PROTESTE CONTRA SEMEJANTE MODO DE HACER LA GUERRA.**

Diez meses llevaba operando Valmaseda en Bayamo y sus alrededores cuando es nombrado, en octubre de 1869, como jefe militar del Departamento Oriental, con residencia en Santiago de Cuba. Pocos meses después, el 19 de enero de 1870, la Gaceta Oficial de Madrid, publicaba un decreto “[...] promoviendo al empleo de teniente general al mariscal de campo D. Blas Villate y de la Hera, conde de Valmaseda, en premio a los distinguidos servicios que ha prestado combatiendo la insurrección en Cuba”.

En la capital de la provincia oriental fue Valmaseda el niño mimado de los voluntarios españoles, imperando las constantes fiestas y ovaciones en honor a su persona, “[...] produciendo a veces nauseas sus adulaciones”. Allí comenzó su labor de zapa en contra del Capitán General Caballero de Rodas, a quien desobedecía con marcada frecuencia, convirtiéndose en su crítico acérrimo, al punto de pedir el gobernador su sustitución a la metrópolis.

Inmerso en las faenas de la guerra se encontraba Valmaseda cuando Caballero de Rodas lo llama para que ocupara la Capitanía General de la Isla. En su nominación para el cargo, por encima incluso del ministro de la Guerra de España, teniente general Fernando Fernández de Córdova, tuvo que ver el voto favorable y decisivo que a su favor dieran los voluntarios y los Casinos españoles, para quien el conde era, sin lugar a dudas, un ídolo.

El 6 de diciembre arribó a La Habana siendo recibido a bordo del buque por Caballero de Rodas. Más de dos años hacía de su salida de la capital como jefe de operaciones, y desde entonces solamente una vez, y por pocas horas, estuvo en ella. Siete días después tomaba las riendas del poder.

Crítico por excelencia de la capacidad militar de los anteriores Capitanes Generales, se dio a la tarea de confeccionar un plan de operaciones militares coordinado para toda la Isla, cuestión que repetidamente le había imputado a sus predecesores.

Al hacerse cargo del gobierno, encontró Valmaseda que la corrupción administrativa y el poder de los Voluntarios, se levantaban como un valladar que lo obligaba a preocuparse no sólo por las operaciones militares. A pesar de su aparente dominio

de la situación, tenía que actuar con gran tacto, combinando la firmeza con la prudencia y la habilidad. Debía mantener su imagen de hombre duro, y con ella la subordinación de los Voluntarios.

Para lograr la pacificación, Valmaseda acudió a los más diversos métodos, desde sus famosos y escalofriantes Bandos, y la represión más brutal, al intento de comprar por dinero a los principales jefes cubanos, Máximo Gómez entre ellos.

El 14 de febrero de 1871 dictaba Valmaseda un nuevo y amenazante Bando en el que establecía:

- 1ra. Después del 15 de febrero continúa abierto el indulto para los insurrectos que hayan sido simples soldados en aquellas filas.
- 2da. Todos los que sean aprehendidos desde esta fecha con las armas en la mano o en combate, serán fusilados en el acto.
- 3ra. Todos los que sean aprehendidos sin resistencia y sin armas serán sujetos al fallo del consejo de guerra verbal, cuya sentencia deberá <V.E> aprobar o desaprobado por los méritos del proceso, no elevando éste a mi autoridad sino en el caso de desacuerdo en el consejo, dándome parte de los fallos que se lleven a ejecución.
- 4ta. No se concederá indulto a ningún hombre influyente o de posición que no preste un eminente servicio, y en ese caso se me dará cuenta reservadamente, sin remitirme el presentado a no reclamarlo yo.
- 5ta. A los cabecillas que se presenten con la cuarta parte de la fuerza que tienen a sus órdenes armada, se les concederá indulto de la vida, pero es necesario que se tenga en cuenta la fuerza que presentan, pues pudiera suceder muy bien que se diera latitud a la designación de la cuarta parte y que un cabecilla a quien se le hayan desertado sus soldados, viéndose perdido se presente con unos pocos y por lo tanto se entenderá que pudiera admitir a indulto a un titulado Capitán con 20 hombres, a un Comandante o Teniente Coronel con 40 y a un Brigadier o General con 80.
- 6ta. Si alguno comprendido en las reglas 4a y 5a se presentase aislado o con menos del número que el indicado, se le pondrá preso e incomunicado

sin comprometerse a nada con él y se me dará cuenta, sin remitir al preso, para mi resolución.

7ma. Los titulados Presidente, Ministros, Sub-Secretarios, Embajadores y Representantes de la Cámara, Prefectos y Sub-Prefectos, Maestros de Escuelas y Gobernadores, serán fusilados donde quiera que fuesen habidos, y de cualquier modo que se les encuentre, no admitiéndolos como presentados, aunque quieran hacer valer este derecho.

En varias oportunidades, y como resultado de las operaciones que acompañaban a sus famosos bandos, informó a España sobre la pacificación de extensos territorios de la Isla, a pesar de que nunca pudo lograrlo sólidamente en ninguno. Los insurrectos, golpeados seriamente por sus operaciones, se retiraban al interior de los bosques y sierras en espera del momento oportuno para golpear y combatir a su enemigo.

El 25 de agosto de 1871, para complacer a los Voluntarios y por presión de éstos, Valmaseda aprobó el fusilamiento del poeta Juan Clemente Zenea. Meses más tarde dejaba sin castigo a los culpables del fusilamiento de los estudiantes de medicina.

Enterado de la perturbación del orden en la capital por los incidentes con los estudiantes mientras él se encontraba en Las Tunas combatiendo al mayor general Vicente García, cursa a los Voluntarios un telegrama fechado el 27 de noviembre en el que les informa que estaría en La Habana el día 28, “[...] para hacer que la justicia, representada por un tribunal, nos muestre los culpables de semejante atentado, y cuando éste, apoyado en la ley y su conciencia, marque la pena a que los delincuentes se hayan hecho acreedores, la hará cumplir con toda brevedad vuestro capitán general Conde de Valmaseda.”

Oídos sordos prestaron los turbulentos Voluntarios que decidieron fusilar ese mismo día a los 8 inocentes estudiantes de medicina, y prepararle una encerrona a Valmaseda a su llegada a La Habana, esto último evitado por el general Crespo, cómplice del crimen, que tomó urgentes medidas para neutralizarlos.

¿Quién era el Mariscal de Campo Romualdo Crespo de la Guerra, responsable en primer orden del asesinato de los estudiantes?

Entre los años 1835—1836 ingresó en la carrera de las armas en el Colegio de Nobles de Madrid, pasando al poco tiempo como cadete a la Academia Militar de Segovia. Allí se distinguió en la defensa del Alcázar contra los carlistas, tomando parte, además, en la toma de Morella, acción de Cantavieja, entre otras. Concluida la primera guerra carlista, pasó a formar parte de la Guardia Real. En 1842 marchó a Filipinas como ayudante del Capitán General de aquel archipiélago, el general Antonio Alcalá, pariente cercano suyo, tomando parte en diversas acciones contra brotes insurreccionales filipinos.

De regreso a España con el grado de comandante, en 1848 toma parte activa en los sucesos de Cataluña durante la segunda guerra carlista. Por sus ideas liberales fue detenido y encerrado en el castillo de Lérida, donde permaneció durante más de un año. Absuelto de culpabilidad, se declaró en situación de reemplazo. En 1853 solicitó su pase a Filipinas, donde sirvió como teniente coronel a las órdenes del marqués de Novaliches, que lo nombró gobernador de La Isabela. En 1855 formó parte de la expedición de exploración y conquista de Mindanao, sujeto hasta entonces a la voluntad de los piratas.

Dos años después regresó a España por problemas de salud, permaneciendo durante dos años en situación de reemplazo. Como coronel, participó en la campaña de África, resultando herido de bala en el bajo vientre, siendo trasladado a Málaga para su curación. Restablecido, regresa a Marruecos encargándose nuevamente del mando que desempeñaba como jefe del regimiento de Arapiles, en la división Prim.

Permaneció en Cataluña hasta 1861, que marchó con su regimiento a sofocar la insurrección socialista de Loja. Figura después en el mando de una brigada en el Ejército de Castilla la Nueva, pasando en 1865 en situación de cuartel a la provincia de Cuenca. Detenido en Valencia en 1866 acusado de querer tomar las armas contra la reina, fue encerrado en el castillo de San Severino, en Cádiz, embarcándosele después expatriado a Canarias.

Meses más tarde, reconocida por el gobierno la inocencia de Crespo, se le levanta el destierro y regresa a España. La revolución septembrista lo nombra gobernador militar de Alicante primero, y de Gerona después, combatiendo en ambas a las partidas republicanas y carlistas respectivamente. A fines de 1869 fue nombrado Comandante General de Cádiz.

En diciembre de 1870 era escogido como uno de los generales encargado de recibir al nuevo monarca español, el italiano Amadeo de Saboya. El 2 de enero de 1871 entró en Madrid junto al nuevo Rey en clase de primer ayudante y jefe de su Cuartel Militar. Poco después, el 7 de marzo del mismo año, fue nombrado jefe de la primera división del ejército de Castilla la Nueva. Fue diputado a las Cortes por Cuenca.

El 18 de octubre de 1871 arribó a Cuba en compañía de su esposa y asumió la responsabilidad de Segundo Cabo en la Capitanía General. Presionado por la intransigencia del cuerpo de Voluntarios de La Habana, cuando interinamente se encargaba de la Capitanía General por estar el gobernador Conde de Valmaseda de operaciones en la región oriental, aprobó con su firma el fusilamiento de los ocho inocentes estudiantes de medicina, el día 27 de noviembre de ese propio año. Era una actitud de sumisión y tolerancia ante la indisciplina y el caos, inconcebible en un militar de semejante hoja de servicios.

Su falta de resolución y valor para hacer respetar su autoridad y volver al orden y al reconocimiento de la ley a los Voluntarios, le valió, al hacerse cómplice del horrendo crimen, la condena general de la prensa y de sus contemporáneos. El 30 de diciembre era sustituido como Segundo Cabo, y el 15 de enero de 1872, regresaba a España en el vapor Antonio López, siendo nombrado al poco tiempo, gobernador de las islas Baleares.

Sobre el papel del general Crespo en aquellos acontecimientos, escribiría el joven estudiante Fermín Valdés Domínguez:

¿Y Crespo?—En el Palacio. No hallaba modo de imponer la Ley a aquel populacho amotinado.
—¿No sabía él bien que pedían una injusticia?

—¿Por qué no cumplió su deber como militar, como autoridad y como hombre? —¿Por qué no tenía tropa? —La marina esperaba solamente su orden para echarse a tierra y defender contra los rebeldes el poder violado de su autoridad. — Pero el general Crespo halló más cómodo, menos dado a peligros, más honroso hacerse cómplice de la exigencia criminal, y decir a los hombres que pedían incesantemente nuestra muerte, que el fallo de la ley caiga sobre los que por medios rastroseros intentan manchar la inmaculada honra de España. Y ese hombre que en España solo ha hallado en la famosa ley de sospechosos algo que asimile por su sangriento colorido a las proposiciones de las comisiones de Voluntarios, que rechazó en la forma, y que como se verá luego apoyó, es el mismo que no aceptó el auxilio de la marina, para decir después que no tenía un soldado [...].

En 1874 fue laureado con la Gran Cruz de San Hermenegildo. Un año después marchó a Filipinas como Segundo Cabo, asumiendo interinamente la Capitanía General de aquel archipiélago, a mediados de 1876. Ninguna medida se tomó en su contra por su nefasta actuación.

A la llegada de Valmaseda a La Habana, trascendió que este reprendió severamente al general Crespo, por su tolerancia; sin embargo, nada hizo. Afirma Valdés Domínguez, que:

[...] Valmaseda sabía que no había culpa, y decía que éramos culpables; reprendía al llegar la debilidad de Crespo, y, tan débil como él, lo mismo que él hizo, como él excitó a las turbas, lo que él autorizó aprobó. Sabiendo que asesinaban a ocho inocentes, los dejó asesinar. Sabiendo que era debilidad indigna ceder, decía y halagaba a los que se sobreponían violentamente a su autoridad.

Júzguese ahora a Valmaseda.

El brigadier Rafael Clavijo y Pló y el mariscal de campo Antonio Venenc y Andrada Wandervilde, vinieron a aplacar la multitud y los amotinados encerraron a aquellos ancianos en el hospital de la

cárcel. No supieron ni pudieron, imponer su autoridad militar ante los amotinados.

Clavijo, nacido en Madrid en 1807, con larga trayectoria en las guerras de España, destacado en Cuba y Puerto Rico y autor de libros de textos para la academia de ingeniería en España, era entonces el sub director de ingenieros de la capitanía general. Murió en Vitoria, en 1884, en situación de reserva.

Venenc, nacido en Sevilla el 1 de abril de 1798, continuó en La Habana como Sub inspector de la Capitanía, hasta junio de 1872 en que pasó a España como Ministro del Consejo Supremo de Guerra.

Alejandro Jaquetot y Arca, coronel que presidió el Consejo de Guerra que condenó a los estudiantes, había nacido en Cuenca el 3 de agosto de 1824. Cedió a las presiones de los voluntarios que consideraron benévolas las primeras sanciones aprobadas, y en una segunda sesión, aprobó la sentencia a muerte de los ocho inocentes estudiantes. Ascendió a brigadier por méritos de guerra el 21 de septiembre de 1876. Ocupó diferentes mandos en la Isla en el arma de caballería, hasta el 12 de abril de 1878. Desde esa fecha y hasta el 15 de noviembre de 1880, fue ayudante de campo del Rey. Años después, secretario de la Dirección General de Caballería del ejército español.

Ninguno de los altos mandos militares españoles destacados en la Isla durante el crimen, fue procesado o sancionado por el crimen del 27 de noviembre de 1871.

Para Valmaseda quedaba claro que había perdido la ascendencia y autoridad sobre los Voluntarios, que desde ese momento pasarían a ser críticos de su gestión.

Tres facetas se destacan en el general Blas Villate y de la Hera durante este mandato como Capitán General de la isla de Cuba, a saber, su actividad, su crueldad y sus inmoralidades.

Hasta aquel entonces, fue Valmaseda el Capitán General que mayor participación personal tuvo en las operaciones militares. Constantemente se movía de una comandancia a otra para supervisar in situ, el curso de la guerra. Fue el artífice de las trochas militares que, si bien no fueron inexpugnables,

obstaculizaron y frenaron en muchas ocasiones los planes y movimientos del Ejército Libertador.

Su enérgica actividad se traducían en exterminio y crimen, por lo que se hizo merecedor del odio del pueblo cubano, que además le reprocharía su nada envidiable vida privada.

Amante de grandes homenajes a su persona, cargaba a los fondos de los ayuntamientos de los poblados y ciudades que visitaba, las fiestas y banquetes que él mismo ordenaba. Ya en junio de 1867, fecha en que fungía como Segundo Cabo de la Capitanía General de la isla de Cuba, durante una visita a San Juan de los Remedios, organizó en su honor un baile que resultó más costoso al ayuntamiento que las fiestas del Santo Patrón.

Su visita a Puerto Príncipe en diciembre de 1871 ocasionó al municipio sólo en regalos y obsequios, el gasto extraordinario de 895 pesos, cifra considerable para la fecha, en momentos en que los propios soldados españoles, padecían anemia, y morían de enfermedades, falta de atención médica o a resultas de las heridas recibidas.

En la capital eran frecuentes los espléndidos banquetes que ofrecía a sus fieles seguidores, cuerpo consular, periodistas, entre otros, buscando con una refinada y teatral actitud, proyectar la imagen de un hombre noble de maneras distinguidas.

Coinciden varias fuentes en el enriquecimiento de Valmaseda durante su mandato en la Isla. Las vías empleadas para conseguirlo fueron en primer lugar, las enormes gratificaciones asignadas a los capitanes generales de la Isla cuando como generales en jefes salían de operaciones, y en segundo lugar, las riquezas adquiridas como consecuencia de aquellas. El periódico *New York Democrat*, afirmaba que “[...] Valmaseda, ha remitido a España

una enorme cantidad en oro y grandes valores en prendas, fruto todo de sus depredaciones”.

Sólo la valiente actitud del capitán Federico R. y Capdevila, salvó la honra de los militares españoles, al declarar, como defensor en el juicio, inocentes a sus 45 defendidos.

[...] Señores: ante todo, somos honrados militares, somos caballeros; el honor es nuestro lema, nuestro orgullo, nuestra divisa; y con España siempre honra, siempre nobleza, siempre hidalguía, pero jamás pasiones, bajezas, ni miedo. El militar pundonoroso muere en su puesto; pes bien, que nos asesinen; más los hombres de orden, de sociedad, las naciones, nos dedicarán un opúsculo, una inmortal memoria, He dicho [...].

El presidente del Consejo de Guerra, coronel Jaquetot, hubo de ocultarlo en una habitación inmediata, porque Voluntarios exaltados querían lincharlo.

El 10 de julio de 1872, entregó Valmaseda oficialmente el mando en condición de interino, al Segundo Cabo mariscal de campo Francisco de Ceballos y Vargas, quien centraría su gobierno, prioritariamente, en garantizar el orden y la subordinación de los Voluntarios, y proponer a España, en desagravio, el indulto de los estudiantes prisioneros.

Valmaseda regresaría a la Isla el 8 de marzo de 1875, nombrado nuevamente Capitán General. Fracaso total. Enemistado con los Voluntarios, peleado con el Casino español de La Habana y odiado por los cubanos, el 25 de diciembre de 1875 se retira para siempre de Cuba. ■

A 100 años de la FEU: los combates en sus orígenes

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA

La historia de la FEU, en sus primeras expresiones, se inicia en la década del veinte del siglo XX cubano, cuando se produjeron cambios importantes en el accionar de diferentes clases y grupos dentro de la sociedad. Frente a los síntomas de desgaste del sistema neocolonial, emergían voces que expresaban rechazo a la corrupción, como factor más visible para la mayoría, lo que se acompañó de la movilización de la opinión pública. Nuevas organizaciones se insertaban entonces en el debate político, aunque desde distintas tendencias. En ese contexto nació la organización universitaria.

Prolegómenos de la organización

La primera acción de rebeldía estudiantil en ese periodo se produjo en 1920. El 15 de abril *La Discusión* informaba sobre protestas a partir de lo que se identificaba como “un nuevo plan de estudios”. Según el medio, se sucedían esas protestas por disposiciones “poco equitativas”, con incompatibilidades

en las asignaturas y su ordenamiento, la ampliación de los años de duración de las carreras, además de no permitir que “se arrastren” asignaturas.¹

El 26 de abril hubo choques entre estudiantes y policías, cuando los primeros iban por la calle San Lázaro, cerca de la Quinta Estación de Policía, a casa de un profesor para pedirle apoyo en sus demandas contra el proyecto de reforma que consideraban arbitrario, y fueron atacados por miembros de ese cuerpo con balas y golpes. Como parte de la protesta, esa mañana los estudiantes se habían reunido en asamblea en la Escuela de Medicina, donde acordaron formar la Federación de Estudiantes y que los cinco presidentes de las asociaciones existentes entonces se dirigieran al Rector para expresar el descontento y hasta valoraron llegar a la huelga. En la asamblea tuvieron el apoyo de dos catedráticos: Evelio Rodríguez Lendián y Francisco

¹ “Universitarias”, en: *La Discusión*, 15 de abril de 1920, A. XXXII, no. 106, p. 2.

Suárez, de Derecho y Anatomía respectivamente, quienes los acompañaron en la manifestación que dejó un saldo de heridos y detenidos.²

El documento de protesta estudiantil afirmaba que parecía que el propósito de las reformas que se estaban planteando era “impedir el aumento de profesionales en Cuba y ni reparan en medios para llevarlo a cabo”, se referían a que no se apreciaba “el deseo de mejorar la enseñanza” y a continuación mencionaban algunas de las reformas que obstaculizaban el desempeño estudiantil. El documento aclara, a quienes “odian cuanto ha nacido en este suelo”, que no pretendían que se les regalaran las notas, ni se les hiciera doctores sin capacidad, que no eran contrarios a las reformas en planes de estudio o métodos de enseñanza, sino que “anhelamos sinceramente reformas justas y razonables, nunca absurdas y abusivas”.³

Este movimiento contó con el apoyo de los estudiantes del Instituto y academias particulares de La Habana y del Instituto de Matanzas, desde donde se reclamaba castigo para los agresores. En una reunión en el Rectorado, los acuerdos del Claustro se concentraron en la agresión y su denuncia, al igual que en la asamblea estudiantil donde se aceptó recomenzar las clases y mantener los intercambios con el Claustro.⁴ El conflicto pareció disolverse, con lo cual la Federación anunciada no se concretó; pero fue un antecedente importante para acciones en un futuro cercano.

En 1921 estallaría un nuevo conflicto, aunque con matices diferentes. El año había comenzado con la agudización de la crisis de postguerra y la llegada a Cuba de Enoch Crowder como “enviado personal” del presidente norteamericano. Esta presencia acompañó la toma de posesión del presidente Alfredo Zayas y generó un gran rechazo en la opinión pública.

En ese contexto, según valoró Julio Antonio Mella posteriormente, la Universidad “no deseaba

divorciarse de la sociedad”⁵ pues planteó el otorgamiento del doctorado Honoris Causa al enviado personal del presidente yanqui y, junto a él, al que fue gobernador en Cuba Leonard Wood, además del Rectorado honoris causa al presidente Zayas. Esto provocó otro momento de rebeldía: el 16 de noviembre los estudiantes de la Escuela de Derecho publicaron un manifiesto en el que denunciaban el papel del enviado personal y planteaban que la Universidad la componían los profesores y los estudiantes, aunque no se consultaba a los últimos para nada; el documento expresaba el rechazo a que se intentara con las “flores” universitarias coronar “el sable de un interventor”, al tiempo que exponía las carencias de la Universidad y de la enseñanza general, junto a la denuncia del acuerdo que vinculaba a la Universidad “al carro de triunfo del imperialismo yanqui de la postguerra”. El manifiesto afirmaba: “no queremos en las aulas de nuestra Universidad política de barrios, y mucho menos política anexionista” y terminaba con la exhortación: “Estudiantes cubanos, descendientes de los héroes del 71: ¡Viva Cuba libre e independiente!” Entre los centenares de firmas, estaban las de Julio Antonio Mella, Alfonso Bernal del Riesgo y dos nietos de Máximo Gómez: Cándida E. Gómez y Máximo Gómez.⁶ La acción estudiantil interrumpió la reunión del Claustro General del día 17, donde se iba a aprobar ese otorgamiento e impidió que se concretara el propósito. La Universidad entraba en una nueva etapa con un alto protagonismo estudiantil.

El Movimiento por la reforma universitaria: nace la FEU

El contexto de los inicios de la década del veinte era favorable a la demanda de la reforma universitaria: en el continente se había producido un fuerte movimiento reformista en los predios universitarios que comenzó en 1918 en Córdoba, Argentina, y

² “Los sucesos de ayer entre estudiantes y policías”, en: *La Discusión*, 27 de abril de 1920, A. XXXOO, no. 118, pp. 1 y 2.

³ Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba: *Mella: documentos y artículos*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 157.

⁴ *La Discusión*, 28 de abril de 1920, A. XXXII, no. 119, p. 1.

⁵ Ídem, pp. 156—157.

⁶ Olga Cabrera y Carmen Almodóvar (compiladoras), *Las luchas estudiantiles universitarias 1923—1934*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 65—68.

expandió su impacto al entorno. El detonante para Cuba estuvo en la presencia del Rector de la Universidad de Buenos Aires José Arce, en un Congreso médico en La Habana en noviembre de 1922. El 4 de diciembre, al recibir la condición de Rector Honoris Causa, pronunció el discurso “La evolución de las universidades argentinas”.⁷ Aquella exposición fue el impulso, en un ambiente ya convulso, para que se desatara un gran movimiento por una reforma universitaria que superara los grandes males que se habían enraizado en la Colina.

La primera expresión de la rebeldía estudiantil entonces fue la acusación de graves cargos al profesor de Medicina Rafael Menocal y del Cueto, quien fue apoyado por sus colegas de Facultad. Este hecho derivó en el objetivo de una reforma universitaria profunda y la creación de la organización estudiantil. El 20 de diciembre, en el local de la Asociación de Estudiantes de Derecho, se constituyó el Directorio de la Federación de Estudiantes de la Universidad con las cinco asociaciones que existían. Su primer presidente —cargo rotativo entre los presidentes de Escuelas— fue Fellio Marinello y el secretario general Julio Antonio Mella. En reunión del 22 de diciembre se acordó celebrar una asamblea de estudiantes en los primeros días de enero para dar a conocer la constitución de la Federación y sus fines y también se nombró una comisión de “reformas universitarias”.⁸ Había nacido una organización que sería insignia para el país.

En correspondencia con los acuerdos tomados por el Directorio de la FEU, el 10 de enero se dio a conocer un Manifiesto donde se exponían los objetivos de la organización, en primer lugar “una reforma radical de nuestra Universidad, de acuerdo con las normas que regulan estas instituciones en los principales países del mundo civilizados”, para pasar luego a asuntos de los ingresos, el estado de los locales, el sistema administrativo, la autonomía,

la solución del problema en Medicina y la demanda de “nuestra representación ante el claustro y del principio de que la Universidad es el conjunto de profesores y alumnos”.⁹ Así comenzaba una fuerte batalla que enfrentó maniobras del presidente Zayas, dilaciones en la implementación de promesas y oposiciones de la mayoría del claustro.

Si bien el Rector Carlos de la Torre había planteado la voluntad reformista al tomar posesión del cargo en diciembre de 1921, se actuaba de manera muy lenta, lo que llevó a que los estudiantes decretaran huelga el 11 de enero y el 12 hubo una asamblea en el Aula Magna a la que asistieron el Rector y profesores partidarios de la reforma como Enrique José Varona, Diego Tamayo, Eusebio Hernández, Evelio Rodríguez Lendián, Alfredo Aguayo y José Varela Zequeira. El tema central era la reforma moral y material universitaria, así como la creación de un Tribunal de Depuración. El Consejo Universitario se reunió el día 13 para la tramitación del expediente del profesor Menocal y crear una Comisión mixta de profesores y estudiantes con vistas a la reforma. Los estudiantes presionaron con la toma de la Universidad el 15 de enero, pero el presidente Zayas dijo reconocer la justeza de las reclamaciones y prometió crear una Asamblea Universitaria con representación estudiantil, por lo que los estudiantes devolvieron la Universidad al Rector el día 17. El 22 se creó una Comisión mixta con seis profesores y seis estudiantes que, junto al Rector, debían resolver los problemas, la que no fue reconocida por Decreto presidencial hasta el 13 de marzo.

El 17 de marzo de 1923, por Decreto Presidencial se creó la Asamblea Universitaria, que estaría compuesta por 90 delegados: 30 profesores, 30 estudiantes y 30 graduados, pero no se estructuró hasta el 26 de agosto; aunque fue el 25 de enero de 1924 que se constituyó en el Aula Magna y pasó a elegir su Rector. Con esa lentitud se desarrolló ese proceso, como forma de evitar los cambios.

Mientras se iban aprobando las nuevas instancias, el Directorio de la FEU se había mantenido activo. Cuando el Consejo Universitario acordó el

⁷ Luis F. Le Roy y Gálvez, *La Universidad de La Habana en su etapa republicana: síntesis histórica*. Separata de la Revista de la Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1966, pp. 17—18.

⁸ Ana Cairo Ballester, *El Movimiento de Veteranos y Patriotas*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1976, pp. 195—200.

⁹ Ídem., pp. 201—202.

12 de marzo suspender las clases por tres días, declararon la “Universidad libre” para mantener el funcionamiento de la institución. En el documento que proclamó esa “Universidad libre” se invitaba a los estudiantes, catedráticos de la “Antigua Universidad” y al pueblo en general para la apertura “solemne” de las clases en el Aula Magna, y firmaban Mella como Rector interino, y como decanos de las tres facultades los dirigentes estudiantiles Felio Marinello, Ramón Calvo y Rigoberto Ramírez.¹⁰ Esto presionó de tal manera que Alfredo Zayas dispuso por Decreto Presidencial el funcionamiento de la Comisión Mixta que se había propuesto desde enero y el reconocimiento de la FEU. Además, nombró dos comisionados de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes como interventores.¹¹ Comenzó entonces el dilatado proceso para la creación y puesta en funcionamiento de la Asamblea Universitaria.

Un hecho muy significativo fue la celebración del Primer Congreso Nacional Revolucionario de Estudiantes entre el 15 y el 28 de octubre de 1923, bajo la conducción de Mella. Este cónclave tomó acuerdos muy trascendentes en lo académico y en lo político. Entre los más destacados estuvieron: la “Declaración de Derechos y Deberes del Estudiante”, la creación de una Cátedra de Historia Patria en las enseñanzas secundaria y universitaria, la organización de una intensa campaña contra el analfabetismo, el reconocimiento de la Rusia soviética, el pronunciamiento por la unidad latinoamericana, contra todos los imperialismos y especialmente contra la intromisión del imperialismo yanqui en los asuntos internos de Cuba, contra la Enmienda Platt, la doctrina Monroe y el panamericanismo y contra el capitalismo universal.¹² Como resultado

del Congreso, el 3 de noviembre de 1923 se inauguró en el Aula Magna la Universidad Popular José Martí. Este cónclave marcó el momento más alto por su alcance y radicalidad, de todo el movimiento en ese momento. Comenzaba entonces la batalla por la implementación de los acuerdos.

En esta lucha hay que tomar en cuenta la heterogeneidad de la composición clasista del estudiantado de ese centro, fundamentalmente integrado por grupos de la burguesía y la clase media, lo que afectaba la unidad de propósitos en sus proyecciones, cuestión que se puso de manifiesto con cierta rapidez, sobre todo a partir de la toma de posesión de Gerardo Machado como presidente, el 20 de mayo de 1925, que dio inicio al proceso de triunfo de la contrarreforma: el 20 de diciembre de 1925 Machado aprobó el Decreto 2791, por el cual suprimía la Asamblea, con lo que restablecía los poderes al Rector, al Claustro General y al Consejo Universitario, así como a la Junta de Inspectores; también prohibía “la existencia y funcionamiento dentro del recinto universitario y sus dependencias de toda Asociación, grupo u organismo que no tenga por únicos fines los meramente recreativos y culturales y con los requisitos y formalidades que determina la Autoridad Universitaria competente”.¹³ Disolvía así la FEU, lo que no tuvo expresiones de resistencia importantes en ese momento y, además, en 1926 la Universidad le entregó el título de Doctor en Derecho Público Honoris Causa.

Mella, que había renunciado a la presidencia de la FEU en diciembre de 1923, alegando que algunos lo criticaban porque ejercía influencia demasiado personal y nociva, fue condenado a expulsión de la Universidad por un año y a la pérdida de sus asignaturas del curso en ejecución —a partir de una evidente provocación a su esposa—, lo que él calificó de venganza. El día 27 de noviembre de ese año 1925 fue encarcelado sin derecho a fianza, a raíz de lo cual declaró una huelga de hambre que provocó una extraordinaria movilización. El joven estudiante, ya militante fundador del Partido Co-

¹⁰ Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba, ob. cit., p. 52.

¹¹ La Comisión Mixta reconocida el 13 de marzo tenía de presidente a Enrique Hernández Cartaya y como secretario a Julio Antonio Mella.

¹² Ver las actas en Julio A. Mella, *Documentos para su vida*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1964. La adición de la denominación de “Revolucionario” fue un acuerdo del Congreso.

¹³ Universidad de La Habana, *Memoria Anuario correspondiente al curso académico de 1924 a 1925*, ob. cit., pp. 105-110.

munista, había comprendido que se necesitaba una revolución social para revolucionar la Universidad y se había convertido en un serio peligro para el gobierno y el sistema, de ahí la orden de matarlo y la necesidad de que saliera al exilio de manera clandestina. Se intensificaba la ofensiva contra la vanguardia estudiantil.

La vida universitaria continuó con nuevas disposiciones machadistas que llegaron hasta la clausura de la Universidad Popular José Martí en 1927, año en que volvería a rebelarse el estudiantado, ahora en batalla contra el proyecto de prorrogar a Machado en la presidencia: el 30 de marzo de 1927 hubo una manifestación contra la Prórroga de Poderes a la Casa de Enrique José Varona, atacada por la Policía. Era el despegue de una gran lucha política encabezada por el nuevo Directorio Estudiantil Universitario contra la Prórroga de Poderes que enfrentó una feroz represión, pero renació el 30 de septiembre de 1930, con la “tángana”, en la que se produjo la muerte de Rafael Trejo, y la creación del Directorio Estudiantil Universitario. El 2 de octubre de 1930, fuerzas del Ejército irrumpieron en la Colina y el 15 de diciembre fue clausurada. El 1º de julio de 1931, la clausura de la Universidad se decretó por tiempo indefinido, no obstante, los estudiantes mantuvieron el combate, dentro del DEU o en su desprendimiento con el Ala Izquierda Estudiantil fundada en 1931, y serían una de las fuerzas decisivas en el proceso de la caída de Machado y en la instauración del gobierno provisional de Ramón Grau San Martín. El mayor logro universitario en ese proceso revolucionario fue el reconocimiento de la autonomía por el Gobierno provisional el 6 de octubre de 1933.

La Universidad en los años de “estabilización” y constitucionalidad

En el periodo de cierre del proceso revolucionario de los años 30, la Universidad vivió una gran convulsión, que implicó la intervención del Ejército en 1935 a raíz de la huelga general impulsada por el Comité de Huelga Universitario creado al efecto,

y la interrupción de sus actividades. Cuando el país entró en una fase de estabilización se aprobó, el 8 de enero de 1937, la Ley Docente que implicaba una victoria parcial de la lucha estudiantil al reconocer su “amplia autonomía” y las atribuciones respecto a su funcionamiento. A partir de esta disposición se redactarían sus Estatutos y Reglamentos.¹⁴ La Ley planteaba que el orden interno era responsabilidad de las autoridades universitarias, aunque ante esta grave alteración, el Presidente de la República podía ordenar la entrada de las Fuerzas Armadas en el recinto universitario. También incluía una conquista importante que había sido un reclamo de la FEU: la matrícula gratis en cantidad no mayor del 20% del total de las regulares, aunque planteaba como requisitos tener buen expediente de estudios precedentes, ser pobre y carecer de recursos suficientes y ser cubano o hijo de extranjero nacido en Cuba, todo lo cual debía acreditarse. El Reglamento promulgado en febrero reconoció a la FEU como la organización estudiantil¹⁵ y establecía:

Artículo 290. —Para el desenvolvimiento de los distintos fines universitarios queda reconocida la Federación de Estudiantes Universitarios, a la que corresponde confeccionar su propio Reglamento. Un ejemplar de este será remitido al Consejo Universitario, por conducto del Rector para su aprobación.

Se reorganizaba la FEU después de años sin existencia, no obstante, las elecciones se regulaban con votación de primer grado solo para el delegado de asignatura y presididas siempre por autoridades profesoras.¹⁶

Como resultado de las luchas de esos años, se lograron algunos objetivos en la Constitución de 1940 que reconocía la autonomía y establecía la contribu-

¹⁴ Texto de la Ley Docente, en: Hortensia Pichardo: *Documentos para la Historia de Cuba*, ob. cit., segunda parte, pp. 117-142.

¹⁵ Su presidente entonces fue José Ángel Bustamante O’Leary, estudiante de medicina.

¹⁶ *Gaceta Oficial*, febrero 27 de 1937 en Archivo Central de la Universidad de La Habana (ACUH).

ción al sostenimiento de la Universidad con el dos y un cuarto por ciento del presupuesto del Estado, aunque también estableció el derecho a crear universidades oficiales y privadas. Con vistas a esa asamblea, los partidos políticos, diferentes grupos y sectores presentaron sus propuestas y los estudiantes también lo hicieron en el Congreso Nacional de Estudiantes, celebrado del 27 de noviembre al 2 de diciembre de 1939, donde se elegiría un ejecutivo de la Confederación de Estudiantes de Cuba encargado de presentar sus reclamos. No todo se logró plasmar en la nueva Constitución, pero hubo avances importantes.¹⁷ La aplicación de la Constitución y la lucha por el reconocimiento de la personalidad de la FEU, a través de estatutos propios y de su representación en las instancias de dirección, por una mayor asignación de matrículas gratis, por planes de estudio más científicos y modernos, por la asignación del presupuesto adecuado al centro, por

¹⁷ Ver Niurka Pérez Rojas, *El movimiento estudiantil universitario de 1934 a 1940*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 213-216.

eliminar la politiquería dentro del ámbito de la Colina constituyeron metas para la organización estudiantil. Había logros, pero muchas metas por alcanzar.

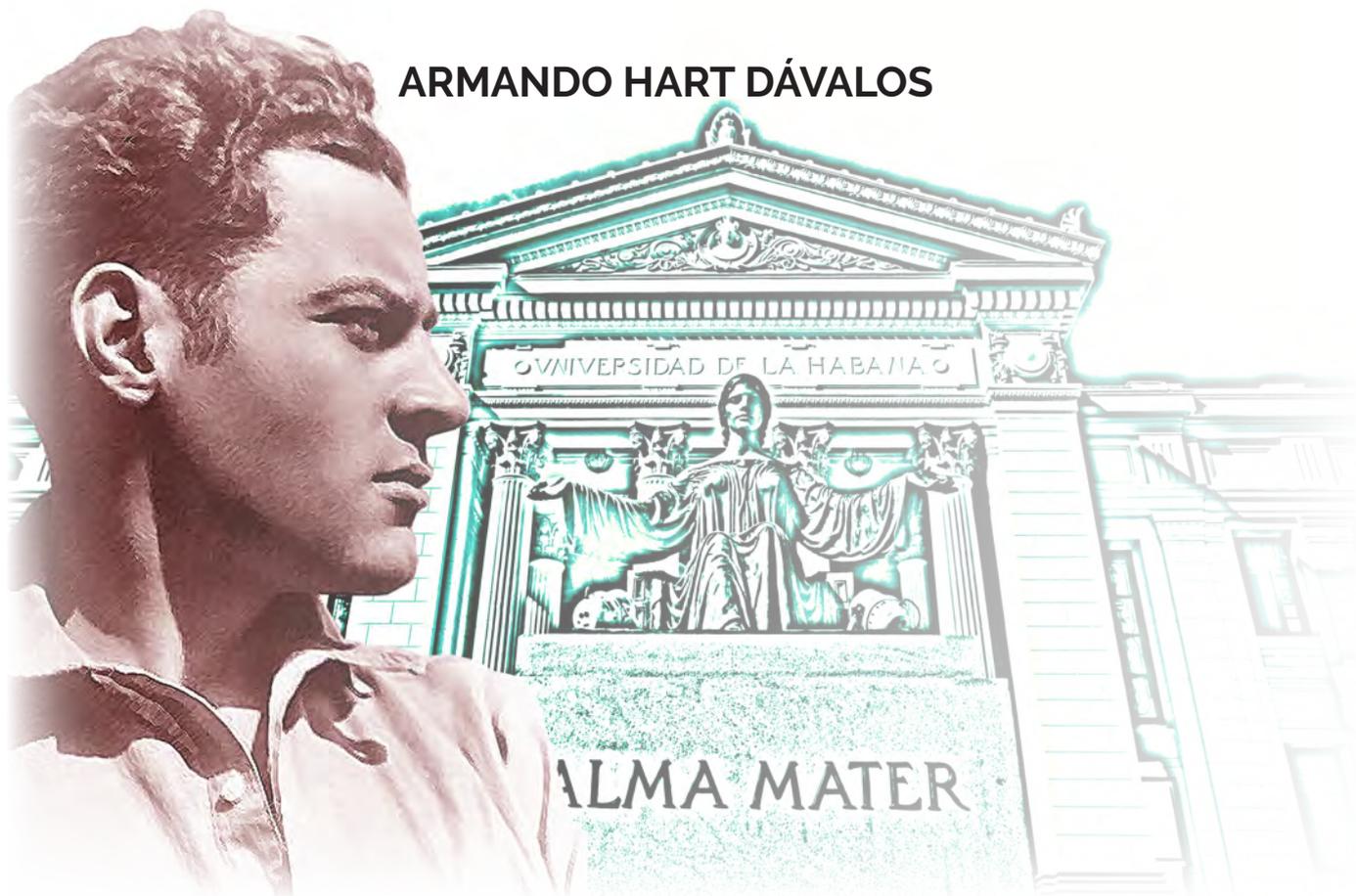
Sin duda, la creación de la FEU como organización representativa de los estudiantes universitarios cubanos constituyó un hecho notable dentro de la historia de Cuba, lo que se evidencia en sus combates por una universidad científica, acorde al desarrollo de su época; decente, donde no se reprodujera la corrupción que minaba el sistema político cubano; con posibilidades de acceso a sectores populares entonces impedidos de costear sus estudios en el alto centro docente. Si bien estos fueron algunos de los objetivos fundamentales de la FEU en sus orígenes; también incorporó aspiraciones mayores para toda la sociedad, ya que esa universidad a que se aspiraba solo era posible a partir de una revolución social que transformara las bases del sistema. Mella, el gran líder de ese proceso, así lo había comprendido. Había que hacer la “Revolución universitaria”, dentro del objetivo mayor de la revolución social. ■



Julio Antonio Mella

Bajar de la Colina, ascender al pueblo y tomar el cielo por asalto*

ARMANDO HART DÁVALOS



Las ciencias naturales han creado símbolos para adentrarse en el conocimiento de una realidad que abarca tanto los espacios infinitos del Universo como el —hasta ahora inagotable— micromundo. Sin ellos no se hubieran alcanzado las cumbres del saber que el hombre ha conquistado.

Las de carácter social necesitan, también, sus propios símbolos. Ellos están presentes en los grandes procesos sociales, económicos, culturales y políticos y sus actores: los pueblos y los hombres que los representan y promueven. Nos permiten encon-

trar y extraer conclusiones acerca del “hilo invisible [que, según Martí] une a los hombres en la historia” y que recorre la larga evolución social. Así se puede comprender la trama que viene del pasado y tratar de visualizar un futuro que solo se logra con las acciones de millones de personas.

Quiso el azar que dos símbolos claves de la historia de Cuba emergieran en la misma fecha con diferencia de ocho años: el *Manifiesto de Montecristi*, suscrito por José Martí y Máximo Gómez, el 25 de marzo de 1895 y el nacimiento de Julio Antonio Mella, en igual día, pero de 1903. Conmemoramos por tanto 108 años del célebre documento mediante el cual se exponían para Cuba y el mundo los objetivos de la última guerra de liberación contra el colonialismo español en América, la que sirvió

* Palabras pronunciadas en el encuentro homenaje “Dos siglos de pensamiento de liberación (de Félix Varela a *La historia me absolverá*)” en el Aula Magna de la Universidad de La Habana el 24 de marzo de 2003.

de antecedente inmediato a las luchas antiimperialistas del siglo xx. Asimismo, rendimos sentido homenaje en el centenario de su natalicio a Julio Antonio Mella, quien se convirtió en el más trascendental actor y pensador cubano de la primera mitad de la vigésima centuria, y lo fue porque sobre el fundamento de la cultura del Maestro supo articular la tradición revolucionaria del siglo xix con el pensamiento socialista europeo de Marx, Engels y Lenin. En esa articulación se halla la raíz del Moncada en 1953 y de la revolución triunfante el 1ro de enero de 1959, la cual el 16 de abril de 1961 proclamó su carácter socialista. Julio Antonio Mella es la expresión más concreta e inmediata de la continuidad histórica de la revolución de Martí en el siglo xx, que luego se proyectaría hasta nuestros días. He ahí su valor imperecedero.

La generación del centenario, en los años cincuenta, recogió como herencia ese ensamble original del ideario patriótico, la tradición antimperialista de Martí y lo más depurado del ideal socialista. Quien no entienda esto no logrará nunca comprender la historia de Cuba y de nuestra Revolución.

Para cualquier joven cubano de mediados del pasado siglo que asumiera el ideal de justicia al modo que lo caracterizó José de la Luz y Caballero —es decir, como el “sol del mundo moral”—, que poseyera una cosmovisión universal recibida de Martí y se interesara por conocer el pensamiento más radical de la modernidad europea — el socialismo— no habría otra fuente nacional para mover sus ansias de liberación que la inspirada en la tradición bolchevique representada por Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena y la radicalmente antiimperialista Antonio Guterres Holmes. Ellos fueron maestros fundamentales de la generación del centenario.

En Cuba no existía otra referencia política de carácter histórico para entender el socialismo. Aquí no tuvimos, con fuerza, una concepción social democrática como, por ejemplo, la representada en Chile por Salvador Allende y en el Caribe por Manley y Bishop. Tampoco teníamos, por suerte, una corriente anarquista que hubiera podido obstaculizar la marcha del ideal socialista en la conciencia de los mejores cubanos. En Cuba, el socialismo fue

heredero de lo que representaba Mella, fundador de la Federación Estudiantil Universitaria, de la Universidad Popular “José Martí”, la Liga Antimperialista y el Partido Comunista de Cuba.

Ya en 1924, con poco más de veinte años, nos presenta una visión lúcida y autóctona del socialismo en Cuba como la expresada en estos párrafos de su artículo dedicado a Lenin en ocasión de su fallecimiento:

En su tiempo y en su medio fue un avanzado, y un superhombre que supo con el poder de su genio dar impulso poderoso a la transformación de una civilización.

No pretendemos implantar en nuestro medio copias serviles de revoluciones hechas en otros climas; en algunos puntos no comprendemos ciertas transformaciones, en otros, nuestro pensamiento es más avanzado, pero seríamos ciegos si negásemos el paso de avance dado por el hombre en el camino de la liberación.

Ahí estaba el centro de la idea socialista de América. También lo dijo Mariátegui cuando habló de la necesidad de que “el socialismo en América no podía ser calco y copia, sino creación heroica”.

Conmueve repasar las palabras de Mella referidas al Apóstol en las glosas a su pensamiento, publicadas en 1927:

[...] estudiar el juego fatal de las fuerzas históricas, el rompimiento de un antiguo equilibrio de fuerzas sociales, desentrañar el misterio del programa ultrademocrático del Partido Revolucionario, el milagro —así parece hoy— de la cooperación estrecha entre el elemento proletario de los talleres de la Florida y la burguesía nacional; la razón de la existencia de anarquistas y socialistas en las filas del Partido Revolucionario.

Una de las claves necesarias al objetivo de promover el pensamiento socialista para el siglo que comienza está precisamente en estudiar ese *misterio*.



A modo de homenaje al centenario del fundador del socialismo en Cuba estamos en el deber de descubrir el fundamento de ese misterio. No voy a señalar cuáles son, a nuestro juicio, algunos caminos que nos pueden conducir a esclarecerlo; solo apunto que en el siglo comprendido entre 1815 y 1914, los principales acontecimientos y las fundamentales corrientes de la civilización occidental en el orden económico, político y social tuvieron en Cuba una repercusión original, sobre la cual es indispensable reflexionar.

La composición social descrita por Fidel en *La historia me absolverá* en su definición de pueblo, es un elemento clave para entender el misterio. La misma estuvo presente —con diversas variantes según el momento histórico— en nuestra evolución durante el nacimiento y desarrollo de la nación hasta el triunfo de la Revolución. Ella ex-

presaba nuestra condición de pueblo explotado tanto en lo social como en lo internacional. En aquel texto nuestro Comandante en Jefe no menciona a la burguesía nacional —pienso porque nunca llegó a cuajar como clase social portadora de un ideal patriótico. La torpeza y la maldad del colonialismo español en el siglo XIX y las del imperialismo yanqui después, impidieron que en Cuba se generara un capitalismo con fundamentos históricos nacionales.

Cualquier formulación sobre la historia de Cuba que ignore este hecho no resultará eficaz. En cambio, si se asumen estas conclusiones podrán revelarse claves del pensamiento filosófico, político y social cubano y de sus consecuencias universales.

Para encontrar todas las conclusiones acerca de las ideas de Martí, tal como se expresaron en Mella, debemos partir del significado que encierra

la conocida idea del Maestro “Ser culto es el único modo de ser libre”.

Se ha convertido en una apremiante necesidad definir qué es la cultura, porque es tal la fragmentación y dispersión creada por la larga evolución intelectual de la civilización occidental sobre la expresión *cultura*, que para descubrir su verdadera naturaleza es indispensable ir a la génesis antropológica, al análisis de su evolución histórica, y exaltar el concepto que la define como una segunda naturaleza: la creada por el hombre.

Las más importantes investigaciones de las disciplinas psicológicas, de la antropología y las ciencias del hombre han subrayado que el valor primigenio esencial de la cultura es la justicia. Esta verdad se puede comprobar con el rigor del método científico más elevado que la civilización moderna ha exaltado a primer plano. La historia del mundo viene a confirmar también que allí donde avanzó la cultura progresó la justicia y, a la inversa, donde retrocedió aquella se limitó la cultura.

De manera sintética —porque no hay tiempo ni es ocasión para este análisis, el cual, desde luego, estamos en el deber de realizar—, apunto los siguientes elementos de los que pueden extraerse conclusiones filosóficas y políticas de enorme interés inmediato:

1. La importancia del factor subjetivo en la historia, el cual es decisivo para determinar su rumbo. Resulta muy esclarecedor el pensamiento de Marx y el de Engels sobre la relación de causa y efecto entre las condiciones económicas, en última instancia prevalecientes, y lo que se ha llamado valores de la superestructura. Estúdiense también la significación filosófica de lo subjetivo en los primeros párrafos de la *Crítica a Feuerbach* y al materialismo anterior, y se comprenderá que es precisamente la negación de lo subjetivo lo que se combate.
2. De las conclusiones a las que al respecto se llegue no está excluida la economía política. Esclarecer el peso de la cultura, y por tanto lo subjetivo en la economía, resulta decisivo para entender las ideas cubanas. Es, además, un mandato moral que nos viene del Che y de sus ideas económicas.

3. La importancia de la educación y la cultura política en la edificación de una sociedad fundamentada en la justicia y la solidaridad humana. Las implicaciones prácticas de lo que estamos diciendo se relacionan con el gran aporte que el pensamiento de Martí —actualizado y enriquecido por Fidel— ha hecho a lo que hemos llamado la cultura de hacer política. Consiste en saber diferenciar y relacionar lo que se llamó ideología con la política práctica. Sin esa diferenciación, y a la vez sin los vínculos que ambas tienen, no hay posibilidad de entender a Martí. Esto viene dado en una definición clave: “La política es el arte de inventar un recurso a cada nuevo recurso de los contrarios, de convertir los reveses en fortuna; de adecuarse al momento presente, sin que la adecuación cueste el sacrificio, o la merma del ideal que se persigue; de cejar para tomar empuje; de caer sobre el enemigo, antes de que tenga sus ejércitos en fila, y su batalla preparada”.

Hoy en día es mucho más actual esta necesidad y se concreta en el objetivo de superar definitivamente el *divide y vencerás* de la tradición política conservadora y sustituirlo por *unir para vencer*, como una política que rebase toda la vieja concepción maquiavélica.

Hagamos ahora una referencia a la historia concreta del gigante cuyo centenario estamos recordando. Desde la adolescencia mostró un gran interés por acontecimientos internacionales como la primera guerra mundial, la Revolución de Octubre, la Revolución Mexicana, entre los más significativos, y ellos marcaron su despertar a la vida política. Viajó a México a la edad de diecisiete años con la aspiración de iniciar estudios militares, porque era un apasionado de las ciencias militares y, aunque ello no fue posible, permaneció en ese hermano país coincidentemente con el inicio de un movimiento rebelde que depuso, finalmente, al presidente Carranza. Tuvo ocasión de conocer de primera mano la posición injerencista y agresiva de Estados Unidos hacia México durante esos acontecimientos y reaccionó indignado ante los atropellos de lo que él

denominó “águila enemiga”. Se ha estudiado y hay que continuar ampliando lo que México significó en esos años tempranos de nuestro héroe. En ese viaje recorrió también las regiones fronterizas entre Estados Unidos y la nación azteca, y durante su paso por ese país se fortalecieron sus sentimientos antimperialistas. Se consideró —y así lo expresó en una de sus crónicas— en tierra bárbara, oyendo una lengua bárbara y viviendo costumbres bárbaras. Todo esto formaba parte del corazón de Mella. Hay que adentrarse en la tradición que él representó desde muy temprana edad. Hablaba de crear una internacional americana capaz de aunar todas las fuerzas antimperialistas y revolucionarias del continente para formar un frente único y poder contrarrestar la influencia del enemigo, para lo cual tenía conciencia que era necesario crear, urgentemente, la célula inicial que iría creciendo.

Llamaba asimismo a este combate al pueblo estadounidense. Decía, dirigiéndose a los obreros de ese país:

Que tu muerte alevosa por manos de agentes de las compañías imperialistas —agentes que pueden ser lo mismo soldados nacionales que guardias jurados de las compañías— despierte la nación de Lincoln, que ella comprenda que la oligarquía financiera que domina al mundo desde Wall Street es la mayor enemiga del pueblo de los Estados Unidos.

En la formación martiana de Mella estuvo presente, en primer lugar, la influencia de su padre Nicanor Mella, y su recuerdo estuvo siempre ligado a su abuelo, el Héroe Nacional dominicano, Ramón Matías Mella, uno de los tres grandes próceres de la patria dominicana. De igual modo influyeron en él Emilio Roig de Leuchsenring, quien ya había iniciado la publicación de sus escritos antimperialistas, y Carlos Baliño, marxista con quien Martí organizó, en el Cayo Hueso de 1892, el Partido Revolucionario Cubano, y fue capaz de transmitirle, de manera directa, el mensaje del Maestro. El propio Mella cita las palabras del Apóstol dichas a Baliño en el sentido de que revolución no era la que iban a hacer en la

manigua, sino la que iban a realizar en la república. De su madre, Cecilia Mac Partland, de origen irlandés, recibió culturalmente el idioma inglés que pudo hablar correctamente desde muy pequeño. Ella fue, según el juicio de Adis Cupull y Froilán González, “una mujer de temperamento fuerte, sensibilidad politizada y maternalmente amorosa”.

Ese análisis requiere, desde luego, tomar muy en cuenta las singularidades de nuestro proceso histórico y de manera especial la relación entre el movimiento universitario, las masas trabajadoras y el pueblo en general.

Este joven, asesinado sin cumplir todavía los veintiséis años y convertido en intelectual radicalmente revolucionario, poseedor de una sabiduría y de un talento sobresaliente como expositor de ideas, fue también experimentado pedagogo. Se convirtió en el iniciador y animador de la Universidad Popular “José Martí”, desde donde impartió clases extendiendo sus actividades a varios sindicatos. Había en su lenguaje claridad expresiva y profundidad en el análisis, fundamentadas en un altísimo saber político y social y en una cultura —como hemos dicho— volcada hacia la acción. Martí proclamó que “Hacer es la mejor manera de decir”, y siguiendo esa línea martiana de pensamiento, Mella consideró “todo el tiempo corto para hacer”. En su mensaje a los jóvenes del Directorio Estudiantil Universitario en 1927 afirmó: “El estudiante es algo más que un universitario; es un ciudadano y un miembro de la sociedad. Es nulo lo que se aprende en los libros si no se realiza en los hechos”.

Cuando se le acusó de ejercer una dictadura en la organización estudiantil universitaria decidió presentar la renuncia para evitar que las maniobras que se llevaban a cabo en su contra repercutieran negativamente contra aquellos compañeros suyos que también defendían las banderas de la reforma universitaria. Entre los méritos del movimiento comunista promovido por Mella a partir de 1925 está el hecho de que siempre se mantuvo la unidad del movimiento sindical y de que fueron los comunistas quienes dirigieron los sindicatos cubanos desde la constitución de la CTC —bajo



la dirección de Lázaro Peña (1939) hasta el triunfo de la Revolución, y desde luego, para siempre.

Otro mérito especial transmitido por Mella a las generaciones marxistas del futuro fue que nunca se divorció la tradición cultural cubana, dados sus fundamentos martianos del ideal socialista. En nuestro país el socialismo siempre se entendió articulado a la historia cubana del siglo XIX y en particular a Martí. No ocurrió así en otros países donde la ruptura entre la aspiración socialista y la tradición cultural anterior constituyeron el error de fondo de las izquierdas del siglo XX.

En Martí y en la tradición cubana están las raíces de las ideas socialistas y métodos políticos de Mella. Se nutrió a la vez del pensamiento bolivariano y latinoamericano en general, de las enseñanzas de la Revolución Mexicana, de sus vivencias en Estados Unidos y de la inmensa cultura que lo llevó a Carlos Marx. Es preciso estudiar con más profundidad los vínculos entre el pensamiento de Martí y la cultura de Marx. Algunos intentos se han hecho, pero falta mucho por describir e investigar en ese sentido. Quiero subrayar sintéticamente algo:

las preocupaciones del Apóstol acerca de las ideas socialistas, tal como se manifestaban en Estados Unidos en las últimas décadas del siglo XIX, se corresponden con críticas que Engels hacía entonces a los marxistas norteamericanos, que además después la historia confirmó. Los peligros de la idea socialista, como tantas otras —dijo Martí—, se referían a acciones provenientes de la incultura, de la maldad humana, por parte de los oportunistas que, en pos de alcanzar nombradía, se alzan en nombre de los desposeídos para después traicionarlos o desvirtuarlos. Respecto a esto el Apóstol fue profético. En hora como esta hay que decir que es preciso estudiar con profundidad las ideas martianas a la luz del pensamiento original de Marx y Engels.

Los jóvenes cubanos, decididos a hacer transformaciones radicales, sin excepción teníamos a Julio Antonio Mella como una figura fundamental de nuestra historia universitaria.

Cuando tuve el doloroso privilegio de pronunciar el panegírico de Raúl Roa, expresé que el Canciller de la Dignidad, a fines de los años cuarenta y principios de los cincuenta, era muy admirado por una generación universitaria que aspiraba a bajar de la Colina, ascender al pueblo y tomar el cielo por asalto. Esta era la propuesta de Mella y la única posible para enfrentar una tarea como la nuestra. Por eso Fidel dijo que esta es una revolución de obreros, campesinos y estudiantes. Ahí está la clave maestra de lo que representa. En Mella se halla una de las líneas sustantivas de la cultura nacional, su toma de partido por los pobres y su vocación de no quedarse en el discurso y volcarse en cambio hacia la acción. Marx y Engels afirmaron que la filosofía hasta ellos se había encargado de describir el mundo y de lo que se trataba era de transformarlo. En Julio Antonio Mella, Martí, desde luego, Varela y otros muchos próceres y pensadores cubanos, se halla presente esa cultura volcada hacia la acción.

A fines de 1925 Mella protagoniza desde la cárcel una huelga de hambre que conmovió al país y obligó finalmente al tirano Gerardo Machado a permitirle salir bajo fianza. La misma fue realizada con la oposición de sus compañeros de la dirección

del Partido Comunista, quienes posteriormente lo separaron por dichas razones de la organización. Tenían el argumento de que la Internacional Comunista prohibía esa forma de lucha; no pudieron comprender que Julio Antonio Mella estaba dando un ejemplo de enorme significado político y social. Muchas veces ocurre que los grandes hombres en la historia no son entendidos; parte de sus contemporáneos no llegan a valorar la dimensión excepcional de estos gigantes.

Es admirable la actitud mantenida por Mella con posterioridad, despojada de todo resentimiento, que le lleva a pedir, tan pronto logra escapar de Cuba y llegar a México, el ingreso en el partido comunista de ese país, de cuyo comité central llegó a ser miembro. Por cierto, la Internacional Comunista orientó anular aquella equivocada decisión.

Y Mella tenía vocación para el estudio de las ciencias militares —como habíamos mencionado— y aspiraba, incluso, a ingresar en las fuerzas armadas de México, lo que no pudo hacer porque se requería ser nacido en el país. Pero además era capaz de valorar obras artísticas de forma que llegaba a impresionar a los grandes críticos del tema. Y este hombre de acción política y social, estudioso de la historia y de la literatura; sensible a las relaciones humanas, buscaba la unidad entre los estudiantes, los trabajadores y el pueblo en general. Esta es la clave de la cultura cubana que Mella representó en un grado superior. Por eso, lo recordamos y lo tendremos siempre presente. Él encarnó en su época la necesidad más importante del socialismo de ayer, de hoy y de mañana: vincular la cultura con la actuación política y social.

La más importante lección de Mella está pues en que, partiendo de la tradición anterior, la enriqueció y la orientó hacia el ejercicio político y social. Este es el deber que tienen los estudiantes, los intelectuales y su responsabilidad con todo el pueblo. Desde luego, el escenario de Mella comenzó siendo la Universidad de La Habana, una institución situada en la vanguardia de nuestros procesos históricos.

Cuando el 10 de enero de 1929 resultaba mortalmente herido en Ciudad México a manos

de agentes enviados desde Cuba por el dictador Machado, Mella alcanzó a decir a la luchadora antifascista Tina Modotti, quien lo acompañaba: “Muero por la Revolución”. Pocas horas después, en la madrugada del 11, fallecía este combatiente excepcional por la liberación nacional y social de nuestra patria, de América y del mundo. Su muerte tuvo honda repercusión no solo en Cuba, sino en México y en otros países de América Latina. Martí, en el poemario *Ismaelillo*, dedicado a su hijo, proclamó su convicción en la utilidad de la virtud, en la vida futura y en el mejoramiento humano. Desde esa visión, Julio Antonio Mella afirmó que todo tiempo futuro tiene que ser mejor, como una premonición de los tiempos que abriría para Cuba la revolución de Fidel.

Julio Antonio Mella asumió las ideas socialistas en los tiempos en que todavía no habían tomado cuerpo las serias desviaciones que más adelante acabaron desvirtuando el pensamiento de Lenin y los fundamentos de la gloriosa Revolución de Octubre. Fue un comunista radical y consecuente a partir de las fuentes martianas, de la revolución latinoamericana antiimperialista y de su vocación universal.

Hoy, con los amplios planes culturales y educacionales, la Universidad para Todos y la extensión de la enseñanza universitaria hasta el último rincón del país, Cuba puede alcanzar, siguiendo la tradición de Mella, la noble aspiración de convertir a nuestro país en *universidad del continente*, sueño de basamento martiano.

Varela, Heredia, Luz y Caballero, Céspedes, Agramonte, Gómez, Maceo, Martí, Mella constituyen eslabones principales de una pléyade de próceres, pensadores y actores revolucionarios cuyas ideas condujeron al Moncada, la Sierra, el llano, el triunfo de la revolución cubana el 1° de enero de 1959, Girón y la proclamación de su carácter socialista: ahí está la simiente histórica de nuestra lucha victoriosa de cuarenta y cinco años en defensa de nuestra independencia y del socialismo. Ella se expresa hoy en el ejemplo de heroísmo insuperable de Ramón, Gerardo, René, Antonio y Fernando.

Es sobre estas raíces que Cuba asume sus responsabilidades en un mundo donde —como decíamos al principio— se observa, aunque sea germinalmente, el proceso de decadencia del imperio yanqui.

Si Lenin describió al imperialismo como la fase superior del capitalismo, las oligarquías estadounidenses han retrocedido a la condición del imperio al modo antiguo, es decir, lo que hoy llaman capitalismo salvaje. La utilización irracional del enorme poderío militar y tecnológico muestra que carecen de medios económicos, políticos y, sobre todo, culturales para sus ambiciosos planes de hegemonía.

La reacción brutal, ajena al más elemental sentido común, con la cual se presentan, no es muestra de poderío, sino todo lo contrario. En el ejercicio arbitrario de ese poder están demostrando su incapacidad de gobernar al mundo que es, por demás, como ha dicho Fidel Castro, ingobernable. Nadie puede predecir todas las consecuencias de la bestialidad que están cometiendo, pero en el plano político y moral, que es siempre el más trascendente, ya tienen perdida la guerra y marchan por un camino de acentuado retroceso histórico.

Se está cumpliendo el vaticinio de Salvador Cisneros Betancourt. Hace un siglo, el ilustre patricio cubano, quien fuera presidente de la República en Armas y miembro de la Asamblea Constituyente, expresó:

[...] su ruina empezará con la adquisición arbitraria de Filipinas, Puerto Rico y la ocupación a mano armada que intentan por la fuerza pose-

sionándose de la Isla de Pinos y aun como se comprende, de Cuba, si no de su territorio por lo menos de lo que nos es grato, de su soberanía e independencia absoluta [...] Recuerden que no hay enemigo chico y que el siglo XX concluirá con su decadencia y no figurarán más entre las naciones de primer orden.

Ese es el momento histórico que nos ha tocado vivir. Con la cultura de Martí y de Mella, los cubanos hacemos frente al desafío del deterioro del imperio estadounidense previsto por Cisneros y que se manifiesta en la quiebra de las instituciones y de los principios éticos, jurídicos y políticos encargados de sustentar históricamente el capitalismo.

Cuando un sistema social, por maldad y estupidez —que andan siempre mezcladas en los grandes dramas históricos—, ha perdido toda capacidad para engañar, es que está planteada como exigencia práctica la necesidad de cambios. Por esto, le decimos al “señor W.”: ¡Cuidado, que Dios ciega a quien quiere perder!

Desde luego, las dificultades y tragedias y peligros de toda gran transformación son enormes, y lo serán en este caso. Sin embargo, como ha dicho Fidel, las grandes crisis pueden favorecer las grandes soluciones. Recordemos otra vieja sentencia: “nunca es más oscura la noche que cuando va a amanecer”.

Concluimos nuestras palabras con aquel pensamiento de Julio Antonio Mella, puente entre Martí y el siglo XX, que inspira nuestra confianza en el porvenir: “Todo tiempo futuro tiene que ser mejor”. ■

El periodismo de Juan Gualberto Gómez

MIRALYS SÁNCHEZ PUPO



*Tiene el leopardo un abrigo
En el monte seco y pardo:
Yo tengo más que el leopardo
Porque tengo un buen amigo.*

JOSÉ MARTÍ.¹

“Él quiere a Cuba con aquel amor de vida y muerte, y aquella chispa heroica, con que la ha de amar en estos días de prueba quien la ame de veras. Él tiene el tesón del periodista, la energía del organizador, y la visión distante del hombre de estado”². Así elogió José Martí al mulato que nació de vientre esclavo, vencedor de todo tipo de dificultades, que recibió reconocimientos por la tenacidad de su lucha sin perder una ética a prueba de fuego,

y fuera, además, como mástil viviente en la fidelidad martiana e insobornable defensor de la soberanía y la independencia de Cuba durante los difíciles años iniciales de la República.

El acercamiento de Juan Gualberto a las informaciones, los artículos y las gacetillas propias del periodismo tuvo lugar bajo la influencia de Francisco Vicente Aguilera, vicepresidente de la República en Armas, luego de su llegada a París en julio de 1872. El patriota había sido enviado para arbitrar recursos con destino al apoyo de la lucha iniciada el 10 de Octubre de 1868, pero necesitó poner la verdad en su lugar ante las calumnias de algunos periódicos retribuidos de forma muy generosa por el cónsul de España en la nación gala.

Las barreras idiomáticas propiciaron la localización del inteligente pardo cubano en la Escuela Monge, quien hizo las traducciones al francés para contribuir en la polémica pública, cuyos fun-

¹ José Martí, *Obras Completas*, t.16, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 122.

² *Ibíd.*, t. 4, p. 418.

damentos democráticos le explicó Aguilera. Los patriotas aspiraban a la conquista de la igualdad de todos los cubanos, y aquellos argumentos llenaron de asombro y amor los ojillos del joven ante su interlocutor, quien en el primer abrazo con la patria se convirtió en su padre espiritual.

Juan Gualberto recibió una propuesta de sus amigos, que le animó a dedicarse al periodismo en momentos de limitaciones económicas. Llegó a una publicación dedicada a temas culturales y su primera reseña teatral no fue muy halagüeña, a pesar de haber pasado una noche rehaciéndola, una y otra vez, sin lograr colocar cada dato en su lugar preciso. Pero el director de la *Revue et Gazette des Théâtres*, quien se la había encargado, percibió falta de práctica en un joven de indudable talento y cultura: fue capaz de expresar juicios acertados y bajo su disciplina asimiló las reglas del ejercicio periodístico cotidiano.

No pasó mucho tiempo cuando se inició como corresponsal del diario *Le Foyer* de Bélgica. El nombre del mulato cubano apareció en el periódico *Le Petit Journal Suisse*, considerado de avanzadas tendencias, donde tuvo la oportunidad de publicar sus primeros artículos políticos en torno a la agitada vida francesa. Con estos antecedentes, tuvo la oportunidad de asistir a los debates de la nueva constitución francesa para el reordenamiento de su Estado, a inicios de 1875. En medio de ellos conoció el despertar del parlamentarismo, donde las pugnas políticas propiciarían el debate. Le sirvió para interesarse en la búsqueda de los secretos de las formas de gobierno y el sentir popular, un aspecto que estará presente a lo largo de toda su vida.

Todo esto sucedió sin adivinar el valor que tendría la profesión que aprendía para la historia de Cuba, donde sería reconocido como un patriota de palabra oportuna en bien de su pueblo, sin atender a divisiones absurdas por el color de la piel o los límites de la miseria o la riqueza de algunos. Descubrió, muy temprano, el valor de contar con un lenguaje asequible y muy cercano a los menos instruidos, pero incorporándoles todo argumento de valor hasta cautivar a todos con los razonamientos de mayor trascendencia.

Huellas de un fundador

Juan Gualberto dejó la constancia de su paso por el periódico *La Lucha*. El acercamiento a Enrique José Varona le permitió, más tarde, convertirse en editorialista de la *Revista Cubana*. Pero su vida no podía significar una ruptura completa con sus años franceses, y en consecuencia fundó el periódico *La Fraternidad* el 17 de abril de 1879. Allí combatió en favor de los esclavos en su última etapa servil, desde una casita en la calle Empedrado que sería después sede de otra de sus publicaciones durante la etapa colonial. La denominación escogida era un símbolo ideológico, un nítido programa para la lucha en favor de la fraternidad de los cubanos sin distinción de color ni de posición económica o de jerarquía social. Y su director demostró con entereza la estrategia de una lucha que estuvo presente a lo largo de su vida, cuando expuso con hechos que el combate contra la colonia “no es impulso irreflexivo sino [...] firme convencimiento de que su existencia es ya un contrasentido”.³

Pero no le era suficiente el espacio de *La Fraternidad* y formó parte de los redactores de *La Discusión*, que dirigía Adolfo Márquez Sterling. En sus páginas publicó una crónica, dedicada a un concierto de la Sociedad “La Caridad” efectuado por artistas negros, que despertó una gran polémica. Como consecuencia, el periódico distribuyó un suelto donde daba por terminados sus vínculos con Juan Gualberto, y justamente su adversario en el debate producido fue a ocupar su plaza. Entonces, con la palabra ratificó su posición: escribió al director una misiva encargada de dejar clara su actitud.

El reencuentro de Juan Gualberto con su amigo don Nicolás de Azcárate le permitió conocer al joven José Martí, con quien compartió inquietudes políticas hasta el descubrimiento de grandes coincidencias ideológicas que los convirtieron en inseparables luchadores por la independencia. Sus encuentros diarios coincidían con las campanadas de las tres de tarde, cuando el joven mulato atravesaba algunas

³ Leopoldo Horrego Estruch: *Juan Gualberto Gómez, un gran inconforme*, Editorial Mecenás, La Habana, 1949, p. 85.

calles hasta llegar al bufete de Miguel Viondi: allí le esperaba Martí. Descubiertos en labores conspirativas en apoyo a la Guerra Chiquita, ambos fueron desterrados de la Isla.

Por gestiones de Nicolás de Azcárate con Rafael María de Labra, político republicano español, a Juan Gualberto se le permitió salir de Ceuta —donde había sido confinado— y tener más tarde la posibilidad de permanecer en Madrid. Allí fue redactor de *El Abolicionista* y director de *La Tribuna*. En el periódico madrileño *El Progreso* publicó un conjunto de trabajos sobre la realidad cubana durante el año 1884, que sus amigos le instaron a reeditar. Fueron reunidos en un folleto bajo el título de *La cuestión de Cuba*: en su prólogo se refirió al drama de un país que, cuatro siglos después de descubierto, era una factoría.

En palabras iniciales a la edición de 1885 se pueden conocer con claridad las cualidades del patriota y periodista, quien ante sus críticos aseguró:

[...] me causa extrañeza oír que me tachen de timorato, de débil, de “inocente”, algunos que han esperado salir de los dominios de España para defender las libertades en Cuba y que cuando en 1879 y 1880 yo luchaba a pie contra el esclavismo antillano, preferían colaborar en los papeles reaccionarios y adictos al gobierno, a secundar mi campaña demócrata y abolicionista. Esos sí que se olvidan de que yo no he variado jamás mis opiniones ni de conducta, en cambio dejaron a un lado sus antecedentes, que los incapacitan para aquilatar y mucho menos para poner en duda mi adhesión a los grandes principios de las libertades cubanas. Entre ellos y yo no hay diferencia que la que en tanto que he hablado siempre el mismo lenguaje en La Habana, Ceuta y Madrid, ellos han tenido especial cuidado de colocarse fuera del alcance de los tiros del despotismo para alardear de más patriotas, más cubanos, más firmes que los que, como yo, no han tenido tanta prudencia ni cautela”.⁴

⁴ “Prólogo de *La Cuestión en Cuba*” (Rafael Marquina: *Juan Gualberto en sí*, Instituto Nacional de Cultura, La Habana, p. 152).



Juan Gualberto regresó a Cuba después de su destierro —a pesar de que su prestigio en España le hubiera permitido quedarse y ejercer como periodista— e hizo renacer la tribuna de sus sentimientos patrióticos en *La Fraternidad*. Escribió el artículo “Nuestros propósitos”, donde delineó un programa de lucha que cerró con la frase “Por la Patria, por la libertad y por la democracia”, cuando ya bullía en su mente su próxima batalla para declarar lícita la propaganda separatista en Cuba, a partir de las experiencias que vivió en la península.

Bajo estos presupuestos concibió la trascendental denuncia publicada el 23 de septiembre de 1890 bajo el título “¿Por qué somos separatistas?”, cuyo contenido desató la furia de Camilo Polavieja, máxima autoridad en la Isla, que lo consideró un hombre atrevido e incómodo y ordenó la desaparición del periódico. A Juan Gualberto se le colocó en prisión con la exclusión de fianza, pero dictado el fallo, se le concedió la libertad —pagada por suscripción popular— luego de ocho meses en la celda. Tuvo la oportunidad de esperar fuera de la cárcel los resultados de su reclamación ante las máximas autoridades jurídicas de España.

Entre las ideas principales planteadas en “¿Por qué somos separatistas?” se encontraron las siguientes:

Algunos periódicos conservadores, lo mismo en La Habana que del interior, han dado en la flor de asegurar que porque somos separatistas odiamos a España. Nada más estrecho y ridículo que ese modo de discurrir.

No, no podemos educar nuestros cerebros, instruir nuestra inteligencia en principios americanos para después que se nos gobierne a la antigua usanza europea.

No podemos continuar abogando por una cultura libre pensadora y laica y progresista, para topar después con leyes clericales, con prácticas reaccionarias.

No podemos seguir viviendo bajo el régimen de reacción, cuando nuestras aspiraciones y nuestra cultura reclaman un régimen de libertad.

No podemos vivir así; y porque a lo imposible nadie se obliga, por eso es por lo que defendemos y defenderemos la conciencia de que unidos en una aspiración de ideas y necesidades peninsulares y cubanos levantemos la voz de todos los medios, para decir a la metrópoli. La hora de la separación ha sonado. Démonos un cordial abrazo de despedida y que la suerte nos proteja a ambos.⁵

El Tribunal Supremo de España reconoció en su sentencia que Juan Gualberto estaba asistido por el derecho constitucional, siempre que no incitara a la lucha separatista. El éxito de su tozudez le había permitido colocar al gobierno colonial en el banquillo de los acusados, al analizar las circunstancias económicas y sociales que diferenciaban a Cuba de su metrópoli. Sin temor alguno, podía continuar su batalla, entre otros, con el trabajo “La crisis en España” —publicado el 16 de diciembre de 1890—, donde las lanzas de sus palabras aseguraron:

En España ha bastado que media docena de periódicos llamaran las cosas por su nombre para que la opinión democrática se rehiciese y el gobierno conservador se viese en la necesidad de encerrarse en los límites de la ley. Aquí en Cuba ha pasado otro tanto: aquí como en España, el poder se ha visto contenido por el espacio público. Se puede denunciar un periódico, llevar a la cárcel a un periodista. Pero no se puede ya luchar contra los sentimientos de un país que tenga medios aunque imperfectos, eficaces para manifestarlo.

En el título de otra de las obras fundacionales de Juan Gualberto estuvo presente la remembranza de sus años franceses, cuando inauguró las páginas del bisemanario *La Igualdad* el 7 de abril de 1892 —nueva trinchera de su apasionado periodismo que extendió su vida hasta el año 1894. En sus páginas tocó con elegancia los grandes extremos: las frivolidades mundanas y los comentarios de profundidad política a que ya tenía acostumbrado a sus lectores en memorables y cotidianas batallas con la fuerza de su palabra.

La publicación se convirtió en tribuna para la defensa de las libertades de la sociedad cubana, donde descolló el coraje sin vacilaciones del ya conocido periodista, quien abrió espacio para presentar ante todos la crítica a las autoridades, que discriminaban la entrada de los negros en los establecimientos públicos. El éxito alcanzado por el Directorio⁶ y el acceso de los niños negros a la escuela pública en igualdad respecto a los blancos fueron honores ganados en bien de su pueblo por el también patriota, natural de Vellochino.

La opinión autorizada de *Patria* —del 16 de abril de 1892— saludó al joven periódico ante sus desvelos como tribuna de la sociedad cubana al afirmar

⁵ “¿Por qué somos separatistas?” (Angelina Edreira de Caballero: *Vida y obra de Juan Gualberto Gómez*, La Habana, pp. 35 y 38).

⁶ Juan Gualberto Gómez demostró su capacidad organizativa al reunir a los sectores negros de todo el país en el Directorio Central de las Sociedades de Color, que tuvo un importante papel en la preparación ideológica de sus integrantes y alcanzó una decorosa equiparación social de sus miembros en la sociedad cubana de su época.

“Anuncia *La Igualdad* que viene a mantener las ideas de Juan Gualberto Gómez, fijadas en aquel prospecto de *La Fraternidad*, firme y generoso, que hace tres años leyó La Habana entera con admiración”.

Luego del 24 de febrero, el patriota fue desterrado y llegó nuevamente encadenado a España. Al regresar, en 1898, continuó con sus colaboraciones con la prensa, a pesar de sus labores en la Constituyente, donde demostró su patriotismo con el digno “no” a la Enmienda Platt. Al plegarse el Partido Republicano ante el apéndice constitucional renunció a su condición de miembro. También abandonó su trabajo en *La Discusión*, que significaba el apoyo económico para mantener a su familia. Estos chispazos de un hombre de tanta altura ante sus ideales y opiniones demostraron que siempre triunfó en él la ética ante cualquier criterio que no compartiera.

Juan Gualberto ya había pasado de los setenta años cuando esa energía que le era característica para el debate cotidiano mediante las páginas de la prensa lo inspiró para fundar otro periódico más donde estuvo presente el juicio oportuno y esclarecedor. Así nació *Patria*, que desde 1925 a 1927 recordó el nombre sagrado que lo uniera a Martí. En esta publicación hay muchos trabajos que muestran los frutos de una larga dedicación profesional y patriótica, con nuevas lecciones para el país como “La Reforma Constitucional”, “Excursión imposible” y “Enseñemos nuestra historia”.

Destellos de un estilo periodístico

Juan Gualberto Gómez, cargado de patriotismo, saber y refinamiento cultural, fue un editorialista comprometido con las verdaderas soluciones para Cuba, como demostró en trabajos como “La cuestión de Cuba”, “¿Por qué somos separatistas?” y “El porvenir es nuestro”, publicado este último en *La Fraternidad* el 28 de febrero de 1893, y donde, con el lujo de su capacidad, expuso la situación de los partidos ante la selección de los diputados al Parlamento y la proximidad de la entrada de los cubanos en la escena política cuando afirmó:

Los días del régimen político están contados. Esto salta a la vista cuando se examina la actual situación de nuestro escenario político.

Y puesto que esa hora se aproxima, tengamos más que nunca calma, prudencia y serenidad, para no comprometer con la más leve impremeditación un porvenir que podemos considerar como nuestro, que está formado tanto por el desaliento y los fracasos de nuestros adversarios como por nuestra perseverancia y nuestra fe en la santa causa de la Patria.

Entre las peculiaridades del periodismo de Juan Gualberto estuvo la claridad en los argumentos así como una capacidad para seleccionar, comparar datos para equilibrar sus debates con discreción y elegancia. Muchos son los trabajos audaces donde sobresalen estas características, pero vale el ejemplo dado en “La Polemiquilla”: apareció en *La Igualdad* el 20 de mayo de 1893 como respuesta a otras publicaciones que lo aludieron, aunque sin nombrarlo, en momentos en que algunos levantamientos en el oriente del país. Aprovechó para dejar sentada su posición ante lo que pudieran ser los verdaderos brotes de una revolución. En algunos de sus fragmentos podemos leer:

Y llegamos a un punto delicado, que no vamos a poder dilucidar, sino dejando a un lado todo recelo y toda prevención. Quien esto escribe se precia de tener el valor de las convicciones. Nunca —hasta ahora— ha disfrazado sus sentimientos.

El buen “escopetero” tiene grandísimo empeño en hacer constar que el “cronista” de la Revista se quedó en su casa.

No sabe el “escopetero”, el servicio grandísimo que nos presta, propalando *do urbi et orbi* que no tomamos parte en motines aislados ni en movimiento cuya génesis ignoramos, cuya dirección desconocemos, o cuya generalización se nos oculta.

Nosotros, a nuestra vez, opinamos que la gente únicamente no basta. Que la organi-

zación, la bandera y el jefe son los elementos primordiales, puesto que ellos son los que traen a la revolución la gente útil y necesaria.

Y puesto que todos estamos satisfechos con lo que somos y hacemos, pongamos punto final al debate con *La Vanguardia*. Y hasta el martes, que contestaremos al *Diario de la Marina* de ayer viernes.

El periodista de abnegado trabajo entre dos siglos siempre demostró dominio de los disímiles temas que trató, fueran puramente políticos, económicos, jurídicos, éticos, históricos. Pero fue capaz, al mismo tiempo, de llegar con gran sencillez a todos los niveles de la población. Su palabra en “A *El País* y a *Las Avispas*”, publicado en *La Igualdad* el 20 de julio de 1893, presenta esa original forma de esbozar la respuesta patriota ante las propuestas de reforma del Plan Maura⁷ para Cuba, que no perseguía otro propósito que detener las aspiraciones independentistas de los cubanos. Su valiosa opinión sintetiza:

[...] ¿Es sensato esperar que, siendo hombre de convicciones, habríamos de aplaudir el proyecto que no tiene siquiera ni la mitad de la más pequeña dosis de autonomía que pueda darse a una colonia civilizada?

Pues bien: contra esa pretensión me levanto con toda la energía de que soy capaz. Yo no experimento el deslumbramiento que otros paisanos míos tienen por el plan Maura, y como no lo experimento, lo digo con franqueza y lealtad, sin preocuparme si esa actitud mía disgusta a los liberales de Derecho o agrada a la Derecha de los conservadores. Yo voy hacia la indepen-

dencia con todos los que allá vayan.

[...]

Sin embargo, a *El País* le parece mal que combatamos el proyecto Maura. Y *Las Avispas* llega hasta calificar de odiosa la actitud de los cubanos que tal hacemos. Por cierto que me alegro del calificativo, porque después de haberlo empleado respecto a los señores Labra, Varona y respecto a mí *Las Avispas*, no tendrá en lo adelante derecho para quejarse de ningún calificativo que apliquemos a su actitud.

Y es que deseo no tener que lamentar haber calificado de “odiosa” la actitud de ningún cubano que sirva a su patria con desinterés y siempre haya combatido por su completa libertad.

El Mulato de Vellocino, considerado como una personalidad por su labor patriótica y periodística desde los años de la colonia, recibió el reconocimiento de ser miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País.

Fue un criollo alegre, de hablar agradable, con buen uso de los giros populares de la época, capaz de ser interlocutor ante políticos y hombres del pueblo con idéntica serenidad y simpatía.

Los razonamientos lógicos de Juan Gualberto en la prensa atraían la atención pública, donde se incluían, también, sus detractores. Buscaban sus trabajos para hurgar en su contenido y alcanzar una dimensión de las críticas con las valoraciones del sagaz periodista. Su mucha salud para el debate ante sus adversarios ideológicos era bien conocida, cuando el incansable patriota de poder con la palabra colocaba en su lugar la verdad. En este sentido se autodefinió:

Hace muchos años que pongo toda la inteligencia y toda la actividad que la Naturaleza me haya dado al servicio de una empresa que creo levantada: la libertad de mi país. Escribo, hablo, me agito, lucho para que mi país sea libre e independiente⁸

⁷ Antonio Maura era Ministro de Ultramar cuando propuso algunas reformas como aparentes concesiones de España a la Isla, que algunos pusilánimes aceptaron como suficientes para rechazar el programa del independentismo, aunque, finalmente, el político español no alcanzó el éxito esperado en sus planteamientos en la península. El periódico *Patria*, en su edición del 9 de septiembre de 1893, criticó categóricamente esta propuesta al afirmar que el país necesitaba transformaciones profundas.

⁸ “A *El País* y a *Las Avispas*”, *La Igualdad*, La Habana, 31 de agosto de 1893.

La popularidad del Mulato de Vellochino entre todos los contendientes del ruedo político de la época lo demostró en trabajos como el titulado

“Preparémonos”, publicado en *La Igualdad* del 18 de febrero de 1893, donde alertó sobre las sorpresas en este campo al afirmar:

Es indispensable que vayamos pensando todos en la posibilidad de que sobrevengan aquí, a una hora imprevista trascendentales, y que nos dispongamos a hacer frente a las circunstancias que puedan producirse. Los destinos de Cuba, no están fijados de un modo permanente. El orden político existente no tiene nada de definitivo.

El cronista, por razón de su oficio, tenía información sobre los principales sucesos del país, aún cuando no habían nacido como noticias. En independencia de este privilegio, su pluma demostró, entre otras de sus capacidades, una indulgencia ante las opiniones contrarias —tanto de amigos como de opositores— a lo largo de su tenaz batalla cotidiana en la prensa. Así lo patentizó en uno de sus muchos debates de 1893, donde aseguró lo siguiente:

[...] Hubiéramos sentido “herir”, en lo más mínimo al buen “escopetero”. Reúne para nosotros tales condiciones de talento y respetabilidad, que nos honramos al contender con él, y que puede estar seguro de que si alguna vez le lastimamos, será sin quererlo. Si sucediere que alguna bala nuestra, contra nuestros deseos, le tocase; habríamos de poner tanto bálsamo en la herida, que, o tendría el corazón de piedra, o acabaría por olvidar la involuntaria ofensa.

No todos los días tropezamos con adversarios corteses e ilustrados. Cuando tenemos la fortuna de encontrarlos, si pudiéramos, los trataríamos mejor que a nuestros amigos. Porque esos adversarios, cuando discuten de buena fe, ayudan a disipar los equívocos y contribuyen a que la

verdad resplandezca, como ha de resplandecer después de este debate.⁹

El inquieto Juan Gualberto fue fiel al espíritu de combate hasta en los momentos finales de la vida. Sin claudicar en sus convicciones, no olvidaba mezclar el gracejo que caracterizaba su peculiar forma de presentar sus trabajos con cierto halo humorístico, capaz de conminar agradablemente a la reflexión y de echar mano a un acervo cultural que le hace sobresalir como en un diarismo para todos y para cualquier circunstancia.

La rica personalidad de este humanista estuvo presente en la profusión de su arsenal como cronista, donde hizo espacio a su gracia pícaro, inserta junto a un rico anecdotario como recurso persuasivo que le permitía hacer llegar sus opiniones a un gran segmento de lectores.

Uno de los trabajos que con mayores posibilidades nos puede ejemplificar esta cualidad de dueño de la palabra para convencer y al mismo tiempo denunciar apareció en una de las ediciones de *Patria* (1925-1927), publicación cuyo nombre lo unió con la identidad martiana que no pudo dejar de tener presente. En él le advierte al dictador Gerardo Machado sobre excesos de violencia en sus discursos políticos, de forma muy educativa, en correspondencia con ese estilo amable pero firme de sus páginas periodísticas, que argumentó sobre la base de recuerdos de sus lecturas juveniles: describió a un gran orador de la antigüedad, quien, para refrenar sus excesos, tenía a un amigo al pie de la tribuna para sonar de vez en vez un suave flautín. En “El pitazo salvador”, del 10 de septiembre de 1925, podemos leer:

Porque no es posible ocultarlo ya: la oratoria del Señor Presidente de la República, cada día se hace más ruda y violenta. Cuando recibió a los liberales habaneros, estuvo duro, desde luego, esa dureza se acentuó, al hablar a los matanceros [...] Como aún faltan los discursos a los camagüeyanos y a los orientales, no deja de inspirar inquietudes y sobresaltos, lo que pueda declarar el Señor Presidente, si ha de continuar en gran ascendente su vigorosa elocuencia.

⁹ Leopoldo Horrego Estruch: *op. cit.*, p. 82.



Y eso no es generoso. Ni es bueno. Créalo, General: hay ocasiones en que si la palabra es de plata, el silencio es de oro.

Nuestro destacado periodista fue un optimista que no conoció la palabra derrota. Como un abanderado de nuestro glorioso pasado animó que la historia debía ser difundida. Entre sus observaciones de la cotidianidad estuvo su mesurada respuesta ante la actitud de jóvenes que

se burlaron de una manifestación de veteranos y sobre la cual, con su acostumbrado magisterio en el debate, mostró sus cualidades en este reflexivo hacer profesional. Observamos esos valores en el trabajo “Enseñemos nuestra historia”, publicado en *Patria* el 19 de marzo de 1925. En sus líneas nos asegura:

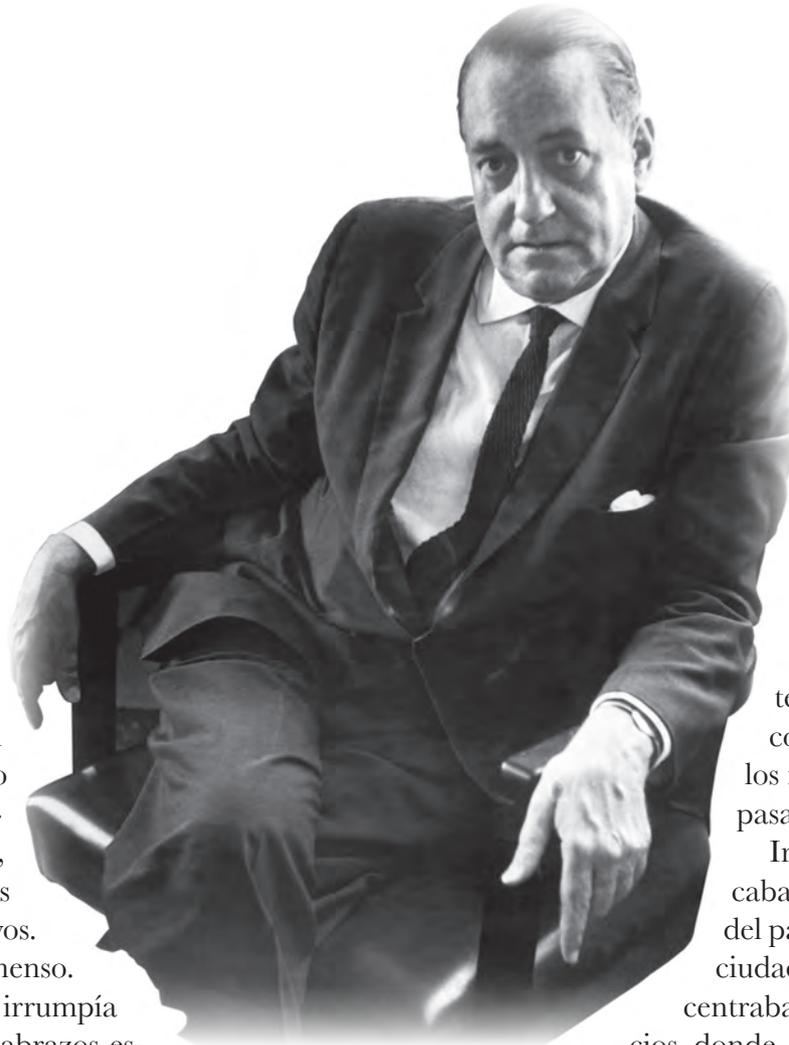
Es indudable que la actitud esos jóvenes merece censura; pero, a más de ello merece que estudiemos la causa de que un elemento tan dispuesto al entusiasmo y a la admiración, llegue al extremo de faltar a la consideración y al respeto que imponen a todo pecho honrado a los cubanos que lucharon y quienes expusieron su vida en los campos de batalla para hacer de su país una patria libre y soberana.

Excusemos, pues, a los equivocados jóvenes de ayer. Su reprochable actitud tiene una excusa de que proviene de su desconocimiento de lo que valen y significan aquellos a quienes, irreverentemente, motejaba. Pero para ser completamente justos, empecemos por culparnos también nosotros mismos, dándonos cuenta de que no enseñamos bastante nuestra Historia a la juventud patria.

Este defensor de la difusión de las ideas nos conmueve con la vigencia de su ejemplo y nos insta a seguirlo. ■

Carpentier persona

GRAZIELLA POGOLOTTI



En el pequeño vestíbulo del hotel situado en la desembocadura de la calle Prado, se aglomeraban los amigos viejos y nuevos. El vocerío era inmenso. Cada recién llegado irrumpía y se multiplicaba en abrazos estruendosos, acentuados con fuertes palmadas en la espalda. Acabábamos de llegar de Europa, después de vencer innumerables escollos en un mundo sacudido por una guerra iniciada poco antes en las fronteras de Polonia. Era el comienzo del invierno. La brisa ligera atravesaba la casi absoluta transparencia del aire.

La silueta de Alejo, entonces todavía muy delgado, se proyectó en medio de tantos rostros desconocidos. Los largos brazos avanzaban para ejecutar las palmadas al uso y el intermitente “chico”, característico de los cubanos de su generación, pun-

teaba el ritmo de su conversación. Los días, los meses, los años fueron pasando.

Ir a La Habana significaba, en la cuarta década del pasado siglo, acudir a la ciudad vieja donde se concentraban oficinas y comercios, donde, en Obispo y O'Reilly, las librerías mostraban las novedades recibidas de las editoriales argentinas y mexicanas. Como tantos otros, Alejo incluía en su recorrido habitual, impuesto por la necesidad, una visita a nuestro tórrido apartamento de la calle Peña Pobre. En silencio, yo lo observaba con atención. El diálogo transcurría sin pausas ni tiempo muerto. Prescindía de las adversidades de la existencia, del chismorreo y de la comidilla. Transfigurada, la vida se convertía en razón de un perpetuo descubrimiento. A un mismo nivel se entremezclaban los hechos de la cotidianidad, los acontecimientos de

la historia y los comentarios suscitados por un libro reciente. Luego, marchó a Caracas.

Yo esperaba impaciente su retorno en las regulares vacaciones habaneras. Sin haber accedido todavía a sus textos literarios, Alejo era para mí un cuentero maravilloso. Su palabra otorgaba a la realidad una dimensión fabulosa. Así iba narrando sus aventuras por el Orinoco, mientras entretejía *Los pasos perdidos*.

Los acontecimientos de la historia se precipitaron y el ritmo de las horas se aceleró. De súbito, en una mañana del cincuenta y nueve, Alejo se presentó en la Biblioteca Nacional. Estaba a punto de quemar las naves, de abandonar la tranquilidad caraqueña para compartir el destino de una revolución emergente. En la silueta ahora maciza del hombre maduro, las piernas seguían siendo las del caminante infatigable y los brazos marcaban el énfasis de la palabra. En momentos de fundación, todo estaba por hacer. Para los cubanos, había llegado la hora de recuperar su tradición literaria y de inscribirla en el contexto latinoamericano. Junto a los versos de Martí, al pensamiento vivo de Antonio Maceo, a Cecilia Valdés, *La vorágine* y *Doña Bárbara* otros textos fundamentales integraban un conjunto de veinte tomitos, que esperaban en los almacenes de la biblioteca la oportunidad propicia para su distribución. Para romper las barreras de las librerías, la venta se produciría en kioscos instalados en los más diversos rincones de la ciudad. El escritor parecía sumergirse en el remolino de acciones prácticas apremiantes. Con ese antecedente, se entregaría algo más tarde a la organización de la Editorial Nacional de Cuba.



El arte de escribir se complementaba con el arte de hacer libros, con el ejercicio de una praxis de otra naturaleza, abierta hacia otra vertiente de la proyección social de la obra. En la Editorial Nacional de Cuba se fueron desarrollando nuevos oficios. El perfil del editor se consolidó. Las publicaciones de los clásicos y de los modernos se pusieron al alcance de lectores alentados por un entusiasmo inaugural. La hermosa tarea exigía mucho más que un saber forjado en el estudio de amplias zonas de la cultura. Imponía el duro menester cotidiano de atender acuciantes problemas de recursos financieros y técnicos, de articular talleres dispersos en una organización industrial al servicio de la producción de grandes tiradas de libros con rostro diferente.

A este quehacer absorbente y, en gran medida, anónimo, dedicó Carpentier buena parte de su tiempo durante varios años. No abandonó por ello su trabajo de escritor. Quien había compartido desde la primera juventud la vida azarosa de los vanguardistas, nunca fue un bohemio. Atenido a una rígida disciplina, como el campesino que atiende su tierra, dedicaba las horas tempranas al paciente trabajo de la escritura. En ese día a día —lo dijo más de una vez, ladrillo a ladrillo—, al cabo de un año se iban modelando los libros. No dejó de andar por La Habana para seguir descubriendo la clave secreta de sus calles. No dejó tampoco de cultivar la amistad. Fiel a las tertulias apacibles, mantenía el vínculo regular con amigos nuevos y viejos, de orígenes y oficios diversos, que se habían ido sumando a través del tiempo.

Esa continuidad se mantuvo aún cuando Alejo asumió funciones diplomáticas en París. Entonces,

regresar a La Habana era una fiesta. Volvía a encontrar las calles siempre renovadas. Recuperaba la tertulia interrumpida. A veces silencioso en medio de la conversación animada, tomaba la palabra para comentar un libro reciente, recordaba anécdotas, comentaba los acontecimientos del momento. Eludía los grandes discursos abstractos. La mirada del novelista prefería detenerse en el detalle revelador que, de repente, mostraba un ángulo insospechado de la realidad. Elogiada por él en una de las crónicas habaneras del regreso, la inquebrantable curiosidad lo acompañó siempre, lo salvó de la esclerosis del pensamiento. Lejos de atemorizarse ante la modernización galopante, advertía la transformación paulatina de los estilos de vida y de las formas de convivencia adoptadas por los seres humanos.

Pasada la media rueda, cuando había alcanzado nombradía literaria y quedaban atrás las penurias de otrora, quemó las naves, rejuvenecido por el fervor revolucionario. Su entrega a la revolución cubana constituyó para él obra de servicio en cumplimiento de su tarea de hombre. Fue la consecuencia lógica de una existencia permeada por inquietudes de orden social, desde las jornadas del grupo minorista al encarcelamiento bajo la tiranía de Machado; desde la ominosa aparición del fascismo hasta la estremecedora experiencia de la guerra civil española. Una niña —ya no se trataba de mí— observaba las reuniones regulares de los contertulios. Como suele ocurrir en esos casos, la costumbre nos había impuesto el uso de asientos fijos. Con la picardía cómplice, la pequeña dibujó la escena en una tarjeta titulada “el reino de este mundo”. En el centro del círculo, arrellanado en ancha poltrona,

Alejo parecía conducir una conversación destinada a romper las barreras del tiempo.

Una breve nevada intervenía la trabajosa aparición de la primavera en el París de 1980. Aproveché un Congreso del Instituto Internacional de Teatro para visitar a los Carpentier. La enfermedad había apagado el vozarrón enfático del cuentero. Pero no doblegó su vitalidad ni su pasmosa lucidez, su exigente dedicación a la tarea de cada día. Sin dejar traslucir un lamento, conservaba intacta su dignidad de hombre. Poco afecto a hablar de sus obras, aludió esta vez a Pablo Lafargue, el pensador santiaguero yerno de Marx, emparentado sin dudas con alguno de sus personajes, itinerantes entre uno y otro mundo. Salimos luego a recorrer la espléndida ciudad nocturna. Lilia, su compañera, esquivaba con habilidad el tráfago intenso de los bulevares. Pasamos por Place Pigalle, triste estampa turística de un pasado muerto. Nos detuvimos en la Place des Vosges, más apacible ahora que en tiempos de Víctor Hugo. Alejo acoataba, apuntaba detalles curiosos y al cruzar por los alrededores del Châtelet señaló un bar arrinconado y silencioso. Allí acostumbraba tomar unas jarras de cerveza con mi padre en los años de la aventura vanguardista. Luego, con los bolsillos vacíos, regresaban caminando al hotelucho de Montparnasse. Nos despedimos en la espera de un próximo encuentro habanero. Pocas semanas después, llegaría la noticia brutal. Al término de una prolongada jornada laboral, Alejo se había derrumbado. Cumplidor de su tarea de hombre, había encontrado un lugar definitivo en el reino de este mundo. ■

Aniversario 85 del natalicio de Celia Sánchez Manduley

Semblanza de Celia

NYDIA SARABIA



Nació en Media Luna el 5 de mayo de 1920. Hija del médico rural Manuel Sánchez Silveira y de Acacia Manduley Alsina. Cursó la enseñanza primaria en la escuela pública de Media Luna. Luego hizo la preparatoria en el colegio “José María Heredia”, de Manzanillo. Estudió el bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de Manzanillo hasta el tercer año.

Pasó parte de su juventud en Pilon, pues su padre era el médico del central de ese lugar y persona que gozaba de un gran prestigio en la zona.

Viajó a los Estados Unidos en más de una ocasión entre 1948 y 1954 como turista; conoció Miami y Nueva York.

Fue simpatizante del líder del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), Eduardo R. Chibás, a quien conoció en La Habana. Y luego este, en el desarrollo de su propaganda política, visitó a su familia en Pilon, en 1948.

Al producirse el golpe militar del 10 de marzo de 1952, Celia se opuso resueltamente al mismo. En mayo de 1953, año del Centenario de José Martí, con un grupo de los alumnos de los Seminarios Martianos de la Universidad de La Habana —dirigidos por Gonzalo de Quesada y Miranda— y la Sociedad Espeleológica

Cubana —de la que su padre era presidente, en la antigua provincia de Oriente— subió al Pico Turquino junto a la escultora Gilma Madera, autora del busto de Martí y también del Cristo de La Habana. Allí colocaron la efigie del Maestro, en la cima más alta de Cuba, para rendirle homenaje a un siglo de su natalicio.

Al producirse, el 26 de julio de 1953, el asalto de los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes —de Santiago de Cuba y Bayamo respectivamente—, Celia se solidarizó de inmediato con su guía y jefe, el joven abogado Fidel Castro Ruz, y con el grupo de jóvenes que le secundaron en aque-

lla acción en contra de la dictadura de Fulgencio Batista. Presos Fidel y sus compañeros entre 1953 y 1955, en Isla de Pinos —hoy Isla de la Juventud—, ella les enviaba alimentos desde Pilón. En 1955, por demanda de las masas populares, el dictador decretó una amnistía política y los moncadistas fueron liberados. Entonces se dieron a la urgente tarea de fundar un movimiento revolucionario que bautizaron como 26 de Julio. Celia fue entonces una de sus iniciadoras en Pilón. En contacto con Frank País, jefe nacional de acción del M-26-7, preparó y organizó las condiciones objetivas para un posible desembarco de Fidel y sus compañeros de lucha, desde Cabo Cruz a Marea del Portillo, al sur de la antigua provincia de Oriente.

Trabajó con el campesinado de la zona, a fin de garantizar la ayuda a los 82 expedicionarios del yate *Granma* —que salió de Tuxpan, México, el 25 de noviembre de 1956 y arribó a Playa Colorada el 2 de diciembre de ese año. Para apoyarlo, se había coordinado con Frank País un levantamiento armado de Santiago de Cuba, Central Ermita y otros sitios, el 30 de noviembre de 1956.

Después de la dispersión de Alegría de Pío el 5 de diciembre de 1956, Fidel recibió ayuda del campesinado, que había sido organizado por Celia a pesar de que el ejército de Batista había hecho prisioneros y ultimó a muchos de los jóvenes expedicionarios. Celia, incluso, tenía dispuestos hombres en camiones, armas y alimentos por la zona de Niquero.

Una vez localizado Fidel en Cinco Palmas, Celia les hizo llegar víveres, suministros bélicos y todo cuanto podía ser útil para los que habían sobrevivido. Ella ayudó también a que subiera la Sierra Maestra el primer contingente de hombres enviados por Frank País, con la finalidad de integrarse a las guerrillas nacientes que los revolucionarios habían organizado.

Ella fue, finalmente, la primera mujer en incorporarse, como una combatiente más, al grupo de Fidel. No obstante, bajó numerosas veces al llano en peligrosas y delicadas misiones, pese a ser buscada día y noche por los esbirros y el ejército batistiano. Una vez fue detenida y con habilidad extraordinaria logró escapar. A partir de aquellos primeros

momentos, su nombre apareció en la prensa internacional como “la amenaza” que habla internado a Fidel Castro en la selva serrana.

Tras combatir en la acción de El Uvero —28 de mayo de 1957— regresó al llano, donde estuvo a punto de ser capturada por el enemigo.

Solo a partir del mes de octubre de 1957 se quedó definitivamente en la Sierra Maestra. Allí se le responsabilizó con las más difíciles tareas, en la Comandancia General del Ejército Rebelde en La Plata, donde permaneció junto a Fidel hasta el fin de la guerra.

Al triunfo de la Revolución, en 1959, fue designada secretaria del Comandante en Jefe. Más tarde, fue nombrada secretaria de la Presidencia y del Consejo de Ministros.

En 1965 fue elegida miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y reelegida durante la celebración del Primer Congreso del PCC, en 1975.

Resultó electa delegada a la Asamblea Nacional del Poder Popular por Manzanillo en 1977, y luego diputada a la misma. Al crearse el Consejo de Estado de la República de Cuba, fue designada secretaria del mismo, cargo que ocupó hasta su fallecimiento.

Además, integró el Secretariado Nacional de la Federación de Mujeres Cubanas, de la cual fue una de sus fundadoras.

Con gran sensibilidad, buen gusto y sentido de la calidad, contribuyó a la ejecución de proyectos trascendentales, como la creación del Parque Lenin y la construcción del Palacio de las Convenciones. Asimismo fundó fábricas, escuelas, hospitales, hoteles; dio atención especial a los campesinos; agrupó a quienes pertenecieron al Ejército Rebelde y participaron en la lucha clandestina; fomentó jardines, siembra de árboles; diseñó uniformes para los escolares cubanos; permaneció pendiente de las condiciones de vida de los becarios... Las ideas de Fidel fueron conducidas por esta extraordinaria y sencilla mujer, quien dedicó su obra revolucionaria a las iniciativas sociales y humanas, entre las que destacan la atención a desvalidos, a niños huérfanos, a madres solteras y la creación de parques de diversión infantiles en toda la Isla.

Celia recibió numerosos galardones a lo largo de su fructífera vida; entre ellos, las órdenes “XX Aniversario del Moncada”, “Ana Betancourt”, medalla conmemorativa “XX Aniversario de las FAR”.

Quizás uno de los aportes más significativos y reconocidos de Celia a la Revolución es el relativo a la preservación de su legado documental. Reunió, desde la etapa de la lucha en la Sierra Maestra —en su mochila, que le servía de archivo— los originales de toda la papelería vinculada al movimiento, escrita entonces por Fidel y otros combatientes de la gesta libertadora. Los guardó a conciencia de que custodiaba la memoria histórica, el testimonio de la gesta libertaria, hasta que tras el triunfo se fundó, en 1964, la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, donde hoy se preservan todos esos valiosos documentos. Allí también se guardan, como parte del patrimonio nacional, originales de José Martí, Ernesto Che Guevara, Frank País, Camilo Cienfuegos, Raúl Castro, Juan Almeida, y hasta de los semianalfabetos campesinos y obreros vinculados a la gloria de nuestras luchas revolucionarias.

Celia ayudó, además, a la causa internacionalista, a la liberación y solidaridad de los pueblos como Argelia, Angola, Namibia, Etiopía, Nicaragua, África del Sur, El Salvador, República Dominicana. Cuando se estaba desarrollando la guerra en Vietnam, ella acopiaba alimentos y ropa para los combatientes vietnamitas y apoyaba a su compañera Melba Hernández, heroína del Moncada, quien presidía el Comité Pro Vietnam. Por orientación de Fidel, Celia prestó ayuda humanitaria y material a los que huían de la dictadura militar de Argentina, en especial al grupo de mujeres de los denominados montoneros; a los chilenos, después que el tirano Pinochet derrocará al presidente Salvador Allende —particularmente a la hija de este, Beatriz Allende, a quien auxilió en la organización de los documentos del presidente chileno—; a todos los niños huérfanos y desvalidos que llegaban, producto de guerras fratricidas en sus respectivos países. De igual modo se le recuerda organizando personal de confianza a raíz del ataque imperialista a Bahía de Cochinos y durante la Crisis de Octubre.



Celia Sanchez Manduley, excepcional heroína cubana, fue una mujer “fuera de serie” en el pasado siglo xx cubano. Modesta, sencilla, sin afeites, se puso a la vanguardia y a la altura de las cubanas e hispanoamericanas que en el XIX habían auxiliado a sus compatriotas masculinos en el combate por la independencia de sus pueblos; como Mariana Grajales, madre de la estirpe de los Maceo, o Manuela Sáenz, la quiteña que permaneció junto al Libertador, Simón Bolívar, durante toda la guerra.

La historicidad de Celia Sánchez Manduley será algún día mejor conocida, reconocida y estudiada no solo en Cuba, sino fuera de la Isla. Merece una mejor biografía donde se plasme en detalle la épica de su vida. Para las cubanas de su generación y las que ella vio nacer, representa el paradigma más conspicuo de género en el gobierno de nuestra nación.

Falleció de cáncer en La Habana, el 11 de enero de 1980. Aquel día el pueblo cubano la lloró y supo acompañarla masivamente hasta su último descanso.

Durante la despedida de su duelo en el Cementerio de Colón de La Habana, su compañero y amigo de luchas, Armando Hart Dávalos, expresó palabras que aún resuenan, en especial cuando la definió para siempre así: “Celia fue la más hermosa y autóctona flor de la Revolución”. ■



Centenario de la muerte de Máximo Gómez

Máximo Gómez frente a la ocupación imperial

Selección de documentos de su archivo

YOEL CORDOVÍ NÚÑEZ

El 10 de diciembre de 1898 quedó firmado el tratado de paz acordado en París entre España y los Estados Unidos. Al igual que lo sucedido en el protocolo de paz suscrito en Washington al concluir las hostilidades, no se mencionaba la independencia de Cuba.

La crítica situación suscitó que el general en jefe del Ejército Libertador, Máximo Gómez —hasta ese momento inconforme con los acontecimientos, pero en espera de su desenlace—, rompiera el silencio y en una carta enviada a Edmond S. Meamy desde Yaguajay, nueve días antes de lanzar su célebre “Proclama al pueblo cubano y al ejército” del 29 de diciembre, manifestara sus criterios sobre la conducta “dudosa” de “los hombres del Norte”:

[...] Primero, contemplando indiferente por largo tiempo el asesinato de todo un pueblo, y segundo, y a la postre cuando se determinaron a intervenir en la cuestión y suprimir el verdugo, ya exánime el Pueblo, se le cobra el tardío favor

con la humillante ocupación militar de la tierra sin un motivo racionalmente justificado.¹

A partir del 1ro de enero de 1899 dejaba de existir la soberanía española, a la vez que se hacía cargo de Cuba el Gobierno de Ocupación Militar. La fórmula empleada en las nuevas circunstancias, según el general Gómez, no podía estar sustentada en la violencia, pues, a su juicio, eso era lo que ellos perseguían “[...] para que nuestra actitud le sirva de pretexto para apoderarse de una vez de Cuba”.² En tal sentido, aconsejaba al pueblo cubano tener “cuidado, tacto exquisito y mucha previsión” en esos momentos históricos.³

¹ Máximo Gómez: “Carta a Edmon S. Meamy”. Yaguajay, 20 de diciembre de 1898, en Gonzalo de Quesada y Miranda: *Archivo de Gonzalo de Quesada. Documentos históricos*, pp. 496-497.

² Máximo Gómez: “Carta a José María Rodríguez”, Jinagua-yabo, 14 de enero de 1899, en Archivo Nacional de Cuba (ANC), *Fondo Máximo Gómez*, legajo 22, no. 3011.

³ Máximo Gómez: “Dos palabras de consejos a mis amigos cubano” Calabazar, 20 de agosto de 1900, en Bernabé Boza: *Mi diario de la guerra*, t. II, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 310.

Por tanto, la cautela no debe confundirse con pasividad, ni mucho menos con candidez. Máximo Gómez actuaba en circunstancias extremadamente complejas en las cuales, ante las posibles variantes de solución a la situación existente, asumió aquella que creyó más conveniente para el establecimiento y conservación de una república independiente, y se proyectó en consonancia.

Hasta el establecimiento de la República el 20 de mayo de 1902, el principal temor del general consistía en la anexión de Cuba por los Estados Unidos o “el naufragio de la nave”, como él la llamó. En tal sentido, sus acciones en el periodo de ocupación estuvieron sustentadas en la concepción de una estrategia política dirigida a establecer en un plazo breve la República de Cuba. La idea respondía a las disposiciones de las autoridades estadounidenses, las cuales condicionaban su retirada al establecimiento de un gobierno propio con capacidad de regir su destino. En tal sentido, materializar el ideal republicano del viejo guerrero era una forma de poner coto a la presencia indefinida de los Estados Unidos en Cuba.

El primer paso importante dado por el general fue la comunicación dirigida el 6 de enero de 1899 al presidente y demás miembros de la Comisión Ejecutiva de la Asamblea de Representantes de la revolución cubana, reunida en la finca El Carmen, en Marianao. En ella expresaba su preocupación por el futuro de Cuba, así como la necesidad urgente de convocar a una sesión “[...] para considerar la situación y determinar a seguidas la constitución de la República de Cuba”. De existir algún obstáculo impuesto por el gobierno interventor, declaraba:

“[...] orillemos aquellos hasta conjurarlos y no levantemos manos de la obra hasta tanto dejarla terminada”.⁴

Lo que de hecho representó el primer intento de fusión de los pilares revolucionarios en el convulso periodo no llegó a concretarse en la prácti-

⁴ Máximo Gómez: “Carta a la Comisión Ejecutiva de la Asamblea de Representantes”, 6 de enero de 1899, en ANC, *Fondo Máximo Gómez*, legajo. 20, no. 2872.

ca. El 11 de enero de 1899 la Comisión Ejecutiva, presidida por Rafael María Portuondo, respondía al mensaje de Gómez asegurándole que no tenía motivos para dudar de los actos de las autoridades norteamericanas, e incluso auguraba “una intimidad tan grande de relaciones” que abreviaría la retirada de las tropas.⁵

Sin dudas, el factor unidad atentaba contra los esfuerzos de Gómez. La multiplicidad de clubes, partidos y otras organizaciones que surgían justo cuando su fórmula política era la de “la organización única”, no era más que una de las manifestaciones en que se expresaba el fraccionado independentismo. La gravedad de la situación se la hacía saber al general Francisco Sánchez en los siguientes términos:

Es decir que fue necesario un Weyler para mantenernos unidos, porque en presencia de aquel monstruo todo el mundo comprendió que la desunión pudiera perdernos, y se aparenta ahora ignorar que estamos enfrente de otro peligro mayor.⁶

La creación del Partido Unión Democrática, integrado por líderes del independentismo pero también por dirigentes del antiguo autonomismo, complejizaba más la situación en medio de la desunión de los revolucionarios, justo cuando el Gobierno de Ocupación convocaba para las elecciones de los miembros a la Convención Constituyente. Máximo Gómez dejaba claro que los representantes del pueblo debían ser hombres “de la revolución” y no hombres de “situaciones muertas”.

De ahí la esencia de sus consejos al pueblo cubano desde Calabazar el 20 de agosto de 1900: “Es necesario creer que ha llegado la hora de no engañar más a los pueblos”. Y continuaba:

Ellos han aprendido a fuerza de dolores que la manera de no ver a los hombres más grandes de

⁵ “Carta de la Comisión Ejecutiva a Máximo Gómez”, 11 de enero de 1899, en Joaquín Llaverías y Emeterio Santovenia: *Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno, durante la Guerra de Independencia*, t. VI, La Habana, 1932, pp. 3536.

⁶ Máximo Gómez: “Carta a Francisco Sánchez”, Calabazar, 14 de agosto de 1900, en ANC, *Fondo Máximo Gómez*, legajo. 22, no. 3050.

lo que realmente son consiste en mirarlos siempre de pie y no de rodillas, y que los hombres deben amarse, no por su saber y talentos sino por sus virtudes.⁷

Solo una representación “genuinamente revolucionaria” podía sustentar la idea de república independiente y soberana, máxime cuando se había impuesto la Enmienda Platt, a su juicio “eterna licencia convertida en obligación para inmiscuirse los americanos en nuestros asuntos”.⁸ Su decisión de promover la candidatura Estrada Palma—Masó se inscribe justamente dentro de esa línea de acción y no puede entenderse como un hecho aislado. La situación era delicada y así lo entendía Gómez, genial estratega militar y hombre de concepciones políticas definidas y pensamiento social radical. De no obrarse a favor de la defensa del ideal soberano de república, diría:

[...] llegará un día en que perdido hasta el idioma, nuestros hijos, sin que se les pueda culpar, apenas leerán algún viejo pergamino que les caiga a la mano, en el que se relaten las proezas de las pasadas generaciones y esas de seguro les han de inspirar poco interés, sugestionados como han de sentirse por el espíritu yankee.⁹

Indudablemente, Máximo Gómez, sin llegar a ser un teórico del fenómeno imperialista, puesto que ni su formación ni época se lo permitían, presentó una concepción bastante nítida sobre los problemas que se precipitaban en el entorno cubano. No en vano aducía, como preocupante fundamental en aquellas circunstancias, el hecho de no encontrar “en el seno de nuestra República de mañana otras fuerzas que oponer a las fuerzas avasalladoras que como ley fatal

han de ejercer los americanos en América”.¹⁰ El problema a debatir entonces serían las formas de proyectarse de acuerdo con ese pensamiento.

No considero que la solución a las interrogantes que suscite el análisis radique en el enjuiciamiento apresurado de la conducta de la personalidad histórica, convirtiéndose el estudioso en juez implacable por el mero hecho de no ajustarse ese comportamiento a los modos en que él piensa y hace su propia realidad. En estos casos los criterios parten, generalmente, de lo que el historiador hubiera querido que fuera, sobre la base de los elementos que le aporta el devenir histórico, y no tiene en cuenta la incidencia de las condicionantes epocales en los actos del individuo.

La condena de Máximo Gómez a los mecanismos de dominación impuestos por el gobierno de los Estados Unidos no llegó a trascender sus escritos. A su entender, y en eso fue muy explícito, afrontar la situación a través del enfrentamiento armado con la nación nortea hubiera sido mirado por el mundo como “el quijotismo más ridículo”. Como expusiera en su “Porvenir de Cuba”, para evitar esa situación se imponía recurrir a un “recurso absurdo” y, por tanto podía resultar contraproducente para los intereses de la revolución: “Para la lucha en el campo de las revoluciones no contamos con ninguna de las ventajas que ellos poseen, y puede decirse que la lucha es en extremo desigual”.¹¹

Quedarían, por último, las valoraciones de su conducta a partir de algunos de sus escritos. Sus cartas a determinadas figuras, así como sus documentos íntimos, siempre fueron el desahogo de los sentimientos y las pasiones de un hombre que, en su intensa vida, no acostumbraba a expresar públicamente sus verdaderas emociones. En tal sentido podemos encontrar con frecuencia numerosas expresiones que, de no ser asumidas en el contexto en que se pronunciaron y bajo las condicionantes emocionales expuestas, nos harían pensar que el Viejo procedería a retirarse tranquilo a Santo Domingo en compañía de su familia y que no se inmiscuiría más en política.

⁷ “Dos palabras de Consejo a mis amigos cubanos”, Calabazar, 20 de agosto de 1900, en Bernabé Boza: *ob. cit.*, pp. 310312.

⁸ Máximo Gómez: “Porvenir de Cuba” (s/f), ANC, *Fondo Máximo Gómez*, legajo 22, no. 3081.

⁹ Máximo Gómez: “Carta a Sotero Figueroa”, 8 de mayo de 1901, en Emilio Rodríguez Demorizi: *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, República Dominicana, Editora Montalvo, 1954, p. 396.

¹⁰ Ídem.

¹¹ Máximo Gómez: “Porvenir de Cuba” (s/f), ANC: *Fondo Máximo Gómez*, legajo 22, no. 3081.

Más que proceder a un juicio apresurado llevado por el contenido o el mensaje transmitido, se impone hurgar en la historia, y si se quiere, interrogarla. La respuesta no puede ser otra: al margen de las declaraciones, en ningún momento Gómez dejó de asumir posturas políticas ante los acontecimientos del país, aun en los más delicados. Su activa participación en las campañas presidenciales —tanto en la promoción de la candidatura Estrada Palma—Masó como posteriormente en su oposición al reeleccionismo estradista—, sus consejos al pueblo —ya fuesen mediante proclamas o de forma directa—, sus gestiones, muchas veces encubiertas, encaminadas a preparar el futuro edificio republicano de acuerdo con sus concepciones, hacen cuestionar la pasividad y mucho más el complejo de extranjero que le han sido atribuidos en muchas ocasiones.

Existen dos problemas esenciales de carácter metodológico que, a mi juicio, lastran las interpretaciones sobre el quehacer de Máximo Gómez en este periodo. En primer lugar, la ausencia de estudios sistemáticos sobre la formación y desarrollo del pensamiento de la personalidad. Se han dado pasos importantes en las investigaciones referidas a sus incuestionables aportes al arte militar cubano, pero no así en las concernientes al verdadero sustento político y ético de ese pensamiento militar. Por otra parte, y muy vinculado al problema anterior, se encuentra la existencia de cientos de expedientes en el fondo personal de Gómez, localizados en el Archivo Nacional de Cuba, muchos de los cuales se desconocen o han sido poco explorados, y cuyo procesamiento es de incuestionable valor para acercarse con mayor solidez a la vida y obra de quien fuera, a decir de José Martí, dominicano de nacimiento, pero cubano de corazón.

La muestra de documentos relacionada a continuación comprende el periodo 1898-1902. Una cuestión elemental de espacio obliga a seleccionar algunos de los materiales más significativos, pero el objetivo principal, además de revelar su contenido, es llamar la atención sobre la necesidad del conocimiento y el procesamiento de aquel “cuerpo con alma” que fue, según palabras de Gerardo Castellanos, el archivo personal del Generalísimo, así como de otros fondos

que atesoran papeles de la personalidad. Sirva, pues, esta selección de modesto homenaje al general Máximo Gómez en el centenario de su fallecimiento.

Las Villas 13 de Abril de 1898 Al Secretario de la Guerra Domingo M. Capote

Estimado amigo. Ayer a buena hora he leído su apreciable informándome de la noticia que por allá se corre de la guerra de los Americanos con España y pidiéndome opinión de lo que, dado ese caso, nos corresponde hacer y cómo debemos estar prevenidos. Debo decir que la misma noticia se extiende por estas regiones, sin que a la hora que le escribo ese suceso esté confirmado, aunque al juzgar por las medidas de concentración de fuerzas de los españoles, levantando destacamentos, se puede deducir que algo serio está pasando. Además, antes de ayer, he recibido carta de fecha muy reciente del Delegado Estrada, en donde me previene que para altos fines debemos ponernos en rápida y fácil correspondencia. Como es natural, le he contestado cumpliendo al pie de la letra sus instrucciones sobre el asunto. Me advierte, además que al hablarse de indemnización, él piensa fijar la suma de 100 millones de pesos, lo que es conveniente sepamos, para fines de concordancia. A eso contesto, sencillamente, que como a mí no me concierne más que hacer la guerra, y ya eso es Paz, nuestro Gobierno se entenderá en ese feliz asunto. No me inspira qué o cuál debe ser nuestra actitud una vez roto el fuego entre las dos naciones, pero yo creo que ésa actitud cualquiera la adivina que es la de entonces, o desde ahora apretar más como lo estamos haciendo por acá. Y si los americanos intentan desembarcar en la Isla, esas tropas no serán más que en un Ejército aliado y en tal concepto será acogido y aceptado mientras dure la guerra y se firme la Paz, que entonces desde luego, si de eso resulta nuestra inmediata independencia, que eso no se sabe sino al final, pues el trato será con los yankees y no con nosotros, seremos desde luego reconocidos como tales con indemnización o sin ella, con plazo o sin aplazamientos, que ya esos son detalles de la

negociación. Como General en Jefe, entiendo que mi deber no es otro que activar la campaña y es por eso que lamento que por más que he pedido con insistencia al General Menocal, no aparece todavía, perdiéndose por causa de tan injustificada morosidad, un tiempo precioso —Creo que el Gobierno debe estimular al General García para que cumpla las órdenes y se mueva con más ostensible actividad de un modo más ofensivo sobre el enemigo disponiendo como dispone de abundantes pertrechos de guerra. Yo le he escrito sobre este particular, pero veo que no aparece el General Menocal y la falta de ese Jefe me imposibilitó de [ilegible] desarrollar mi plan.

La nota que el Gobierno, le ha pasado al Delegado y cuya copia me acompaña, la creo muy oportuna, aunque presumo, que cuando explote la bomba él no tendrá tiempo de participárnoslo y nosotros es fácil que lo sepamos primero por otro conducto. No tenemos pues que apurarnos pues todo lo hemos de saber. Es muy posible que Mr. Mac Kinley les mande a W. un comisionado —(y eso implicará reconocimiento), notificando su declaratoria de guerra a España pidiendo, o señalando lo que él quiera o tenga necesidad de que nosotros hagamos acá, puesto que de ninguna manera se puede prescindir de nosotros los enemigos más terribles de España, con la cual, desde luego que se dispare el primer cañonazo, querrán ellos, los yankees, aplastar de un solo porrazo. Creo que W. tan pronto, como se rompa el fuego deben dar un decreto llamando a nuestras filas a cubanos y españoles sin distingos garantizando vidas y haciendas bajo la bandera de la República y dando como válida y respetable la neutralidad. Debe principiar el periodo de la Paz eterna de Cuba con su independencia, con la preparación y difundiendo desde las vísperas del gran suceso, el espíritu de concordia entre todos los elementos del País. Hay que [sic] esforzarnos mucho para que de Cuba solamente se vaya la bandera española y qué todo lo demás nos quedemos con ello. Eso es útil y provechoso, para que haya muchos que trabajen para pagar la deuda. Ojalá pudiéramos quedarnos con el Ejército para sembrar la caña. Con más razón, ahora que antes debemos estar en constante comunicación, por lo que trataré de permanecer por ésta zona lo más que

pueda, y me parece que W. deben acercarse más a la trocha, pues lo gordo, me parece a mí, debe acentuarse de aquí para abajo. De la trocha para Oriente, no puede tener importancia la guerra, pues ni para nosotros mismos la tiene porque la consideramos asegurada en aquellos naturales baluartes defendidos por esos Cuerpos de Ejércitos de valientes probados.

Calma y esperemos pensando y apretando. Saludos compañeros y quedo de Vd. afimo. amigo

M. Gómez.¹²

* * *

Ingenio Central Narcisa, en Yaguajay, 28 de octubre de 1898. Señor Tomás Estrada Palma

Muy estimado amigo mío:

Obligado por la situación más triste en que ninguno de los hombres en el mundo hayan podido encontrarse después de haber luchado con tanto denuedo por su país, escribo una carta al Presidente Mc Kinley para conseguir que de algún modo se alivien o curen nuestros sufrimientos.

Para evitarme el trabajo de enterarlo del contenido de esa carta, repitiendo los mismos conceptos en ella expresados, se la envío abierta, a fin de que tomando conocimiento de la misma, forme su juicio y la entregue al Presidente, poniendo a la vez en práctica sus gestiones para obtener de él lo más que se pueda. Como verá, yo no toco ningún punto de política, sino que me limito a plantear la cuestión de humanidad, moralidad, orden y justicia.

Conviene que usted o Gonzalo corra enseguida a poner esa carta en manos del Presidente, recabando del mismo cuanto sea posible en beneficio de este pueblo que se muere de hambre.

Yo, por mi parte, había aguardado hasta ahora en silencio, resignándome a soportar tanta miseria, porque creo que en todos los asuntos humanos hay que saber siempre sufrir y esperar sin impacencias que puedan parecer injustificadas para lograr el bien que uno se propone alcanzar, pero la

¹² ANC, *Fondo Adquisiciones*, caja 72, no. 4269.

situación no cambia, el tiempo corre y el mal se agrava cada día más. Somos, en estos históricos momentos, los hombres más desgraciados. Nunca se habían sometido a pruebas tan rigurosas nuestras virtudes, cuando tan altos hemos sabido mantener el honor y el decoro humanos, como en estos instantes en que nos encontramos en el abandono más injustificado.

No hemos luchado, no solo para nosotros y para Cuba, sino para la civilización, para el mundo todo, y acaso nuestros esfuerzos aprovechen más que a nadie a los americanos.

Conforme con ese criterio, que la razón y la justicia aprueban, ya ve usted si nos asiste derecho para pedir que se nos atienda como corresponde, y por lo mismo, al poner en práctica las gestiones que le confío, debe usted levantar su voz con la seguridad y firmeza que inspiran lo racional y lo justo. Réstame solo encargarle con el mayor encarecimiento que retenga a su lado al oficial a quien comisiono para entregarle esta carta, el joven recomendado suyo Enrique Conill, del cual, por lo mismo que usted me lo recomendó, nada tengo que decirle, hasta que pueda despacharlo con una contestación a mi carta del Presidente Mac Kinley, que espero que usted y Gonzalo pongan todo el empeño que sean capaces de emplear para obtener que sea satisfactorio.

Entre tanto quedo su antiguo y afectísimo amigo y compañero,

M. Gómez.¹³

Yaguajay, 20 diciembre 1898

Señor Edmond S. Meamy. Washington
Estimado señor:

He recibido su atenta carta fechada el 31 de octubre pasado. Si tuviese vagar de espíritu suficiente trataría de complacer a V. en lo que me pide sobre datos y notas de la guerra de independencia de esta Isla. La obra de V. resultará completa y hará V. un

¹³ Emilio Roig de Leuchsenring: *Ideario Cubano II. Máximo Gómez*, Cuadernos de Historia Habanera, Admon. del Alcalde Dr. Antonio Beruff M., 1936, pp. 107108.

señalado favor a la justicia, ajustándose a la verdad de los hechos, majestad inviolable para todos los hombres honrados.

Verdaderamente, señor, empresa ardua es escribir la Historia o para la Historia de este gran País, sin lastimar intereses de la República Americana, dada la conducta dudosa y poco humana de los hombres del Norte. Primero, contemplando indiferentes por largo tiempo el asesinato de todo un Pueblo; y segundo, y a la postre cuando se determinaron a intervenir en la cuestión y suprimir al verdugo, ya exánime el Pueblo, se le cobra el tardío favor con la humillante ocupación militar de la Tierra sin un motivo racionalmente justificado. De aquí que aunque la soberanía de España es verdad, que ha desaparecido de Cuba, no es aún libre el cubano ni independiente la Tierra después de tanta sangre derramada.

Este es, señor, mi criterio que a fuerza de hombre honrado y a la luz de la Historia no tengo inconveniente en manifestarlo para ilustrar su grande y laudable pensamiento.

Ya el daño está consumado y es sensato y cuerdo esperar con calma el desenvolvimiento de los sucesos.

De V. respetuosamente

M. Gómez.¹⁴

Señor Presidente y demás miembros que componen la Comisión Ejecutiva de la Asamblea de Representantes.

Marianao

Señor Presidente:

Creo de necesidad nacional y de urgencia completa poner de manifiesto a la representación de nuestro Ejército, las consideraciones que me sugiere

¹⁴ *Archivo de Gonzalo de Quesada. Documentos Históricos*, Editorial de la Universidad de La Habana, La Habana, 1965.

el presente momento, que me atrevo á calificar de trascendentalmente grave para el porvenir de la República.

Esperábamos todos que, en el mismo día y hora en que cesara la soberanía española en Cuba y entrase de lleno, sin trabas ni estorbos de ninguna especie a ejercer el dominio del País la Nación americana, esa Comisión Ejecutiva —nuestro principal organismo— hubiese convocado la Asamblea para considerar la situación y determinar a seguidas la constitución de la República de Cuba.

No creo que ahora que ha llegado el momento se deba perder un solo minuto de tiempo en emprender esa obra, único medio de concluir la labor y despedir al poder extranjero —para mi injustificable y que a la larga constituye un peligro para Cuba— que ejerce en esta Tierra. Si motivos que yo no alcanzo a penetrar cohíben al Pueblo Cubano de alcanzar su soberanía sobre la propia Tierra conquistada a costa de tantos sacrificios y de tanta sangre derramada, orillemos aquellos hasta conjurarlos, y no levantemos manos de la obra hasta tanto dejarla terminada.

Por tanto, me permito hacer estas indicaciones inspirado, como siempre, en el bien de este País, que tanto amamos y tan caro nos cuesta.

En cuanto a mi persona respecta, he tratado de no molestar a nadie con mi presencia, pero dispuesto a prestar mis servicios al País, mas de un modo serio y oportuno y sin alardes de fuerzas y de entusiasmos alocados que a nada útil y provechoso nos pueden conducir.

Encarezco a Vds. la necesidad urgente de las medidas que apunto, estando en la firme seguridad de que tendremos la aprobación unánime del país en general.

Con toda consideración quedo de Vds. en P y L
á Enero 4/99
General:¹⁵

¹⁵ ANC: *Fondo Máximo Gómez*, legajo 20, no. 2872.

Jinaguayabo. 14 Enero de 1899. General José María Rodríguez. Marianao

General: Espero que regrese de La Habana el General R. Rodríguez, al que mandé a importante comisión. Esperando que por los informes que él me suministre pueda yo tener más cabal idea de la verdadera situación. Yo pienso que los americanos están algo así como confusos con el paso que han dado que desmiente todo un sistema político. Todo acto político de cualquier Gobierno que sea, que a la vez que deprima a otro Estado no está bien justificado por una imperiosa necesidad, se ejerce la tiranía. ¿A qué y porqué la ocupación militar de Cuba?

¿Acaso somos nosotros bandidos cuando hemos azorado al Mundo con nuestros hechos gloriosos?

No debemos protestar a eso con la fuerza, pues eso es lo que ellos quieren para que nuestra actitud le sirva de pretexto para apoderarse de una vez de Cuba; pero sí hay que demostrarles nuestra pena y disgusto por tanta injusticia.

Han desfigurado el favor y han desdeñado la gratitud de un Pueblo heroico y honrado.

Espero el desenlace de sucesos que sin necesidad de que nadie los agite me se [sic] antoja que pueden ser graves.

De V. affmo Gral
M. Gómez.¹⁶

Remedios 17 Enero/99
Mi querida hija María.¹⁷

Lamento tus dolencias que me privan del placer de verte aquí. Anoche llegó de la Habana el General R. Rodríguez que como sabes mandé de comisión a la Habana y según los informes que me suministra pienso que voy a tener que ir a la Habana, pero no me iré sin primero ir a Caibarién a verte.

¹⁶ ANC: *Fondo Máximo Gómez*, legajo 22, no. 3011.

¹⁷ María Escobar.

Mi proclama¹⁸ ha soliviantado los ánimos pues parece que las gentes no sabían que Cuba no es libre y no hemos hecho más que cambiar de amo después de tanta sangre derramada y tantas lágrimas.

Ha llegado también de Oriente el Gral. Sánchez comisionado por toda aquella gente a mis órdenes incondicionalmente —yo tengo, como tú comprenderás que andar en esta cuestión con pies de plomo, pues como conozco el carácter de nuestro pueblo puede enturbiar el agua, yéndose demasiado adelante o quedando detrás.¹⁹

La verdad es que así como yo y tú no aceptamos, ni aunque sea por un momento la tutela impuesta, así habrá mucho carácter libre y espíritu ilustrado que piense y sienta como nosotros —Por qué no?

A otra cosa, debe estar ahí una muchacha llamada Bellita que estimo con verdadero respeto —Sí necesita de ti sírvela que eso más tendré que agradecerle.

Adiós y te he de ver tu mejor amigo.

M. Gómez²⁰

DOS PALABRAS DE CONSEJO A MIS AMIGOS CUBANOS

Calabazar, agosto 20 de 1900

Para que los hombres del 68, que se han mantenido fieles a la bandera de la revolución y los del 95, no se quejen mañana inútilmente, como dice el refrán: “De haber trabajado para el inglés”; me permito aconsejar a los cubanos todos, al pueblo

¹⁸ Se refiere a la “Proclama al pueblo cubano y al ejército” del 29 de diciembre de 1898, lanzada desde su campamento en el Central Narcisa, en la cual se preocupa por el destino de la Isla “ni libre ni independiente todavía”.

¹⁹ Quizás una de las frases de Gómez a la que más se recurre y forma parte del conocimiento popular es la que advierte que “el cubano no llega o se pasa”. En ocasiones, se indaga por la veracidad de la misma y su fuente. Hasta el momento no he encontrado otra expresión que más se parezca a la referida que la escrita a María Escobar: “yéndose demasiado adelante o quedando detrás”.

²⁰ ANC: *Fondo Máximo Gómez*, legajo 22, no, 3013.

que tanto ha sufrido que es preciso tener mucho cuidado, tacto exquisito, y mucha previsión en estos momentos históricos.

Hay necesidad absoluta de ser muy atinados en la elección de los hombres que constituirán la Convención Nacional; este alto cuerpo, en el cual fijará su atención el mundo entero, está llamado a levantar los cimientos del templo de las libertades cubanas, que tanta sangre han costado a este pueblo.

Que no se confundan las ideas con los principios.

El honor impone salvar los últimos, aun a trueque de nuestra propia vida.

La Convención Nacional debe ser —eso es lo justo— un organismo compuesto de hombres genuinamente cubanos, revolucionarios, siendo ella como es, la resultante hermosa de la revolución.

Y no puede ser de otro modo, al menos que el pueblo, engañado, fascinado por retóricas de relumbrón, abdique los derechos sacro santísimos que ha conquistado con tantas lágrimas, con tanta sangre, olvidando desde luego su gran historia.

Entonces, llegado a este triste caso, desde el fondo de sus tumbas protestarían los muertos gloriosos.

Sin descender de sus puestos, sin faltar a los deberes sagrados que impone el honor, no se puede, no se debe dar cabida en aquella magna congregación de amigos, de hijos de la patria libre, a ninguno que ayer la infamó.

El honor de unos y otros, lo veda.

Lo contrario sería la prueba palmaria de la mayor de las despreocupaciones, por no calificar esta acción de cínica. Así y todo no deben descuidarse los cubanos. “El enemigo ha plantado sus tiendas, no muy lejos de las puertas de Roma”.

Habiendo quien asegura que cuentan en el interior con fuertes aliados, velados hoy con el más refinado patriotismo, cuando en épocas recientes de congojas y amarguras para la infeliz Cuba, no sintieron, siquiera por humanidad conmovidas sus entrañas ante los crímenes y matanzas de Weyler; los mismos que después en presencia de los acorazados americanos, aparecieron de improviso, como valientes y ardorosos campeones de las mismas libertades que combatían antes encarnizadamente.

Y los que por allí se quejan y se lamentan de que no se aceptan ni a los ricos perniciosos ni a los intelectuales malos, a esos bien puede contestárseles, parodiando a Jesús: “Tú lo has dicho”.

Quizás fueron en su día, funestísimos a la revolución, muchos intelectuales y muchos ricos —que metan la mano en sus pechos—; siendo por esto sin duda, que aparecen tan alto y honrados, los que son excepción, cosa natural en toda colectividad o gremio desviado.

Es necesario creer que ha llegado la hora de no engañar más a los pueblos.

Ellos han aprendido a fuerza de dolores que la manera de no ver a los hombres más grandes de lo que realmente son, consiste en mirarlos siempre de pie y no de rodillas y que los hombres deben amarse, no por su saber y talentos sino por sus virtudes.

El patriotismo bien sentido y bien justificado con el sacrificio, tiene el deber y el derecho de señalar sin miedo y sin componendas, a los hombres, no más sabios, sino más dignos para que entiendan en los asuntos sagrados de la patria.

Y sí en la guerra el mundo entero contempló a Cuba, como una heroína sublime, en su titánica lucha, que sepa ahora en la paz demostrar su viril entereza, para perdonar, sin que por ello se entienda mermada su altivez revolucionaria cuyo carácter indiscutible es inútil querer despojarla prematuramente.

Otra cosa es fomentar rencores y ahondar divisiones, porque la elevación moral a que la elevó su triunfo sobre la tiranía, la muerte por su espada, todas las concupiscencias y usurpaciones, solo a la república será dado acomodar a las justas aspiraciones del pueblo, atemperando y modificando.

Mientras ese ansiado momento no llegue, mientras no resulte esa feliz inauguración, bien supremo acariciado por redentores y redimidos, todos viviremos juntos, es verdad, en apariencia, pero los unos no pueden olvidar el “machete” y los otros “el foso de la Cabaña”.

De aquí arranca ver a tanto español sensato, esperando callado y tranquilo, la terminación de la obra de la revolución; que generosamente

no ha podido terminar por causas que ella no ha podido evitar y que le salieron al camino; las mismas que salvaron a España con la diplomacia de un “tratado”.

Sólo se podrá llegar a una verdadera paz moral, que es el sosiego de los espíritus, entiendo por las puertas de la república.

Más que nada, para que ésta lo sea en verdad, para todos y bien ordenada, es preciso que su bandera tan salpicada de sangre, represente el símbolo del honor y la justicia.

De esta manera no habrá un solo hombre en Cuba, después de la república, que no esté contento de sí mismo, garantizado por las leyes y su propia conciencia.

Máximo Gómez²¹

Habana 19 de febrero de 1901

Señora Lola R. de Tío
Estimada amiga.

No había podido contestar tu apreciable carta hijita, por falta de tiempo material. De noche caigo rendido. Yo creo que a ti te consta que yo me he tomado cuanto interés he podido por que Fernando se coloque en otro destino mejor. He hablado y escrito a Gener sobre el asunto y seguramente, si eso no ha resultado hasta ahora, ha debido ser por una de estas dos cosas; o Gener no quiere o no puede y en cualquiera de los dos casos estimo como inútil y de ningún valor mis influencias. Sucederá lo de siempre: “Hay que esperar una vacante”.

Sin embargo, yo aprovecharé la primera afortunada ocasión que se me presente para hablarle a Gener otra vez del asunto.

Parece que el Toro está suelto, según he oído decir por ahí. Los EE.UU., es decir el Gobierno,

²¹ Bernabé Boza: *Mi diario de la guerra*, t. II, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, pp.310 312.

ha dicho ya a la Muchacha²² lo que de ella desea. Muchos se han acercado a mí preguntándome mi opinión y yo la he dado francamente. Todo cuanto desean, con ligeras modificaciones, se le puede conceder menos Tierra en ninguna forma. Encima del suelo empapado con tantas lágrimas y sangre no debe ondear más que una bandera, la que amparó al ideal sagrado de la Patria cuando luchábamos solo en medio de la América libre, indiferente y fría. Prefiero las cadenas del esclavo remachadas por la fuerza que la libertad a medias por la propia voluntad. En el primer caso siquiera cuento con el respeto que siempre inspira la desgracia. Esto es Lola mi opinión condensada en pocas palabras.

Mañana nos vamos. Memorias a Patria.

Amigo tuyo

M. Gómez.²³

“Porvenir de Cuba” [sin fecha]

Con la intervención armada de los EE.UU. en la guerra de independencia es indiscutible que Cuba, al inaugurar la República, ha quedado tan íntimamente ligada así en lo político, como en lo mercantil a la Gran República Americana, que casi y sin casi vienen a constituir tan fatal o fortuita intimidad, un cúmulo de obligaciones, que han hecho de su independencia un mito. Y como si el hecho histórico no valiera nada en sí mismo, para probar este acierto, ahí tenemos la Ley Platt, eterna licencia convertida en obligación para inmiscuirse los americanos en nuestros asuntos, derecho reconocido, no importa como, por la Representación Nacional Cubana.

A asegurar ese salvador eterno predominio según ellos, sobre la Isla se inclinan todos los elementos del País que se han quedado aquí al parecer muertos o dispersos pertenecientes a los antiguos partidos Autonomistas y Conservadores y cosa bien extraña

amparada tan bien, tan peregrina idea, por muchos hombres prestigiosos del separatismo. Claramente se manifiesta ya, la tendencia de organizar dos partidos, el Liberal y el Conservador que como Venus surja de las espumas de este movimiento revuelto y organice al País, piensan ellos, que otra cosa debemos pensar nosotros que se corre el peligro de que suceda.

Compuesto el partido Conservador en embrión todavía, de todos los elementos más valiosos del País, (no hay que hacerse ilusiones) por el dinero, que ellos lo tienen, y por la masa intelectual que indudablemente arrastrarán, es de suponer que han de poner en (ilegible) sus ideas que nos son conocidas desde muy viejo, pues han sido siempre manifestadas en todos los tonos y por todos los medios posibles que este Pueblo tan sufrido y tan heroico no es capacitado para gobernarse a sí mismo, y, quedamos, por otra parte, reducido el Partido Liberal, a los pobres negros, sin contar que muchos se irán con ellos, como se fueron con España, a la suma mayor de los que no poseemos dinero, y a los más virtuosos, pero sin más fuerzas que la que da la virtud que solo ofrece por premio la palma del martirio, fácil es desde luego predecir a donde va a parar Cuba.

Con la intervención americana armada, con la gobernación de la Isla por tres años, que le facilitó los medios de conocer bien a este pueblo, con sus cañones, con sus malecones, con sus carros eléctricos, con su idioma impuesto, con su oro, con sus mil artilleros ocupando las fortalezas, con todo eso, han dejado los americanos bien regada la semilla en esta tierra.

Ellos se fueron, al parecer es verdad. El día 20 de mayo, yo mismo ayudé á enarbolar la bandera cubana en la azotea del Palacio de la Plaza de Armas. ¡Y cuantas cosas pensé yo ese día! todos vimos que el General Wood, Gobernador que fue se hizo a la mar enseguida, llevándose su bandera, pero moralmente tenemos a los americanos aquí.

Las señales de los tiempos fatalmente y más aprisa de lo que debíamos esperar van señalando el resultado final de esta comedia política. Ya tenemos con notoria y poco decorosa aprobación de este Pueblo, al más prominente de los enemigos de

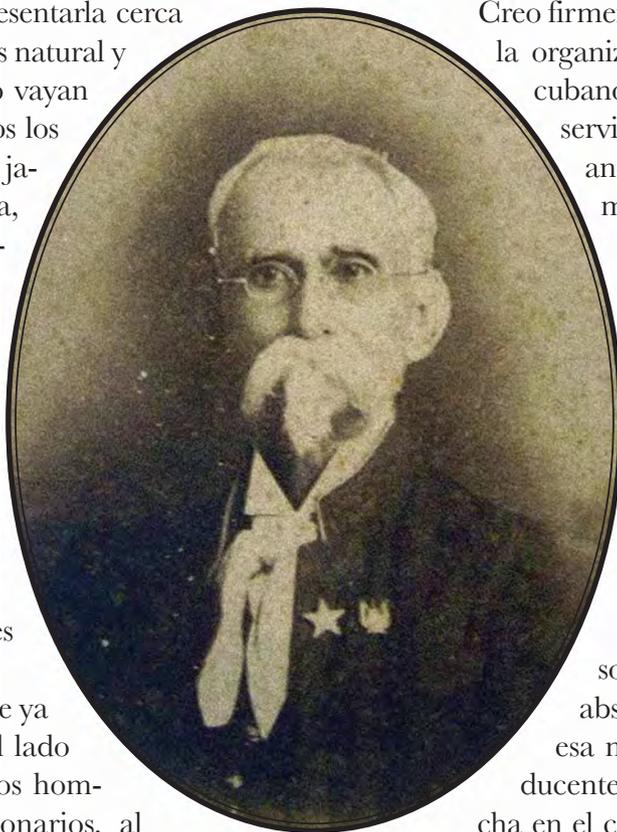
²² “La Muchacha”: Nombre con el que Máximo Gómez llamaba a la isla de Cuba durante la República.

²³ ANC, *Fondo Máximo Gómez*, legajo 21, no. 2927.

la República, que va a representarla cerca de una Corte de Europa, y es natural y lógico que del mismo modo vayan entrando, poco a poco, todos los elementos, que sin abdicar jamás, que no lo harán nunca, por respeto a su propio decoro, de sus viejas tendencias y propósitos, ni que respeten como no los han respetado nunca, porque [sic] ellos no pueden sentirse obligados por vínculos o interés alguno, a los fueros de la Revolución redentora, que los perdonó y elevó a la altísima categoría de hombres libres.

Agréguese a todo eso, que ya se ven inclinados a caer del lado del extrangerismo, a muchos hombres de abolengo revolucionarios, al extremo que bien se sabe que alguien conserva, a pesar de su representación en las Cámaras su carta de Ciudadanía americana, que eso es tener adelantado bastante en la jornada que se va a emprender sin que eso quiera decir que se obra maliciosamente.

No hago más que examinar la situación a la luz de la propia Historia, y juzgarla con el amparo del testimonio de los hechos.



Creo firmemente que cualquiera que sea la organización política que se de los cubanos, es trabajo perdido y eso no servirá más que para preparar la anexión a los EE.UU., en plazo más o menos largo, y mientras tanto ellos, los americanos, buen cuidado han de tener de no conceder a Cuba, absolutamente nada que no favorezca ese propósito y que puede más tarde servir de controversia, aunque mucho hay ya previsto con la implantación de la Ley Platt.

Para evitar eso sería preciso echar mano de un recurso absurdo, y eso quién sabe si por esa misma razón sería contraproducente de la revolución. Para la lucha en el campo de las revoluciones, no contamos con ninguna de las ventajas que ellos poseen y, puede decirse, que la lucha es en extremo desigual.

Por eso se perdió una vez la República en España y cuánto costó recuperarla en Francia ¡Quién sabe si a fuerza de pensar se encuentra remedio a mal tan grave.²⁴ ■

24 ANC, Fondo Máximo Gómez, legajo 22, no. 3081a.1

Nuestros autores

ABEL PRIETO JIMÉNEZ. Político, escritor, editor y profesor. Ministro de Cultura de la República de Cuba durante dos periodos. Asesor del presidente de los Consejos de Estado y de Ministros. Actual presidente de la Casa de las Américas.

ALICIA CONDE RODRÍGUEZ. Historiadora, ensayista, periodista y profesora cubana. Investigadora del Instituto de Historia de Cuba. Presidenta de la Filial La Habana de la Unión de Historiadores de Cuba (UNHIC).

ARMANDO HART DÁVALOS. Destacado intelectual y político cubano. Designado Ministro de Cultura desde la creación de dicho ministerio hasta 1997 en que pasó a dirigir la Oficina del Programa Martiano, adscripta al Consejo de Estado. Como intelectual tuvo una amplia obra dedicada al estudio de la figura histórica y el pensamiento de José Martí. Creó y presidió la Sociedad Cultural “José Martí” y fue distinguido como Doctor *Honoris Causa* por prestigiosas universidades cubanas y extranjeras.

CINTIO VITIER. Premio Nacional de Literatura. Poeta, narrador, ensayista y crítico cubano. Vinculado en sus inicios al grupo de la revista *Orígenes*, junto con otros nombres destacados de la literatura cubana.

EDUARDO TORRES-CUEVAS. Académico, historiador y pedagogo. Miembro de Número de la Academia Cubana de la Lengua. Profesor Titular y Doctor en Ciencias Históricas. Premio Nacional de Historia, Premio Félix Varela. Presidente de la Sociedad Cultural “José Martí”.

ELDA CENTO GÓMEZ. Fue una destacada profesora e historiadora camagüeyana. Miembro Correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba. Asesora de la Dirección General de la Oficina del Historiador de la Ciudad de Camagüey, vicepresidenta nacional de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba (UNHIC), integró además la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Recibió, entre otros reconocimientos, el Premio Nacional de Historia en 2015, la Distinción

por la Cultura Cubana y el Reconocimiento *La Utilidad de la Virtud*.

ERNESTO CHE GUEVARA. Combatiente revolucionario, estadista, escritor y médico argentino-cubano. Su vida, conducta y su pensamiento se ha convertido en paradigma de millones de hombres y mujeres en todo el mundo.

EUSEBIO LEAL SPENGLER. Intelectual, político, ensayista e investigador cubano, historiador de La Habana. Doctor en Ciencias Históricas de la Universidad de La Habana, Máster en Estudios sobre América Latina, el Caribe y Cuba, y especialista en Ciencias Arqueológicas. Fue presidente de Honor del Comité Cubano del ICOM y presidente de Honor del Comité Cubano del ICOMOS y de la Sociedad Civil Patrimonio, Comunidad y Medio Ambiente; Decano de la Facultad del Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana, Título de Profesor de Mérito de la Universidad de La Habana, presidente de la Red de Oficinas del Historiador y Conservador de las Ciudades Patrimoniales de Cuba.

FÉLIX JULIO ALFONSO LÓPEZ. Doctor en Ciencias Históricas, Máster en Estudios Interdisciplinarios sobre América Latina, el Caribe y Cuba, Licenciado en Historia y Diplomado en Antropología Social. Ensayista y profesor universitario.

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA. Doctora en Ciencias Históricas por la Universidad de La Habana; Máster en Estudios sobre América Latina, el Caribe y Cuba y Profesora titular con reconocida trayectoria en la docencia y varias obras publicadas. Vicedecana de Investigaciones, Relaciones Internacionales y Postgrado de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana desde 2004. Autora de ocho libros y coautoras de doce.

GRAZIELLA POGOLOTTI. Crítica de arte, prestigiosa ensayista y destacada intelectual cubana, promotora de las Artes Plásticas Cubanas. Presidenta de la Fundación Alejo Carpentier. Miembro de la Academia Cubana de la Lengua.

MARÍA DEL CARMEN ARIET GARCÍA. Investigadora y Profesora Titular Adjunta de la Universidad de La Habana. Coordinadora Científica del Centro de Estudios Ernesto Che Guevara, asesora de la Cátedra Che Guevara, Programa FLACSO de la Universidad de La Habana. Es coordinadora del proyecto editorial dedicado a la vida y obra de Ernesto Che Guevara en colaboración con la editorial Ocean Sur. Organizó y ejecutó la investigación socio-histórica para la búsqueda y localización de los restos de los guerrilleros de la gesta boliviana de 1996 hasta 2001.

MIRALYS SÁNCHEZ PUPO. Doctora en Ciencias Filosóficas, Profesora Titular Adjunta de la Universidad de La Habana y periodista.

MONSEÑOR CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES GARCÍA-MENOCAL. Tataranieta de Carlos Manuel de Céspedes, iniciador de las luchas por la independencia de la Isla. Fue escritor, miembro de la Real Academia de la Lengua Española; Vicario General de La Habana y Vicario Episcopal de Marianao - Oeste de la Arquidiócesis de La Habana.

NYDIA SARABIA. Periodista e investigadora. Se especializó en el género biográfico. Compiló obras como: *La Revolución Cubana. Un testimonio personal del novelista y escritor peruano Ciro Alegría* (1973); *El Martí que yo conocí de Blanche Zacharie de Baralt* (1980) y *Médicos de la guerrilla* (1982).

RAFAEL ACOSTA DE ARRIBA. Poeta y ensayista cubano. Doctor en Ciencias Históricas. Miembro de la UNEAC.

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS. Licenciado en Historia. Ensayista y profesor de Historia de la Filosofía y de Pen-

samiento Político. Vicepresidente de la Sociedad Cultural "José Martí".

RAÚ ROA GARCÍA. Escritor, profesor, historiador, político y diplomático cubano. Figura combatiente en la República mediatizada y después, por la dignidad de Cuba y de América Latina. Poseedor de una extensa obra literaria y periodística. *Historia de las doctrinas sociales* constituye su aporte historiográfico más importante.

RENÉ GONZÁLEZ BARRIOS. Director del Centro Fidel Castro Ruz. Se desempeñó como presidente del Instituto de Historia de Cuba.

RICARDO ALARCÓN DE QUESADA. Escritor, diplomático y político cubano. Doctor en Filosofía y Letras. Entre 1993 y 2013 fue presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular de Cuba, máximo órgano legislativo del país.

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR. Premio Nacional de Literatura en 1989. Mercedor de otras muchas condecoraciones y premios a nivel nacional e internacional. Fue miembro del Consejo de Estado de Cuba. Se desempeñó como presidente de la Casa de las Américas e integró la Academia Cubana de la Lengua, que también presidió.

RODOLFO SARRACINO MAGRIÑAT. Historiador, ensayista y profesor, que integró el equipo de la edición crítica de las obras completas de José Martí en el Centro de Estudios Martianos.

YOEL CORDOVÍ NÚÑEZ. Doctor en Ciencias Históricas y Doctor en Ciencias Pedagógicas, Investigador Titular y Profesor Titular del Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa García (ISRI). Actual presidente del Instituto de Historia de Cuba. ■

